

The background of the cover features a woman from behind, wearing a voluminous orange gown with a low back and puffed sleeves. She is standing in a lush green field with a large, multi-story stone house in the distance under a cloudy sky. In the bottom corners, there are clusters of bright yellow flowers.

HEATHER BOYD

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

PÍCAROS DISTINGUIDOS



Ninguna dama ordinaria

NINGUNA DAMA ORDINARIA

PÍCAROS DISTINGUIDOS
LIBRO 20

HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Epílogo](#)
[Acerca del Autor](#)

Derechos de autor © 2025 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO UNO

—Gire aquí —ordenó Daniel Dawkin, Lord Scarsdale, a su cochero cuando llegaron a un cruce familiar.

—Aún podríamos seguir —murmuró su ayuda de cámara, Sunday Paul, mirando esperanzado hacia el largo y vacío camino que se extendía ante ellos—. Todavía queda bastante luz del día.

—No. Pasaremos la noche aquí —dijo Daniel con firmeza.

—Pero si estamos a solo una hora de casa —argumentó Sunday.

—Tu madre seguirá allí mañana —le prometió Daniel, dándole una palmadita en la rodilla. El ayuda de cámara de Daniel era más un amigo que un sirviente, y estaba ansioso por llegar a casa y reunirse con su cariñosa madre. Sunday se movía impaciente en su asiento.

Daniel estaba menos ansioso, aunque este viaje de regreso a casa había sido enteramente idea suya.

—Anímate. Es solo una noche más.

—Sigue diciendo eso cada vez que nos detenemos. Lady Scarsdale no estará nada complacida con estos retrasos suyos —advirtió Sunday.

—Bueno, mi madre ni siquiera habría sabido que volvía a casa si tú no hubieras escrito para avisarles que nos esperaran —replicó Daniel—. Te dije que yo me encargaría de informarles.

—¿Escribiendo la noche antes de nuestra llegada?

—Mi madre no necesitaba semanas para preparar su letanía de quejas para mi llegada —respondió Daniel, evaporándose su humor ante los gruñidos de Sunday—. Estoy seguro de que ha hecho una lista aún más larga desde la última vez que la vi en Londres el año pasado.

—Han pasado cinco años desde que estuvo en casa, en la propiedad. Tal vez se alegre de verlo finalmente regresar —sugirió Sunday con una expresión esperanzada, porque debía saber que eso sería imposible para la madre de Daniel.

—Una vez cada dos años ha sido más que suficiente tiempo para pasar en estrecha proximidad con mi madre —anunció Daniel con un gesto de asentimiento mientras el carruaje se detenía en el patio fangoso de una posada—. Según todos los informes, la propiedad ha prosperado sin mi supervisión personal. Asegura el alojamiento para nosotros.

Daniel miró a Sunday con severidad hasta que este salió del carruaje y lo dejó encargado de hablar con el posadero para asegurar habitaciones para la noche, para él y sus sirvientes. Pero era principalmente para que Daniel no tuviera que ver la cara de decepción de Sunday nuevamente.

Daniel había disfrutado de su viaje de una semana de regreso a casa. Sunday no. Habían serpenteado desde Londres hasta Somerset, visitando a cualquier amigo que estuviera a una

distancia razonable de las carreteras principales.

Daniel tenía muchos amigos y había disfrutado abundantemente de su compañía.

Había comido bien, dormido lo suficiente y coqueteado con tantas mujeres hermosas como le fue posible. Su viaje estaba casi llegando a su fin, pero quería una noche más, más o menos para sí mismo.

Finalmente, también salió del carruaje y miró alrededor del pueblo de Wraxall. Nunca se había detenido aquí antes, ya que estaba tan cerca de casa, pero ahora se tomaría el tiempo para explorarlo. Dudaba que volviera a tener el ocio para hacerlo de nuevo.

La noche antes de anunciar a su familia que tenía la intención de casarse era su última noche de completa libertad como caballero. Después de esta noche, nunca más estaría libre de una fuente de culpa.

Tenía la intención de complacerse a sí mismo por última vez y luego se doblegaría como todos sus amigos lo habían hecho recientemente y se dedicaría a obedecer los caprichos de una sola mujer. El matrimonio era la única razón por la que había vuelto a casa y ya no había tiempo para dudas.

Sin embargo, estas persistían.

Hizo una mueca y luego sacudió la cabeza. Mañana llegaría a casa, con suerte en paz con su decisión para entonces, y tal vez su madre realmente le sonreiría por una vez cuando le diera la noticia.

Pero no contendría la respiración esperando ese resultado. Mamá no le había sonreído desde que su padre se había enfermado y fallecido. Desde entonces, había sido un ceño fruncido tras otro y constantes desacuerdos sobre la forma descuidada en que vivía su vida. Era la razón principal por la que la evitaba a ella y a la propiedad. No había hecho nada allí que la hiciera feliz desde que heredó el título.

—El alojamiento en la posada no es al que está acostumbrado —anunció Sunday cuando regresó, con su expresión y modales aún agrios.

—En realidad, ese es el punto de alojarse en posadas desconocidas —respondió él—. Será adecuado para una noche y quizás incluso memorable.

—Lo dudo mucho —refunfuñó Sunday—. Solo hay una pequeña habitación disponible para esta noche. Tendré que dormir en el carruaje con los mozos de cuadra.

—Esos asientos están bien amortiguados. Un lugar para reposar la cabeza es todo lo que cualquiera de nosotros necesita —le aseguró a su ayuda de cámara—. Nos quedaremos una noche y luego, descansados, terminaremos el viaje juntos mañana.

Sunday entornó los ojos mirándolo.

—¿Lo promete? ¿Sin más desvíos? ¿Sin más distracciones? ¿Sin más mujeres hermosas en su cama de las que simplemente no puede separarse después de solo una noche?

Daniel se rio del cuadro que pintaba. Conocía muy bien la naturaleza de Daniel.

—Lo prometo.

Sin embargo, Sunday se volvió hacia la posada con una maldición murmurada sobre la necedad y la pérdida de tiempo.

Era el tiempo de Daniel. Precioso y no para ser desperdiciado apresurándose a ninguna parte. Entorno destartalado o no, tenía la intención de disfrutar su estancia.

Sonrió para sí mismo mientras se quitaba el sombrero para entrar en el establecimiento de vigas bajas. Pero de todos modos se golpeó la cabeza con la siguiente viga. Soltó una suave maldición, se encogió un poco más y se frotó la pobre cabeza.

—Hay que estar atento a las cosas en este lugar —advirtió el posadero calvo, apresurándose a

recibirlo—. Bienvenido, milord. ¿Qué puedo ofrecerle?

—Un par de jarras para empezar —murmuró, mirando alrededor de la oscura habitación. Parecía un lugar estrecho y apenas había alguien obviamente importante o adinerado presente. Eso le venía perfectamente bien.

Daniel no tenía ningún deseo de encontrarse con alguien que conociera demasiado bien de la zona. Estaba aquí para divertirse, no para cuidar sus modales y preocuparse por los chismes que pudieran surgir de su estancia y llegar a oídos de su madre. Ya habría tiempo suficiente para que le ardieran los oídos por su tardanza más tarde.

Una vez que su madre se hubiera agotado de sus quejas, Daniel se apresuraría a visitar a su vecina viuda más cercana y a la hija soltera de esta, Amy. A partir de entonces, sería la mejor versión de sí mismo.

Pero no esta noche.

Tomó asiento en una mesa junto a la pequeña y sucia ventana delantera que daba al patio de los establos. Se sentó de cara a la sala, un hábito que había adquirido en Londres cuando bebía solo en lugares de mala muerte, y esperó que surgiera algo emocionante para animar el lugar.

Wraxall parecía bastante ordinario a simple vista, pero, según su experiencia, las primeras impresiones a menudo eran completamente inexactas. Constantemente le sorprendía lo defectuoso que podía ser su propio juicio sobre los lugares y, especialmente, sobre las personas.

Los hombres mentían habitualmente y traicionaban incluso a sus mejores amigos por dinero o para obtener poder sobre otros. Las mujeres tampoco eran inmunes. Siempre querían tener lo que otros hombres podían ofrecerles. Su propio mal juicio en lo que respectaba a las mujeres parecía ser algo de lo que nunca podía salvarse. Vivía con la esperanza del amor, pero Daniel nunca había tenido mucha suerte con las mujeres hasta ahora.

Sus breves aventuras amorosas solo le habían llevado a la decepción. Había hecho amistad con muchas mujeres, pero nada más profundo parecía posible en Londres. Por eso volvía a casa por fin.

Daniel estaba resignado a hacer un matrimonio adecuado con una mujer que satisficiera sus necesidades básicas y complaciera a su madre. Dejaría de lado su preferencia por mujeres más emocionantes en aras de la paz inmediata en su familia.

Eso significaba que finalmente se asentaría y llevaría una vida aburrida y poco emocionante, la misma que su propio padre había vivido cuando se casó con mamá.

La perspectiva de tal destino casi le hacía dar media vuelta hacia Londres de nuevo.

Sin embargo, no podía eludir su deber para siempre. Pronto debía contraer matrimonio y producir un heredero poco después para asegurar la sucesión.

Se estaba acercando cada vez más a la edad que tenía su propio padre cuando Daniel nació. Padre solo había durado diez años más, y ahora apenas recordaba su rostro. Daniel era el último descendiente varón directo de su linaje, y también tenía una familia de mujeres de las que preocuparse. No podía permitir que su patrimonio y título revirtieran a la corona o que algún pariente lejano y desconocido se presentara para heredarlo todo después de que él se hubiera ido. Su madre nunca le perdonaría si eso llegara a suceder.

Dio un largo trago a su cerveza cuando llegó y se preguntó adónde se habría ido su ayuda de cámara. Probablemente estaba enfurruñado en la habitación alquilada porque no podía darle un beso de buenas noches a su mamá esta noche. Daniel exhaló y sacudió la cabeza. Él nunca había hecho eso. Abrazar o besar a su madre para darle las buenas noches. Al menos, no que pudiera recordar. Un asentimiento de cabeza era su costumbre.

Todo el amor y consuelo que Daniel había conocido jamás había venido de su abuela Nolan,

una vieja bruja enérgica que parecía avergonzar a su hija con cada respiración y relataba sus hazañas pasadas con tanto deleite. La abuela había venido a vivir con ellos cuando papá murió y nunca se fue, o no se fue por mucho tiempo. Había visitado a sus viejas amigas en Portishead algunas veces a lo largo de los años, pero no últimamente.

Había echado mucho de menos a la abuela. Estaba deseando verla y escuchar sus historias descabelladas una vez más.

Una figura pasó corriendo frente a su ventana, captando la atención de Daniel. Cuando dos más la siguieron, también corriendo, sonrió. *Por fin*. Algo emocionante debía estar ocurriendo.

Se levantó y acercó su rostro al sucio cristal de la ventana.

Parecía haber algún tipo de conmoción justo fuera de su vista.

Se escuchó un vitoreo que llegó incluso a los ocupantes del interior de la posada, quienes se pusieron de pie y se dirigieron hacia la puerta al momento siguiente. Daniel se apresuró a seguirlos, con su curiosidad despertada y ansioso por cualquier evento que animara su estancia.

Una pared de gente bloqueaba su vista del alboroto en el estrecho callejón junto a la posada. Pero por encima del estruendo, oyó a una mujer gritando indignada. Su sonrisa se desvaneció. El sonido de angustia lo atrajo más hacia la multitud.

La mujer estaba furiosa por algo serio.

Daniel intentó abrirse paso hasta el frente, lo cual no era fácil ya que todos querían ver más de cerca lo que estaba pasando.

—¡No pueden hacer esto!

—Oh, sí que puedo —respondió un hombre—. Vamos, caballeros, no sean tímidos. ¿Quién necesita una mujer? Es fuerte, saludable y tiene todos sus dientes. ¿Cuánto ofrecen por ella?

Hubo un profundo silencio después de eso, y luego la dama llenó el aire con una serie de notables insultos. Su ingenio impresionó enormemente a Daniel. Ni siquiera el peor de sus amigos podría igualar a esta mujer en creatividad. *Él* ciertamente no podría.

Terminó al frente de la multitud y pudo ver mejor a la mujer.

Lo que le sorprendió fue que era joven, no podía tener mucho más de veintidós años, y a pesar del vestido andrajoso que llevaba, Daniel la encontró bastante atractiva. Siempre había preferido a las rubias.

Pero su ceño fruncido podría agrietar la tierra y su lengua azotaba con fuego al hombre que la sujetaba por un brazo. Sus miradas se encontraron, y a Daniel se le cortó la respiración. Se lamió los labios, y la mirada de la mujer bajó a su boca. La atracción chisporroteó en el aire entre ellos, y él dio otro paso adelante, con la intención de rescatarla o quizás reclamarla.

Pero el viejo debió haber sentido su intención y la atrajo hacia sí primero, y el momento pasó cuando ella apartó la mirada de él. Claramente, no estaba contenta con ser vendida al mejor postor como una yegua de premio en Tattersall's, y Daniel no podía culparla.

Las mujeres no eran propiedades para ser vendidas al mejor postor, a menos que fueran a casarse con una buena familia como parte del proceso. Eso parecía poco probable dada esta multitud.

Daniel se cruzó de brazos y miró con el ceño fruncido al hombre que la tenía cautiva. No era asunto suyo, pero se sintió obligado a decir algo sobre el asunto y poner fin a esta ridícula subasta de esposas.

—¿Acaso ya no tiene el vigor para montarla, señor?

La multitud se rio de su picante provocación.

El hombre se volvió para mirarlo, y Daniel se sorprendió por su aspecto abatido. Era viejo, su cabello salpicado de gris, y había profundas arrugas grabadas en su rostro. Parecía cansado hasta

los huesos.

El anciano lo miró de arriba abajo y asintió. —Me estoy muriendo —dijo simplemente, su voz ya no tan fuerte como cuando se había dirigido a la multitud—. Quiero que ella tenga una buena vida después de que me haya ido. ¿Está usted casado, señor?

—No —soltó. *Bueno, aún no.* Pero ya había tomado una decisión al respecto. Amy Wilson sería su esposa en unas pocas semanas. Con dieciocho años de edad, mente brillante y favorita de su madre, Amy sería una condesa perfectamente decente. Ya era experta en la gestión del hogar. Su temperamento, sin embargo, era sosegado, totalmente imperturbable, lo que la hacía perfecta para el papel de esposa de campo.

Miró a la mujer que estaba entre él y el anciano. Era más de su gusto que Amy, pero no podía tenerla.

Siempre se sentía atraído por las mujeres francas. La forma en que se aferraba al hombre mayor lo hacía sentir un poco envidioso. Parecía adorar al viejo ahora, a pesar de su intento de venderla hace un momento.

Hizo un gesto hacia ella. —Creo que preferiría quedarse con usted hasta el final.

—Por fin habla un hombre sensato —exclamó la joven, levantando las manos al aire. Su actitud se volvió tierna hacia el anciano—. Estaré bien —le prometió, suavizando mucho su tono mientras se inclinaba hacia él—. Necesito poco, y quiero pasar nuestros últimos días juntos.

—Necesitas un hogar para después de que me haya ido, cariño —dijo él, acariciando la mejilla de la joven—. Y un hombre que te proteja del daño que acecha en el mundo. Descansaría tranquilo en mi tumba sabiendo que alguien te cuida.

—Sí, pero ¿quién va a cuidar de su pobre próximo marido cuando ella vuelva a perder los estribos? —preguntó alguien entre la multitud.

Todos rieron, y la gente comenzó a dispersarse. Claramente, no habría pretendientes en este pueblo para una mujer así.

Daniel permaneció un momento más, conmovido por su situación. No podía ayudar a la mujer a encontrar un marido sustituto, pero podía tranquilizar al anciano sobre sus circunstancias actuales. Metió los dedos en el bolsillo de su chaleco y sacó unas monedas. —Tome. Coja esto.

Las soberanas de oro eran lo máximo que llevaba encima. Una fortuna para alguien de su condición inferior, muy probablemente. Más que suficiente para asegurar la comodidad de este anciano en sus últimos días, enterrarlo y quizás aún dejar suficiente para que su viuda viviera después de que él se hubiera ido.

—No necesitamos su dinero —dijo la mujer, erizada de indignación por la oferta de caridad de Daniel.

Pero el hombre mayor tomó las monedas y las guardó en su chaleco. —Gracias, señor. Que Dios lo bendiga. Tiene usted un buen corazón. Un verdadero santo.

—Difícilmente —murmuró entre dientes—. Que tengan un buen día.

—Sí, buen día —dijo el anciano con una leve sonrisa.

La mujer enganchó su brazo al del anciano. —Vamos a llevarte a casa.

Daniel asintió para sí mismo mientras se alejaba, sabiendo que había ayudado a alguien menos afortunado que él y sintiéndose bien por ello durante unos pasos. Se alegraba de haberse detenido aquí hoy.

Pero entonces un pequeño cuerpo chocó contra él, casi derribándolo. —Eh, cuidado.

Un niño de quizás ocho años luchó por separarse de él. Finalmente, empujó contra el pecho de Daniel y luego salió corriendo a través del pueblo.

Daniel frunció el ceño ante la prisa del muchacho y luego se enfurruñó. Lo mínimo que

podría haber hecho era disculparse.

Daniel se arregló el abrigo mientras se dirigía de vuelta a la posada, pero la sensación de satisfacción se desvaneció con cada paso que daba más cerca de casa. ¿Era su inminente matrimonio lo que le había robado una mayor satisfacción por la buena acción realizada hoy, o el descubrimiento del rostro ansioso de Sunday esperándolo en la entrada de la posada?

Sunday frunció el ceño oscuramente. —¿Pensé que me habías dejado aquí!

—Nunca haría eso —prometió Daniel, riéndose del pobre Sunday y apartando sus dudas una vez más. Estaba haciendo lo correcto, volviendo a casa para casarse, pero Sunday era un preocupado hasta la médula, lo que lo convertía en un perfecto ayuda de cámara para un hombre algo descuidado—. ¿Adónde fuiste? Pensé que te unirías a mí en la taberna para tomar una cerveza.

La expresión de Sunday se volvió aún más desaprobadora. —He hablado con el cocinero y he arreglado que le sirvan la cena en sus aposentos esta noche. No hay comedor privado. Solo hay estofado de cordero, probablemente desprovisto de cordero, por cierto. Comería mejor si tan solo volviéramos a casa esta noche.

—Es suficiente para una noche —decidió—. Sunday, te has vuelto verdaderamente quisquilloso en tu vejez.

Sunday solo tenía veintitrés años. Unos años más joven que Daniel, pero mucho más conservador en sus opiniones y expectativas de servicio. Había entrado al servicio de Daniel a la tierna edad de doce años, como ayuda de cámara temporal, y nunca había dejado el puesto. A lo largo de los años viviendo en Londres, sin embargo, Sunday había adquirido un aprecio por las cosas más finas de la vida y siempre esperaba que Daniel quisiera lo mismo.

Pero a diferencia de Sunday, Daniel había tenido a su vieja abuela en el oído, suplicándole que nunca dejara que su título o riqueza se le subieran a la cabeza. La abuela decía que si era demasiado propio, demasiado preocupado por su propia importancia, se perdería toda la diversión. Así que eso había impulsado a Daniel a buscar aventuras en cualquier parte y en todas partes. Salón de juego, burdel o baile de alta sociedad.

Daniel había tenido un exceso de diversión a lo largo de los años siguiendo el consejo de la abuela, para disgusto de su madre. Por eso estaba finalmente listo para sentar cabeza. No podía pensar en nada más que quedara por experimentar en el mundo. El matrimonio sería su última gran aventura, suponía. Que fuera divertido o no dependía de él y de su futura esposa para llegar a un acuerdo.

Volvió a entrar en la taberna y se sentó en la mesa junto a la ventana, notando que las jarras que no había terminado antes estaban vacías. Alguien le había aliviado de su cerveza en su ausencia de la taberna. Era su propia maldita culpa por dejarla atrás, por supuesto. Pero aun así lanzó una mirada de disgusto a los pocos ocupantes de la sala antes de pedir otro par de jarras al posadero.

Acercó las jarras cuando llegaron. No se dejaría distraer de ellas otra vez.

Después de todo, sería su última noche de total libertad antes de comprometerse, y tenía la intención de terminar su soltería en sus propios términos.

Echó un vistazo a la sala y a los demás ocupantes una vez más y suspiró ante la obvia falta de potencial entretenimiento y compañía femenina. Ni siquiera había una hermosa sirvienta que pudiera sonreírle esta noche o coquetear con él.

Daniel se hundió en su silla, bebiendo a sorbos su cerveza, pero su mente se volvió hacia el pasado y todas las mujeres que había conocido. En realidad, no lamentaba haberlas dejado atrás. Lo que más lamentaba era no haber encontrado a esa mujer por la que pudiera mover cielo y

tierra. Algunos decían que el amor valía cualquier sacrificio. Daniel tendría que esperar para descubrir si eso era cierto o no.

Quizás se enamoraría de su futura esposa cuando la viera de nuevo. Hacía mucho tiempo que no veía a Amy, y ahora apenas tenía la edad suficiente para contraer matrimonio.

Terminó su cerveza en soledad y luego miró alrededor para ver que Sunday había regresado.

—Su cena está lista.

—Bien —Daniel se levantó y subió las escaleras solo, mientras Sunday desaparecía hacia los establos donde pasaría la noche en el cómodo carruaje de Daniel, probablemente refunfuñando o soñando con estar de vuelta en casa en su propia cama de plumas.

Entró en su habitación y miró alrededor. Una cama, una silla y una mesa, y un fuego. Casi todo lo que un soltero podría necesitar. Una mujer en esa cama habría completado el cuadro.

Pero no habría una última noche de desenfreno aquí.

Se dirigió directamente a la pequeña y desgastada mesa junto a la ventana y se sentó con un profundo suspiro. Encontró el prometido estofado de cordero y un duro panecillo a su lado. No era tan quisquilloso como Sunday y sabía que sería suficiente, pero tenía que admitir que su última comida y noche como soltero estaba resultando ser una gran decepción.

CAPÍTULO DOS

—¿Conseguimos todo? —preguntó Marian al unirse a los demás después de tomar el camino largo hasta su campamento para que no pudieran seguirla. Echó un vistazo a la mesa y sonrió—. Reloj de bolsillo, navaja con mango de perlas y el resto de las monedas que llevaba —observó con aprobación, dejándose caer en un tronco junto a su tío. Pero la segunda moneda de oro que el tipo les había dado brillaba por su ausencia. Sin embargo, Marian sabía que era mejor no cuestionar a su tío sobre eso. El tío siempre guardaba algo para los días difíciles.

—Sí, bien hecho, todos —murmuró el tío Crossman mientras acercaba todo hacia sí y comenzaba una cuidadosa inspección de cada objeto. Guardó algunos en sus bolsillos, otros los dejó fuera, pero cuando levantó la moneda de oro, su ceño se frunció—. ¿De verdad esto era todo lo que llevaba?

Marian miró alrededor al miembro más joven de su grupo, Billy, quien asintió vigorosamente. Era joven pero ya muy hábil para vaciar bolsillos sin ser detectado.

A Marian le caía bien el joven Billy, pero también se preocupaba por él. No hablaba, y ninguna cantidad de estímulos podía hacerle pronunciar un solo sonido. Pero era pequeño y ágil y cumplía las órdenes sin quejarse, así que el tío lo utilizaba tan a menudo como fuera necesario.

El tío y Tommy, un joven fornido de su grupo itinerante, planeaban asaltar el carruaje del hombre rico en el camino mañana. Hoy, habían puesto a prueba qué tan profundos podrían ser los bolsillos de su objetivo con esa pequeña farsa entre ella y el tío fuera de la posada Wraxall.

Todos estaban seguros de que tenía más para robar, pero la última vez que se habían encontrado con alguien así en el camino, había sido un asunto desagradable. Se derramó sangre, y eso no era habitual para su grupo y algo que a Marian le gustaría evitar que volviera a suceder.

Cuando vio la oportunidad de evitar posibles problemas mañana, le había hecho una señal a Billy para que chocara con el joven. Billy había vaciado sus bolsillos sin problemas ni vacilaciones, y eso demostró que no era tan adinerado como todos habían imaginado. Ciertamente no actuaba como ninguno de los ricachones que ella había conocido en el camino.

—Habría pensado que con la forma en que su ayuda de cámara se quejaba sobre el estado lamentable de la posada, su amo llevaría más encima —el tío frunció los labios y miró a Billy—. ¿Estás seguro de que esto es todo, muchacho?

Billy asintió vigorosamente y se acercó a Marian, así que ella habló por él:

—No sintió nada.

Beatrice se rió entre dientes.

—Tal vez disfrutó que un extraño niño pequeño lo agarrara durante tanto tiempo. Quizás Billy debería volver corriendo e intentarlo de nuevo.

Billy se apoyó con más fuerza en su costado, y Marian lo rodeó con el brazo. Beatrice podía ser cruel con Billy y a menudo decía cosas horribles que solían asustarlo. Marian le lanzó una mirada de desaprobación a Beatrice.

—Déjalo en paz. Lo hizo bien hoy.

—Sí, bien hecho, Billy —dijo el tío Crossman, sonriendo cariñosamente al niño.

Marian le revolvió el pelo y sonrió. Sabía muy poco sobre el pasado de Billy, pero claramente había sufrido maltrato a manos de otros antes de que lo encontraran. Tenía miedo de la mayoría de los hombres, especialmente de hombres tan grandes como Tommy, sin embargo, había confiado en el tío Crossman y en ella desde el momento en que se conocieron.

El tío les lanzó a cada uno unas cuantas monedas de poco valor, su parte de la ganancia, que todos guardaron apresuradamente en varios bolsillos ocultos.

Era un botín decepcionante para todos los demás, pero Marian estaba satisfecha con su día. Tal vez acababa de salvar a un apuesto caballero de un daño innecesario a manos de ellos mañana.

El tío prefería que sus objetivos fueran ricos y tontos, hombres que bebían mucho y notaban poco lo que sucedía a su alrededor hasta que era demasiado tarde. Podría estar satisfecho con tener solo esa segunda moneda de oro secreta en su bolsillo.

Los ojos de Tommy se posaron en ella y se estrecharon con irritación apenas disimulada. Marian le devolvió la sonrisa, pero en privado se preocupaba por sus intenciones ahora. Últimamente, Tommy había estado abogando por un enfoque más directo para llenar sus bolsillos. Podían sobrevivir robando carteras y pidiendo caridad, pero él siempre quería más. Marian había percibido su interés en el carruaje de viaje tan pronto como había rodado por el último pueblo y sabía que terminaría mal para alguien. Había escuchado todos los argumentos a favor y en contra de tomar el carruaje por la fuerza cuando y si salía de Wraxall mañana.

Les iría mal a los mozos del carruaje en particular y al caballero del interior también. Y, por supuesto, habría consecuencias para su familia si los atrapaban robándolo.

Tommy parecía pensar que era invencible y que podía tomar cualquier cosa que le llamara la atención estos días. Beatrice lo alentaba a creer eso también.

Echó una mirada cuidadosa a Beatrice, ocultando lo que sentía por la mujer. Todo había cambiado cuando Beatrice Woods se unió a su pequeño grupo hace seis meses. Al principio, había sido un consuelo tener a otra mujer siempre cerca. Alguien con quien hablar y conocedora de la suerte de las mujeres en la vida. Pero eso fue solo en las primeras semanas. Una vez que Beatrice había asegurado su lugar en su grupo, había mostrado sus verdaderos colores, discrepando con Marian a cada paso, coqueteando con Crossman, y como él no había desalentado sus atenciones, ella había comenzado a expresar sus opiniones más libremente.

Sin embargo, últimamente, le parecía a Marian que Beatrice y Tommy habían formado una alianza secreta. Habían comenzado a susurrar juntos cuando el tío Crossman no estaba cerca y más de unas pocas veces se habían escabullido juntos por la noche, aunque ambos fingían lo contrario al día siguiente. Tal vez era amor, o solo un apareamiento conveniente. De cualquier manera, Marian tenía un mal presentimiento sobre ellos acercándose más.

—Por la forma en que se quejaba uno de los sirvientes, su amo es rico. Espero que tenga joyas escondidas en alguna parte —dijo Beatrice de repente, entrecerrando los ojos hacia Billy.

Marian comprobó la reacción de Billy a sus palabras y negó con la cabeza.

—No llevaba ninguna encima, Beatrice, o Billy nos lo habría dicho, por supuesto. Quizás las joyas se quedaron en su carruaje.

—No —respondió Tommy secamente—. Busqué compartimentos ocultos cuando los

hombres entraron a cenar.

—Entonces no debe haber tenido ninguna —dijo ella, haciendo una mueca—. Lo siento, tío, sé que esperabas más ganancias que esto.

Habían estado observando carruajes finos pasar por este camino durante meses, con la gran esperanza de que esta vez pudieran retirarse con su botín. Los caballeros ricos casi nunca se detenían en este pueblo en particular.

—Es, como siempre, una apuesta —reflexionó el tío—. Creo que es hora de volver a lo que mejor hacemos. Ya hemos viajado tan al oeste como me apetece. Es hora de volver a casa.

La casa del tío. Un lugar que Marian no había visto en tantos meses, pero no era de donde provenía originalmente. Portishead era donde sus pobres padres estaban enterrados y donde ella se encontraba cuando su tío había venido a llorar a su querido hermano, aunque llevara un apellido diferente.

Había tenido suerte de que alguien la acogiera como huérfana, familia, pero el tío nunca se había quedado mucho tiempo en un mismo lugar o pueblo.

Tommy miró de reojo al tío, y apretó la mandíbula antes de alejarse a grandes zancadas. Tras un momento, Beatrice dejó a un lado su costura y se dirigió en dirección opuesta a Tommy.

Marian no se dejó engañar y miró hacia su tío para ver si sospechaba algo. Estaba demasiado ocupado con sus mercancías robadas como para parecer notarlo.

Él miró en su dirección.

—Lo has hecho bien hoy —dijo—. No tiene sentido arriesgarnos todos por tan poca ganancia.

—Dudo que lo pillemos desprevenido una segunda vez —advirtió ella.

—Hay más de una forma de desollar a un gato —dijo el tío enigmáticamente, sonriendo mientras pulía el reloj de bolsillo con su pañuelo—. Esto nos dará una buena suma. Más para tu dote —prometió, pero eso solo lo decía en broma.

Marian tenía poco de lo suyo o esperaba tener, y nada de verdadero valor sin lo que no pudiera vivir. Le gustaba mantener siempre sus pertenencias al mínimo y listas porque nunca sabía cuándo tendría que hacer una escapada rápida.

Hurgó en el saco de comida.

—Billy, esto es para ti —dijo, ofreciéndole un trozo de pan y luego algo de queso. Era un niño en crecimiento, pero nunca pedía que lo alimentaran. Alguien tenía que cuidar de él, y le había tocado a ella hacerlo.

Notó que sus manos estaban sucias y arrugó la nariz al ver el estado de su vestido. Agarró su bolsa.

—Necesito un momento a solas para lavarme y cambiarme. Iré río abajo —murmuró, y el tío asintió distraídamente. Pero Billy se apresuró a entregarle su capa. Ella le dio las gracias mientras se la pasaba, y se alejó sola hacia el bosque.

Viajaban como una familia, un padre anciano y sus cuatro hijos sin madre, pasando de pueblo en pueblo sin que nadie sospechara que los estaban robando tan pronto como los conocían.

En ese momento, su carruaje llevaba una fortuna en bienes robados en compartimentos ocultos bajo el suelo y los asientos. Venderían sus mercancías más tarde a un conocido que sabía que era mejor no preguntar de dónde venían.

Marian se apresuró hacia el arroyo, se agachó bajo la rama baja de un árbol grande para cambiarse a ropa de viaje y lavarse. Una vez vestida de nuevo, se sentó en una roca para disfrutar de la paz de su entorno.

Era raro que estuviera completamente sola últimamente, pero disfrutaba de estos pequeños momentos de paz en el camino y por su cuenta. En tales momentos, reflexionaba sobre cómo habría sido su vida si sus padres no hubieran muerto tan jóvenes y la hubieran dejado huérfana. ¿Estaría casada y viviendo en una casa elegante en algún lugar con media docena de niños correteando?

Era un anhelo secreto que nunca podría hacerse realidad. Ningún hombre se casaría a sabiendas con una ladrona y Marian no mentiría sobre su pasado solo para tener un anillo en el dedo. No tenía ninguna buena razón para cambiar sus costumbres a estas alturas, ¿verdad?

Apartó cualquier remordimiento persistente con un movimiento de cabeza y pensó en el apuesto caballero que había conocido hoy. Había sido demasiado fácil de engañar. Claramente, era próspero y bastante amable con los extraños necesitados. Pero la forma en que la había mirado al principio, sin embargo, sugería que podría ser un poco libertino cuando se trataba de mujeres.

Marian lo aprobaba.

No estaba demasiado preocupada por la baja moral de los caballeros, o incluso de las mujeres. De hecho, siempre le sorprendía la decencia. En su opinión, mientras un hombre fuera amable con sus sirvientes, no golpear a sus amantes o esposa e hijos, podía hacer lo que quisiera en todas partes.

Sin embargo, decían que la mayoría de los libertinos terminaban casados. Reformados. Marian se estremeció. Imaginó que podría haber un hombre que la mirara, conociera su pasado como ladrona, y pensara: "Haré de ella una mujer honesta".

Marian no pudo evitar reírse y luego inmediatamente se imaginó al apuesto hombre que había conocido hoy de rodillas. Suplicando por su mano en matrimonio. Qué locura.

Pero era un hombre que podría haber tenido la oportunidad de alejarla de la vida escandalosa que llevaba. Había algo en sus ojos y su sonrisa que sugería que sería divertido jugar con él.

Marian dejó escapar un suave suspiro y cerró los ojos, llevando los sonidos del bosque a su alma e imaginando el apuesto rostro del hombre sobre ella. Sus labios entreabiertos justo antes de besarla hasta dejarla sin sentido. Probablemente sería un buen amante para alguien digno de tal honor.

—Esperamos demasiado para atacar de nuevo —se quejó Tommy de repente—. Ni siquiera puede verlo.

Los ojos de Marian se abrieron de golpe, pero no había ningún Tommy de pie frente a ella. Se dio la vuelta pero permaneció oculta, curiosa por saber con quién estaba hablando.

—Pero tú sí puedes —canturreó Beatrice—. ¿Cuánto tiempo más vas a aguantar esto? ¿No ves que ella está tomando el control, y el viejo se lo está permitiendo? Decidimos tomar el carruaje mañana por la mañana, y ella cree que unas cuantas baratijas sin valor hoy son algo de lo que jactarse. Cuando ese tipo descubra que le han vaciado los bolsillos, estará en guardia mañana y no conseguiremos el resto.

—Alertará a las autoridades —gruñó Tommy sombríamente—. ¡Debería haberle retorcido el cuello allí mismo!

Marian se hizo lo más pequeña que pudo, manteniéndose en silencio mientras escuchaba a Tommy y Beatrice quejarse de sus acciones, su compromiso de proteger sus vidas aparentemente sin valor para ellos. Solo estaba haciendo lo que el tío le había enseñado a hacer. Robar a los ricos, y pasar la riqueza a él y asegurarse de que nunca los atraparan.

A Tommy, Beatrice e incluso Billy se les había enseñado lo mismo, y cada uno lo hacía a su manera.

—La chica cumplió su propósito, pero se ha vuelto demasiado blanda para este juego —le dijo Beatrice—. Es por el chico.

—No te preocupes por el chico. Lo necesitamos —argumentó Tommy—. Pero a ella no. Ya no. Uno de estos días, sus ruidosas protestas serán recordadas y llamarán demasiado la atención sobre nosotros.

Marian se quedó boquiabierta. Había estado con Crossman más tiempo que Tommy. Por qué, si no fuera por su *corazón blando*, Tommy aún estaría mendigando en una esquina.

—Crossman no la dejará atrás sin una buena razón —advirtió Beatrice—. Es su familia, y es sentimental con ella.

—Ella no está más emparentada con él que yo, y puedo garantizar que la deja atrás ahora —prometió Tommy ominosamente—. Crossman ha sacado todo el provecho posible de la mocosa, pero no puede tolerar la deslealtad.

—Parece leal conmigo —murmuró Beatrice—. ¿Qué te hace pensar lo contrario?

—Ella tampoco tolera la deslealtad —dijo Tommy, y luego se rio entre dientes—. Crossman solo acogió a Marian en lugar de un pago cuando murió su padre. Me dijo que una vez intentó venderla al mejor postor, pero la niña de alguna manera escapó y regresó con él, sin darse cuenta nunca de que Crossman estaba detrás de todo. Desde entonces, ha hecho una fortuna vendiéndola en cada pueblo. Pero no puede hacer eso para siempre. Pronto tendrá que ponerla a trabajar de otras maneras y a la señorita altiva no le gustará nada eso. La primera lealtad de Crossman siempre es al dinero, y si cree que ella lo traicionó hoy, nunca volverá a confiar en ella. Y si de alguna manera se entera de toda la verdad, se habrá ido al anochecer.

Hubo una larga pausa. —¿Qué vas a hacer?

—Ya está hecho. Me he asegurado de que veré que su mascota es una responsabilidad que ya no puede permitirse mantener. Cuando volvamos al pueblo, pide prestada su capa y haz un espectáculo revisando sus bolsillos delante de Crossman.

Marian permaneció inmóvil, confundida e indignada por lo que había escuchado. Siempre había sido completamente leal al tío Crossman y a todos en su troupe. Nunca se había quedado con una sola cosa que su tío no le hubiera dado primero. No había ocultado nada.

Pero ahora Tommy afirmaba que el tío Crossman no era realmente su tío, y estaba trabajando en algún plan para poner a Crossman en su contra. Obviamente había plantado algo en su capa para probarlo.

Marian miró su capa, que estaba fuera de su alcance. No podía moverse para revisarla y se presionó los dedos sobre los labios para contener un gruñido de frustración. Crossman había sido como un padre para ella todos estos años. Había pensado que la había protegido de hombres como el extraño que había intentado llevársela cuando era pequeña.

Pero, ¿era todo una mentira?

Toda su vida. Desaparecida en un abrir y cerrar de ojos. ¿Cómo pudo no haber sospechado que estaba siendo utilizada? Nunca habría confiado en Crossman si lo hubiera entendido.

Pero era muy joven cuando quedó huérfana y agradecida de que Crossman la hubiera acogido y le hubiera llenado el estómago vacío. Pero ni una sola vez había dicho que no estaban emparentados cuando ella lo llamaba tío.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al recordar todos esos momentos de afecto entre ellos, una mentira retorcida que la hacía sentir sucia. El pellizco en la mejilla, las cariñosas palmaditas en la cabeza cuando le ofrecía lo que había tomado de los extraños.

Marian se encogió ante esos recuerdos mientras adquirían un nuevo y horrible significado. Crossman la *había* tratado como una mascota. Como una propiedad.

—Sabe demasiado como para que simplemente la deje ir —advirtió Beatrice—. Tampoco podemos arriesgarnos a que vaya a las autoridades y cuente historias sobre nosotros.

—No, no podemos —concordó Tommy—. Si nos da algún problema, me ocuparé de ella a mi manera. ¿Dónde está, de todos modos?

—De vuelta con Crossman y el chico, sin duda. Siempre está haciéndole la pelota al viejo y mimando al chico. Susurrando para ponerlos en tu contra —sugirió Beatrice, alimentando las inseguridades de Tommy con mentiras sobre sus lealtades.

Si Tommy creía a Beatrice, y parecía que debía hacerlo, Marian estaba condenada.

—¿Qué vas a hacer con lo de mañana?

—Nada ha cambiado —prometió Tommy, y Marian se estremeció de miedo—. Quiero borrar esa sonrisa petulante de la cara de ese tipo.

—Siempre podríamos echar un vistazo a la habitación mientras duerme esta noche —sugirió Beatrice en un tono zalamero—. Si se despierta, podrías interrogarlo a fondo y no tendríamos que contarles a los demás lo que podríamos encontrar allí.

Marian hizo una mueca. Lo atarían o lo amenazarían con hacerle daño a menos que confesara la ubicación de todo lo de valor.

—No. Es demasiado arriesgado. Alguien podría vernos allí. Tú volverías sola al campamento antes de que él venga y nos encuentre juntos —dijo Tommy de repente.

—No querría eso —ronroneó Beatrice—. Soñaré que estás en mi cama esta noche.

—Más te vale —gruñó Tommy, y luego se oyó el inconfundible sonido de la pareja besándose.

Marian hizo una mueca, tratando de no escuchar los gemidos teatrales y probablemente falsos de placer de Beatrice al ser besada al otro lado del árbol.

Después de un beso insoportablemente largo, la pareja se alejó por separado, pero un escalofrío recorría todo el cuerpo de Marian por la terrible conversación que había escuchado.

Querían deshacerse de ella por cualquier medio. Se deshacerían de ella y esta noche.

Se abalanzó sobre su capa y registró los bolsillos, incluso los secretos que ella misma había cosido.

Marian casi había abandonado la búsqueda cuando tocó algo frío que no reconocía. Desconcertada, retiró la mano... y encontró un bonito anillo de señora que no reconocía.

Una banda de oro amarillo opaco y una sola piedra de ópalo.

Una bonita baratija destinada a una dama.

Maldijo entre dientes. Billy debía haberlo encontrado en los bolsillos del hombre apuesto, y Tommy le había dicho que se lo diera a ella y no dejara que nadie más lo viera primero.

Normalmente nunca se habría quedado con semejante tesoro. Se lo habría dado directamente a Crossman, como había hecho con todas las demás cosas.

Recordaba claramente a Billy tocando su capa, entregándosela justo antes de que ella dejara el campamento para cambiarse. Solo Billy podría haberlo escondido en su capa sin que ella sospechara de él.

Y Tommy lo había instigado a hacerlo. Lo había amenazado con quién sabe qué para que traicionara su confianza.

Marian maldijo entre dientes. Si Crossman la encontraba con este anillo, aunque no supiera nada al respecto, no le iría nada bien. Nada bien en absoluto. Y Billy nunca podría revelar la verdad de dónde había salido, ya que nunca hablaba.

Sería su palabra contra la prueba irrefutable de riquezas en su posesión.

Realmente estaba condenada.

Ya no podía confiar en nadie. Ni en Tommy, ni en Beatrice, ni en Billy, ni siquiera en Crossman.

Hasta ahora, se había creído a salvo, protegida, pero podría no haber nada que impidiera a Tommy deshacerse de ella una vez que convencieran a Crossman de que le había robado.

Pero, ¿qué iba a hacer al respecto?

Difícilmente podía correr hacia Crossman en el campamento, suplicarle que la creyera y, acto seguido, acusar a Tommy y Beatrice de intentar tomar el control, que seguramente debía ser su plan. Ciertamente era el de Beatrice.

El instinto de supervivencia de Marian siempre había sido fuerte, y revisó todos los bolsillos secretos que había cosido en su vestido para asegurarse de que tenía todo lo que le importaba. Dinero. Siempre llevaba algunas monedas encima. No tantas como para tintinear, pero suficientes para pagar sus próximas comidas. Lo que tenía era más que suficiente para un viaje en carruaje fuera de Wraxall, pero probablemente no alcanzara también para una habitación en una posada.

Pero ella era una superviviente y no le preocupaban los estrictos principios morales por los que vivían las damas decentes. Había muchos lugares donde encontrar refugio.

Marian escondió su ropa vieja bajo un montón de hojas caídas y se puso su capa oscura sobre el vestido de mejor calidad que llevaba puesto.

Tenía que moverse rápido, y sola. Mantenerse lejos de territorios familiares donde pudiera cruzarse de nuevo con la troupe.

Sintió una punzada momentánea por dejar atrás a Billy, porque no creía que él hubiera querido traicionar su confianza. Tommy podía ser muy persuasivo cuando quería. Al muchacho no le habrían dado otra opción más que obedecer.

Se las arreglaría bien sin ella. Tommy dijo que lo necesitaba, y Crossman se aseguraría de que estuviera alimentado y se ganara el sustento.

Por mucho que quisiera, Marian no se atrevía a volver para preguntarle a Billy sobre el asunto. O tenía que enterrar el anillo aquí y ahora, o huir con él.

Marian se deslizó el anillo en el dedo, descubriendo que le quedaba perfecto mientras lo admiraba por un momento.

Pero la bonita baratija no estaba destinada a que una ladrona la conservara, y sabía que debía devolverla. Crossman nunca le habría permitido quedársela. La vendería por dinero a la primera oportunidad.

Marian se lo devolvería al caballero de la posada de alguna manera. ¿Habría tenido la intención de dárselo a su amante? Seguramente querría recuperarlo. Puede que incluso recompensaran a Marian. Dinero o un carruaje rápido para alejarse de aquí servirían.

Marian miró por encima del hombro, dándose cuenta de que estaba perdiendo un tiempo precioso debatiendo. No podía quedarse en el bosque para que Tommy o Beatrice la encontraran, dadas sus intenciones.

Marian salió sigilosamente de su escondite y luego se levantó las faldas para mantenerlas limpias mientras seguía el lecho del río más adentro del bosque. Cuando juzgó que había viajado lo suficiente, cambió de dirección para dirigirse directamente hacia la posada. El arroyo serpenteaba alrededor del pueblo y cerca de la posada.

Sería el escondite perfecto para ella esta noche. Era el último lugar donde esperarían que fuera.

Crossman, Tommy y Beatrice, y Billy pasarían la noche pensando que Marian estaba perdida en algún lugar del bosque, y nunca imaginarían que había huido de ellos hasta que fuera

demasiado tarde para atraparla.

CAPÍTULO TRES

Daniel estaba adormilándose junto al fuego cuando la puerta crujió al abrirse.

—He terminado —dijo—. Pueden llevarse la bandeja.

—No he venido por tu bandeja —dijo una mujer detrás de él—. ¿Puedo pasar?

Daniel giró en su silla, boquiabierto al ver a la joven del patio de la posada de pie en el umbral. La revolucionaria estaba en su habitación, pero sola. Llevaba el pelo medio suelto y necesitaba un buen arreglo, y parecía haber estado llorando. Se puso de pie de un salto.

—¿Qué ha pasado?

—Nada que pudiera haber anticipado. Tenía que verte —dijo ella, deslizándose dentro y cerrando la puerta tras de sí.

—No entiendo —dijo él, acercándose a ella, atraído por el temblor en su voz—. ¿Ya ha muerto?

—No. Al menos no creo. Lo he dejado. Fuiste tan amable conmigo antes, y pensé —dijo, bajando la barbilla y mirándolo por debajo de sus pestañas— que podrías volver a serlo.

—Contigo o con tu marido —dijo él, acercándose más—. Por cierto, ¿dónde está?

—No es mi marido —soltó ella.

Daniel parpadeó varias veces.

—P-pero pensé, dado lo que dijo sobre vuestro futuro, que él era...

—Te engañó. Deliberadamente —admitió ella—. Suele hacerlo.

Daniel frunció el ceño.

—¿Por qué?

La mujer se humedeció los labios.

—Para poder decidir si puede vaciarte los bolsillos más tarde —confesó.

Daniel volvió a parpadear. ¿Le habían engañado para que simpatizara con su situación y entregara su dinero sin motivo?

—Y supongo que el hombre probablemente tampoco se estaba muriendo, ¿verdad? —Maldijo cuando ella asintió—. Entonces, ¿qué haces aquí ahora? ¿Buscas más caridad de mi parte?

—No tengo adónde ir —Levantó la cara y él vio que tenía las mejillas surcadas de lágrimas—. Me matarán por venir a verte esta noche —susurró.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Porque estás hablando con un desconocido?

Ella se abalanzó hacia él, presionando sus manos contra su pecho.

—He venido a advertirte. Mañana, en el camino, asegúrate de que tus hombres vayan

completamente armados.

Daniel retrocedió sorprendido.

—¿Estás diciendo que también son bandoleros?

—No exactamente, pero gente como nosotros está en cualquier lugar donde haya riquezas que tomar —le advirtió.

—Y tú trabajas para ellos —preguntó, conociendo ya la respuesta condenatoria. Ella también era una ladrona, y eso explicaba dónde habían ido a parar su reloj de bolsillo y su cuchillo. Miró a su alrededor algo nervioso. Estaba solo con una mujer que confesaba estar aliada con ladrones y posiblemente asesinos. Se acercó a la puerta y se aseguró de que estuviera bien cerrada contra otros intrusos. Sus hombres estaban demasiado lejos, pero podía defenderse fácilmente de una mujer pequeña—. ¿Cuántos son?

—Éramos cinco, antes de que me fuera.

Daniel se volvió hacia la mujer y se apoyó en el marco de madera antes de pensarlo mejor. Prefería no sentir una puñalada a través de una grieta en la madera. Se dirigió hacia su equipaje, donde tenía una pistola y munición entre sus chalecos, tratando de ocultar su nerviosismo.

—Durante todo el tiempo que lo he conocido, pensé que el líder de nuestro grupo era mi familia —dijo ella—. Pero acabo de descubrir que puede que no sea ningún pariente en absoluto. Lo siento. Sé que apenas te pueden importar mis problemas, pero no quiero verte herido. Mañana, debes estar en guardia tan pronto como salgas por esa puerta.

—Lo estaré. Gracias a ti.

Ella dio unos pasos hacia la puerta, levantando la mano hacia el pestillo.

—Adiós y buena suerte, señor. Cierra con llave detrás de mí.

Daniel maldijo por lo bajo.

—Espera. ¿Adónde vas?

—No lo sé, pero tiene que ser a algún lugar donde no puedan encontrarme. Supongo que apenas te importará mientras me vaya lejos. Nunca volverás a verme.

Daniel cruzó la habitación y puso su mano en la puerta para mantenerla cerrada.

—Hay más cosas que necesito saber sobre tus amigos. Su habilidad con las armas. Las armas que llevan.

Ella lo miró y esa sensación que lo había invadido en el patio de la posada regresó. Parpadeó y bajó la mirada.

—Un anciano pasado de su mejor momento, un hombre más cercano a tu edad, una mujer cerca de la mía y un chico joven. El chico no es alguien a quien temer.

—Lo es si fue él quien chocó conmigo hoy —gruñó Daniel, y luego se palpó todos los bolsillos, solo para recordar que estaban vacíos—. Se llevó mi reloj de bolsillo favorito.

—Solo estaba haciendo lo que le dijeron. Lo que yo le dije que hiciera, y también lo siento por eso. Ten cuidado mañana, señor —susurró, intentando abrir la puerta y salir—. No me gustaría que resultaras herido.

Él mantuvo su peso contra la puerta, negándose a dejarla pasar e intentando atrapar su mirada de nuevo.

—¿Eso ocurre a menudo a tu alrededor? ¿Que la gente resulte herida?

—No, no ha sido común. Tommy, el joven de la compañía, se está impacientando por recibir órdenes y sus pequeñas ganancias. Creo que piensa tomar el control pronto, le guste o no a Crossman.

—¿Crossman?

—El hombre al que llamé tío —dijo con un gesto desafiante de su barbilla—. Atranca esta

puerta detrás de mí cuando me vaya.

—Seguramente no serían tan descarados como para montar un asalto contra mí aquí, de todos los lugares —dijo él, medio preocupado de que pudieran hacerlo.

—Yo lo hice —respondió ella, y luego sonrió rápidamente—. Pero no por la misma razón que los otros podrían. Nunca deberías dejar una puerta sin llave, incluso si estás completamente despierto. Déjame pasar, señor.

—No. Dime primero adónde vas.

—Necesito encontrar un lugar seco para esconderme esta noche hasta que llegue un carruaje.

—Que pagarás con ganancias mal habidas, supongo.

Ella asintió.

Daniel debería dejarla ir ahora, pero claramente oía el golpeteo de la lluvia contra su ventana. Finalmente, logró mirarla a los ojos.

—Entonces, ¿realmente los has dejado?

Ella tragó saliva.

—Sí, con todo lo que poseo encima y un poco de dinero para un viaje en carruaje mañana. Estaré huyendo por mi vida durante mucho tiempo y sin nadie a quien llamar amigo.

Él consideró sus palabras, probablemente una exageración para ganarse simpatía y sus perspectivas de una vida mejor en otro lugar. Una mujer viajando sola, dejando la compañía de ladrones y asesinos con la esperanza de un lugar mejor y más seguro al que llamar hogar, estaría agradecida por cualquier ayuda. Le deseaba suerte con su ambición, pero temía que fuera un cuento de hadas sin un final feliz a la vista.

Ella no parecía el tipo de persona en quien debería confiar... pero quería ayudar a esta mujer y creer que no pretendía hacerle más daño. Puede que acabara de salvarle la vida mañana, y él podría pagarle completamente ofreciéndole refugio por la noche.

—Parecías apreciar al anciano —preguntó, buscando aclaración antes de comprometerse.

—Eso fue antes de que me enterara de que realmente me vendió una vez cuando era niña —dijo ella, levantando la barbilla. Pero sus labios temblaron—. Como una tonta, escapé para volver con él sin saber que era la razón por la que me habían llevado.

Daniel retrocedió conmovido al escuchar lo que le habían hecho de niña, pero luego entrecerró los ojos.

—¿Te estaba vendiendo de nuevo hoy?

—Eso fue diferente. Estaba planificado y todos lo sabíamos. Es un juego que hacemos con viajeros ricos e incautos. Sabía lo que iba a pasar hoy, pero la primera vez, cuando era niña, no lo sabía. Él obtuvo ganancias entregándome a un completo extraño —gruñó, alzando la voz—. Y volví corriendo a él en busca de protección pensando que era mi familia. Me siento tan estúpida.

Podría ser todo una mentira, pero apostaría su vida a que su enojo era completamente real. Y le preocupaba lo que su tío pudiera hacerle por tratar de advertirle sobre la emboscada de mañana cuando la alcanzara de nuevo. Era solo una cosita. Apenas le llegaba al hombro.

Se le escapó un sollozo y ella pisoteó, mirando hacia arriba y alrededor y a cualquier parte menos a él mientras se secaba los ojos con rabia.

Daniel se acercó a ella, su corazón latiendo cada vez más rápido mientras le acunaba suavemente el rostro con una mano. La mujer mantuvo la mirada baja mientras las lágrimas seguían brotando de sus ojos, pero luego se apoyó un poco más en su toque.

Pobre criatura. Obligada a relacionarse con ladrones y canallas toda su vida. Engañada durante años. No sabía qué más podía hacer para ayudarla, pero al menos podía estar ahí para ella esta noche.

Daniel se arriesgó a intentar abrazar a la mujer cuando el instinto de protegerla de más daño lo invadió.

—Hiciste lo correcto al venir a advertirme.

—Eso espero —susurró ella—. Y espero que nunca nos encuentren a ninguno de los dos. Debes creer que no dudarán en lastimarte si te interpones en su camino. Vete al amanecer. No te detengas por nada ni por nadie en el camino.

—Siempre y cuando prometas hacer lo mismo —dijo él—. Tú también debes tener cuidado mañana.

Ella lo miró, con los ojos brillantes.

—¿Puedo ir contigo en tu carruaje? ¿Me ayudarás a escapar de este lugar?

Él hizo una mueca y negó con la cabeza.

—En realidad, voy de camino a casa para una boda importante. Mi familia...

—Oh —respiró ella y apartó la mirada—. Entiendo. Sería un escándalo, una mujer extraña como yo viajando sola en tu carruaje.

—Estarás más segura en la diligencia —le prometió—. Después de todo, tus amigos quieren asaltar mi carruaje en el camino. Su atención estará en mí y no en ti yendo en la dirección opuesta. Te escabullirás sin ser notada.

—Podrías tener razón —dijo ella, y se apartó de sus brazos—. Será mejor que me vaya entonces. Encontraré un lugar para esperar la diligencia mañana.

—No, te quedarás la noche conmigo —insistió él, ignorando la culpa de que la dejaría atrás a un destino incierto por la mañana cuando no tenía por qué hacerlo—. Estarás a salvo por la noche aquí, y seca también.

—No hay ningún lugar realmente seguro, pero me gustaría pasar la noche contigo —murmuró ella—. Eres tan amable. Más amable que cualquier persona que haya conocido antes.

—Eso es lo que él dijo también —comentó secamente—. Tu tío.

—Por eso te eligió —respondió ella—. Él piensa que los hombres más amables y generosos son siempre los más fáciles de persuadir. —La mujer se alejó de él y se acercó al fuego, extendiendo las manos hacia las llamas—. Deberías tener más cuidado con los extraños.

—Tú también. —Él la siguió unos pasos—. ¿No te preocupa tu reputación al estar a solas conmigo?

Ella se rió suavemente.

—No te tengo miedo. Eres un verdadero caballero con una mujer en peligro.

Se sintió halagado por el comentario y también molesto por su fe en él. La mayoría de las mujeres lo etiquetaban como un sinvergüenza desde el momento en que lo conocían.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que soy un caballero?

—Cualquier otro hombre habría asumido que estaba aquí para compartir su cama a estas alturas —sugirió ella—. Tú no has dicho nada todavía.

—Cierto.

Pero ahora que lo mencionaba, no podía pensar en una mejor manera de pasar una noche lluviosa que juntos. Después de todo, ella no estaba casada, y él tampoco lo estaba aún. Pero su vida estaba en peligro, y al parecer la de él también.

Y no era libre de hacer más que ofrecerle refugio por una noche y enviarla lejos por la mañana, tal vez con más de su dinero en el bolsillo... con suerte hacia una vida segura y feliz en otro lugar.

—La cama es tuya si la quieres —ofreció, alejándose de ella—. Yo dormiré en una silla esta noche.

Daniel buscó una manta extra de su baúl para sí mismo y la llevó a la única silla cómoda de la habitación mientras ella se quitaba la capa y revelaba un vestido notablemente bonito debajo. Tenía una figura curvilínea. Un cuerpo hecho para hacer el amor, también.

Se contuvo antes de que su imaginación pudiera descontrolarse. Sería una noche incómoda en más de un sentido, pero sería un caballero por ella.

—¿Cómo te llamas?

—Marian —dijo ella—. ¿Y tú eres?

—Danny —respondió, omitiendo mencionar su nombre y apellido y especialmente su título, que lo declararía como un terrateniente local adinerado.

Daniel se sentó, lamentando cómo su última noche como soltero no tendría más placeres que la amabilidad. Se comportaría de la mejor manera esta noche y demostraría ser un hombre de carácter moral. Tal como ella suponía.

—Bueno, Marian. Considérate como en casa por esta noche.

—Gracias. —Marian fue a la mesa y rápidamente terminó su comida. Como Sunday había predicho antes, era apenas adecuada, y Daniel se había encontrado sin suficiente apetito para terminarla toda.

Después de que Marian hubiera limpiado el plato con un trozo de pan duro, se levantó y se dirigió a la palangana.

Vertió agua en la palangana, se salpicó un poco en la cara y se lavó las manos con su jabón de sándalo. Mientras se secaba la piel, le lanzó una sonrisa traviesa y luego se soltó el cabello.

Daniel se enderezó un poco más, completamente afectado por esa sonrisa, y embelesado mientras ella se peinaba el cabello con su peine de marfil. Su cabello era largo y rubio, cayendo casi hasta su cintura.

Apretó el puño, luchando contra el anhelo de descubrir si era tan suave como parecía. ¡Dios mío! Había estado sin una mujer solo por unos días, pero de alguna manera se sentía como una eternidad mientras observaba a Marian prepararse para dormir en la cama que debería haber sido suya también. Suponía que era un evento común, pero nunca había hecho esto antes: ver a una mujer prepararse para la cama sin expectativa de que pudiera unirse a ella en su futuro inmediato.

Ella fue a la cama y retiró las sábanas blancas como la nieve con las que Sunday había hecho su cama, y probó el rebote del colchón, todo el tiempo observándolo desde lejos con una sonrisa conocedora.

—Es una cama grande y bonita, señor.

Él tragó saliva.

—Lo es.

—Parece una lástima que solo uno de nosotros lo disfrute y en soledad —luego regresó a él y extendió una mano—. Quiero que compartas la cama conmigo.

Él permaneció sentado.

—¿Por qué?

—¿Tiene que haber una razón?

Se levantó lentamente, conteniendo el aliento. La anticipación y la confusión lo invadieron. No debería acostarse con Marian, dada su advertencia y su profesión. Debería mantener los ojos puestos en ella toda la noche. Una ladrona no era una compañera de cama cómoda, no es que él hubiera tenido una antes.

—No creo que sea buena idea que ninguno de los dos se involucre más profundamente.

—No te estoy pidiendo que te cases conmigo por la mañana —dijo ella, sonriendo ampliamente—. Solo abrázame hasta que me quede dormida y si algo más llegara a suceder entre

nosotros, también lo quiero. Mi vida entera se ha puesto de cabeza en las últimas horas, y necesito desesperadamente una distracción. No tengo a nadie más que a ti para hablar, y me siento muy sola en el mundo. Dime que todo estará mejor por la mañana —pidió—. Incluso si no es verdad.

—Puedo hacer eso por ti —decidió, mientras levantaba una mano temblorosa hacia su cabello y le colocaba los mechones detrás de la oreja—. Todo saldrá bien porque mañana, tú y yo tomaremos caminos separados y Crossman nunca te encontrará de nuevo.

—Gracias, Danny —dijo ella mientras inmediatamente se lanzaba a sus brazos y lo abrazaba con fuerza.

Daniel la abrazó cerca, y cuando sus manos se deslizaron naturalmente por la curva de su espalda, Marian rio perversamente. Se apartó un poco, fijando sus ojos en los de él.

—Tenía razón sobre ti, después de todo. No eres del todo un caballero propio, después de todo.

—Viejos hábitos —dijo él a modo de disculpa mientras levantaba ambas manos en el aire, alejándolas de la tentación—. No volverá a suceder.

—No estoy ofendida en absoluto. Estoy halagada —prometió mientras sus propias manos se deslizaban por su pecho y se detenían en el bolsillo de su chaleco, para luego jugar con un botón.

Sus acciones lo hicieron contener el estómago y soltar un lento suspiro mientras luchaba por no excitarse. Era una lucha, y capturó sus dedos errantes y los besó.

—No me provoques.

—No lo hago. Hueles bien y eres encantador —susurró, presionando su rostro con fuerza contra su pecho—. Lo había olvidado.

—¿Olvidado?

—No dejo que los hombres se me acerquen así muy a menudo —admitió, moviéndose contra él de manera enloquecedora y suspirando de nuevo—. Es agradable sentirse completamente comprendida. Desear a alguien incluso cuando sabes que no puedes quedarte con ellos.

—Sí —estuvo de acuerdo, y la mano de ella reanudó su vagabundeo por su estómago nuevamente. Las suyas, sin embargo, cayeron de su espalda mientras su estómago se hundía. Ese era el peor sentimiento del mundo, y fue un shock descubrir que alguien más había sido similarmente decepcionado en el amor. Se apartó.

Ella lo miró rápidamente. El silencio se extendió mientras se miraban fijamente. Claramente se deseaban esta noche, pero no había nada que los mantuviera juntos. Eran extraños sin nada en común.

Extrañamente, Daniel sintió lo incorrecto de eso.

Marian se lamió los labios.

—¿Qué pasa?

—Nada —prometió con una risa forzada.

Esta vez, no detuvo sus manos cuando ella se acercó. Se exploraron mutuamente. Pero era tortura y placer todo en uno, pensando que mañana nunca la volvería a ver. Marian era exactamente el tipo de mujer que siempre le había atraído. Sexualmente audaz, sin esperar nada a cambio.

Antes de darse cuenta, tenía a Marian inclinada sobre su brazo y ella levantaba sus labios hacia los suyos.

Se besaron, y fue glorioso. Besos profundos, largos y embriagadores que hicieron que su corazón se acelerara y su cuerpo anhelara una cama debajo de ellos. Marian se envolvió a su

alrededor, presionando sus caderas contra su dureza y moviéndose con impaciencia.

Cuando sintió que tiraban de su camisa, casi ayudó a desvestirse. Pero sabía por qué no debía hacer eso esta noche. Marian no era parte de su futuro. Había venido a él porque no tenía a dónde más ir.

—Lo siento. No puedo —susurró, lleno de arrepentimiento por lo que se estaba negando a sí mismo: un último placer perfecto antes de cumplir con su deber.

Le apartó el pálido cabello del rostro y luego se alejó de su cuerpo, respirando con dificultad. Podría haber tenido una última aventura sin arrepentimientos. Pero podría haber consecuencias para Marian más adelante, y ella también estaba huyendo de sus antiguos amigos.

Marian no intentó hacerle cambiar de opinión y bajó la mirada al suelo.

—¿Adónde irás mañana? —susurró, alcanzando su rostro y levantando su mirada hacia la suya de nuevo.

—No lo sé. ¿Adónde vas tú?

—A casa. No está lejos —respondió evasivamente. Su lujuria estaba bajo control nuevamente, pero su corazón estaba lleno de arrepentimiento por esta mujer y toda la ayuda que no podía ofrecerle. Ella parecía preocupada. Sonrió para transmitirle algo de bravuconería—. Quiero decirte algo. Si no fuera por mis planes existentes, te llevaría conmigo y podríamos haber disfrutado mucho juntos.

—Me habría gustado eso —susurró. Se acercó de nuevo, presionándose contra su pecho mientras lo miraba con una sonrisa tímida—. ¿Cómo es tu hogar? Ya que solo tengo esta noche para aprender todo lo que hay que saber sobre ti, cuéntame sobre dónde creciste.

Daniel consideró la sabiduría de eso, pero luego la tomó en sus brazos y llevó a la mujer a su cama. Si hablaba sobre su hogar, seguramente nunca se excitaría demasiado.

Mientras yacían allí juntos, completamente vestidos e incluso con zapatos, le contó sobre la propiedad que no había visitado en años.

Describió los terrenos, la casa y el distrito. Para cuando le habló sobre su madre y su abuela esperando su llegada, Marian roncaba suavemente.

Pero le habló de su familia de todos modos, sobre su padre muriendo tan joven y su preocupación persistente de que él mismo podría no vivir para ver a su propio hijo o hija completamente crecidos.

Eso le molestaba en las noches, y acercó más a Marian mientras las velas chisporroteaban y se apagaban, sumiéndolos en una intimidad que no había contado con experimentar con nadie más que su futura esposa.

Abrazar a Marian mientras hablaba funcionó como él esperaba. No se había excitado demasiado por compartir su cama con la mujer en sus brazos. Pero con Marian era cómodo, estar con ella, ser honesto sobre sus miedos, así que siguió hablando hasta bien entrada la noche.

CAPÍTULO CUATRO

—Por fin has vuelto, mi querido hijo —exclamó el ama de llaves, abrazando a su único hijo en medio del patio del establo, sin importarle si alguien veía su muestra de afecto o se reía de ellos.

Toda la finca era consciente del cariño excesivo que la señora Paul sentía por su único hijo, pero si alguna vez le contaran sobre los peligros esperados en el último tramo de su viaje a casa, tal vez nunca soltaría al pobre hombre.

Los temores de Marian habían sido en vano al final, pero eso podría haber sido porque él había despertado a sus hombres antes del amanecer. Con sus hombres completamente armados y blandiendo abiertamente sus armas, habían concluido su viaje sin incidentes.

Esperaba que el viaje de Marian resultara ser igual. La había dejado dormida en la posada, pero con suficientes monedas apiladas junto a la cama para llevarla lejos, muy lejos de cualquier persecución. Nunca sabría cuál sería su destino, y eso lo había dejado ansioso durante todo el día.

Daniel observaba ahora a madre e hijo juntos con una diversión distante y quizás también con un poco de envidia. Eran extremadamente cercanos. Sunday le había escrito a su mamá una vez a la semana desde Londres, relatándole sus aventuras, y recibía el mismo tipo de noticias del campo a cambio.

La señora Paul sostuvo el rostro de su hijo entre sus manos.

—Has crecido, hijo mío, y necesitas urgentemente un afeitado.

Sunday sonrió radiante, disfrutando de la atención parental y probablemente también de la regañina.

—Me afeitaré tan pronto como pueda. Su señoría tenía tanta prisa por llegar a casa que salimos demasiado temprano para tener tiempo para eso.

—Me alegra oír que te apresuraste, aunque te esperaba hace semanas —dijo la señora Paul, secándose las mejillas mientras miraba a Daniel, recordando finalmente que aún estaba parado cerca—. Es bueno tenerlo de vuelta en casa donde pertenece, también, mi señor. Si me perdona, usted también podría necesitar un afeitado, mi señor.

Daniel se frotó la mandíbula y sonrió indulgentemente ante la reprimenda, y las lágrimas que inevitablemente siguieron, mientras ella abrazaba a su hijo de nuevo. El ama de llaves lloraba cada vez que se llevaba a su hijo y también lloraba a su regreso en cada ocasión hasta ahora. Daniel se había acostumbrado a sus arrebatos emocionales a lo largo de los años y también a las ocasionales regañinas. Recordaba bien la vez que su muchacho se metió en problemas con el matón local, y ambos volvieron a casa con los ojos morados y otros moretones. La señora Paul se había enfurecido y les había dicho unas cuantas verdades a los padres del chico. Se sentía un

poco nostálgico de no haber recibido el mismo apoyo de su propia madre cuando *él* había sido acosado.

Pero estarían en casa por un buen tiempo ahora que él iba a casarse, y las lágrimas del ama de llaves finalmente llegarían a su fin.

—Me voy ahora —murmuró Daniel—. Tienes el resto del día libre, Sunday.

—Será mejor que desempaque para usted primero —protestó—. Y lo afeite.

—No, no te molestes. Estoy feliz de vivir de los baúles una noche más. Quédate con tu mamá. Está lejos de terminar de mimarte, por lo que veo.

—Gracias, mi señor —dijo Sunday, abrazando a su mamá—. Admito que también la he extrañado.

—Lo sé —dijo Daniel, despidiéndose de la pareja con un gesto y dirigiéndose solo hacia la casa señorial.

Hammersley Lodge era una casa señorial de campo alta y pulcra de cuatro pisos, ubicada en un gran jardín formal. El césped siempre estaba perfectamente cortado, y los parterres llenos de flores cultivadas primero en los invernaderos. Nunca se encontraba una flor o arbusto silvestre descuidado en ningún lugar cerca de la mansión. Sus aposentos daban a la entrada y los céspedes recortados en el lado izquierdo, con una vista despejada de los campos donde las vacas pastaban sin cesar. Su madre y su abuela ocupaban el lado derecho, con vistas a los huertos de la cocina y el huerto donde la mayoría de los sirvientes pasaban sus largos días.

Sin embargo, no era un lugar para relajarse y reír, o ser descuidado con sus posesiones. Todo tenía su lugar apropiado aquí y servía a un propósito, incluso él ahora.

Daniel se dirigió hacia la puerta abierta de la terraza que daba al salón para encontrar a su madre de pie en el umbral, esperándolo ya. Debió haber visto el carruaje entrar en el patio del establo en lugar de detenerse frente a la casa señorial, como debería haber hecho.

Madre estaba descontenta.

Daniel podía verla en la forma en que ella encontró su mirada mientras estaba parada en el umbral de la casa señorial, bloqueando su camino hacia el interior. Aunque acostumbrado a tal recepción fría después de un período de ausencia, ya fuera que llegara por la puerta delantera o la trasera, luchó por no decepcionarse de que se le hubiera negado algo más afectuoso para celebrar su regreso.

Madre había sido una figura distante en su vida y también era esclava de la propiedad. Era toda frialdad y aspereza, día y noche. Tan diferente del ama de llaves como era posible.

La forma en que lo miraba ahora sugería que estaba decepcionada de él y de su llegada tardía. Sunday debería haber dejado que su regreso fuera una sorpresa, como él había planeado desde el principio.

Daniel le sonrió, negándose a ser intimidado o a disculparse. Cuando era niño, se había acobardado y balbuceado interminables disculpas, aferrándose a las faldas de la abuela en busca de protección. La abuela siempre había aprobado cada cosa salvaje que él había hecho. Madre nunca la perdonó por eso.

Y de alguna manera, ella siempre sabía que él había estado haciendo travesuras mientras estaban separados. Aún no podía saber sobre la fiesta salvaje a la que había asistido justo después de salir de Londres o sobre la mujer que acababa de dejar en el último pueblo. Sin embargo, de alguna manera, Mamá lo descubriría y luego probablemente actuaría como si él hubiera cometido grandes fechorías. Estaba completamente aterrorizada por el escándalo y Daniel se negaba a avergonzarse de sus acciones pasadas, por lo que siempre estarían en desacuerdo.

Sin embargo, era el futuro lo que importaba ahora, no el pasado. Iba a establecer las reglas básicas de cómo sería su relación a partir de ahora.

—Buenas tardes, Madre.

—Scarsdale —dijo ella. Le dolía que nunca lo llamara por nada que no fuera su título. Pero tras la muerte de Padre, ella se había vuelto aún más distante al dirigirse a él—. Te ves bien, mi señor.

—Usted también, Madre —murmuró, negándose a continuar hablándose solo con sus títulos, pero se mantuvo en su lugar en el umbral hasta ser invitado a entrar.

—Adelante, por favor —dijo finalmente. Con formalidad. La situación había empeorado cuando él heredó, y dudaba que ella cambiara ahora. Pero él tenía la intención de hacerlo. La última vez que habían pasado juntos en la casa de Londres había sido incómoda y llena de constantes desacuerdos entre ellos. Él había salido a menudo en lugar de traer a sus amigos a casa de visita.

Se había sentido aliviado cuando ella hizo las maletas y regresó al campo al final de aquella última temporada, alegando que era una pérdida de tiempo estar allí si él no se tomaba en serio encontrar una novia entre las debutantes recién llegadas al mercado.

Él no la había seguido a Lancashire, por supuesto. Había disfrutado de tener la casa de la ciudad para él solo por una vez. Pero después de un tiempo, la soledad se había apoderado de él, y había pasado más tiempo fuera que dentro.

Cuando la única mujer que realmente admiraba, Aurora Hillcrest, parecía decidida a elegir a otro hombre en lugar de a él, supo en el fondo que no encontraría lo que anhelaba en Londres.

Daniel dio sus primeros pasos en el salón de su madre. Técnicamente, era su salón, pero la primera y única vez que se atrevió a mencionar ese hecho, su madre le había lanzado una mirada tan fría que nunca quiso volver a vivirla.

—Me complacería —respondió, entrando a zancadas y sentándose en una silla para visitas frente a ella. Se reclinó lo más cómodamente que pudo en el asiento mal acolchado y la silla demasiado corta.

Su madre tomó su lugar habitual junto al fuego, ignorando su incomodidad como siempre hacía. —Confío en que tu viaje haya sido sin incidentes.

—Sí —respondió mientras cogía un cojín del sofá para colocarlo detrás de su espalda, provocando que la expresión de su madre mostrara un destello de desaprobación. La silla para visitas era un objeto de tortura, diseñada para mantener a los invitados alerta y su estancia en esta habitación lo más breve posible.

Mamá realmente no se interesaba por los detalles de su viaje de regreso a casa, y él no iba a iluminarla sobre los peligros que temía encontrar. Así que no hizo más comentarios sobre el tema y habló del tiempo durante un rato. —Entiendo que la finca continúa en agradable armonía.

Ya conocía la respuesta a la pregunta. La madre de Sunday era una gran corresponsal, contándole cosas a través de su hijo que su madre nunca se atrevería a poner por escrito. Había habido dificultades entre Mamá y la Abuela casi todas las semanas últimamente. Sus disputas eran comunes, pero no tan frecuentes como se había informado recientemente.

Sus labios se fruncieron momentáneamente. —Sí, por supuesto. Conozco mi deber. Notifiqué al personal de la casa de tu inminente llegada hace semanas, y estoy segura de que tus aposentos han sido suficientemente ventilados para que los ocupes de inmediato.

Daniel ignoró la sutil pulla sobre su retraso y miró alrededor del salón. Nada cambiaba nunca aquí. No en todos los años desde que Padre había fallecido.

Pero había una notable ausencia que le importaba mucho. —¿Dónde está la Abuela?

—La señora Nolan vendrá en breve, estoy segura —dijo su madre con un leve resoplido de molestia ante su pregunta.

—Bien. —Daniel había esperado ver a su abuela de pie en el jardín. Su abuela tenía una energía inagotable y una visión bastante relajada del decoro apropiado. Algo que su madre mencionaba en voz alta con frecuencia su desaprobación.

Oyó un sonido extraño, un crujido y un gemido, y se volvió ligeramente para mirar de dónde provenía.

Después de un momento o dos, la Abuela irrumpió por la puerta, empujando de manera bastante azarosa a una joven sentada en la antigua silla rodante para inválidos. La última vez que había visto esa silla fue en el ático y, antes de eso, la había usado su padre.

Se puso de pie de un salto, incluso cuando su madre chasqueó la lengua. —Realmente, señora Nolan. Esto es el colmo. Señorita, ¿no tiene columna vertebral? Le dije lo que debía hacer con ella.

—Lo siento, mi lady. Se negó a usarla a menos que yo también diera una vuelta en la silla. Afirmó que el movimiento rodante la mareaba y juró demostrármelo hoy —murmuró la joven, saltando de la silla con un intenso rubor coloreando sus mejillas. Miró a Daniel y palideció—. Perdóneme. No sabía que tenía visita, mi lady —dijo, haciéndole una reverencia.

—¿Quién es ella? —preguntó Daniel mientras le guiñaba un ojo a la joven cuando finalmente volvió a levantar la mirada hacia él.

—Una enfermera para la señora Nolan —le informó su madre con brusquedad—. Lord Scarsdale, esta es la señorita Christine Willis, la doncella que ascendí para atender a mi madre como su acompañante.

Daniel excusó a la innecesaria doncella de su abuela mientras se acercaba a la anciana. Se inclinó para abrazar a su diminuta abuela y luego le plantó un sonoro beso en la mejilla alzada mientras susurraba: —Más tarde le encontraremos una mejor posición. Querida, ¿cómo estás?

—Mucho mejor ahora que te veo, mi querido niño —dijo ella, levantando una mano hacia su rostro y tocando suavemente su mejilla sin afeitar—. Parece que necesitas un trago, Danny.

No lo necesitaba, pero asintió. —Iré a buscarnos uno —prometió, dirigiéndose al aparador.

Su madre desaprobaba beber antes del almuerzo, pero la Abuela bebía libremente a cualquier hora del día o de la noche. Daniel apenas podía seguirle el ritmo, pero generalmente mantenía un vaso en la mano para hacerle compañía y diluir el impacto de las miradas de desaprobación de su madre.

Lamentaba que madre e hija no se llevaran mejor, si es que alguna vez lo habían hecho. —Madre, ¿quieres un vaso de algo también?

—Por supuesto que no.

Se encogió de hombros. Cuando se dio la vuelta, su madre estaba sentada rígidamente y mirándolo con el ceño fruncido, con la Abuela sentada a su lado, sonriendo.

Le pasó la bebida a la Abuela y se sentó de nuevo, balanceando su vaso entre los dedos. —¿Hay algo que requiera mi atención inmediata ahora que estoy en casa?

—Te lo habría dicho de inmediato si lo hubiera —replicó su madre.

—La puerta de mis aposentos se está atascando —murmuró la Abuela, lanzando a su madre una mirada inquisitiva—. Odiaría quedar encerrada por error de nuevo.

—Tampoco me gustaría que eso sucediera —prometió, preguntándose qué habría estado pasando para que la Abuela creyera que la habían encerrado deliberadamente en su habitación—. Haré que el carpintero la revise esta misma tarde.

—Qué buen chico —murmuró la abuela con aprobación, y él sonrió, contento de ser útil para

alguien. No era frecuente que le dieran algo que hacer por aquí.

—Ahora, ¿qué te trae de vuelta a casa? —preguntó la abuela, ya que la madre se había quedado en silencio y observadora.

—Os echaba de menos —dijo él con sinceridad, incluyendo a su madre en su mirada, aunque no estaba seguro de que ella le creyera. Puede que no estuvieran de acuerdo en muchas cosas estos días, pero su madre le había dado la vida y merecía su respeto. Simplemente nunca lograba demostrarlo de una manera que mamá pareciera aprobar.

De niño, un simple gesto de afecto, como poner flores silvestres en su dormitorio, le había valido una severa reprimenda por escabullirse de la casa y hacer un desastre de pétalos que los sirvientes tenían que limpiar después. La impulsividad nunca pareció ganarse a su madre cuando era niño, así que había dejado de hacer mucho esfuerzo por sorprenderla.

—Bueno, me alegra oírlo, pero estoy más interesada en saber qué te hizo huir de Londres tan temprano en la temporada —preguntó la abuela—. Debe haber sido algo serio para traerte de vuelta a este lugar aburrido.

—El matrimonio —confesó.

—Sí, había oído que tus amigos habían hecho varios enlaces escandalosos —murmuró la madre en tono desaprobador—. Me alegra saber que has terminado tu asociación con ellos.

—Mis buenos amigos hicieron enlaces por las razones correctas en las temporadas recientes. Se enamoraron, madre —corrigió—. Algo que estoy seguro que nadie en esta familia volverá a hacer.

La madre frunció el ceño entonces, pero fue la abuela quien habló. —Aún hay tiempo, Danny, mi niño —prometió—. Pronto encontrarás a alguien que te robe el corazón.

Él sonrió ante su optimismo, pero negó con la cabeza. —Lo dudo. He buscado lo suficiente, y es hora de ser sensato sobre ciertas cosas. Si no puedo tener amor, entonces me conformaré con lo siguiente mejor.

La madre contuvo la respiración bruscamente.

La abuela frunció el ceño ahora. —Daniel, no digas nada precipitado de lo que te arrepentirás después.

—No es precipitado en absoluto, pero es hora de hacer un enlace aceptable —murmuró, agitado porque sus días de soltero ahora finalmente y oficialmente habían terminado.

En Londres, había sido más fácil reconciliarse con su decisión de sentar cabeza y tener un hijo propio. Ahora que estaba en casa en el campo, admitirlo ante aquellos que creían conocerlo mejor, las dudas lo asaltaban. Anhelaba la emoción de Londres de nuevo, donde podría posponer su destino un poco más.

Pero esa vida salvaje y despreocupada había terminado. Ya no quería vivir solo. Sus amigos estaban casados y pronto tendrían sus propios hijos para heredar sus títulos. Estaban demasiado ocupados para salir a jugar con él.

Eso era lo que tenía que hacer. No sería como su padre y se convertiría en un anciano, demasiado viejo para jugar, cuando su hijo llegara a la guardería. Había sido un milagro que el difunto lord Scarsdale hubiera vivido para ver a Daniel alcanzar siquiera su décimo cumpleaños, tan enfermo como había estado.

Y cuando papá falleció, todo cambió para peor. La risa que había asumido que siempre sería suya se había desvanecido, solo regresando cuando la abuela aterrizó en su puerta menos de un año después con todas sus posesiones mundanas y nunca se fue.

Pero mamá nunca había reído con él.

Daniel deslizó un dedo dentro del bolsillo de su chaleco... pero no encontró el objeto que

buscaba para consolarse. Distraídamente revisó sus otros bolsillos y luego frunció el ceño al darse cuenta de que había extraviado el anillo de promesa que pretendía dar a su futura novia nuevamente.

Desconcertado por la ausencia de la reliquia familiar, miró alrededor, suponiendo que lo había dejado caer en algún lugar cerca de su silla por accidente. Pero no estaba en ningún lugar que pudiera ver. Seguramente aún lo tenía ayer cuando llegó a la posada.

Su estómago se hundió.

Pero eso fue antes de conocer a Marian y ser atropellado por el niño pequeño. Ambos ladrones.

Cuando dejó dinero junto a la cama para el viaje de Marian, no podía recordar que el anillo estuviera en su posesión, aunque era posible que el anillo hubiera caído allí. Cayendo al suelo o a la cama, lo que significaba que ¡Marian podría haber encontrado el anillo!

Daniel gimió en voz baja, dándose cuenta de que podría no volver a ver el anillo ni a ella. Marian seguramente se llevaría algo tan valioso. Ella se dirigía en la dirección opuesta y a esta hora ya debía estar a kilómetros y kilómetros de distancia de él.

Marian era la única que se había acercado lo suficiente para tocarlo, aparte de ese niño grosero y Sunday. Y ella había dejado claro que había estado mezclada con personajes turbios toda su vida.

Y ella había suplicado su abrazo y llorado en su hombro sobre sus temores por el futuro, y como un tonto, él no había visto razón para negárselo. Pero ¿había sido todo con el propósito de robarle, fingiendo que necesitaba su protección cuando podría haber sido *él* quien la había necesitado todo el tiempo?

¿Había fingido dormir y pasado la noche en su cama esperando la oportunidad de registrarlo a él y sus baúles? Y él le había dado esa oportunidad, quedándose dormido sin darse cuenta.

Maldijo de nuevo en voz baja. ¡Pensar que realmente había considerado quedarse en la posada solo para protegerla o verla partir a salvo!

Se puso de pie de golpe, enojado consigo mismo y con ella.

Necesitaba recuperar ese anillo. Siempre había imaginado a su esposa llevándolo.

Tendría que ir tras el anillo, y Marian también. Cuando la encontrara de nuevo, no escucharía más de sus historias lastimeras sobre dificultades y algún peligro inventado.

Pero antes de irse, revisaría todos los lugares donde había estado desde que dejó la posada solo para estar seguro, y luego se apresuraría tras ella si no lo encontraba entre sus pertenencias.

Se dirigió a la puerta. Siempre existía la posibilidad de que simplemente lo hubiera dejado caer en el carruaje y no se hubiera dado cuenta.

—Danny, vuelve aquí y habla con nosotras sobre esto —llamó la abuela—. Seguramente no hay prisa por hacer un enlace tonto. Aún eres joven.

—Tengo casi treinta años —gruñó, volviéndose hacia su familia en la entrada de la terraza—. ¿Debería esperar hasta los sesenta como lo hizo padre y morir antes de que el niño cumpla diez años también?

—No, por supuesto que no deberías esperar tanto —dijo la madre con firmeza—. Necesitas un heredero.

—Mira, creo que dejé algo importante en el carruaje. Vuelvo enseguida, lo prometo.

—Danny —llamó la abuela—. ¡Daniel!

Pero él se alejó sin ofrecer más explicaciones y se dirigió directamente al carruaje. Los hombres aún no lo habían guardado, pero se pusieron firmes en cuanto lo vieron aparecer.

—He perdido un anillo —les dijo—. Pequeño, con ópalos, para el dedo de una dama.

¿Alguno de ustedes lo vio dentro del carruaje?

—No, mi lord —aseguró el cochero, siguiéndolo hasta la puerta del carruaje—. Aunque, a decir verdad, tampoco lo buscamos.

Daniel se metió dentro y registró el vehículo de arriba abajo.

El anillo no estaba allí, y él gimió. Marian se lo había llevado, o lo había hecho el ladrón con el que había conspirado antes ese día. De cualquier manera, una cosa era obvia: tendría que abandonar la finca hoy mismo para ir a recuperarlo.

Su visita más corta hasta ahora. A su madre no le iba a gustar nada.

Se dio la vuelta hacia la mansión y entró en el salón de muy mal humor.

Los ojos de la abuela se encontraron con los suyos y se agrandaron.

—Supongo que no has encontrado lo que habías perdido.

—No. Y me temo que debo marcharme de nuevo. Disculpadme.

—¡No! No puedes irte de la finca ahora —exclamó mamá—. Acabas de llegar.

—Me temo que no tengo elección.

—Pero ¿qué hay del matrimonio? No puedes simplemente marcharte sin contarnos más sobre eso —gritó la abuela, haciéndolo detenerse en seco.

—Esa discusión tendrá que esperar a mi regreso —advirtió.

Nunca esperó que la abuela aprobara su decisión de casarse. Y mamá había estado insistiendo en el tema a su manera durante años. Los comentarios astutos cuando alguien que ella favorecía dejaba de estar disponible eran lo habitual en ella.

Cada una tendría mucho que decir, más tarde y en privado, suponía. La abuela siempre había hablado de que él hiciera un matrimonio por amor, pero ya era demasiado tarde para eso. Estaba impaciente y no podía esperar para siempre a que el amor cayera en su regazo. El respeto mutuo tendría que ser suficiente.

—No puedes irte —ordenó su madre, como si aún fuera un niño que debía obedecer.

—Me voy.

—Esperamos que nuestros vecinos más cercanos se unan a nosotros para pasar la tarde y cenar —advirtió ella—. Será de mala educación si te ven huyendo de nuevo antes de que siquiera les hables.

Daniel tragó saliva. Su vecina más cercana era Amy y su padre, el señor Wilson.

Parecía que el destino iba a entregarle a su futura novia antes de lo que jamás había esperado. Y su madre tenía razón, no podía irse sin hablar con ellos. Se metió el dedo en el bolsillo, esperando que el anillo reapareciera mágicamente para que su propuesta pudiera ocurrir tan suavemente como había planeado originalmente.

Pero no iba a ser así, ni el anillo ni ninguna propuesta sin él. Tendría que escabullirse al amanecer para perseguir a su linda criminal y esperar no llegar demasiado tarde para alcanzarla a ella y a sus supuestos amigos.

CAPÍTULO CINCO

La grava crujía bajo los pies cansados de Marian mientras se acercaba con cautela a una impresionante mansión justo cuando el sol se ponía. Contenta de haber llegado finalmente a su destino, se detuvo un momento para considerar qué podría suceder a continuación si era el lugar correcto.

Quería asegurarse de que su apuesto amigo caballero hubiera llegado a casa sano y salvo, pues si lo había hecho, seguramente estaría a salvo de más daños, con tantos sirvientes que probablemente estaban empleados en la finca.

Pero para averiguarlo, primero tendría que llamar a la puerta principal de roble tallado.

Hizo una mueca al darse cuenta de que él podría estar bastante enojado a estas alturas. Marian podría haber devuelto fácilmente su anillo anoche al bolsillo de su chaleco, sin ser descubierta. Pero se había quedado perpleja al encontrarlo en su dedo cuando se despertó por primera vez en la cama abandonada de él esa mañana.

No podía quedarse con el anillo. Era demasiado valioso para venderlo sin sentir culpa, y demasiado bonito para dejárselo a cualquier otra persona. Así que solo había una cosa que hacer: devolver el anillo y esperar que él aceptara su historia de haberlo encontrado olvidado en su habitación de la posada. La alternativa era admitir que se lo había robado mientras dormía, lo cual apenas podía creer ella misma.

Marian estudió la espléndida mansión con su piedra dorada y sus muchas ventanas iluminadas por el sol, y sintió crecer una punzada de inquietud en su interior. Cuando había empezado, todo parecía tan simple. Por su forma de hablar y sus modales, no se había imaginado que el joven proviniera de una verdadera riqueza como esta. Pero esta era la casa de un hombre rico, y los hombres ricos se volvían suspicaces y enojados cuando sus posesiones se extraviaban.

Pero si él desconfiaba de ella, al menos devolver el anillo podría apaciguarlo. Había llegado hasta aquí, y no era ninguna flor delicada. Le devolvería el anillo, o quizás lo dejaría con un sirviente de confianza si él no le concedía una audiencia. Y luego volvería al camino, encontraría un lugar para descansar por la noche antes de continuar su viaje mañana de alguna manera.

El dinero que Danny había dejado junto a la cama aún la llevaría lejos de aquí, y a cualquier lugar donde el tío Crossman pudiera buscarla.

Crossman y los demás no la buscarían aquí. Él evitaba las propiedades de los terratenientes adinerados como esta y prefería las grandes ciudades de mercado donde nadie los conocía. Era más fácil perderse entre la multitud, había dicho. Pero él sabía que ella lo sabía. Y ya había dicho que se dirigiría en la dirección opuesta a esta finca, lo que podría haberla convertido en el escondite perfecto si las circunstancias fueran diferentes.

Se estaba haciendo tarde, la luz del sol se desvanecía, así que golpeó la puerta principal con la aldaba y se echó hacia atrás con una sonrisa pegada en la cara. Nadie vino inmediatamente, y ella jugueteó con el anillo entre sus dedos mientras esperaba impaciente. Estaba inusualmente nerviosa por ver a Danny de nuevo, y especialmente aquí. Él no se había despedido en la posada y había dejado la puerta sin llave. A Marian no le había gustado particularmente eso. El hombre no tenía idea del peligro en el que ella se encontraba. Cuanto antes devolviera el anillo y siguiera su camino, mejor.

Nadie acudió a responder a su segundo golpe, y entonces escuchó risas. Mujeres parloteando cerca. Marian miró de un lado a otro.

Todas las ventanas habían estado iluminadas por el sol cuando se acercó a la puerta principal, pero ahora una sola ventana brillaba con luz desde el interior.

Curiosa por los ocupantes de esa habitación, Marian se movió hacia la luz.

Lo primero que vio fue a un hombre de espaldas a la puerta. Por su altura, complexión y el color de su cabello ondulado, podría ser su apuesto caballero de la posada, pero no estaba solo.

Frente a él, con la sonrisa más fatua en su rostro, había una hermosa mujer rubia, mirándolo. Más allá de ella, un par de damas mayores, y luego lo que parecía ser un viejo sirviente, revoloteando detrás de ellas, sosteniendo una bandeja de plata.

Escuchó la risa de Danny. Su voz, y dejó escapar un suspiro de alivio. Lo había encontrado.

Marian se encogió un poco desde la ventana mientras continuaban hablando entre ellos. Aunque escuchó atentamente, nadie mencionó una boda a punto de celebrarse ni reveló que ya se hubiera realizado una.

Pero Danny parecía feliz de estar en casa mientras se reía de nuevo y bromeaba con la dama más mayor, revelando el gran cariño del que le había hablado a Marian la noche anterior cuando habló de su abuela. Pero a la otra mujer mayor y regia, no le dijo ni una palabra en broma. Esa debía ser su madre desaprobadora de la que había hablado con tanta tristeza en su voz.

De repente, otra voz masculina se unió al cuarteto y eso hizo que Marian se alejara un poco más de la ventana durante un rato. Cuando se atrevió a echar otro vistazo, notó que varias otras personas distinguidas estaban de pie en la habitación. Todos ellos también estaban enfocados en la espléndida figura de Danny.

Parecía estar presidiendo la reunión, y Marian suspiró al ver lo refinados que parecían todos. Por el corte de sus ropas, las riquezas que adornaban a cada mujer, estaba claro que todos eran muy adinerados. Qué agradable debía ser tener conocidos así. Hombres y mujeres refinados. Sin peligro, sin dificultades, sin miedo a la traición.

Durante toda su vida, Marian había tenido poco que ver con mujeres de su edad o de estatus superior. Cuando Beatrice se unió a su grupo, pensó que se convertirían en amigas y aliadas por un tiempo, pero pronto descubrió que no se parecían en nada.

Con la vida que llevaba, no era prudente confiar a nadie los detalles de su situación, y se le había demostrado que tenía razón repetidamente.

Volvió su atención al par de mujeres mayores mientras se acomodaba de rodillas junto al cristal y confirmó una similitud en sus rasgos con los de Danny. La abuela era más expresiva, sonreía y reía con más frecuencia que su hija a su lado.

Volvió su atención a la mujer más joven de la habitación. Era verdaderamente hermosa con su vestido de un blanco puro, y obviamente costoso. No dejaba de lanzar una tímida sonrisa a Danny, pero él aún no parecía haberlo notado. Sin embargo, no se parecía en nada a las damas mayores, y Marian se preguntó quién era. Tal vez era la novia de la boda de la que Danny había hablado de asistir, porque no recordaba ninguna mención de otra mujer viviendo en su casa. Sin

embargo, la mujer parecía estar pendiente de cada palabra que Danny pronunciaba esa noche.

Marian entrecerró los ojos hacia la mujer, decidiendo que debía ser una vecina cuando un rubor repentino coloreó sus mejillas y su abanico revoloteó artísticamente frente a su rostro. Danny no había mencionado quién se estaba casando realmente, pero ella estaba teniendo una sensación sospechosa sobre esta reunión. La apartó, decidida a no dejar volar su imaginación.

Pero ¿cómo iba a devolverle el anillo a Danny con tanta gente merodeando a su alrededor esta noche? ¿Se atrevería a intentarlo, o debería esperar hasta la mañana?

Miró detrás de ella hacia la puerta de entrada. Nadie parecía haber escuchado su golpe, y estaba tan oscuro aquí afuera ahora que nadie podría verla aunque salieran.

Marian podía merodear por la casa señorial y permanecer completamente inadvertida si era cuidadosa. Le desagradaba interrumpir una velada tan feliz, pero el anillo debía ser devuelto de una manera u otra. Se alejó de la ventana y, una vez fuera del charco de luz que se derramaba, rodeó la casa, buscando una forma de entrar.

Una ventana sin cerrojo era a menudo el punto de entrada más olvidado, después de una puerta sin llave. Si pudiera encontrar una abierta cerca, podría colarse, encontrar el estudio de Danny y dejar su anillo en su escritorio. Suponiendo que *tuviera* un escritorio.

O una mejor idea podría ser encontrar su dormitorio en su lugar y dejarlo en su almohada. Dado el número de invitados merodeando, era poco probable que él o cualquier miembro de la familia se aventurara arriba pronto. Al menos así él sería quien encontrara el anillo y podría nunca saber que ella lo había tenido.

Decidiendo que la última era la mejor opción, rodeó la casa, probando ventanas y puertas por todo el perímetro. La única entrada resultó ser una puerta en la parte trasera de la misma habitación donde todos estaban reunidos.

Estaba agradecida por el fácil acceso, pero igualmente molesta por ello. ¿No había aprendido Danny nada de su tiempo juntos? Debería ser más cuidadoso, incluso aquí. La puerta lateral estaba abierta para dejar entrar el aire nocturno, sin nadie siquiera vigilándola.

Se alejó de esa entrada y se agachó junto a una estatua de mármol, fuera de la vista de cualquiera que pudiera decidir tomar un respiro de aire fresco nocturno. Pero después de media hora, nadie salió y Marian se puso de pie nuevamente. ¿Por qué alguien como ellos imaginaría que alguien como ella estaba observando? Todos debían creerse protegidos por su riqueza y sirvientes, aunque Marian solo había visto uno en la habitación con ellos hasta ahora.

Se acercó para escuchar la conversación, agradecida de tener la habilidad única de moverse sin ser observada cuando quería.

Dado que hablaban de política, razonó que tendría que esperar un poco más, y usó el tiempo para estudiar discretamente la disposición y el contenido de la estancia. Había sillones de cojines profundos, mesas y sofás e incluso un pianoforte, y más allá, dos puertas separadas que conducían al interior de la casa. Pero a dónde podrían llevar, Marian no podía decirlo de inmediato.

Las otras habitaciones habían estado tan oscuras que no había aprendido nada de su contenido o propósito cuando buscó una ventana sin cerrojo. Qué camino debería tomar una vez dentro no estaba nada claro.

Miró de nuevo a las personas en la habitación con Danny y notó que el mayordomo había desaparecido.

Su oportunidad para entrar llegó cinco minutos después cuando el mayordomo reapareció y se anunció la cena. Hubo mucho movimiento y conversación mientras se dirigían hacia la puerta.

Eventualmente salieron de la habitación, Danny tomando del brazo a la joven y los otros,

hablando en voz alta entre sí.

El mayordomo se fue con ellos, y sabiendo que esta podría ser su única oportunidad, Marian se deslizó dentro, solo para agacharse detrás del mueble grande más cercano, escuchando cómo los pasos regresaban apresuradamente.

El mayordomo cerró la puerta que antes estaba abierta y también la cerró con llave. Pero nunca la vio, y se fue de nuevo.

Cuando la habitación quedó en silencio por fin, Marian se puso de pie y miró a su alrededor. Estaba dentro de una habitación cuadrada brillantemente iluminada llena de riquezas más allá de sus sueños más salvajes.

Su tío quería que robara cualquier cosa de valor que pudiera llevar si supiera dónde estaba esta noche. Pero todo se veía tan perfecto y en su lugar correcto que ni siquiera se sintió tentada.

En cambio, se dirigió hacia la puerta que nadie había usado aún. Marian entró en un largo pasillo iluminado por la luna, con cortinas de terciopelo colgando en cada ventana y docenas de pinturas en la pared opuesta. Bustos tallados intercalados entre los retratos, creando una atmósfera palaciega. Se movió lenta y silenciosamente, mirando a izquierda y derecha y detrás de ella repetidamente, lista como siempre para esconderse en un momento si fuera necesario.

No encontró a nadie en el largo pasillo, ni hasta que llegó a la puerta del fondo. Entonces oyó pasos que se dirigían hacia ella y se escondió rápidamente. Pero nadie apareció, y se arriesgó a mirar de nuevo.

Este largo pasillo parecía conectar con un área bajo una gran escalera que subía y subía y subía. Alguien de pasos pesados se movía al otro lado, fuera de su línea de visión inmediata.

Se mantuvo en su lugar, segura de estar suficientemente oculta por ahora...

Pero entonces apareció Danny, con expresión enojada mientras cruzaba rápidamente el suelo de mármol, dirigiéndose de vuelta hacia la habitación donde lo había visto por primera vez esta noche.

Sabiendo que el tiempo era esencial, ella también volvió sobre sus pasos, decidida a encontrarse con él allí. Le devolvería el anillo e inmediatamente se marcharía.

Pero cuando llegó a la habitación, su caballero estaba inclinado sobre una silla, de espaldas a ella, arrojando almohadas y pequeñas mantas de rodillas a un lado. —Por favor, que esté aquí ahora. ¿Dónde está? Maldita sea.

Marian admiró la vista única de su apuesto caballero, pero luego recordó para qué estaba allí. No había tiempo para quedarse mirando. Se aclaró la garganta para llamar su atención, en lugar de gritar su nombre.

—Enseguida voy —llamó, probablemente confundiendo a Marian con alguien más, así que lo intentó de nuevo. Él se giró ligeramente—. ¿Viste un anillo por alguna parte de esta habitación? Busqué antes, pero sin suerte entonces. Esperaba estar equivocado.

—Sí, lo tengo yo —respondió mientras se quitaba el anillo del dedo.

—¡Gracias! —exclamó, desinflándose antes de girarse para enfrentar a Marian por fin.

Su boca se abrió de par en par cuando la vio parada al otro lado de la habitación.

Pero antes de que pudiera cerrarla o incluso hablar, pasos ligeros se apresuraron por el pasillo hacia ellos.

Marian se lanzó hacia el escondite más cercano, detrás de una cortina de terciopelo para no ser vista y se aseguró de que sus dedos de los pies no se asomaran demasiado. Hizo que su respiración fuera uniforme y suave, todo el tiempo tratando de escuchar lo que estaba pasando allá afuera.

—Danny, de verdad. Tus invitados te están esperando —regañó una mujer, su voz envejecida

y cansada.

—Lo sé, abuela. Por favor, distráelos un poco más —instó él.

—¿Qué estás buscando?

—Nada. Ya nada.

—Querido, debo advertirte que tu madre insinuó al señor Wilson que tienes la intención de hacer un enlace, y ambos han asumido que será con Amy. Están esperando que hagas el gran anuncio.

Marian se quedó boquiabierta. Danny era el que se iba a casar. Nunca se lo había dicho. Sus dedos se cerraron alrededor de la preciosa joya, y sintió la punzada de una aguda decepción. ¿Así que el anillo estaba destinado a otra persona?

Hubo un silencio prolongado al otro lado de la cortina, y luego Danny dijo suavemente—: Madre no debería haber compartido esa información.

—Bueno, deberías haber sabido que no debías confiar en tu madre en absoluto. Es su mayor deseo que te establezcas y ya sabes cómo se siente respecto a Amy —dijo la otra mujer—. No esperará otros cinco años para que te decidas a casarte de una vez. Sin duda, forzará el asunto esta semana y fijará una fecha para el verano. Siempre ha creído que estabas destinado a casarte con Amy. Pero te advertí hace años que ella no es la indicada para ti.

—Y yo te dije que dejaras de meter las narices en mi vida amorosa, abuela —respondió él, casi gruñendo.

—¿Amor? —graznó la anciana—. Lo dudo mucho. En el caso de Amy, es más bien conveniencia.

Marian se estremeció al escuchar que Danny no amaba a la mujer con la que planeaba casarse. Había pensado mejor de él, pero una noche juntos no los convertía en más que meros conocidos.

También parecía que su madre era una mujer más difícil de controlar de lo que él había confesado anoche.

Cuando el silencio afuera continuó, Marian se arriesgó a echar un vistazo para ver si se habían ido. Danny estaba de espaldas a su anciana abuela, bloqueando la vista de Marian hacia ella y la mayor parte de la habitación. Su atención estaba fija en Marian y la cortina detrás de la que se escondía.

Ella se arriesgó a esbozar una rápida sonrisa, y los ojos de él se abrieron de par en par por un momento. Pero luego su mirada se estrechó y le dio la espalda abruptamente.

—Abuela, no habrá ninguna propuesta esta noche —dijo, con voz decidida pero amortiguada mientras se alejaba—. Haré mi propuesta a su debido tiempo y no ante tantos testigos.

Marian se encogió detrás de la cortina, luchando contra una sonrisa ante su anuncio de que no se dejaría forzar a una propuesta.

—Bueno, eso es un alivio —exclamó la abuela.

—Puedes volver con los invitados —ordenó él, y cuando Marian se arriesgó a echar otro vistazo, descubrió que se había movido hacia la puerta, llevándose a la anciana con él—. Iré en un momento.

—Pero debemos discutir esto más a fondo. ¿Qué dirás esta noche para disuadir a los Wilson?

—Probablemente algo que molestará a madre. Se equivocó al aludir a cualquier compromiso —dijo—. Me ocuparé de ella mañana. Supongo que eso también te conviene.

—Por supuesto que sí —prometió la abuela.

Marian arrugó la nariz ante el extraño formalismo de su tono. Eso no coincidía con el hombre apasionado y risueño con el que había pasado la noche. Danny parecía más impulsivo y amigable

lejos de aquí. Mucho más cálido, también. Quizás era la elección de su familia ser así.

Volvió a asomarse justo a tiempo para ver a Danny guiar a la anciana fuera de la habitación tomándola del codo.

La anciana se iría en cualquier momento, y entonces Marian finalmente estaría a solas con Danny de nuevo. Se alisó el cabello lo mejor que pudo y luego se reprendió por ser vanidosa con su apariencia. Claramente, él tenía la intención de casarse con alguien mucho más perfecta de lo que Marian jamás había visto.

Ahora que había visto a Danny en casa entre su familia, se daba cuenta del error que había cometido al asumir que tenían algo en común. Él no era un hombre despreocupado que alguna vez desafiaría las reglas de la sociedad para hacer lo que le plazca. Y esta noche era la noche en que se suponía que debía encantar a una joven apropiada. El anillo siempre estuvo destinado a su novia.

Pero ella todavía tenía el anillo en su posesión, en su mano. Solo necesitaba entregárselo, ponerlo directamente en su palma, y seguir su alegre camino.

Marian cuadró los hombros y se preparó para salir de detrás de la cortina y cumplir con el motivo por el que había venido aquí.

Pero de repente hubo algún tipo de conmoción, y cuando miró hacia afuera, la anciana estaba tendida en el suelo, con Danny inclinado sobre ella.

Sacudió a la anciana por el hombro, y luego la sacudió de nuevo. —Abuela. Abuela. ¡Abuela!

La anciana había sufrido algún tipo de desmayo y no le respondía de inmediato. Gimió, lo que llevó a Danny a renovar sus gritos para que despertara.

¡Marian tenía que salir de esta habitación, y ahora, antes de que alguien oyera sus gritos de angustia!

También estaba claro que había perdido la oportunidad de estar a solas con Danny, gracias al desmayo de la anciana. Dejó el anillo sobre el cojín de la silla más cercana y corrió hacia la puerta trasera tan rápido como sus piernas se lo permitieron.

Pero una vez en la puerta, la asaltó la preocupación. Realmente debería esperar y hablar con Danny sobre el asunto del anillo y su abuela. Volvió corriendo a esconderse detrás de la cortina mientras la voz de Danny se volvía más fuerte y completamente pánica ahora.

Los sirvientes vendrían pronto a investigar el alboroto.

Podrían descubrirla si se quedaba demasiado cerca de la conmoción.

Y un sirviente podría encontrar el anillo antes que él...

Y si eran deshonestos, podrían no dárselo.

Marian salió disparada, recuperó el anillo del cojín y lo apretó contra su pecho. Pero entonces la anciana se reanimó lo suficiente para gemir.

Sin embargo, sonaba como *vete vete*.

Marian miró en su dirección y sus ojos se encontraron, los de ella y los de la abuela.

La anciana no parecía en absoluto sorprendida de que hubiera una mujer escondida detrás de una cortina, y era curioso que tampoco estuviera dando la alarma.

La señora agitaba la mano en el aire detrás de la espalda de Danny mientras él intentaba sentarla, con grandes gestos que parecían instar a Marian a huir hacia la galería larga.

—Te llevaré arriba —anunció Danny, preparándose para levantar a la anciana en sus brazos.

—No —protestó ella, rechazando su ayuda—. Estoy bien. Estoy bien aquí. Vete. Vete.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que sí. Estaré como nueva en un momento. Vete.

—Abuela, acabas de desmayarte y estás sentada en el suelo —exclamó Danny, tratando de capturar sus manos que aún se agitaban—. No voy a dejarte. ¿Te golpeaste la cabeza cuando te caíste? Esto apenas es digno.

—Oh, oh. Bueno, eso no es nada nuevo —le dijo la abuela mientras Marian daba unos pasos tentativos hacia el pasillo, sin dejar de observarlos a ambos.

La abuela asintió lentamente mientras Marian daba otro paso hacia el pasillo.

Danny no pareció darse cuenta y se sentó sobre sus talones. —¿Con qué frecuencia te desmayas?

—Eso no es asunto tuyo, jovencito —espetó ella.

Cuando Danny comenzó a girarse para mirar en dirección a Marian, la mano de la anciana salió disparada para mantener su atención en ella. Pero reanudó sus gestos indicando a Marian que saliera de la habitación con el dedo. Luego señaló hacia arriba, y Marian entendió su mensaje, o eso creyó. Había una mejor manera de escapar por arriba.

¿Qué debía hacer Marian? ¿Obedecer a la anciana?

Tal vez tendría que hacerlo, porque parecía no haber otra opción en ese momento, ya que podía oír docenas de pasos apresurados acercándose a esta habitación.

Marian se precipitó al oscuro pasillo y cerró la puerta suavemente tras ella. No podía permitirse ser vista ni preocuparse por la salud de la anciana. No era asunto suyo saber por qué la señora se había desmayado.

Lo mejor ahora sería dejar el anillo en la almohada de Danny y simplemente desaparecer en la noche sin hablar con él en absoluto. Él sabía que ella había venido, y no debería ser muy difícil para Danny descubrir que le había devuelto su posesión.

Su habitación probablemente era la más grande y debería ser fácil de encontrar.

Marian encontró la escalera principal y la subió en silencio, sin encontrarse con nadie. Todos estaban demasiado ocupados corriendo hacia el salón. Revisó habitación tras habitación, descubriendo riquezas incontables en cada una, hasta que finalmente encontró el único dormitorio masculino y los baúles medio vacíos que reconoció de la noche anterior.

Marian cerró la puerta tras ella y se apoyó en ella, recuperando el aliento por un momento. Echó un vistazo a la habitación, asombrada por el desorden. Danny debía haber estado buscando el anillo por todas partes, y aún lo hacía hasta que la vio.

Se acercó a su cama y lo colocó sobre su almohada.

El anillo brilló a la luz del fuego, y ella se armó de valor para dejarlo allí. La baratija nunca estuvo destinada a ser suya. Pertenecería a alguien llamada Amy. Una joven perfectamente apropiada que se convertiría en la esposa de Danny muy pronto.

Pero durante unas horas, Marian había fingido que *podría* haber sido su anillo. Se había permitido más de una vez la tonta fantasía en el camino de que su apuesto caballero de la posada se había enamorado locamente de ella y la había deslumbrado con una grandiosa promesa de matrimonio. Por supuesto, también le había ofrecido un mundo más allá de todo lo que ella había conocido, y seguridad en sus brazos. Incluso se había tomado una hora para considerar su respuesta, pero por supuesto había sido un rotundo sí.

Si tal propuesta hubiera sido real, habría vivido en esta gran casa con una familia de mujeres a su alrededor y con más riqueza a su disposición de la que jamás podría esperar gastar. Pero no era el dinero o el poder lo que le atraía, era la familia.

Si formara parte de esta familia, siempre tendría alguien con quien hablar cuando estuviera asustada o insegura. Hubo muchas veces en las que necesitó a alguien de su propio sexo para recibir consejos, y habría más en los años venideros. Le encantaría tener una abuela que se

burlara de aquellos llenos de su propia importancia, y una madre que le dijera cómo debía comportarse en la sociedad adecuada.

Se levantó bruscamente de la cama sin darse cuenta de que se había atrevido a sentarse en ella. Había hecho lo que vino a hacer, aunque parecía más difícil de lo que esperaba dejar la joya y a Danny atrás.

Danny la había visto con el anillo en la mano, y aunque probablemente le debía una disculpa por tenerlo, ¿qué importaba si nunca se disculpaba? Él estaba ahora con su familia y la mujer que pretendía hacer su esposa.

No había oportunidad de que se conocieran más allá de su única noche juntos.

Tragó saliva. En todos sus años, nunca había sentido el impulso de quedarse cerca de una de sus víctimas o lamentar tanto sus fechorías, o en absoluto.

Marian no quería dejar a un hombre que no había sido más que amable con ella, pero debía hacerlo. Hizo girar el anillo en su dedo y luego miró su mano con horror. ¿Qué estaba haciendo, poniéndose el maldito anillo de nuevo en el dedo, y cuándo lo había hecho?

Se lo quitó de nuevo, lo arrojó de vuelta a la almohada, pero falló, y el anillo voló al suelo para desaparecer bajo el cabecero.

Marian levantó los ojos al techo, molesta por su terriblemente mala puntería.

Pero entonces el pomo de la puerta se agitó detrás de ella y, sin saber quién podría ser, Marian se lanzó bajo la cama antes de ser vista de nuevo. Su mano, como por arte de magia, agarró el anillo, y se lo deslizó en el dedo una vez más para guardarlo.

CAPÍTULO SEIS

Marian estaba en su casa y llevaba su anillo en el dedo. La mujer que había compartido su cama anoche le había seguido hasta su hogar. Estaba sorprendido por su audacia y, a la vez, contento por ello. Ahora no tendría que perseguirla por medio campo.

Si la casa no estuviera llena de invitados esta noche, habría corrido tras ella, la habría atrapado en sus brazos y la habría besado hasta dejarla sin aliento en señal de gratitud. Si la abuela no se hubiera desmayado cuando lo hizo, quizás ya tendría el anillo de vuelta en su posesión.

Pero no podía dejar a la abuela al cuidado de los sirvientes mientras se sentía mal, ni abandonar a todos los invitados que su madre había invitado inesperadamente a cenar con ellos.

Cuando miró por encima del hombro, Marian ya no parecía estar en el salón detrás de las cortinas, aunque difícilmente podía ir a comprobarlo. Si se había ido, podría estar en cualquier parte de la casa ahora, o quizás había huido al exterior de nuevo.

Más le valía no haberse marchado, y si se había quedado, más le valía no haber tocado nada que no le perteneciera, lo que equivalía a todo.

La abuela gimió, y Daniel la miró alarmado. No era la primera vez que la abuela tenía un vahído delante de él, pero había jurado que ya no sufría de su misteriosa dolencia. La última vez fue hace un año, en Londres. Pensaba que se había recuperado por completo.

Ayudó a la abuela a ponerse de pie y la rodeó con el brazo para sostenerla.

—Estoy bien —prometió ella.

—No, no lo estás —susurró él, pero hizo un gesto a los sirvientes para que se fueran, manteniendo el agarre para asegurarse de que estaba estable—. Te tengo.

La anciana lo apartó, se alisó el vestido y cuadró los hombros.

—He dicho que estoy bien, jovencito —insistió.

Danny frunció el ceño mientras se alejaba. Fuera lo que fuese lo que había causado su desmayo, ya no parecía afectarla. Igual que todas las otras veces que se había recuperado rápidamente. Ahora parecía tan normal que resultaba extraño.

—No, no estás bien.

La abuela simplemente sonrió.

—¿Volvemos con tus invitados?

—No digas tonterías —dijo él, llevándola hasta la chaise longue y obligándola a sentarse. La dejó para echar un vistazo detrás de las cortinas, fingiendo comprobar el cerrojo de la puerta, pero Marian ya no estaba allí.

Volvió para sentarse en un taburete a los pies de la abuela y soltó un suspiro.

La abuela le dio un codazo.

—¿Qué buscas allí detrás de la cortina?

—Creí sentir una corriente de aire y fui a comprobar si la puerta estaba cerrada —mintió, pero esa afirmación solo hizo que ella sonriera más—. Te has desmayado. ¿Por qué esta vez?

Ella intentó levantarse, pero él puso su mano suavemente sobre su hombro, obligándola a permanecer donde estaba.

—Respóndeme. ¿Qué tan mal está?

—Estoy bien —prometió ella, apartando su mano con más fuerza de la que él esperaba.

—No te creo. —Negó con la cabeza y mantuvo las manos en su regazo—. Mandaré llamar al señor Kimble por la mañana.

—No.

—Pero abuela...

—No necesito que ese sinvergüenza me manosee —siseó ella.

—Te aseguro que John Kimble nunca ha manoseado a sus pacientes —prometió él—. Es un hombre de ciencia, y nunca fue mucho de un libertino en sus años de juventud, de todos modos.

John Kimble tenía más o menos la edad de Daniel; se habían ido juntos a Londres hace años. Pero era un hombre mucho más joven de lo que la abuela estaba acostumbrada a consultar sobre su salud, y ella aún le reprochaba su juventud y, en su opinión, su inexperiencia. Sin embargo, llevaba años atendiendo a los aldeanos, y sería el primero en admitir si se encontraba fuera de su elemento con un paciente. Si Kimble no supiera qué hacer por la abuela, escribiría a un respetado mentor para pedir su opinión.

—Lo mandaré llamar mañana.

La abuela se puso de pie, frunciendo el ceño.

—No harás tal cosa, jovencito. Además, ¿no te ibas mañana?

—No estoy seguro de tener que irme ahora —dijo con voz arrastrada. Marian estaba aquí o había estado hasta hace unos minutos.

—Bueno, de cualquier manera, mañana será un día ocupado si vas en serio con lo de proponer matrimonio a alguien.

—Por supuesto que lo propondrá —dijo su madre, revelando su presencia detrás de ellos—. Y se mandará llamar a Kimble. Madre ha estado teniendo bastantes episodios últimamente.

La abuela se tensó al instante, y Daniel le tomó la mano.

—Por favor, abuela, ve a Kimble solo esta vez —susurró—. No me lo discutas por una tontería. No podría arreglármelas sin ti en las próximas semanas —suplicó—. Prometiste bailar en mi boda, ¿recuerdas?

—Prometí bailar en tu boda cuando fuera con tu verdadero amor —replicó ella con énfasis.

—Scarsdale debe unirse a sus invitados ahora, madre —anunció mamá, dando una palmada—. No permitiré que se desaire a los Wilson bajo mi techo. Tal vez deberías retirarte a la cama.

La abuela entrecerró los ojos mirando a mamá.

—No tienen suficiente imaginación para darse cuenta de que su compañía siempre es indeseada y no dejaré a Danny enfrentarlos solo.

La abuela no era precisamente fan de Amy Wilson y su padre, creyéndolos poco imaginativos y de conversación aburrida. Su padre podía divagar un poco sobre su finca, y en el pasado, Daniel *había* intentado evitar a su vecino cuando estaba en casa. Por supuesto, ahora sería imposible evitar al hombre. Tendría que aprender a hablar de su finca con igual detalle aburrido.

Cuadró los hombros.

—Sí, muy bien —accedió Daniel.

Marian y la recuperación de su anillo tendrían que esperar unas horas más, probablemente. Seguro que no se alejaría mucho. No después de haber venido hasta aquí. Ofreció su brazo a su abuela y la obligó a aceptar su apoyo para caminar hasta el comedor.

Tanto el señor Wilson como Amy sonrieron cuando todos entraron juntos en la habitación.

—Confío en que no haya nada malo.

Su madre se acercó al lado de Amy y le susurró algo al oído. Amy asintió y le ofreció a Daniel una cálida sonrisa.

—¿No es maravilloso que estemos todos juntos de nuevo? Ha pasado demasiado tiempo, ¿no es así?

Daniel asintió mientras llevaba a su abuela a su silla junto a un vecino soltero mayor.

—Perdonen nuestra ausencia. Surgió un asunto de negocios de la finca inesperadamente que requirió mi atención inmediata.

—Estoy seguro de que su pobre madre ha tenido suficiente de asuntos de la finca para toda una vida —dijo el señor Wilson—. Ahora que ha regresado, ella dejará las decisiones importantes para usted.

Frunció el ceño mientras ajustaba la silla de la abuela.

—Madre lo ha hecho excepcionalmente bien en mi ausencia.

Wilson frunció los labios momentáneamente ante su afirmación.

—Una dama debería preocuparse por el buen funcionamiento del hogar.

—Por supuesto que sí —dijo Amy, riendo y lanzando una sonrisa de gran cariño hacia su padre, aunque este estuviera menospreciando a otras de su sexo.

Daniel volvió a sentarse y miró a lo largo de la mesa, preguntándose cómo su madre soportaba tal crítica con tanta estoicidad. Pero ella no dijo nada, no reveló nada de sus pensamientos más íntimos sobre el tema actual, mientras el Sr. Wilson dirigía la conversación hacia asuntos locales. Después de medio minuto, Daniel miró hacia la puerta y luego recordó que ahora tenía que quedarse quieto durante esas conversaciones.

Intentó mantener su mente firmemente en la conversación, pero sus ojos se desviaron hacia su madre en su extremo de la mesa. Mamá había administrado bien la finca en su ausencia durante estos últimos años, probablemente mejor de lo que él hubiera podido. Eso no debería ser pasado por alto ni desestimado por nadie con sentido común.

Daniel nunca había dudado de sus habilidades para hacerse cargo mientras él estaba fuera. Pero ahora que estaba en casa, las cosas tendrían que cambiar. Ella tendría menos necesidad de preocuparse por el funcionamiento de la finca, y aún menos que ver con la administración de la casa una vez que él se casara.

Se preguntó si ella podría renunciar a todo tan fácilmente como todos, incluido él, suponían que debía hacerlo.

Daniel hizo una señal a los sirvientes para que sirvieran y se volvió hacia Amy.

—¿Cómo va la construcción de la casa de verano?

Amy rió abruptamente y luego se sonrojó.

—Hace tiempo que está terminada, mi señor. He pasado muchas tardes allí con papá, viendo la puesta de sol sobre el estanque y leyéndole.

—Suenan encantador. Tendré que construir una aquí algún día, para que puedas leernos a nosotros también.

La abuela se atragantó.

—Aunque nada supera nuestra gruta en el calor del verano —dijo, cubriendo el ruido con su

comentario.

—No puedo creer que todavía vayas allí —Amy se estremeció—. Es tan oscura, húmeda y pasada de moda.

Daniel había visto la reacción de Amy ante la gruta de primera mano hacía mucho tiempo. En ese momento, se había reído de su miedo a la oscuridad y las sombras. Su exageración, como parecía ser entonces.

Solo estaba realmente oscuro si las velas estaban apagadas. Estaba húmeda porque se alimentaba de un manantial de agua caliente que constantemente reponía la piscina. Pero era maravilloso nadar allí solo o con amigos. Olvidar tus problemas en un largo y lujoso baño en las partes cálidas de la piscina.

Movió la comida en su plato.

—Así son las grutas. No hay peligro allí, y difícilmente está pasada de moda. El Duque de Exeter me decía apenas el mes pasado que desearía tener una igual.

Amy sonrió algo nerviosa ante ese chisme y luego miró hacia el extremo de la mesa donde estaba su madre.

—Mi señora, ¿asistirá a los servicios mañana? —preguntó, cambiando completamente el tema a algo que a él apenas le importaba.

—Desafortunadamente, se la necesita aquí mañana —respondió él rápidamente por su madre. Dado el desmayo de la abuela, Daniel preferiría que su madre se quedara en casa mientras Kimble examinaba a la abuela.

A la abuela no le gustaría que él pusiera el pie en el suelo respecto a cuidar de su salud, pero alguien tenía que velar por ella si no lo hacía ella misma.

—Oh, pero por supuesto, deben tener tanto que ponerse al día, y muchos cambios que quiere hacer ahora que ha vuelto para hacerse cargo —dijo Amy con una tímida sonrisa en su dirección—. Me muero por escuchar sus noticias también, mi señor. ¿Cómo ha pasado su tiempo en Londres todos estos años?

Bueno, no podía responder a eso honestamente. Nunca ganaría la mano de Amy en matrimonio si confesara una décima parte de las cosas que había hecho en Londres y más allá. Pero ahora todos lo miraban, y se removió mientras buscaba en su mente el fragmento de noticias menos escandaloso que pudiera relatar.

Miró hacia el extremo de la mesa, notando la expresión detenida de su madre y la sonrisa apenas oculta de la abuela. Se aclaró la garganta varias veces al darse cuenta de que probablemente tendría que mentir mucho como futuro esposo.

—Asistí al teatro y a varios bailes importantes esta última temporada.

—Y bodas también —añadió la abuela—. No te olvides de las bodas de sociedad. Cuéntale sobre la última. Escuché que fue un asunto bastante escandaloso de principio a fin.

¿La última? Daniel estaba perdiendo la cuenta de todos los matrimonios celebrados entre sus amigos. Probablemente culpa de todo el vino que había consumido en los desayunos de bodas mientras veía a otro amigo doblegarse bajo el peso de la responsabilidad. Se habían confundido unos con otros después de un tiempo.

Como no le gustaría confundir a las parejas, decidió que era momento de cambiar de tema por su cuenta.

Quería saber más sobre Amy y lo que había estado haciendo estos últimos años enterrada en el campo. Si iban a casarse, necesitaba saber en quién se había convertido, conocer más sobre sus intereses y pasatiempos favoritos también.

—¡Oh! Debo decirte que me encontré con ese libro que dijiste que querías —le dijo,

sonriendo.

Amy frunció el ceño lentamente.

—No recuerdo ningún...

Él le recordó el título que había memorizado hacía mucho tiempo. No por elección, sino porque la amiga de Amy tenía el libro y deseaba desesperadamente tener una copia propia.

—Pensé que podríamos leerlo juntos.

—Oh, ese libro —dijo ella, y luego hizo una mueca—. Lo siento mucho. Papá me consiguió una copia la siguiente vez que fue a la ciudad, hace años ya.

—Haría cualquier cosa por ver a mi hija más feliz —intervino el Sr. Wilson con una mirada significativa en dirección a Daniel—. Tan pronto como me enteré del libro que quería, salí directamente a comprárselo. Harías bien en seguir mi ejemplo, hijo.

—Oh, sí, bueno, por supuesto —dijo él, decepcionado de que el segundo paso de su plan para acercarse a Amy se hubiera deshecho tan fácilmente. El primero, por supuesto, era darle el anillo de promesa cuando se le propusiera. El segundo era el libro que había buscado por todo Londres justo antes de comenzar su viaje de regreso a casa. Pero llegaba cinco años tarde para entregárselo y que le sirviera de algo.

—Hmm. Admito que fue una discusión de hace algún tiempo. No me sorprende que no pudieras esperar. ¿Disfrutas teniendo tu propia copia de la historia?

—Sí, de hecho. Incluso he memorizado mis pasajes favoritos. Pero fue sumamente amable de tu parte recordar mi interés, y te agradezco que pensaras en mí mientras estabas fuera —murmuró ella, extendiendo la mano para colocarla sobre la de él y darle unas palmaditas.

Daniel inclinó la cabeza y luego miró al otro lado de la mesa. Parpadeó cuando la abuela se secó discretamente la frente. ¿Parecía un poco sonrojada ahora también?

—Quizás esta noche podríamos encontrar algo más para leer juntos —sugirió Amy mientras le apretaba los dedos.

—Sí, estoy seguro de que podríamos —dijo él, mirando de nuevo a la abuela y preocupándose aún más por su palidez. Retiró su mano a su regazo, volviendo la mirada hacia su abuela.

Quizás la velada debería terminar temprano por el bien de ella. La abuela no se retiraría por su cuenta mientras tuvieran invitados. Probablemente tendría que obligarla a subir también.

Pero no delante de testigos. Nunca le perdonaría por hacer una escena frente a los Wilson y sus otros vecinos. —En otra ocasión, sin embargo —añadió, y luego reprimió un bostezo—. Disculpen todos.

—Por supuesto, probablemente estés cansado por el aire fresco del campo —murmuró Amy—. Papá siempre se queja de fatiga cuando regresa de sus viajes. Londres está tan lejos —dijo con un poco de nostalgia—. Siempre me he preguntado qué te mantenía allí.

¿Qué lo había mantenido en Londres? La ruidosa, sucia y superpoblada ciudad estaba llena de emoción y escándalo. Su vida allí era todo lo que Daniel siempre había amado. Y todas las cosas que no podía admitir a Amy hasta después de que se casaran. —Es difícil de explicar.

Amy juntó las manos en su regazo recatadamente. —Creo que me encantaría ver Londres algún día.

—Mi querida, no te gustaría Londres —le dijo el Sr. Wilson a Amy en un tono firme que no admitía oposición mientras se metía en su conversación. Inmediatamente se volvió hacia Mamá y comenzó a contarle sobre el tamaño de su rebaño.

Wilson seguía siendo un bruto prepotente, al parecer. Cuando él y Amy se casaran, ella ya no tendría que hacer lo que su padre dijera. Le sonrió a Amy. —Bueno, quizás podríamos sentarnos

juntos junto a tu estanque un día de estos y tú podrías recitar el libro mientras yo te sigo en el mío. Londres siempre estará allí esperando a ser visitado.

Charló con otro invitado, discutiendo política local y manteniendo un ojo en la abuela. El Sr. Wilson tuvo que unirse y era un defensor bastante vocal de los derechos de los terratenientes. Pero su discusión no tocó nada demasiado personal, ni involucró a Amy... y por supuesto, Wilson se jactó orgullosamente de que su finca estaba prosperando y era la mejor del distrito.

Hubo una larga y incómoda pausa después de esa declaración. Una en la que Daniel no pudo pensar en una sola cosa más que decir. Le sorprendió lo incómodo que se sentía con sus viejos amigos y vecinos. Había conocido a los Wilson toda su vida y nunca había tenido tantos problemas para hablar con ninguno de ellos en el pasado.

Pero nunca se había reunido con ellos con la intención de proponerle matrimonio a Amy Wilson firmemente en el fondo de su mente. Antes, no le importaba demasiado lo que decía o a quién ofendía, porque siempre había planeado volver a Londres pronto.

Ahora que se quedaba en el campo, estaba sopesando cada palabra que pronunciaba para mantenerse en el lado bueno del Sr. Wilson. Y podría necesitar hacer esto hasta que llegara el día de la boda.

Después de eso, volvería a ser él mismo, suponía, o una aproximación de lo que pensaba que debería ser un buen esposo y terrateniente. Había tenido la intención de permanecer aquí en el campo durante tantos meses como fuera necesario para convertirse en esposo y padre, así que probablemente tendría mucho tiempo para practicar el no alterar las plumas de su esposa.

Pero sin el anillo, sus planes, su confianza en su decisión de proponerle matrimonio a Amy Wilson, se habían esfumado en el aire.

Miró hacia la puerta lejana. Ver a Marian de pie en su salón formal con una sonrisa ridículamente radiante en su rostro había arruinado todos sus planes cuidadosamente elaborados para su regreso a casa.

Ella era una distracción no deseada. Un recordatorio de su antiguo yo y una complicación que nunca había esperado. Pero su sonrisa había aligerado considerablemente su estado de ánimo desde el temor que lo había asediado después de perder el anillo e intentar hacer charla trivial con sus viejos amigos en el salón anteriormente.

Amy dirigió su atención a Madre, y todos continuaron como si nada faltara de su parte. Se sentó observando a todos. Amy y su padre seguramente estaban esperando la propuesta que Madre había aludido que Daniel haría esta noche, dado la forma en que seguían sonriéndole.

Bostezó y luego se disculpó de nuevo. —Perdonen, ha sido un día largo.

—En efecto, viajar directamente desde Londres hasta aquí es toda una hazaña de resistencia —concordó Wilson.

Daniel asintió, pero alzó una ceja cuando Madre encontró su mirada. No había hecho un viaje directo a ninguna parte en toda su vida. Madre sabía que él se demoraba en todas partes, pero claramente no había informado a los Wilson de ese defecto en su carácter por alguna razón.

Pero la mención de la fatiga después de su viaje tuvo el efecto deseado, ya que la abuela también bostezó. Incluso Amy alegó cansancio, y pronto se decidió terminar la velada antes de lo que Danny se había atrevido a esperar. No hubo quejas sobre la separación tan temprana de ninguno de los lados de la mesa.

Ese era el único resultado que estaba saliendo a su favor hoy.

Sus vecinos se despidieron y le desearon una agradable estancia, como si fuera a marcharse de nuevo como normalmente lo habría hecho. El Sr. Wilson también le deseó buenas noches, y luego enlazó el brazo de Amy con el suyo, dejando a Daniel para escoltar a la abuela y a Madre

hasta la parte superior de los escalones delanteros para despedir a la última pareja en su carruaje.

Daniel se volvió hacia la abuela tan pronto como el carruaje se puso en marcha. —Arriba contigo.

—Sí, creo que preferiría eso —dijo ella, con demasiado entusiasmo para una noche temprana.

Daniel miró alrededor. —Madre, ¿podríamos...?

Pero Madre ya se estaba alejando, con la cabeza inclinada y los pasos apresurados mientras desaparecía por el pasillo que conducía a las habitaciones del ama de llaves.

—Está decepcionada conmigo —dijo con sorpresa.

—Ten valor. Lo peor está por venir —dijo ella críticamente.

Para su sorpresa, la abuela le permitió ayudarla a subir las escaleras y a lo largo del camino hasta la puerta de su dormitorio. Él abrió la puerta y se hizo a un lado para permitirle entrar.

La abuela le acarició la mejilla. —He echado de menos a mi nieto favorito.

—Soy tu único nieto —le recordó con una risa cariñosa—. Y yo también te he echado de menos, pero no deberías distraerme cuando estoy tratando de causar una buena impresión en los Wilson.

—Ellos deberían estar preocupados por impresionarte a *ti*. Ni siquiera conocen al verdadero tú, solo la versión de la que tu madre les habla. Ella les haría creer que eres un filántropo y un santo después.

—Difícilmente, aunque di dinero a los necesitados recientemente —dijo, pensando en Marian durmiendo en su cama en la posada anoche. Su cabello desparramado sobre su almohada y sus labios ligeramente entreabiertos, su amplio pecho subiendo y bajando en sueños en sus brazos.

Miró hacia la escalera con culpabilidad. ¿Podría Marian seguir aquí en alguna parte? ¿Cerca? Se preguntó si intentaría robarle de nuevo, o si estaba buscando más dinero a cambio del anillo.

La dama de compañía que Madre había contratado para la abuela estaba esperando para atenderla en su dormitorio, y Daniel les deseó a ambas una noche tranquila. —Hablares más mañana —prometió.

—Daniel —llamó la abuela.

Se volvió.

—Deberías irte directamente a la cama ahora también. Creo que necesitarás todas tus fuerzas para los próximos días.

—Proponer matrimonio no debería ser tan difícil —sonrió—. Buenas noches.

Se dirigió por el pasillo, pero casi perdió un paso cuando vio que su madre estaba parada fuera de sus aposentos, esperándolo. No esperaba ver a Mamá de nuevo esta noche, dada la rapidez de su desaparición anterior.

Caminó por el pasillo, anticipando una serie de quejas contra él. —¿Necesitabas hablar conmigo?

—Ella está bien.

—No está bien si se está desmayando por todos lados —la reprendió.

—Pero olvídate de mi madre esta noche. Debería estar pensando en ti y causando una buena impresión, no llamando la atención innecesariamente sobre sí misma. Siempre crea drama donde no existe —dijo la madre con el ceño fruncido hacia la lejana puerta de la abuela.

Daniel también miró por encima del hombro hacia la puerta cerrada de la abuela. —¿Está realmente bien?

—Por supuesto que lo está —prometió la madre—. Deberías preocuparte más por ti mismo, y

por Amy.

No quería pensar en Amy ahora mismo. La salud de la abuela era más importante para él. — Sobre sus desmayos. ¿Cuándo fue el último? —preguntó, sin querer distraerse de su preocupación por su pariente anciana para hablar de su inminente matrimonio.

La madre frunció los labios. —Oh, hace algún tiempo, pero tampoco fue nada serio entonces.

—Veremos qué dice Kimble.

—No lo verá —advirtió la madre.

—Debe hacerlo, especialmente si quiere vivir lo suficiente para conocer a mi heredero algún día.

—Así que vas en serio con eso —dijo la madre, cruzando los brazos sobre el pecho.

—En efecto. He vuelto a casa para casarme con Amy Wilson, como te dije antes.

—¿Estás seguro de que sabes lo que implica el matrimonio?

No, pero asintió rápidamente. —Por supuesto que lo sé, y como ella es la joven que prefieres, supongo que debes estar contenta con mi decisión —dijo.

Sin embargo, la madre frunció el ceño. —Prométeme que no te estás casando solo para complacerme. Ha sido mi más ferviente deseo que ella se una a nuestra familia, pero es una joven de buena cuna. Me importa Amy y no querría verla herida cuando tu atención inevitablemente se desvíe.

Aunque ofendido por ese comentario, Daniel soltó una risa forzada. —Es el momento, y ella es la elección correcta, como has afirmado todo el tiempo.

Ella entrecerró los ojos mirándolo. —¿Qué hay del amor y la pasión? ¿Y si no los encuentras con ella?

—¿Qué te hace pensar que no lo haré? —dijo, cruzando también los brazos sobre el pecho. Esta era quizás la conversación más bizarra que podía tener con su propia madre—. ¿Estás tratando de hacerme dudar de mi decisión?

—Te conozco y esto es repentino, incluso para ti —dijo la madre con franqueza—. El matrimonio es para siempre o hasta que la muerte nos separe. Me cuesta creer que hayas cambiado repentinamente tus costumbres. He oído todo sobre tus travesuras en Londres y...

—¿Y?

Ella se humedeció los labios. —No pareces cambiado por tu decisión.

Daniel se rio de nuevo. —¿Me juzgas por mi falta de entusiasmo esta noche? Estoy cansado, eso es todo. Te prometo que para mañana por la mañana verás al nuevo y más atento yo.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente. —Deberías haber intentado mantenerla aquí.

—Estaba preocupado por la abuela —insistió.

—¡Madre y sus trucos! Muy bien. Mañana le propondrás matrimonio a Amy —exigió la madre.

Daniel tragó saliva. —Por supuesto. Te deseo buenas noches ahora, madre.

—Buenas noches, Scarsdale.

Se dio la vuelta y se dirigió a sus propios aposentos.

Entró en su habitación e inmediatamente notó una diferencia. Había dejado bastante desorden tras su búsqueda del anillo de promesa, y parecía que su ayuda de cámara había desobedecido sus órdenes y ya había limpiado todo.

Sacudió la cabeza... y un destello de luz bajo la cama llamó su atención. Intrigado, se agachó y se puso a gatas.

—Soy solo yo —le susurró la oscuridad.

Retrocedió, aliviado más allá de toda medida al reconocer esa voz. —Marian, ¿qué demonios

estás haciendo debajo de mi cama?

CAPÍTULO SIETE

—Bueno, no creí que fuera correcto sentarme encima sin pedirte permiso primero —bromeó Marian, saliendo de debajo de la cama y sacudiéndose el polvo. Había estado esperando bajo la cama durante un buen rato. El ayuda de cámara se había tomado mucho tiempo para terminar de ordenar, después de suspirar bastante y quejarse en voz baja sobre la falta de cuidado de su empleador por sus posesiones—. Esta es una habitación hermosa. Muy diferente de las comodidades inferiores que ofrecía esa posada.

Danny se acercó más.

—Temía que nunca volvería a verte.

Marian sonrió.

—Te alegras de verme.

—Sí, no —dijo él y luego resopló—. Solo quería decir que deberías estar a kilómetros de aquí. A salvo.

—Oh, bueno, no estaría aquí si las circunstancias no hubieran requerido un cambio de planes. Vine a darte esto —dijo, extendiendo su mano mientras intentaba quitarse el anillo de promesa de su dedo. Parecía estar atascado de nuevo—. Lo siento. Sigue deslizándose en mi dedo —bromeó de nuevo mientras finalmente lograba liberar la joya. Aunque le dolía el dedo, se lo ofreció con una sonrisa.

—Gracias a Dios —dijo él—. No tienes idea de cuánto extrañé ese anillo esta noche. Estoy en deuda contigo.

—Tonterías —reprendió Marian, posando su mano sobre el pecho de él—. ¿Para qué están los amigos?

Él sonrió y luego miró sus dedos.

—Sobre eso. Debes saber. Es decir... estoy muy feliz de verte...

—Danny, estoy segura de que a tu madre no le agradaría saber que tienes una mujerzuela escondida en tu habitación en tu primera noche de regreso —lo regañó su abuela mientras se deslizaba en la habitación, aunque sonreía de oreja a oreja—. Afortunadamente, he llegado justo a tiempo.

Marian miró a la anciana por detrás de él.

—Usted me hizo señas para que huyera escaleras arriba.

Danny se quedó boquiabierto.

—¿Ella hizo qué? ¿Por qué?

—Sí. En efecto, lo hice —dijo la abuela dirigiéndose a él—. Elogio su capacidad para seguir instrucciones, pues deseo hablar con la joven sobre un asunto de gran urgencia.

—¿Qué podrías tener que decirle tú a mi... mi... amiga?

La abuela la señaló.

—Quería saber con qué derecho lleva tu anillo de promesa cuando habías jurado dárselo solo a una mujer que amaras.

—Prometí dárselo a la mujer con la que me *casara*, abuela —corrigió Danny—. Y Marian lo tiene sin permiso.

—Me parece que también se resiste a devolverlo —dijo la anciana, sonriendo de oreja a oreja otra vez.

Marian miró hacia abajo y maldijo en voz alta al descubrir que el anillo estaba de nuevo en su dedo.

Danny le agarró la mano.

—Dame eso —exigió.

—Te dije que sigue apareciendo en mi dedo —dijo Marian, tan furiosa consigo misma y con el anillo que lo golpeó contra la palma de él.

En el momento en que sus pieles se tocaron, una descarga de recuerdos inundó sus sentidos. Su calidez, gentileza y amabilidad. Su aroma único también la hizo estremecer. La maravillosa noche anterior, cuando la había sostenido en sus brazos, había sido la mejor noche de su vida. No había querido que terminara, pero él había sido un hombre de alta moral... incluso si se había escabullido al amanecer sin una palabra de despedida.

Era inapropiado desear que hubiera sido de otra manera, dado que su abuela estaba en la habitación y él planeaba casarse. Pero el instinto de Marian de lanzarse a sus brazos había regresado con fuerza.

Reprimió el pensamiento de hacer justamente eso. Ella no pertenecía aquí con él.

Danny se volvió para mirar por encima de su hombro a la abuela, pero mantuvo un suave agarre de su mano.

—Abuela, pensé que estabas descansando.

—¿Quién necesita descansar cuando las cosas finalmente se están poniendo interesantes por aquí? —Acercó una silla y se sentó, con los ojos brillantes, como si estuvieran actuando para su beneficio—. Díganme, ¿dónde se conocieron ustedes dos?

Danny negó con la cabeza.

—No conozco a esta mujer.

Marian se estremeció ante la afirmación y liberó su mano de su agarre. El anillo aún estaba en su posesión, y se lo arrojó de vuelta. Desafortunadamente, rebotó en su pecho, y ella lo atrapó en el aire.

—Paciencia, querida —dijo la anciana, dando palmaditas en una silla cercana. Se volvió hacia Danny—. Mi querido muchacho, ¿cuándo aprenderás que es imposible ocultarme algo? Soy una maestra en detectar un romance secreto. Ustedes dos han tenido una aventura recientemente.

Como la pregunta fue dirigida a Danny, Marian se libró de la necesidad de responderle a la anciana, porque tenía curiosidad por saber cómo Danny explicaría su asociación. No es que se avergonzara de sí misma o se arrepintiera de haber pasado una noche durmiendo en sus brazos. No había sucedido nada de gran importancia. Solo un beso apasionado y un intercambio de confidencias durante la noche.

Marian era una mujer con deseos honestos, y Danny era un hombre que le había parecido muy atractivo.

Danny, sin embargo, no fue nada comunicativo sobre cómo se conocieron y después de verlo

tartamudear y no tener sentido, ella se volvió hacia la anciana.

—¿Cómo se siente ahora?

—Contrariada —dijo la abuela, pero luego sonrió brillantemente—. No siempre es tan lento, pero pronto se dará cuenta. El anillo de promesa parece hecho para tu dedo.

Marian levantó su mano, que ahora tenía el anillo puesto de nuevo. Suspiró.

—Es el anillo más bonito que he visto.

—E... Ella. Le di... le di... —Danny balbuceó entre dientes mientras la miraba a ella y al anillo en su dedo.

—Mi joven amiga se lo quitó primero —dijo Marian.

—Entonces, ¿cuál es la verdad? —preguntó la abuela, mirándolos con una ligera sonrisa—. ¿Dado o robado?

—Quiero devolverlo. —Marian se arrancó el anillo del dedo por fin y se lo ofreció a la anciana—. Por favor, quítemelo.

—Con gusto, querida —prometió la abuela, y Marian separó sus dedos para que cayera en la palma de la anciana.

—Bueno, eso es todo entonces —Daniel se acercó a la anciana, aparentemente dueño de su lengua de nuevo, y extendió su mano—. Tengo el anillo de vuelta y ese es el final del asunto, ¿verdad?

—Absolutamente —Marian estuvo totalmente de acuerdo, encontrando su mirada. Cuanto antes se alejara de ese maldito anillo, y de Danny, mejor.

—No exactamente el final —dijo la anciana mientras se metía el anillo en el corpiño—. El anillo se queda conmigo por ahora.

—Pero me lo diste —protestó Danny.

—Eso fue cuando pensé que podías hacer la elección correcta para tu novia. Ahora tengo mis dudas.

—Abuela, no hagas esto.

—Ya está hecho, mi querido muchacho —advirtió la anciana—. El anillo siempre me perteneció a mí.

Danny refunfuñó y se enfurruñó en silencio, pero finalmente se apartó de ambas. Ella podía oírlo murmurando para sí mismo. Palabras que no tenían sentido para ella.

Cualquier cosa que Marian hubiera creído ver en el carácter de Danny en la posada, alguna misteriosa simetría de sentimientos o compañerismo, debía haber sido solo un producto de su imaginación. Él era alguien completamente distinto aquí. Ya no era el hombre seguro que había deseado salvarla.

—Bueno, ya hice lo que vine a hacer, y me iré de nuevo —les dijo a ambos—. Disculpen.

—¿A... a dónde vas? —preguntó Daniel entre dientes, girándose de nuevo para mirarla.

—A cualquier lugar menos aquí —respondió Marian, pero luego recordó hacer una reverencia a la anciana, quien, a pesar de su comportamiento extraño, parecía un alma bondadosa y digna de respeto—. Adiós, señora.

—No es un adiós. No vas a ir a ninguna parte a esta hora de la noche, jovencita. ¿Verdad, Danny? —exclamó la abuela, levantándose—. Al menos podemos ofrecerle una cama por una noche, y una comida satisfactoria también. Después de todo, me devolvió mi anillo. Tal buena acción merece algún tipo de recompensa también. Quizás fondos.

—Ya tiene todas mis monedas para continuar su viaje —masculló Danny—. Tiene que irse ahora y alejarse lo más posible.

—Sí, bueno, ha sido encantador —prometió Marian, avergonzada por su respuesta cortante.

Ella no le había pedido que dejara el dinero junto a la cama o que dejara el anillo—. Adiós, señor, y lamento haberlo molestado ayer. Mis mejores deseos para usted y su madre también.

—Oh, así que mi nieto te lo contó todo sobre nosotros, ¿verdad? ¿También mencionó que finalmente está listo para atarse y casarse? —preguntó la anciana, alzando una ceja.

—No le dije nada —prometió él.

—Lo deduje —soltó Marian—. Pero solo después de llegar y verlo con esa joven en la sala. Es hermosa.

—Con una gran dote, además —murmuró la anciana—. Debe haber sido difícil para ti verlos juntos después de venir hasta aquí para encontrarte con él de nuevo. Tienes mi simpatía, querida. El corazón quiere lo que el corazón quiere. Supongo que se conocieron en una posada y compartieron cama allí, ¿no? —preguntó la abuela, mirando a su nieto con las cejas muy alzadas.

Cuando Danny hizo una mueca, los ojos de la abuela se llenaron de regocijo. —Eso pensé.

Oh, era una vieja astuta, esta abuela suya. Debía mantenerlo en vilo. ¿Podría guardarle algún secreto en absoluto?

Marian estaba disfrutando de su incomodidad, aunque probablemente no debería admitirlo. Si realmente iba a casarse, entonces ella no debería quedarse. Marian no podía permanecer una noche o incluso una hora más en este lugar. Él tenía que ser bueno ahora, apropiado. Convertirse en un esposo y no causar ninguna vergüenza a su futura esposa.

—Te acompañaré a la salida —dijo Danny de repente, acercándose. Sus dedos se cerraron alrededor de su brazo, y ella no resistió el impulso de inclinarse hacia él.

—¿No causaría algo de escándalo que te vieran con una hermosa joven, y a solas en los pasillos superiores? —preguntó la abuela con una sonrisa conocedora—. Mejor la acompaño yo a la salida más cercana que tú, querido. Podrías sentirte tentado a quedártela, a juzgar por la forma en que la estás sujetando tan posesivamente.

Marian se sacudió su agarre y se apresuró hacia la puerta. Cuando se volvió, la anciana tenía el anillo en la punta del dedo, extendiéndolo. El cuerpo de Marian se balanceó de vuelta hacia el anillo, y ella maldijo, luchando por resistir el atractivo de su particular tentación.

—Adiós —dijo entre dientes y salió apresuradamente por la puerta.

Unos pasos la siguieron al pasillo. —Estoy segura de que es lo mejor que se vaya —dijo la abuela en voz alta detrás de ella.

—Sí, es lo mejor —respondió Daniel antes de que una puerta se cerrara de golpe detrás de ella.

Cuando se volvió, la anciana se apresuraba hacia ella. —Ahora, querida. No te preocupes por su pobre bienvenida esta noche. Estoy segura de que está feliz de verte, solo tiene miedo de demostrarlo. Tú y yo vamos a tener esa conversación que ambas anhelamos —dijo.

Marian negó con la cabeza. —No. Me voy.

—No. No. No estás en ningún tipo de problema conmigo, querida —prometió la anciana—. Todo lo contrario, de hecho. Simplemente debo saber qué te impulsó a colarte en la casa de mi nieto para devolver el anillo, y a esta hora tardía.

—Llamé y nadie respondió —confesó—. Encontré una puerta abierta y estaba tratando de devolver el anillo cuando usted entró.

—Tienden a colgar a los ladrones primero y hacer preguntas después por aquí, me temo. Mi nieto es bastante importante y mi hija. Bueno, suficiente sobre ella por ahora.

—Por supuesto que es importante —dijo, mirando alrededor. Gruesa alfombra en los suelos, obras de arte en cada pared.

La abuela la miró fijamente y luego sonrió más ampliamente. —No sabes quién es él,

¿verdad?

—Es Danny.

La anciana rió suavemente. —Te explicaré el resto más tarde, creo.

La mujer estaba chiflada. Marian había devuelto el anillo y debería sentirse bien por ello. Excepto que no era así. Su dedo se sentía extrañamente desnudo. —Simplemente sentí que debía devolvérselo en persona.

La anciana la estudió largo y tendido hasta que Marian se removió incómoda. —¿Eso es todo lo que fue?

—¿Qué otra razón podría haber?

—Mencionaste que un asociado tomó mi anillo, y me pareció que podrías estar en algún tipo de problema por devolverlo —dijo la abuela—. Ninguna joven sensata se cuela en una casa señorial como esta si tiene algo de instinto de conservación. Un pícaro reside aquí, querida. Arriesgaste tu reputación, tu propia libertad por él.

—Un pícaro a punto de casarse.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí, tan obviamente lejos de tus lugares habituales y a esta hora? Sospecho que te has enamorado de mi nieto después de una noche, y has venido a hacerle cambiar de opinión sobre este tonto matrimonio que pretende hacer.

—No —prometió Marian—. Absolutamente no. No tengo ninguna intención con su nieto. Ninguna en absoluto.

—Así que es lo otro. Una lástima. Una gran lástima, de hecho, porque eres mucho más del gusto de mi nieto que la otra dama que considera —dijo la mujer, y luego chasqueó la lengua—. Ven, querida. Veré si puedo agitar la cocina para que te proporcionen té y galletas para tu cena, luego te encontraré una cama para pasar la noche.

La anciana no esperó a ver si Marian estaba de acuerdo. Simplemente se dio la vuelta y la dejó parada en medio del pasillo. Cuando Marian escuchó un ruido detrás de ella, siguió a la anciana a otra habitación que olía a fragancias y rebosaba de toda clase de baratijas y telas imaginables.

Marian se quedó boquiabierta al ver tantas riquezas a su alcance mientras miraba a su alrededor con asombro.

—Despeja un espacio para sentarte. Creo que hay una silla detrás de ti, debajo de esos vestidos antiguos —dijo la anciana.

Marian descubrió una silla tapizada bajo tres vestidos de gala y un par de chales. No sabía dónde poner los vestidos para que no se arrugaran, así que los colocó sobre su regazo al tomar asiento.

La anciana dio unos vigorosos tirones a la campanilla y luego se volvió hacia Marian nuevamente. —Déjame ayudarte.

Sin embargo, no hizo ademán de tomar los vestidos. Marian entrecerró los ojos mirando a la anciana. —¿Qué quiere a cambio?

—Nada —dijo la anciana con un encogimiento de hombros despreocupado.

—Las personas que dicen que no quieren nada siempre mienten —le dijo Marian.

La anciana resopló. —En realidad, estoy de acuerdo contigo en eso. Eres sabia al ser tan suspicaz. Muy bien. Lo que quiero es tu conversación. Estoy hambrienta de emociones aquí, como puedes ver claramente por la compañía que mantiene mi familia. Ha sido muy aburrido en el campo estos últimos años.

Marian no estaba segura de creerle a la mujer. —Tiene a su hija y a su nieto para entretenerse.

—Tengo la capacidad de escuchar más que sus interminables discusiones y quejas —dijo la anciana con una suave sonrisa—. Me atrevo a decir que mi nieto no tuvo tiempo de contarte todo sobre nosotros. Quédate conmigo un tiempo. Escóndete de tus problemas aquí. Incluso te pagaré por tus molestias.

Marian entrecerró los ojos al mencionar el dinero. —¿Cuánto?

—La acompañante actual gana seis chelines por trimestre.

No llegaría muy lejos con seis chelines cuando fuera el momento de huir de nuevo. —Valgo más que su primera oferta.

—Eres una joven muy audaz —dijo la anciana, radiante como si estuviera complacida por ello.

—Usted es quien quiere mis historias —respondió Marian, encogiéndose de hombros, pero estaba disfrutando regateando por algo sin valor real—. El triple. Cada mes que me quede. Pagado por adelantado.

—¡Robo a mano armada! —exclamó la anciana—. El doble y una historia cada día.

Marian alzó una ceja. —¿Cuentos para dormir?

—Historias cuando yo quiera, jovencita —replicó la anciana, agitando su dedo—. Y también te proporcionaré un nuevo guardarropa.

La ropa nueva podría venderse más tarde. Marian no era una gran dama que necesitara mucho, de todos modos. Pero sabía cómo inventar una historia de la nada. Había sido una herramienta que había utilizado muchas veces para hacer nuevos amigos a quienes luego robaba.

Marian fingió pensarlo, pero era fácil concluir que sería prudente quedarse aquí por el momento. Claramente había espacio, y era poco probable que tuviera que pasar tiempo con Danny si ella era la acompañante de la anciana y él estaba cortejando a esa otra mujer.

Después de un tiempo, Crossman dejaría de buscarla, si es que lo estaba haciendo, y entonces podría seguir su camino sin estar constantemente mirando por encima del hombro. Crossman nunca soñaría que ella aceptaría empleo en la casa de su última víctima. —De acuerdo.

La anciana sonrió radiante.

—¿Cómo debo llamarla?

—Sí, supongo que las presentaciones están atrasadas. Señora Cora Nolan. ¿Y tú eres Marian...?

—Trill, de ningún lugar en particular.

—¿Eres una vagabunda?

—Me gusta ver lugares nuevos —le aseguró Marian.

—¿Porque siempre estás huyendo de la ley? —preguntó la señora Nolan con una ceja levantada.

—Nada tan grave. No he lastimado a nadie —prometió. No es que sus antiguos socios, como ahora debía pensar en ellos, fueran tan cuidadosos con las personas a las que robaban.

—Tomas lo que no te pertenece, querida —le recordó la señora Nolan—. Eso también puede lastimar a personas que aún no has conocido.

Marian bajó la mirada, llena de vergüenza porque la anciana tenía razón. Crossman le había enseñado a no detenerse en el pasado, en cosas que no podía cambiar, y no había forma de que pudiera compensar a las personas a las que había robado ahora, más que nunca volver a robar.

Un silencio cayó sobre ellas hasta que un joven apareció en la puerta llevando una bandeja de té. —Té y galletas para usted, abuela —dijo, y luego miró alrededor y vio a Marian.

Marian había visto a este joven en la posada, y en las habitaciones de Danny esta noche, y se preguntó si la reconocería.

Sus ojos se agrandaron, y miró a la abuela con clara alarma en su expresión. Se humedeció los labios. —Perdóneme, señora Nolan. No sabía que tenía compañía.

—Ahora lo sabes —dijo la señora Nolan, sonriéndole—. ¿Has conocido a mi nueva amiga?

—No formalmente. —El joven tragó saliva—. ¿Podría hablar con usted en privado, señora Nolan?

—Puedes susurrar en mi oído —dijo ella, e inclinó la cabeza hacia un lado.

El joven le dirigió a Marian un ceño fruncido severo y luego se inclinó para susurrar al oído de la anciana. Sus confidencias continuaron durante bastante tiempo, pero las facciones de la anciana nunca cambiaron a enojo. Simplemente asintió.

Cuando el joven finalmente se apartó, parecía bastante satisfecho.

—Puedes irte —anunció la señora Nolan.

Marian se puso de pie.

—No, tú no, señorita Trill. Siéntate, querida —la mujer se volvió hacia el sirviente—. Sunday, puedes retirarte, pero haz que tu madre venga a atenderme.

—Seguramente debería...

—No, no. Está bien —le aseguró la señora Nolan—. Mi nueva amiga se quedará con nosotros por mucho tiempo como mi invitada de honor.

El joven se atragantó pero fue despedido con un gesto y salió apresuradamente de la habitación.

—¿Su nombre es Sunday?

—El ayuda de cámara de mi nieto, y en efecto, es el nombre con el que fue bautizado —dijo la señora Nolan, luego se apoyó en una mano enojada para estudiar a Marian. Su anillo brillaba entre ellas ahora—. Eso es irrelevante, en realidad.

Se humedeció los labios e intentó no pensar en el anillo que había devuelto. —¿Qué le dijo sobre mí?

—Nada que yo no hubiera concluido por mí misma después de verte con mi nieto.

Marian exhaló. No se avergonzaba de haber estado en los brazos de Danny, o en su cama anoche. Había sido una transacción impulsiva y satisfactoria. No había tenido la intención de buscarlo de nuevo si no fuera por el anillo que la atormentaba desde el otro lado de la habitación. Si su vida no hubiera sido amenazada, si no se hubiera quedado dormida, y si Danny se hubiera molestado en despedirse en la posada, sus caminos nunca se habrían cruzado por segunda vez.

Se sentó de nuevo, preguntándose si el ayuda de cámara le causaría problemas más tarde.

La abuela se enderezó de nuevo.

—Ahora, hablemos de ti.

—¿Qué tipo de historia le gustaría esta noche?

—Esta noche no habrá historia, pero debemos decidir qué vas a vestir mañana. Ese vestido es bastante antiguo, ¿no es así? Y totalmente inadecuado para tu nueva posición. Exijo que mis acompañantes se vistan con cierto estilo.

—No tengo nada mejor —susurró ella.

—Pero lo tendrás —dijo mientras una sirvienta mayor se apresuraba a entrar en la habitación. Se detuvo en seco cuando vio a la anciana y a Marian juntas—. Así que es cierto. Ya encontró un reemplazo para la chica.

—No exactamente, señora Paul. Esta es la señorita Marian Trill —declaró la señora Nolan, guiñando un ojo—. La mujer de la que mi nieto está prendado.

Marian se atragantó ante la sugerencia.

La otra mujer parpadeó.

—Ya veo.

—Se quedará con nosotros hasta la boda, al menos —anunció la señora Nolan sin rodeos—. Necesitará ayuda para vestirse cada día y un largo baño esta noche o mañana para lavar el pasado. Esa nueva chica que mi hija contrató tontamente para ser mi acompañante puede convertirse en la doncella personal de la señorita Trill —decidió la señora Nolan, sonriendo en dirección a Marian.

Marian se removió inquieta.

—Puedo cuidarme sola.

—¿Pero por qué debería una dama tener que hacerlo? —dijo la señora Nolan—. Una verdadera dama requiere un alto grado de mimos.

—No soy...

—Silencio, querida.

—Se hará como usted diga, señora —dijo la dama, y miró a Marian de arriba a abajo con ojo crítico—. Creo que le sentarían bien colores más atrevidos. Nada de pasteles para ella.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo la anciana—. Tal vez algo en amarillo para el día y satén esmeralda para la noche.

—Tiene justo los vestidos adecuados, si me permite alterarlos —sugirió la señora Paul mientras entraba en una habitación contigua.

Cuando regresó, sus brazos estaban llenos de telas brillantes, naranja, rojo rubí y un impresionante tono de azul.

Marian se sentó un poco más erguida mientras el ama de llaves los extendía sobre una cama. Sus palmas estaban húmedas de anticipación y posesividad.

La mujer le mostró el hermoso naranja intenso. Un vestido redondo que Marian anheló a primera vista.

—Creo que este debería quedarle casi perfecto —prometió el ama de llaves—. Póngase de pie.

Desconcertada, Marian se levantó mientras sostenían el vestido contra ella y se lo mostraban a la mujer mayor.

—Sí, ese es el adecuado para las presentaciones de mañana —dijo la señora Nolan, dando golpecitos con sus caderas—. Ahora algo con más estilo para la cena.

La doncella volvió a entrar en la otra habitación y regresó con un vestido de satén verde. Parecía pesado y estaba adornado con cuentas brillantes. Miró a la anciana, que llevaba un tono azul joya esa noche.

—Tiene tantos vestidos hermosos.

—Sí, por supuesto que los tengo. Soy vieja y no tiro nada que sea bello. Pero muchos de mis vestidos se desperdician en el campo a menos que estés dispuesta a destacar.

Marian frunció el ceño.

—¿Por qué no querría destacar?

—El público lo desaprueba. —La señora Nolan negó con la cabeza—. Querida, tengo mucho que enseñarte sobre las exigencias que se le hacen a una verdadera dama, no es en absoluto la vida que parece.

Marian no estaba segura de que necesitara saber más, pero podía complacer a la anciana por unos días. Después de todo, su estancia era solo temporal.

—¿Está segura de esto?

—Nunca he dudado de mis instintos sobre los jóvenes. Así es como elegí casarme con el señor Nolan, y por qué animé a mi hija a enamorarse de su buen amigo. Vi la misma chispa entre

tú y mi nieto esta noche.

—Es solo lujuria —refutó Marian en voz baja—. Sucede todo el tiempo.

La anciana se rio.

—Mi nieto nunca tartamudea frente a otros a menos que esté cerca de una mujer que realmente le importa. Así como yo no me desmayo a menos que haya una buena razón para desempolvar mis viejas habilidades de actuación y causar una distracción.

Marian entrecerró los ojos, con una sospecha naciente.

—¿Fue todo una actuación?

—Si te quedas, podrías averiguarlo —bromeó la señora Nolan—. Señora Paul, ponga a mi nueva acompañante en la habitación al otro lado del pasillo por conveniencia. Informaré a mi hija de mi nueva contratación yo misma por la mañana.

—No le gustará —advirtió la señora Paul a la abuela.

—Ella nunca acepta los cambios fácilmente, pero no desobedecerá a su madre —prometió la señora Nolan—. En cuanto a mi nieto, bueno, veremos qué hace con sus planes cuando la tentación permanezca tan cerca.

Marian se sonrojó, aunque le sorprendió que aún pudiera hacerlo. La abuela debía estar loca por querer que tentara a su nieto para que se alejara de hacer un matrimonio adecuado.

Pero nada de eso cambiaba la decisión de Marian de quedarse. Tenía la promesa de pago, nuevos vestidos para usar y seguridad por el momento. Siempre que Crossman nunca la buscara aquí, Marian estaría extremadamente cómoda.

Sus ojos se posaron en el brillo de las gemas en los dedos de la anciana, y exhaló un suspiro. Se había topado con gente rica, y la gente rica rara vez tenía sentido común.

Un poco de adulación y algunas historias fantásticas podrían hacer que Marian saliera de este lugar con más de lo que la señora Nolan pretendía dar al final. Probablemente ni siquiera tendría que robarlo. La señora Nolan era demasiado parecida a su nieto. Ser demasiado amable y demasiado generosa con una extraña sería su perdición, como lo había sido para él.

—Si me acompaña, señorita Trill. Le mostraré su nueva habitación —murmuró la señora Paul, haciendo un gesto a Marian hacia la puerta—. La señora Nolan necesita descansar. Organizaré su baño para la mañana.

CAPÍTULO OCHO

Daniel se quedó inmóvil con un pie en el aire, a mitad de la escalera de piedra, al oír hablar a unas mujeres.

—Eso sí que me cuesta creer que haya sucedido de verdad —exclamó Granny en voz alta—. ¿De verdad pasaste una noche en el techo del carruaje de la reina dentro de un baúl?

Daniel bajó el pie mientras Marian respondía:

—Bueno, no pude evitarlo. Los hombres de la reina dormían a mi alrededor y también dentro del carruaje. Recuerdo que fue una noche extrañamente cómoda, durmiendo sobre sus vestidos dentro del baúl.

—Tan joven y tan atrevida. ¿Cómo lograste escapar?

—Alguien trajo pan para su desayuno y todos corrieron tras él —dijo Marian, riendo—. Bajé sin que me vieran mientras se llenaban la boca, pero sin nada que mostrar por mi larga noche de cautiverio excepto una sola prenda en la mano. Me escabullí por la ventana rota por la que había entrado y huí. Desafortunadamente, al final no pude ponerme lo que había tomado. La prenda me quedaba diez tallas grande y no tenía sentido quedármela.

Granny soltó una carcajada estruendosa.

—Eso sí que puedo creerlo. No hay mucho de ti, ¿verdad?

—Todavía tengo la esperanza de crecer un día —dijo Marian, con una risa de buen humor.

—Yo siempre esperé lo mismo, pero nunca me pasó —confesó Granny.

Daniel no creía que hubiera nada malo en una mujer de baja estatura. Marian compensaba con creces cualquier falta de altura con su personalidad audaz, de la misma manera que lo hacían su abuela y su madre.

La conversación se apagó y Daniel continuó unos pasos más y se asomó con cautela por la puerta abierta. Marian estaba sentada en su sala de estar, tomando té, y parecía estar clasificando hilos de bordado esparcidos sobre su regazo. Le ofreció un surtido de colores a Granny para que eligiera.

Era evidente que Marian había mejorado considerablemente su guardarropa desde el día en que se conocieron. A primera vista, uno podría pensar que siempre había pertenecido a una gran casa vistiendo su bonito vestido naranja, pero también creyó reconocer lo que llevaba puesto. ¿No había pertenecido ese vestido alguna vez a su abuela?

Debería haber sabido que no podía confiar en que Granny cumpliera su palabra y le mostrara a Marian la salida y la sacara de la propiedad esta mañana. Pero estaba mejor preparado para lidiar con el problema de Marian de una vez por todas. Ella no debería seguir aquí.

Se obligó a avanzar, con los ojos fijos en el hermoso rostro de Marian, sonrojado por la risa,

e intentó encontrar algo que no le gustara en sus modales. Desafortunadamente para él, ella seguía siendo tan condenadamente atractiva que volvió a quedarse sin palabras. Algo que aún lo avergonzaba.

Su cabello rubio brillaba a la luz de la mañana, y sus suaves labios rosados eran demasiado besables.

Enterró ese pensamiento en lo más profundo mientras entraba en la habitación. No podía besar a Marian aquí, ni en ningún otro lugar.

Granny habló primero:

—Mi querido niño. Me alegro tanto de que hayas vuelto. No vas a creer quién ha venido de visita. Es la hija de mi vieja amiga, la señorita Marian Trill, de Portishead.

Su paso vaciló un poco y su lengua se desató.

—¿Es así? ¿Portishead?

—Oh, sí, no tuve tiempo de decirte cuando llegaste a casa que hemos estado carteándonos durante algunos meses. Le dije a Marian que, como sus padres han fallecido, que Dios los tenga en su gloria, podría venir a quedarse aquí como mi nueva dama de compañía. No es a lo que está acostumbrada, por supuesto, pero estoy segura de que se adaptará fácilmente. ¿No es maravilloso?

Marian ni siquiera parpadeó ante todas las mentiras que salían de la boca de Granny. Pero él sí. Varias veces. Y su lengua también se congeló ante cualquier tipo de respuesta inmediata.

Cerró los ojos brevemente. Contando números al azar en su cabeza hasta que su garganta se relajó. Marian no podía quedarse como dama de compañía aquí. Granny la llevaría a todas partes, ¡incluso a la próxima celebración de su boda con Amy!

Se humedeció los labios y obligó a su lengua a cooperar mientras hablaba con mayor concentración:

—No creo que necesites una dama de compañía.

—Oh, ciertamente la necesito. No entiendes lo a menudo que me aburro aquí —le dijo Granny, admirando su bordado sin terminar y luego mostrándoselo a Marian—. Tu madre estará demasiado ocupada con la boda como para hacerme compañía. Sabes que prefiere que no meta las narices en los asuntos de la finca y en tus asuntos. La he dejado manejar las cosas como ella cree conveniente, por supuesto, pero tengo tiempo para dedicarle a nuestra joven amiga. Quiero hacer esto.

—Mi matrimonio no es asunto de nadie más que mío —protestó, señalando la primera de sus inexactitudes—. Y no creo que estés tan aburrida como dices.

—Podría estar sola por la forma en que tu madre siempre anda corriendo de un lado a otro tratando de complacer a esa tonta muchacha —refunfuñó Granny—. Ahora, señorita Marian Trill, tengo el placer de presentarte a mi nieto, Jeremy Daniel Clifton Wallace, conde de Scarsdale.

Marian pareció sorprendida por la presentación y tragó saliva.

—¿Un placer, *milord*?

Él asintió bruscamente. Había una razón por la que no le había dicho a Marian su título. Ahora, ella lo trataría de *milord* como todos los demás.

—¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias —dijo ella con recato, frunciendo el ceño mientras dirigía su mirada a Granny. Su ceño se hizo aún más pronunciado.

Granny asintió con entusiasmo, pero luego miró más allá de él hacia la puerta abierta a su espalda.

—Ah, ahí están, Lady Scarsdale. Nos preguntábamos dónde estaban.

Daniel giró sobre sí mismo. Madre estaba detrás de él con Amy y una doncella desconocida a su lado, y madre no parecía feliz de verlo, lo cual no era nada inusual.

Se inclinó ante todas ellas cuando entraron en la sala de estar. Daniel le ofreció a Amy unas palabras extra de saludo y luego le ofreció un asiento. La doncella de Amy se dirigió a una silla dura de madera a cierta distancia, cerca de la puerta.

Madre permaneció de pie más tiempo, frunciendo el ceño ante la cara desconocida en la habitación. Sin embargo, tenía demasiados años de experiencia como para mostrar gran sorpresa por la repentina llegada de una de las amigas de Granny y se giró para sentarse, con los labios fuertemente apretados.

Daniel trató de suavizar las cosas por adelantado.

—¿Cómo está hoy, mamá?

—Muy bien, gracias, y mucho mejor por tener tantos invitados especiales, Lord Scarsdale —dijo, haciendo un gesto hacia Amy.

Amy se sonrojó.

Afortunadamente, Granny hizo las presentaciones entre Madre, Amy y Marian, esta última pronunció un suave "¿cómo está usted?" y luego guardó un bendito silencio.

Daniel cruzó la mirada con Amy varias veces y sonrió, pero era consciente de que todos los ojos estaban puestos en él.

—¿De dónde vienen esta mañana?

—El invernadero. Tu madre y yo estábamos hablando de los emocionantes planes nuevos que tienes para la finca —respondió Amy.

Daniel miró a su madre inmediatamente. Como no había mencionado tales planes, le tomó completamente por sorpresa y no supo qué decir en respuesta. —¿Mis planes? Ah, sí, por supuesto.

Madre sonrió ligeramente. —Son impresionantes, como todas las otras mejoras que se han hecho. No puedo esperar a verlas terminadas.

—Sí, cambios terriblemente emocionantes —murmuró él, todavía frunciendo el ceño. ¿Por qué madre de repente le atribuía a él las mejoras que ella había hecho en la finca?

¿Y qué estaba haciendo mamá en la propiedad ahora, y por qué no se había molestado en informarle ya? Este no era el momento de embarcarse en ningún proyecto nuevo al mismo tiempo que el gasto de una boda estaba en su futuro. Daniel quería concentrarse en Amy y encontrar el momento adecuado para proponerle matrimonio.

Aunque ahora tenía que recuperar el anillo de la abuela, en lugar de Marian. La abuela había rechazado su petición anoche sin ninguna buena razón.

Miró fijamente a la abuela, pero ella mantuvo su atención en su bordado y susurrando con Marian. Si ese anillo estuviera en su bolsillo ahora mismo, podría proponerle matrimonio a Amy y poner sus propios planes en marcha.

Sin embargo, con Marian todavía aquí y su familia en la habitación, por supuesto, no podía proponerle matrimonio a Amy incluso si tuviera el anillo.

Tendría que llevarse a Amy aparte para hablar con ella sin que todos supieran que lo estaba haciendo. No es que no fueran a saber de qué quería hablarle en privado.

El reloj del pasillo dio la hora. —Me temo que debo regresar a casa con mi padre ahora —dijo Amy, haciendo un pequeño puchero.

Daniel miró el reloj de la repisa y maldijo. Si hubiera sabido que Amy estaba en la finca, la habría buscado antes. Pero sin su reloj de bolsillo, había perdido la noción del tiempo. —Oh, no.

¿Tan pronto?

—Sí, me temo que sí. Papá normalmente viene conmigo todas las mañanas para estar al servicio de tu pobre madre, pero fue retenido en casa por su mayordomo en el último momento y envió sus disculpas. Debo estar en casa para almorzar con él.

—¿Espero que no haya nada malo en casa?

—Estoy segura de que no es nada serio —murmuró Amy con un gesto de la mano—. Asuntos de la finca, sin duda.

—Estoy segura de que no tienes por qué preocuparte por ese tipo de cosas —murmuró la abuela—. Tu padre se preocupa lo suficiente por nuestras dos fincas. Debe estar agotado. Date prisa en volver a casa.

Daniel hizo una mueca, pero la crítica pasó completamente desapercibida para Amy, quien hizo una reverencia y se excusó, pidiéndole que se quedara donde estaba y dejara que su doncella la escoltara fuera de la habitación.

Daniel vio partir a Amy. Su tiempo juntos había sido demasiado breve hoy y no había avanzado su causa. Tendría que asegurarse de estar informado de cuándo vendría ella de visita en el futuro.

Se volvió para mirar a Madre una vez más, con una ceja levantada. —No he oído nada sobre cambios sustanciales que se estén haciendo en la finca desde mi regreso. ¿Qué diablos estás tramando ahora?

—La finca debe adaptarse a los nuevos descubrimientos para ayudar a la propagación —le dijo Mamá—. No es importante que conozcas cada mínimo detalle tan pronto como llegues a casa.

—Bueno, Amy parece pensar que ya lo sé todo.

—Bueno, eventualmente lo sabrás. Estoy tratando de enseñarle mi forma de hacer las cosas. La chica tiene poca comprensión del cultivo todavía, aunque tengo grandes esperanzas de que una vez lejos de su padre, su educación adecuada pueda comenzar. —Madre frunció el ceño y dirigió su atención a la abuela y a Marian—. Lo que quiero saber es, ¿quién es esta mujer?

—Esta —dijo la abuela, señalando a Marian—, es mi nueva dama de compañía.

—Ya tienes una dama de compañía, contratada a gran costo, y no recuerdo que haya llegado ningún carruaje esta mañana. —Madre volvió sus ojos hacia él—. ¿Cuándo llegó la joven dama?

—Ayer —dijo la abuela con una sonrisa para Marian—. Tarde, mientras todos estábamos cenando.

Madre le dirigió una mirada pétrea. —Supongo que esto es obra tuya.

—Estoy tan sorprendido como tú —prometió Daniel.

—Bien, entonces puede ser fácilmente enviada de vuelta —dijo Madre, mirando fijamente a su madre.

—No permitiré que se envíe lejos a la señorita Marian Trill —declaró la abuela, frunciendo el ceño a Mamá.

—Espera un momento —protestó Daniel, poniéndose de pie—. Es solo un malentendido.

Marian puso una mano restrictiva en el brazo de la abuela. —Está bien. Estoy feliz de irme.

Los labios de Madre se apretaron firmemente, y frunció el ceño. —¿Dijiste señorita Marian Trill?

—Sí, querida.

—¿Trill, como los Trill de *Clayborne Street, Portishead*? —preguntó Mamá, pareciendo reconocer el nombre.

—En efecto, esa es la misma familia —prometió la abuela con una sonrisa complacida—.

Viejos amigos. ¿Recuerdas lo encariñada que estaba con todos ellos?

—Estabas encariñada con todos, lo merecieran o no —contó Madre, entornando peligrosamente los ojos hacia Marian. La miró de arriba abajo y finalmente asintió—. Bienvenida a Hammersley Lodge, señorita Trill. Es un placer tenerla de visita.

—Gracias, mi señora —respondió Marian, bajando los ojos con modestia como si fuera una debutante inexperta tratando de causar una buena impresión en una dama de alto rango—. Es un placer estar aquí.

—Sí, lo es. Confío en que su viaje desde Portishead no haya sido demasiado agotador —murmuró Madre con más cortesía.

—Un poco, pero eso es común después de cualquier viaje largo —respondió Marian con una sonrisa de autodesprecio. Miró a su alrededor; sus ojos llenos de asombro—. Está muy lejos de casa, pero haré todo lo posible por no causarle ninguna vergüenza y espero que perdone mi asombro por mis alrededores.

—Los errores son comprensibles, querida —aseguró la abuela.

—Estaría agradecida por cualquier orientación que pueda ofrecerme —dijo Marian, manteniendo los ojos bajos.

Daniel no se dejó engañar, sin embargo. Podía ver desde su posición que ella estaba estudiando a Madre de cerca. Deferir a sus deseos sin parecer aduladora y sugerir un deseo de ser guiada por ella también, estaba destinado a ganarla. Era un arte sutil el que esta mujer empleaba para deslizarse bajo la guardia de un hombre y hacerlo sentir importante. Claramente, Marian lo empleaba con las mujeres también.

Madre asintió decisivamente. —Justo como debe ser.

—Marian, querida. ¿Serías un encanto y me traerías mi chal de la sala de la mañana? Creo que déjé el amarillo en mi silla. Siento una corriente de aire distintiva de la puerta abierta, pero me resisto a cerrarla y negar a todos la vista.

—Sí, por supuesto —respondió Marian y se apresuró a salir.

—Encantadora muchacha —dijo la abuela a la madre tan pronto como Marian salió de la habitación—. Un poco tosca en los bordes, pero un mes aquí con nosotras suavizará esas asperezas.

—No estoy tan segura de tener tiempo para instruirla en las gracias sociales —respondió la madre, frunciendo el ceño hacia la puerta por la que Marian había desaparecido—. La última chica que trajiste a casa para lecciones de comportamiento fue más problemática de lo que esperaba.

—No te preocupes por Marian, hija. Esta es diferente y está dispuesta a aprender, a diferencia de la anterior. Tiene una mirada aguda e intelecto. Me encargaré de vigilarla y educarla yo misma —prometió la abuela—. Lo hice contigo y mira cómo resultaste.

—Sí, y eso debería preocupar a todos. Pero hoy tengo asuntos más apremiantes en mente —dijo la madre, y luego se volvió hacia él—. ¿Y bien?

Daniel se pasó la mano por el pelo. Apenas podía creer que su madre permitiera que Marian se quedara con tan poco alboroto. —¿Y bien qué, madre?

—¿Vas a seguir a Amy hasta la finca de los Wilson para pedirle a su padre que te deje casarte con ella?

—Sí, podría hacerlo, si me dieran la oportunidad —espetó, mirando furioso a la abuela.

—No hay necesidad de usar ese tono. No te estoy impidiendo que te propongas —respondió ella.

—Pero no me devuelves el anillo de compromiso que quiero darle.

—No. Aún no —dijo la abuela con una dulce sonrisa que desmentía su naturaleza obstinada—. Puedes proponerte sin él, ¿sabes? De hecho, con la mujer adecuada, incluso las palabras son en gran parte innecesarias.

—Sería lo mismo con el anillo y las palabras —refunfuñó Daniel cuando vio su placer en su incomodidad.

A la abuela le divertía que una mujer con la que había pasado una noche lo hubiera seguido hasta casa, sin conocer su título. El hecho de que su familia hubiera conocido a la de ella una vez era irrelevante. La madre acababa de aceptar la presencia de una ladrona entre ellos. Se enfurecería cuando lo descubriera.

Marian parecía perfectamente contenta de seguir el engaño en el que la abuela se había embarcado. ¿Y por qué no? Vivir en una gran mansión, usando bonitos vestidos, tenía que ser un gran paso adelante de lo que estaba acostumbrada en otros lugares. También necesitaba un lugar para esconderse de sus antiguos asociados, y aquí era infinitamente más seguro. Tendría que vigilarla y asegurarse de que no robara nada, sin llamar la atención sobre lo que estaba haciendo.

Miró entre las dos, a su madre que no cuestionaba lo suficiente el momento de la llegada de la nueva acompañante de la abuela, a la sonrisa satisfecha de la abuela, y se estremeció. No era el momento de preguntar qué juego estaba jugando la abuela con todos ellos.

Se oyó un golpe en la puerta y apareció el mayordomo. —El señor John Kimble y la señorita Gabriella Kimble.

Daniel se levantó y se apresuró hacia la puerta para dar la bienvenida a su viejo amigo a la finca. John Kimble era de edad similar y parecía gozar de buena salud. —Mi querido amigo.

—Mi Lord Scarsdale —dijo Kimble, inclinándose ligeramente—. Me alegré mucho al saber que por fin habías vuelto a casa.

—Me alegro de estar en casa. —Daniel se volvió hacia la joven al lado de Kimble y asintió—. Señorita Kimble. Apenas la reconocí. Ha crecido mucho.

—Espero haber cambiado, mi lord —Gabby Kimble se inclinó un poco hacia él—. Han pasado cinco años desde la última vez que nos vimos.

—Es cierto, pero parece que fue ayer cuando el pobre Kimble tuvo que rescatarla de aquella rama de árbol en la que estaba atrapada —murmuró, haciendo una reverencia—. ¿Y cómo está Garras estos días?

Garras había sido un gatito callejero y salvaje, convertido en una mascota casera malhumorada. El gato de Gabby le había causado todo tipo de problemas cuando él estuvo aquí la última vez, y también a John, quien con frecuencia había necesitado rescatar a la pequeña bestia de los desastres que ella misma provocaba.

—Ahora es Félix, y sigue siendo un ávido aventurero —confesó Gabby, sonriendo—. Todavía lo amo hasta la distracción.

—Esperemos que algún día simplemente se quede ahí y engorde en lugar de meterse en problemas —sugirió Daniel.

—Lo dudo. Se parece demasiado a su dueña para esperar un cambio de carácter ahora —bromeó Kimble, ganándose un discreto codazo en las costillas de Gabby. Daniel se rió de la pareja y se dio la vuelta para encontrar que Marian había regresado a la habitación.

Realizó las presentaciones entre sus viejos amigos y Marian, presentándola como la nueva acompañante de la abuela.

Todos parecieron encantados de conocerse, y Gabby y Marian se sentaron, una al lado de la otra, obviamente interesadas en conocerse mejor.

Daniel llevó a John Kimble aparte tan pronto como pudo. —Te ves bien a pesar de estar

atrapado en el campo con solo tu pupila y los enfermos como compañía.

—Gabby y las preocupaciones de nuestro pequeño pueblo me mantienen en vilo —dijo Kimble, riendo suavemente—. Ahora es como una hermana para mí. Molesta pero adorable.

—No tengo la más remota idea de cómo es eso, pero los hermanos siempre me parecieron difíciles.

—La dejo hacer lo que quiere la mayor parte del tiempo, la advierto cuando se está desviando. Tu madre ha sido una influencia enormemente estabilizadora. Me alegra que se interesara por la chica hace unos años.

—No había oído hablar de eso —dijo, cruzando los brazos sobre el pecho y mirando al otro lado de la habitación donde las damas ahora estaban acomodadas juntas e ignorándolo.

Su atención invariablemente se detuvo en la sonrisa en los labios de Marian, y se preguntó sobre su deseo de estar aquí. No había conocido a ninguno de ellos antes, y parecía encajar suavemente con su madre y su abuela hasta ahora, pero le preocupaba su influencia en Gabby Kimble. —Siempre imaginé que mi madre estaría demasiado involucrada en la finca para preocuparse por otra cosa.

—Ciertamente lo estaba hace unos años. Pero Gabby fue invitada a visitar una vez por semana y ha aprendido mucho sobre la gestión del hogar de ella —explicó Kimble—. Fue un alivio tener a Gabby fuera de mis manos durante un rato cada semana. Cada vez que regresaba, sentía que había crecido en confianza y era mucho más sabia por la visita.

Danny se rió. —¿Es así?

—Sí, de hecho, por eso iré a Londres la próxima temporada. Tu madre se ha ofrecido a ayudar a presentarla en sociedad, y aceptaré toda la ayuda que pueda conseguir. —Kimble sonrió y luego golpeó el hombro de Daniel—. Entonces, ¿has vuelto? ¿Por cuánto tiempo esta vez?

—Para siempre.

—¿Qué? ¡No!

—Sí —dijo Daniel, bajando ligeramente la barbilla—. He vuelto para quedarme, y para casarme también.

—¿Así que esa hermosa chica de allí solo está fingiendo ser la acompañante de tu abuela? Qué descaró el tuyo.

—No, ella no —soltó rápidamente—. Me casaré con la señorita Wilson.

Kimble se giró para mirarlo. —No puedes hablar en serio.

—Pero lo estoy. Es hora —insistió Daniel.

—Para casarse, tal vez, pero seguramente no con ella —dijo Kimble, con una expresión de consternación en el rostro. La borró rápidamente.

Daniel suspiró.

—Diga lo que piensa, señor.

—Temo que serás miserable —aseguró Kimble.

—Estoy seguro de que todos los futuros maridos temen eso al principio. Son solo nervios por perder la libertad.

—Es lo que queda del sentido común de un hombre gritando por ser rescatado, creo. —Kimble lo miró a los ojos—. Amy Wilson es orgullosa y manipuladora. Te pisoteará en cuanto le pongas un anillo en el dedo.

Daniel retrocedió ante el ataque al carácter de Amy.

—¿Por qué imaginarías algo así?

—Porque la conozco mejor que tú. Amy Wilson tiene dos lados muy diferentes, pero una vez que la hagas condesa, apuesto a que solo quedará uno. No es la mujer para ti —advirtió Kimble,

frunciendo el ceño.

—Bueno, creo que estás equivocado —dijo Daniel obstinadamente—. ¿Qué te ha hecho ella para que digas tales cosas?

—Nada a mí directamente, pero escucho mucho que me preocupa. Es dura con los sirvientes en Wilson Hall, tacaña con su caridad hacia los pobres. Tenía a un joven muchacho para que le trajera cosas, y nunca tuvo una noche completa de sueño o una palabra de gratitud en todos sus años a su servicio.

—Seguramente solo hace lo que su padre espera de ella —sugirió Daniel, recordando que su madre había dicho que el padre de Amy había limitado su comprensión de muchas cosas.

—Sí, y eso es lo que me preocupa.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Wilson siempre está metiendo las narices en cómo se administra tu finca, menospreciando a tu madre a diestra y siniestra a sus espaldas. Cree que debieron haberle pedido que administrara la finca en tu ausencia e intenta socavar su confianza.

—Wilson fue un gran amigo de mi padre durante muchos años. Estoy seguro de que solo está preocupado porque yo no estuviera aquí para administrar la finca yo mismo.

—No es un amigo ahora. El año pasado, lo escuché decir que revendió grano que compró de esta finca por mucho más de lo que le pagó a tu madre.

—El beneficio es un buen negocio —dijo Daniel lentamente, consternado por lo que había aprendido hoy.

—Y eso fue después de aconsejarle que le vendiera barato porque el mercado estaba saturado —advirtió—. Gabby me dice que la expresión de tu madre cuando se enteró de lo que había hecho podría haber congelado el infierno. Perdió los estribos después de que él se fue.

—Madre nunca pierde los estribos —dijo—. Bueno, solo conmigo.

—Pues los perdió ese día, y luego siguió como si no hubiera pasado nada. Recibir a Wilson de vuelta en la finca por un cariño mal ubicado hacia Amy fue un error del que se aprovechará una y otra vez.

Daniel inhaló. Dejar a su madre a cargo de la finca no había parecido problemático desde la distancia de unos cientos de millas. Pero ahora, se preguntaba si debería haberlo hecho. No le gustaba escuchar que su vecino la había engañado. Tendría que aprender más sobre eso, después de que Kimble se fuera.

—¿Le gustaría tomar algo, señor?

—Estoy aquí para ver a tu abuela, ¿recuerdas? El mensaje de tu madre decía que había tenido otro episodio.

—Sí, se desmayó. O eso pareció —explicó Daniel.

—Podría ser simplemente la emoción de tu regreso. Sé lo mucho que te aprecia. Pero si me lo permite, me gustaría escuchar su corazón. Un amigo me envió un nuevo aparato para ese tipo de cosas.

—¿Alguna vez echas de menos Londres?

—Por supuesto, y quizás cuando Gabby esté casada de forma segura, volveré a visitar algunos de nuestros viejos lugares favoritos contigo una vez más. Supongo que ha cambiado mucho desde mi época allí.

—Lo ha hecho —concordó Daniel—, pero en otros aspectos, sigue siendo exactamente igual.

—Bailes, fiestas —murmuró Kimble.

—Escándalos, caos, conducta desordenada —respondió, riendo—. Y eso es solo por mi parte.

—No puedo esperar a escuchar todas tus noticias entonces —dijo Kimble—. Ha pasado demasiado tiempo desde que hablamos.

—La mayoría de tus viejos amigos se han casado —le advirtió.

—Ah, así que por eso has vuelto a casa con el rabo entre las piernas. —Kimble se rio—. ¿La mujer que querías te rechazó?

—Sí, pero rechazó a todos los demás también, así que no me lo tomo personalmente. —Daniel suspiró—. Simplemente estoy tan cansado de todo.

—¿Cansado de qué?

—De perseguir mujeres. De buscar y nunca poder quedarse con una por suficiente tiempo —dijo arrastrando las palabras. Nunca lo había expresado así antes, y ciertamente no a un conocido masculino. Pero había conocido a Kimble toda su vida. Habían ido a Londres juntos, pero a Kimble no le había entusiasmado quedarse una vez que se le cargó con una pupila.

La insatisfacción de Daniel con su tiempo en Londres había aumentado a lo largo de los años desde entonces. Una vez que la emoción de los primeros años se desvaneció, también la emoción de la persecución, simplemente nunca pareció volver completamente.

—Quizás simplemente estoy solo.

—Todos estamos solos. Solo podemos elegir nuestras distracciones sabiamente y esperar lo mejor —ofreció Kimble.

—Como siempre, el optimista —murmuró Daniel.

—Pragmático —corrigió Kimble—. Confía en el destino y todo saldrá bien a la larga, estoy seguro.

El destino había dejado caer a la mujer más imperfecta en su regazo la noche antes de que tuviera la intención de proponerle matrimonio a otra dama más apropiada. Tenía la persistente sensación de que el destino también se estaba riendo de él por seguir deseando a la equivocada. Sacudió ese sentimiento.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó—. ¿Alguien especial en tu vida?

—¿En este lugar? —Kimble se rio—. Debes estar bromeando. La mujer más atractiva que he visto en años es esa encantadora criatura sentada junto a tu abuela.

—Su acompañante —le recordó Daniel.

—Sí, nos presentaron —respondió Kimble—. ¿No supongo que tenga dote?

—No lo creo —advirtió Daniel—. No es que sepa mucho sobre ella, realmente.

Kimble miró hacia las mujeres.

—No es de por aquí, ¿verdad? ¿Dónde la encontró la señora Nolan?

—¿Por qué?

—No eres el único que se siente solo —dijo Kimble con una sonrisa despreciativa.

—Ya conoces a la abuela. Tiene amigos en todas partes.

—Bueno, entonces, si está aprobada por la señora Nolan, realmente debo llegar a conocer más sobre la encantadora dama. Parece que a Gabby ya le agrada. Eso es suficiente para mí.

Daniel se volvió para mirar a Kimble con sorpresa cuando se dio cuenta de que el hombre tenía la intención de cortejar a Marian. *Románticamente.*

La idea de eso le dejó un sabor decididamente amargo en la boca.

—Ahora necesito esa bebida.

—Iré contigo. O quizás no debería —susurró Kimble—. A la señorita Trill podría gustarle mi conversación más que a ti.

Daniel extendió la mano, agarró a Kimble por el brazo y lo arrastró hacia el estudio.

—Vendrás conmigo. Señoras, si nos disculpan —dijo en voz más alta mientras sus ojos se

posaban de nuevo en Marian.

Marian Trill era encantadora, excitante e inesperada, pero no era la mujer para John Kimble ni para él.

CAPÍTULO NUEVE

Marian nunca había arreglado flores antes, pero estaba haciendo su mejor esfuerzo porque la señora Nolan le había pedido que lo intentara. Dijo que era algo en lo que las damas siempre sobresalían. Como Marian estaba fingiendo ser una, debía saber algo al respecto.

Se esmeró en colocar las flores de invernadero en el jarrón de cristal y giró las flores hacia afuera, esperando que no se viera demasiado poco impresionante. Había elegido las flores más brillantes para su arreglo, aunque todos los demás en la habitación, hechos por Lady Scarsdale y la señorita Amy Wilson, eran más sobrios.

—Muy refrescante —murmuró la señora Nolan con aprobación—. Pon ese en la mesa junto a la ventana, al otro lado de la habitación.

Marian hizo lo que se le pidió, colocando el jarrón en el centro de una mesa auxiliar de nogal muy pulida junto a un gran y cómodo sillón.

Y entonces miró por la ventana abierta.

Lady Scarsdale y la señorita Wilson todavía estaban afuera juntas, disfrutando de la fresca brisa de la tarde y contentas con la compañía de la otra. A Marian le habría gustado disfrutar de la brisa también, pero a la abuela no la habían invitado a unirse a ellas, así que ella tampoco podía salir. No es que quisiera pasar tiempo en compañía de la señorita Wilson. Parecía bastante tonta y más que un poco llena de su propia importancia.

La señora Nolan era una compañía mucho mejor. Era una mujer de vasta experiencia y parecía dispuesta a compartir sus conocimientos con Marian sobre casi todos los temas bajo el sol. Pero constantemente buscaba información sobre el turbio pasado de Marian, y eso la hacía sentir incómoda porque sabía muy poco al respecto.

—¿Dónde habrá encontrado la señora Nolan a su nueva acompañante? Me quedé completamente sorprendida al ver una cara nueva en su salón antes —susurró Amy, aunque el sonido llegó bastante bien a los oídos de Marian.

—Es una conexión de Portishead —respondió Lady Scarsdale con desdén.

—Parece tan fuera de lugar aquí —replicó Amy—. Perdida.

—Sí, supongo que podría sentirse así. Todo el mundo lo está al principio. Han pasado años desde que la vimos, e imagino que mi madre se sintió obligada a ofrecerle un puesto a la chica cuando se enteró de que su padre había fallecido —terminó Lady Scarsdale, repitiendo la historia que la señora Nolan había soltado antes—. No es nadie de gran importancia, te lo aseguro.

—Ya lo había supuesto —murmuró Amy—. ¿Tomamos más té, milady?

Marian frunció el ceño y arregló las flores con enojo. Todo lo que hacía esta familia era comer, beber té y chismorrear sobre los demás. La abuela había estado compartiendo chismes

sobre Amy Wilson durante horas, y cuanto más escuchaba, menos razones tenía para estar impresionada por esa tonta mimada.

Marian también sabía lo suficiente sobre los muchos logros alardeados de la otra mujer como para saber que no podía competir, y ni siquiera debería intentarlo. Pero, ¿qué clase de mujer esperaba años por una propuesta de un hombre, un conde, que había abandonado un lugar tan lujoso como este y a la mujer que todos sabían que esperaba casarse con él?

No es que Marian quisiera a Danny —Lord Scarsdale— para sí misma.

Vivir aquí solo estos pocos días era tan aburrido como la abuela había afirmado que sería hasta ahora. Nadie pasaba de visita excepto los Wilson y los Kimble, y la familia no se había aventurado más allá de los límites de la propiedad. No era de extrañar que la abuela le rogara a Marian que se quedara para contarle historias. Había estado atrapada aquí durante años y debía estar bastante desesperada por cualquier forma de emoción.

La pareja, Lady Scarsdale y la señorita Wilson, continuaron sorbiendo té y comiendo pequeños pasteles mientras ella observaba, y Marian temió que pudieran continuar así durante horas más. Estaban contentas la una con la otra como si ya fueran madre e hija. Honestamente, no sabía cómo Lady Scarsdale podía ser tan ciega.

Era tan evidente que Lady Scarsdale era más afectuosa con la señorita Wilson de lo que la señorita Wilson lo era con la condesa. El afecto y la consideración no eran devueltos en igual medida por la señorita Wilson.

No había nada en particular que pudiera señalar que sugiriera una artimaña o estafa por parte de la joven. Parecía del tipo que esperaba amor y elogios, pero no daba nada a cambio. Pero si uno deseaba obtener todo esto, un título y una riqueza incalculable, junto con Danny como esposo, entonces Marian podía entender las motivaciones de Amy.

No es que nadie debiera fingir deleite al ser cortejada por Danny. Con título o sin él, rico o no, era un hombre muy atractivo a la vista. Divertido y de hábitos mayormente sobrios, era un hombre que sabía cómo amar y respetar los deseos de las mujeres. Aunque obviamente era una decepción para su madre, como lo eran muchos jóvenes a menudo.

Se volvió hacia la señora Nolan para preguntarle sobre el origen del conflicto entre madre e hijo, solo para descubrir que la mujer mayor se había ido de la habitación. Marian maldijo en voz baja. La abuela siempre hacía eso. Desaparecía sin avisar. No era de extrañar que las acompañantes anteriores nunca hubieran permanecido mucho tiempo en su puesto. Era una mujer difícil de seguir el ritmo.

—Me pregunto qué estará reteniendo a su hijo para que no se una a nosotras —murmuró Amy—. Dijo que volvería enseguida.

—Estoy segura de que llegará en cualquier momento —respondió Lady Scarsdale, y luego su pie golpeó suavemente bajo su vestido.

Marian negó con la cabeza. Danny llevaba a su madre a la distracción sin siquiera intentarlo mucho. Incluso desde aquí, podía sentir que la tensión en la dama aumentaba debido a la falta de propuesta de matrimonio y su ausencia.

Sin embargo, si realmente estaba decidido a casarse con Amy Wilson, seguramente debería estar esforzándose más por cortejar a la joven. Era obvio que su madre no se interpondría en su camino, aunque su abuela tal vez sí lo haría.

Marian prefería no ser testigo de su propuesta, y después de unos minutos de indecisión, se alejó de las damas chismosas y fue a buscar a la señora Nolan en su lugar.

No había señales de la señora Nolan en ninguna de las habitaciones de abajo, y Marian subió apresuradamente la escalera principal hacia la alcoba de la mujer, esperando encontrarla

descansando allí a pesar de la hora temprana.

La anciana había dicho que normalmente no dormía durante el día, pero Marian se estaba dando cuenta de que la anciana mentía tan habitualmente como Marian solía robar.

Cuando levantó la mano hacia la puerta, escuchó a Danny hablando dentro de la habitación y se quedó paralizada con los nudillos a unos centímetros de golpear la madera.

—Esto es una mala idea, abuela —dijo Scarsdale—. Mamá va a montar en cólera cuando se entere de la verdad.

—Deja a mi hija en mis manos. Le he dicho todo lo que necesita saber sobre Marian por ahora. Además, tu madre es más astuta de lo que crees. Mira lo bien que ignora a Amy y a su entrometido padre.

—No quiero que mamá le mienta a nadie sobre nada —se quejó Scarsdale—. Pero, ¿qué es eso de que el señor Wilson se entromete?

—Siempre anda rondando por aquí, haciendo comentarios mordaces sobre tu ausencia e intentando socavar su confianza y autoridad sobre los sirvientes. Creo que ha estado intentando tomar el control estos últimos años. Todo porque todo el mundo sabe que te casarás con su hija y necesitarías su bendición para la unión. Mi hija ha trabajado diligentemente para mantener este lugar en funcionamiento mientras tú te has estado divirtiendo a fondo en Londres.

—Lo sé. Los libros de cuentas me dicen que lo ha hecho extremadamente bien sin mí. No tengo quejas.

—Deberías decirle que estás orgulloso de ella —sugirió la abuela—. Antes de que sea demasiado tarde.

—Madre nunca se ha sentido cómoda con los cumplidos de mi parte —se quejó Danny—. No sabría qué decir que pudiera agradarle.

—Me recuerda a alguien más que ambos conocemos —reflexionó la abuela.

—Amy siempre se siente halagada con los elogios.

—Por supuesto que sí. Todo el mundo ha elogiado a Amy Wilson por su aspecto, sus modales y sus numerosos logros. Me refería a que deberías ofrecer cumplidos a la *otra* dama que necesita un poco de adulación —dijo la abuela con una suave risa—. Practica con Marian.

—No me gustaría que se llevara una impresión equivocada.

—No puedes simplemente ignorarla, ¿o quieres que tu madre sospeche que hay algo entre vosotros? Es bonita, y tú eres un joven viril. Y todavía hay algo entre vosotros. Sé lo que piensas cuando la miras, y lo que ella espera cuando vuestros ojos se encuentran. Te estás preguntando si puedes cumplir con tu deber y continuar un romance, pero eso no sería sensato —advirtió la abuela—. Ella se merece algo mejor. Marian, quiero decir.

—Por última vez, no pasó nada serio entre nosotros —protestó él—. Pero dime por qué has inventado una historia tan elaborada sobre que Marian viene de Portishead.

—Porque es así —dijo la abuela.

—Sí, pero ¿por qué dices que conoces a su familia? Nunca había oído hablar de ellos antes.

—Tendrías que preguntarle a tu madre sobre eso.

—A madre le disgusta hablar del pasado —refunfuñó Daniel—. Si le pregunto, me dirá que no es importante, como siempre hace.

—En realidad, no es tan descabellado que nos conozcamos. Simplemente he embellecido un poco la historia para explicar cómo Marian llegó aquí. Hemos ayudado a muchos conocidos de Portishead, incluso a los de bajo rango, como su familia. ¿Te avergüenzas de tales conexiones?

—Sabes que no me importa eso ni el dinero que gastas ayudando a tus viejos amigos —dijo, con un tono ominoso—. Clases bajas. Clases altas. Todos somos iguales cuando nos quitamos la

ropa.

—Te he enseñado bien —dijo la abuela, sonando orgullosa de su nieto—. Una vez conocí muy bien a un caballero en Portishead con el apellido Trill. Nunca íntimamente, por supuesto. Mi corazón, como sabes, fue reclamado a una edad temprana. Pero Trill... un tipo inteligente, muy apuesto, un completo degenerado. Te habría caído bien nada más conocerlo.

—No puedes insinuar a nadie que Marian tiene un pariente así —protestó él.

—Pero todas las familias tienen una oveja negra, querido. Probablemente fuera su abuelo, o incluso su viejo tío. Tendríamos que visitar Portishead de nuevo para estar seguros.

—¿Su abuelo?

—Bueno, el señor Trill que yo conocía era mayor que yo, y tenía un par de hijos que podrían tener la edad adecuada para ser el padre de Marian —respondió la abuela.

—Estoy seguro de que esa familia estaría encantada de saber que estás más que dispuesta a endosarles una huérfana sin pruebas de conexión —gruñó Danny.

—No he dicho que conozca a los hijos. Eran mucho más jóvenes que yo para que me interesaran. Pero se hicieron hombres cuando yo vivía en Portishead. Uno iba a casarse, aunque nunca recibí una invitación de boda.

—Creo que es arriesgado afirmar que pudiera existir tal conexión —advirtió él.

—La señorita Wilson difícilmente se molestará en verificar las credenciales de Marian como mi acompañante cuando su ambición de toda la vida siempre ha sido convertirse en novia y en tu condesa.

—¿Y qué pasará después de que nos casemos? —preguntó Scarsdale—. ¿Los cinco tendremos que vivir con esa mentira bajo el mismo techo para siempre?

—Difícilmente creo que te cause un problema, ya que yo solo estaré aquí hasta el día en que te cases —dijo la abuela—. Volveré a Portishead por fin, donde pertenezco.

—¿Qué? —protestó Danny.

—No tendré razón para quedarme, querido. Vine para ayudar a tu madre cuando naciste y regresé porque tu padre falleció poco después. No quería que estuviera sola con su dolor, y mi estancia ha durado mucho más de lo que jamás pretendí. Pero pronto tendrá las manos llenas con una nuera y adaptándose a su nuevo papel como condesa viuda. Luego tendrá bebés en su regazo. Verme rondando por aquí solo le causará más agitación que felicidad.

—Eso simplemente no es cierto. Pero ¿qué hay de Marian? Madre no necesita una acompañante.

—Por supuesto que no necesita una acompañante, y ciertamente no puede quedarse con la mía. No, me llevaré a Marian conmigo, y averiguaré si mis sospechas son correctas.

—¿Qué sospechas?

—Que mis sospechas sobre su parentesco no son en absoluto una exageración. Hay algo extrañamente familiar en el rostro de Marian que molesta mi memoria. Estoy segura de que una vez que regrese a Portishead, todo se aclarará.

—¿Ella quiere irse contigo? ¿Le has contado tus planes para su futuro?

—No con tantas palabras, pero he mencionado un anhelo por Portishead, y ella parecía muy interesada en saber más sobre mi antiguo hogar y lugares frecuentados.

—Portishead seguramente ha cambiado en los años desde que estuviste allí por última vez.

—El cambio es bueno para el alma. También lo es la emoción de una nueva aventura. Me siento joven de nuevo con Marian cerca. Además, soy demasiado vieja para simplemente sentarme en una silla y esperar a que tus hijos vengan al mundo como ha hecho tu madre. Me agrada Marian, y parece que yo le agrado a ella. Está dispuesta a un poco de engaño y una

aventura o dos. Imagina las travesuras que podríamos hacer juntas lejos de aquí.

—Intento no hacerlo —dijo Scarsdale, con un tono afligido.

—No te preocupes por nosotras dos, querido —murmuró la abuela—. Pronto tendrás una esposa y todos los hijos que podrías necesitar para preocuparte. Estoy segura de que Amy satisfará tu deseo de descendencia desde la primera noche que sean marido y mujer. Me llevaré a Marian conmigo, y tal vez pueda encontrarle un buen marido rico también.

—No, absolutamente no —exclamó Danny en voz alta—. No jugarás a ser casamentera para Marian Trill con ninguno de nuestros conocidos.

—Todos necesitan a alguien a quien amar, querido. Especialmente una chica como Marian Trill. Confía en mí, será más feliz sin tu afecto pasajero.

—No es como si tuviera elección ahora —argumentó Scarsdale—. No puedo deshacer mi decisión de casarme a estas alturas.

—Eso es cierto, me temo. Ahora estás comprometido con otra dama, incluso sin haberle propuesto matrimonio todavía, y la pobre Marian debe preguntarse por siempre lo que podría haber sido entre ustedes dos. Tú también lo harás.

—Se está pasando de la raya, señora Nolan —dijo Danny, sonando bastante enojado ahora.

—Y tú, querido, tienes la cabeza metida en la arena —replicó la abuela—. Piensa cuidadosamente en lo que te he dicho esta noche.

Hubo una larga pausa, y luego se escucharon pasos pesados dirigiéndose hacia Marian.

Ella se aplastó contra la pared cuando la puerta se abrió de golpe. Danny salió y se alejó a grandes zancadas, con los hombros tensos y los puños apretados a los costados mientras desaparecía en su propia habitación y cerraba la puerta de un portazo tras él.

Ni siquiera la notó.

—Puedes entrar ahora, Marian —llamó la abuela.

Marian se apresuró a entrar y cerró la puerta tras ella, luego se volvió y enfrentó a la anciana con cautela. La abuela era más perspicaz y astuta de lo que había parecido al principio. Sonaba como si estuviera tratando deliberadamente de sabotear los planes de matrimonio de su nieto promoviendo a Marian como una alternativa. Pero él era un conde, indecentemente rico y ya comprometido. Si él se lo pidiera, Marian nunca podría casarse con él. Su madre no lo permitiría.

—Me alegro de que hayas escuchado todo eso —dijo la abuela—. No me gusta repetirme.

Marian decidió no abordar ni tratar de negar su atracción por Danny como la anciana afirmaba. Se centró en la mentira.

—Usted no me conoce a mí ni a mi familia —dijo firmemente.

—Ven y siéntate a mi lado, muchacha —exigió la anciana.

Marian hizo lo que le pidió.

—Usted nunca me conoció antes de hace tres días.

—Eso es cierto —dijo la abuela, y luego alcanzó a tomar su rostro por la barbilla—. Pero reconozco este rostro, o alguna otra versión de él. ¿De dónde crees que vienes? ¿De debajo de un seto? No has compartido mucho sobre tu pasado y tu situación actual por una buena razón, pero puedo adivinar fácilmente lo que se omitió. Estás sola, y nunca mencionaste a ninguna familia o amigos. ¿Quieres contarme sobre el problema en el que estás ahora?

Marian se quedó quieta. ¿Cuánto debería contarle a la anciana? Si decía demasiado, o la colgarían o la enviarían lejos de inmediato. La gente no confiaba en los ladrones por una buena razón.

—No te traicionaré —dijo la abuela mientras retiraba su mano.

Marian levantó la barbilla.

—Realmente no sé de dónde vengo, y no importa.

—Sí importa —discrepó la abuela.

Marian agitó la mano y se encogió de hombros.

—Solo tengo vagos recuerdos de la tienda de mi padre.

—¿Una tienda? —Los ojos de la anciana se iluminaron—. ¿Qué recuerdas de la tienda? ¿Qué había allí? ¿Qué vendía?

—Recuerdo que la gente entraba y salía a todas horas.

—¿Era próspero?

—No —dijo ella, arrastrando las palabras, recordando el hambre y la incertidumbre que siempre asociaba con sus primeros recuerdos—. No estábamos bien económicamente. La tienda estaba polvorienta, yo solía dibujar patrones en el suelo y me golpeaban por ello. Pero había vidrios de colores sobre la puerta principal y en la ventana. Solía acostarme en el suelo y ver las bonitas luces bailar sobre mí. Pero a menudo sentía que estaba allí sola durante horas.

La anciana asintió.

—¿Recuerdas los rostros de tus padres?

—Nada de mi madre o de cualquier otra mujer. Mi padre tenía el pelo oscuro y estaba enojado —Marian se humedeció los labios—. Siempre estaba discutiendo con la gente que venía a su tienda.

—¿Discutiendo, o estaba regateando? ¿Discutiendo el precio de los bienes que vendía y compraba, tal vez?

—Realmente no podría decirlo —admitió. Le dolía saber tan poco sobre sus orígenes ahora—. ¿Por qué?

La abuela negó con la cabeza.

—Solo una idea. ¿Había otros parientes o personas que recuerdes de tu pasado?

Había habido solo uno, pero ahora no estaba tan segura de su conexión con el tío Crossman tampoco.

—Podría haber tenido un tío.

—Ah, bien. Ahora tenemos algo a lo que prestar atención. Háblame de él.

El tío nunca hablaba de sí mismo.

—Apenas lo conocía y no lo he visto en mucho tiempo. Nos separamos.

La anciana asintió.

—¿Y por qué sucedió eso? La separación, como tú la llamas.

El tío Crossman era un ladrón, mentiroso y probablemente sin parentesco con Marian. Además, sus asociados, otros ladrones que ella creía aliados, querían deshacerse de ella. No tenía ningún deseo de hablar sobre su pasado o sobre ellos, y cada instinto en su interior le sugería que si alguna vez los volvía a encontrar, solo mentirían sobre sus orígenes. —No puedo decirlo —mintió.

La anciana le dio unas palmaditas en la mano repentinamente. —Descubriremos la verdad juntas. Mi nieto tiene contactos y los fondos para pagar una búsqueda apropiada de tus verdaderos parientes.

—Por favor, no se moleste por mí —dijo Marian—. Ni gaste dinero.

—Querida, si quisieras aprovecharte, mi nieto sería como arcilla en tus manos —La abuela escudriñó su rostro—. Pero no volverás a pedirle ayuda, ¿verdad? Serás miserable, y él lo será aún más sin entender por qué.

Marian se humedeció los labios y miró sus dedos enguantados. Bajo el suave cuero nuevo estaban las manos ásperas de una chica pobre, criada en un mundo completamente diferente a

este. Danny podría haberla ayudado por una noche, pero pedirle más estaba totalmente fuera de cuestión, ahora que sabía más sobre él.

—Su vida no será miserable. La señorita Wilson parece exactamente el tipo de mujer que debería ser su esposa. Hermosa, talentosa, un crédito para su familia.

—Discrepo completamente contigo en eso, pero me niego a discutir más hoy. Pero solo piensa en toda la diversión que podríamos tener juntas. Todos viviendo felices aquí, y en Londres también. Ya puedo ver que mi hija te aprueba.

Marian negó con la cabeza. —Me echaría si supiera la verdad sobre quién soy realmente.

—¿Quién dijo que no lo ha adivinado ya? Ve mucho más de lo que deja ver. Mi hija es una mujer inteligente que sabe cómo se comporta su hijo fuera de estos terrenos. Siempre que no vea ningún escándalo reciente con sus propios ojos, probablemente ignorará uno pasado.

Marian miró asombrada a la anciana ante esa declaración. Claramente, estaba delirando. —Debería dejarla descansar.

—Tonterías, querida. No hay tiempo para descansar para los malvados. Pronto esperamos visitas. Debemos refrescar nuestro atuendo y volver abajo al salón.

—¿Quién viene?

—Ese amigo médico suyo, y su pupila. No necesito que me atiendan, pero la pupila del hombre es un tesoro. Estoy segura de que ustedes dos tendrán mucho de qué hablar de nuevo hoy.

Eso era todo lo que Marian necesitaba. Otra persona a quien mentir. Adiós a empezar de nuevo. Toda su nueva existencia estaba siendo atada por mentiras y ninguna de ellas era de su creación. —Si debo hacerlo.

—Debes —le aseguró la anciana.

—¿Realmente no se desmayó ayer?

—No me desmayé.

—Pero sí se desvaneció —replicó Marian, habiéndolo visto con sus propios ojos—. ¿Por qué?

—Bueno, desvanecerse es un asunto completamente diferente. Ver tu rostro en la ventana me dio un gran susto, debo decir. Pensé que estaba viendo el fantasma de una vieja amiga allí al principio.

—¿Por qué no le contó a nadie sobre mí? ¿En la ventana y después?

—¿Y hacer que me creyeran loca y viendo fantasmas también? —dijo la abuela, y luego se estremeció—. Eso es lo último que mi nieto necesita, dadas sus intenciones.

—Sí, sus intenciones —Marian suspiró—. ¿Es prudente que me quede aquí? Quiero decir... ella, la mujer con la que se casará, me notará. No quiero interponerme.

—Me harías un gran favor si pudieras.

Quería que Marian impidiera la boda de su nieto. —No.

—Siempre tan difíciles, los jóvenes. Me recuerdas a mi antigua vida. La vida de la que ahora casi se me prohíbe hablar. Antes de que mi hija se casara con alguien de clase alta y se convirtiera en condesa. No es suficiente para mí disfrutar de fiestas en el jardín y beber vino fino y creer que no hay nada más en la vida. Sé lo que hay ahí fuera. Lo que todos nos estamos perdiendo. Pero aquí, los interminables días de aburrida regularidad prevalecen. Me imagino que no tienes experiencia con esa existencia.

—No, realmente no. Cada nuevo día siempre ha sido una completa sorpresa, y ninguno se ha repetido.

—Entiendo que no toda mujer puede provenir de una buena familia o una situación estable.

Mi hermano y mis tíos eran todos pícaros y ladrones.

—¿Ladrones?

—Asesinos y piratas por un lado, bribones por el otro. Por supuesto, no es apropiado hablar de tales cosas en compañía estimada. Estoy segura de que la señorita Wilson aún no sabe nada de eso, incluso después de todos estos años. Solo escucha lo que le trae placer e ignora el resto.

—¿No le habría contado Danny sobre su familia hace mucho tiempo, o quizás pueda hacerlo en el futuro?

—No será ese tipo de matrimonio, querida. Compartir confidencias es raro en la aristocracia. No, se casan por dinero y poder, y las parejas apenas se hablan entre sí, con algunas excepciones.

—¿Es eso lo que está haciendo? ¿Casándose por poder y riqueza? —preguntó.

—Cielos, no. Se está casando por conveniencia y para complacer a su pobre madre. Mi nieto siempre ha sido un poco pícaro, sale al lado de mi familia, me enorgullece decir. Su madre, sin embargo, lo ha pintado como un caballero tan refinado como su padre ante nuestros vecinos más cercanos. Apropiado, estudioso y de buen corazón.

—Él es de buen corazón —protestó Marian.

—Con un ojo para las damas escandalosas también, no lo olvides —murmuró—. Su padre era de una tela muy diferente, pero el chico lo perdió cuando era joven. Al principio se juntó con la gente equivocada en Londres, por supuesto, y para entonces su gusto estaba establecido. Su círculo actual de conocidos tiene mejores modales que el anterior, y es mucho más importante. Pícaros distinguidos, todos y cada uno de ellos. Aunque Danny nunca ha albergado grandes ambiciones o fama, para decepción de su madre.

—Ya veo —dijo Marian lentamente—. Eso aún no explica por qué quiere tanto que me quede.

La anciana sonrió.

—Estás aquí para probar mi teoría de que el gusto de un pícaro por las mujeres nunca cambia realmente. Especialmente no en vísperas de hacer un matrimonio apropiado. Si te quedas, serás ampliamente recompensada.

Marian miró directamente a los ojos de la anciana.

—¿Y si no lo hago?

—Me temo que entonces conocerás al magistrado local y tendrás que explicarle cómo llegaste a tener mi anillo de promesa en tu poder —dijo Granny con una sonrisa letal—. Sé lo que *realmente* estás haciendo aquí, señorita Trill. Eres la miel antes del aguijón que vendrá. No permitiré que robes a mi nieto cuando tu familia finalmente te alcance.

—Nadie viene a robarles —juró Marian, pero luego tragó saliva—. Si vienen, será para castigarme por traicionarlos al proteger a Danny de su emboscada.

—Ah, por fin, un grano de verdad —dijo Granny, casi ronroneando de satisfacción—. Es justo como pensaba. Te gusta.

Marian rio suavemente.

—Bueno, ¿me culpa? Es muy apuesto.

—Para nada, querida, siempre he esperado que encontrara a alguien como tú. Alguien que viera lo bueno en él y apreciara también lo pícaro. Esa no es Amy Wilson, te lo aseguro.

—Podría serlo —sugirió Marian, pero en el fondo, esperaba que no fuera el caso. Danny merecía mucho más de lo que cualquiera de ellas podía darle.

CAPÍTULO DIEZ

Siempre era un día difícil cuando Madre y la Abuela se sentaban juntas en el jardín. A la Abuela le gustaba sorber champán bajo el sol y Madre siempre desaprobaba ese tipo de cosas. Si se añadía una vecina a la que madre quería impresionar y una casi amante a la que intentaba no prestar atención, significaba que Daniel no podía relajarse.

Constantemente temía que alguien se fuera de la lengua mientras él trataba de conocer a Amy de nuevo.

Las carcajadas atrevidas de la Abuela y las risitas más suaves de Marian no dejaban de distraer su atención de la importante conversación con Amy Wilson.

El champán que fluía había soltado mucho la lengua de la Abuela hoy. Estaba gregaria, ruidosa y burlona con todos, incluso con los sirvientes que la atendían. Su conversación picante avergonzaba a madre, pero no a Marian.

—Cuando era joven, había caballeros haciendo fila para bailar conmigo cada noche —susurró la Abuela a Marian—. Podría haber elegido a cualquiera, pero escogí a mi Edmund. Era el más apuesto, el más propenso a reír. Te digo que es mejor reír juntos que no reír nunca.

La Abuela y Edmund Noble se habían conocido a los diecisiete años en el teatro y se habían enamorado loca e instantáneamente. Sin embargo, Edmund había sido reclutado para unirse a la marina poco después de haberle propuesto matrimonio y nunca regresó para casarse con ella. Las mareas de la guerra en el mar se lo llevaron demasiado pronto, dejando a la Abuela completamente desconsolada. Solo más tarde, cuando su delicada condición era imposible de negar, descubrió que él provenía de una de las familias más ricas del condado vecino.

La familia de él le había dado a la Abuela suficiente dinero para silenciar el escándalo de su hijo bastardo, pero ella ya había tomado el apellido de la familia para dar respetabilidad a la existencia de su joven hija.

Aquellos primeros días de los que hablaba con tanto cariño eran un tema algo delicado frente a Mamá y otros. La Abuela había pisado las tablas como actriz en su juventud en un teatro bastante escandaloso del muelle, para mantenerse a sí misma y a su hija. Había sido bastante famosa en su época y había tenido su cuota de protectores adinerados en los primeros años. No era exactamente el pasado que Madre, ahora una respetable condesa, quisiera que se les recordara a los demás.

—¿Has conocido a mi caballo? —le dijo a Amy para desviar su atención de la Abuela—. Tuve suerte cuando fui a Tattersalls el año pasado. Superé en la puja incluso al Marqués de Wharton por el animal.

—Es un hombre importante, ¿verdad? El marqués es mencionado a menudo en los

periódicos.

—En efecto, sí lo es —dijo, complacido de que ella estuviera al tanto de las noticias actuales de la alta sociedad—. Tengo la fortuna de llamarlo un buen amigo, y a su esposa también.

—¿No fue ella la que se dedicó al comercio? —gritó la Abuela—. Estoy ansiosa por conocer a una mujer así, una chica sin tonterías, y a sus primas también. Es notable que todas se casaran tan bien.

—Su negocio era ofrecer lecciones de elocución a caballeros —le aseguró a Amy cuando frunció el ceño—. Práctica de baile y mejora de habilidades conversacionales.

La Abuela arqueó una ceja.

—Entonces, ¿para qué fuiste tú allí, jovencito? Bailas muy bien y nadie con sentido común podría encontrar falta en tu conversación.

Daniel apretó la mandíbula. Ella sabía perfectamente que su visita a la Academia Hillcrest había sido una excusa para hablar con una chica bonita, porque se lo había contado para hacerla reír. Por supuesto, esa chica bonita podría estar casada ahora, o tal vez no, con Lord Sullivan, un nuevo amigo suyo.

—Mi tartamudeo volvió.

La Abuela le dirigió una larga mirada de incredulidad.

—No has tartamudeado en años frente a una chica bonita.

Bueno, ella sabía que había tartamudeado recientemente, porque lo había oído perder las palabras recientemente, y frente a Marian, nada menos.

—Sospecho que estaba demasiado cansado y, después de darme cuenta de eso, se fue por sí solo —prometió.

—¿Qué estabas haciendo en Londres para estar tan cansado? —preguntó Amy, con los ojos muy abiertos y curiosa. Amy nunca podría saber de la vida que había llevado en Londres. Como esos días habían quedado atrás, prefería no hablar de ellos tampoco.

—Intentar mantener el ritmo de mis amigos es una ocupación a tiempo completo —dijo con una mueca incómoda—. La temporada social puede ser agotadora. Pero me alegro de que todo eso haya quedado atrás y esté en casa.

—Los rigores de la temporada social en Londres son algo para lo que tendrás que prepararte, querida —dijo la Abuela a Marian—. Lo disfrutarás enormemente si me salgo con la mía.

Los ojos de Amy se desviaron hacia él y luego hacia la Abuela mientras fruncía el ceño.

—No imaginé que iríamos a Londres. ¿Cree que me gustará, señora Nolan?

—Ir a Londres no es esencial —soltó, porque nunca tuvo la intención de llevar a Amy allí. Sus amigos podrían ser indiscretos y avergonzarlo. Amy incluso podría conocer a algunas damas con las que anteriormente había tenido aventuras.

—Bueno, no sé tú —dijo la Abuela—. Toda mujer debería tener una temporada, para que pueda encontrar al marido adecuado. Danny tiene la intención de quedarse en el campo contigo. El lugar está lleno de escándalos y engaños, y las aventuras abundan por todas partes de todos modos.

—Oh —dijo Amy, y sus labios se apretaron mientras lo miraba.

—No es tan malo como lo pinta la Abuela —prometió Daniel.

—No, estoy segura de que no es tan malo ahora, ya que te quedaste allí tantos años —respondió la Abuela y ocultó una sonrisa.

—Solo creo que una vida tranquila en el campo tiene mucho que recomendar después de todo —le aseguró Daniel a Amy—. No hay razón para volver a Londres nunca más, en realidad.

—Está el teatro —murmuró Marian—. He oído historias maravillosas sobre las

representaciones de Drury Lane y comer helados y diversiones que duran toda la noche.

Dado que Marian apenas había dicho una palabra en toda la mañana, se quedó momentáneamente desconcertado por su tono nostálgico. Estaba interesada en visitar Londres. Pensó que ella lo disfrutaría más de lo que Amy podría hacerlo nunca. Se deleitaría con la atención que recibiría y las diversiones que se podrían encontrar allí, incluso aquellas que se llevaban a cabo en entornos menos que apropiados.

Si alguna vez fuera, la Abuela la prepararía bien para la escandalosa sociedad londinense, pero ¿quién la protegería de los sinvergüenzas? Ya no tenía a su tío. Se preguntó si sus viajes la habían llevado ya a la gran ciudad, pero no debería preguntarle sobre eso ahora mismo. Se suponía que debía ignorar a Marian.

—También debes haber ido a las carreras —añadió ella—. ¡Qué emocionante debe haber sido!

—Sí, he ido con mis amigos más de una vez y me he divertido mucho. Somos un grupo grande y hacemos un día y una noche alegres cuando vamos.

—Suena maravilloso vivir en una ciudad que está tan animada de noche como de día —exclamó Marian, de repente más parecida a sí misma de lo que había estado en días—. Todo ese ruido y bullicio constantemente a tu alrededor.

—Ciertamente puede ser maravilloso si tu caballo llega primero en las carreras. Ganas una pequeña fortuna —admitió, sonriéndole—. Cuando los caballos de tus amigos y el tuyo están codo a codo, bueno, podemos volvernos bastante competitivos. También está montar a caballo en Hyde Park y asistir a los jardines de placer.

—¿Visitaste los escandalosos jardines de placer? —preguntó Amy, interrumpiendo su conversación con Marian. Parecía bastante conmovida.

—Bueno, sí —admitió él—. Pero no fui solo yo quien fue.

—Yo solo fui allí una vez —dijo Marian con un suspiro—. Estaba tan lleno que apenas podía moverme. Estoy segura de que pisé una docena de pies porque tenía que verlo todo absolutamente.

—¿Cuándo estuviste allí? —no pudo evitar preguntar—. Quizás nos encontramos y nunca lo supimos.

—Podríamos haberlo hecho, pero creo que te habría recordado —prometió Marian.

Amy se aclaró la garganta, y Daniel rápidamente se volvió hacia ella, horrorizado de haberse distraído nuevamente con la acompañante de su abuela. Tenía que pensar en ella de esa manera y solo de esa manera. Como alguien con quien ser cortés al pasar. Alguien de quien no quería saber más.

Le dio la espalda a Marian y sonrió a Amy. —Creo que te gustaría Londres —le dijo, aunque no sabía muy bien por qué mentía. Amy odiaría Londres. Las multitudes, los escándalos, la forma en que él se deleitaba en la maldad que se podía encontrar allí.

—Lo que realmente anhelo es que se celebre un baile aquí de nuevo —dijo Amy, mirando alrededor—. Han pasado años desde el último. ¿Recuerdas lo divertido que fue bailar juntos?

¿Divertido? Danny recordaba la tortura que fue. Acababa de alcanzar la mayoría de edad, y Mamá había decidido que todos en el distrito debían saber que había llegado a su mayoría. La forma en que lo habían mirado, adulado por las mujeres solteras del distrito y las matronas con hijas sin casar, lo había hecho sudar profusamente después de las primeras insinuaciones que le hicieron.

El baile había durado hasta el amanecer, pero después de tres horas, Daniel había escapado por una ventana y pasó la noche bebiendo con el viejo jardinero, apostado junto a la gruta para

mantener a los juerguistas fuera de allí.

—Fue una gran ocasión —murmuró Madre, levantando finalmente la cabeza de su tejido—. Mi único pesar fue que mi difunto esposo no hubiera sobrevivido a sus dolencias para verlos bailar juntos, Amy. Tanta elegancia, tanta gracia.

—Gracias —dijo Amy, con un rubor de color ahora en sus pálidas mejillas mientras miraba a Daniel y sonreía.

Daniel se retorció al recordar que no había sido un baile tan perfecto juntos como todos parecían creer. Sus manos habían estado sudorosas en sus guantes, y se había sentido como si mil ojos estuvieran sobre él toda la noche. Incluidos los de Amy, que brillaban tan intensamente en triunfo mientras miraba a quienes los observaban bailar juntos.

No podía esperar a que terminara su baile y poder escapar de ella. Desde ese momento, Madre no dejaba de sugerir que eligiera a Amy para ser su esposa y tener hijos con ella.

¿Era de extrañar que hubiera estado aterrorizado de encadenarse durante tanto tiempo? Ahora mismo, estaba siendo revisitado por esos mismos sentimientos de pánico mientras miraba la sonrisa complacida de Amy de nuevo, y Madre asintiendo.

Si celebraban un baile, se le exigiría bailar con Amy. Y en tal baile, nunca bailaría ni una vez con Marian, quien pensaba que sería muy divertida como pareja en un set o dos.

Se removi6 en su silla y trat6 de no pensar en todos los placeres de la vida que se estaba negando ahora como un hombre casi comprometido y atado al deber. Había muchas pérdidas, y todas sus favoritas, además. Beber, apostar, asistir a diversiones extravagantes y pasar un tiempo jolly divertido como soltero.

Pero sobre todo, echaría de menos participar en coqueteos inofensivos con otras mujeres.

Se esforzó por mantener sus ojos alejados de Marian mientras ese futuro aburrido y formal que había planeado realmente se hundía en su cerebro. Sería una enorme pérdida de su libertad y satisfacción en la vida casarse. Cualquier mujer, especialmente una bonita acompañante de su abuela, ya estaba totalmente fuera de límites. Nunca volvería a compartir su cama con nadie más que Amy.

Intentó centrar su atención en Amy y trató de sentir algo más por la mujer que simple admiración y respeto. Ella era la dama perfecta en todos los sentidos de la palabra. Elegante, bien informada, una consumada música y pintora de acuarelas. Entrenada para dirigir una gran casa como él y estar satisfecha con la vida en el campo.

Pero era completamente aburrida.

No había revelado aún un hueso espontáneo en su cuerpo y ciertamente no lo había hecho cuando era más joven. Podría haber predicho con precisión su respuesta a casi cualquier pregunta que se le hiciera de inmediato. Todavía se sometía a Madre, ansiosa por mantenerse en su lado bueno cuando debería estar preocupada por lo que él pensaba de ella, y lo que podría querer de una esposa en su lugar.

Se le ocurrió que si tenían alguna oportunidad de acercarse en el matrimonio, tendrían que encontrar intereses en común. No creía poder soportar un matrimonio aburrido y predecible como el que tenían algunos lores compañeros.

No es que sus amigos lo hubieran tenido fácil cortejando a sus futuras novias. Los recién casados Wharton aún chocaban en temperamento. Ella, la nueva Lady Wharton, a menudo se ponía del lado de la Marquesa Viuda de Wharton contra su esposo.

Pero Sylvia difería de Amy... era una casamentera y algo así como una diplomática. Había logrado un entendimiento y paz entre el Marqués de Wharton y su madre. Estaban en términos más amistosos gracias a la oportuna intervención de Sylvia.

Su prima Eugenia Hillcrest se había casado con el más fácil de los hombres. Un hombre destinado a convertirse en duque. No peleaban exactamente, pero era fácil ver que eran profundamente apasionados el uno por el otro, y por sus opiniones también.

¿Y Aurora Hillcrest y su pretendiente más persistente, Lord Sullivan? El tiempo diría cómo iría esa pareja. Dado que Aurora no tenía ningún deseo de casarse con nadie la última vez que la había visto, y se había opuesto violentamente a la idea de casarse con Lord Sullivan, no estaba seguro de que hubiera armonía constante entre la pareja fuera del matrimonio tampoco. Aunque quizás habían llegado a un acuerdo por fin sobre su amor mutuo y encontrado un compromiso aceptable. Ciertamente esperaba haber sido de alguna ayuda en ese asunto.

Sin embargo, Amy y él no estaban en la misma situación.

¿Cómo vivirían como marido y mujer? ¿Aprenderían a desearse mutuamente o se encontrarían solo bajo las sábanas por la noche durante el tiempo que tardara en conseguir su heredero y el repuesto? Esto último no era lo que esperaba para ellos. Siempre había disfrutado de los encuentros amorosos prolongados. Una noche pasada abrazando a una mujer, con risas y conversación entremezcladas con besos, y sin pensar en el mañana o en las consecuencias.

Miró hacia Marian. Así es como habría terminado su noche juntos si no hubiera estado regresando a casa para casarse con Amy.

Pero ahora, días después de ese breve interludio y sentado frente a su opuesto, su elección actual para novia... no podía olvidar que Marian lo había necesitado y probablemente aún lo necesitaba.

Amy no. No realmente.

Pero gracias a la emoción de su madre por sus intenciones de casarse, Amy estaba esperando su propuesta. No podría ser de mucha ayuda para Marian cuando estuviera recién comprometido o casado.

—¿Qué opina, milord?

Miró a Amy y alrededor, dándose cuenta de que había estado distraído, y descubrió que todos lo estaban mirando. —Lo siento, mi mente divagó. Debe ser el calor del día. ¿Qué decían?

Amy parecía muy disgustada por su falta de atención.

—Un exceso de calor puede provocar somnolencia —sugirió su madre—. Quizás deberías dar un paseo por los jardines con Amy, milord.

Daniel contuvo un gemido pero se puso de pie. Era de esperar que su madre intentara acelerar su propuesta. Negarse a dar un paseo con Amy sería grosero, así que le ofreció su brazo.

—Marian puede acompañarlos para asegurar que se mantenga la propiedad si lo desean —ofreció la abuela, señalando a Marian con una expresión indiferente, como si no hubiera dicho lo más blasfemo posible.

—Eso no será necesario —dijo Daniel, secamente—. Permaneceremos a la vista en todo momento.

Marian bajó la mirada hacia sus dedos enguantados, claramente tan incómoda como él por la sugerencia de que los acompañara como carabina.

Daniel guió a Amy por el camino, pero se aseguró de que pudieran ser vistos. Se metió un dedo bajo la corbata, intentando aflojarla. —Hace más calor de lo que esperaba.

—Sí, los días han sido cálidos, pero muchos están en el campo. Padre dice que cuando estaba en Londres de joven, apenas veía el sol o sentía calor.

—El breve atisbo de las estrellas es una buena compensación por la noche —le dijo Daniel, no es que él alguna vez mirara hacia arriba para notar si podía ver las estrellas—. Después de un tiempo, te acostumbras a la falta de sol.

—Debe ser por eso que estás tan pálido ahora —murmuró ella.

Él se frotó la mandíbula. —Unas semanas montando a caballo por la finca y volveré a estar bronceado.

—No dije que la palidez no te quedara bien —prometió ella, y tomó un profundo respiro—. Eres tan guapo como la última vez que nos vimos. Muy parecido a como debió haber sido tu padre a esa edad.

—¿Es así? —Daniel soltó a Amy para que pudiera levantar sus faldas para subir un pequeño tramo de escalones—. Apenas lo recuerdo.

—Uno solo tiene que mirar su retrato en la suite principal para recordarlo —sugirió ella con una sonrisa tensa.

Pero a Daniel se le erizaron los pelos de la nuca. ¿Amy había estado en la habitación principal mientras él estaba fuera? ¿Había invadido la privacidad de su habitación sin su permiso? Su madre había ido demasiado lejos esta vez si lo sabía. ¡Él y Amy ni siquiera estaban comprometidos!

La habitación debería haber estado cerrada con llave a menos que los sirvientes la estuvieran limpiando.

Trabajó para controlar su temperamento, pero no fue fácil. —¿Qué estabas haciendo en la suite principal?

—Oh, tu madre tenía la idea fija de limpiarla en preparación para tu regreso hace unas semanas. Quería bajar el retrato de tu padre, pero le aseguré que tú querías que permaneciera colgado sobre la chimenea.

Daniel siempre había querido que el retrato de su padre fuera retirado de la pared que daba a su cama y colocado en la galería larga, junto a sus antepasados. Pero su madre había insistido en que permaneciera en privado. Habían discutido sobre quién era el amo aquí en ese momento. Y porque ella no cedía a su autoridad sobre el retrato y una docena de otras cosas intrascendentes, él había dejado la finca una vez más enfadado un día y se había mantenido alejado durante muchos años después. —Lo bajaré.

Amy se detuvo y lo miró fijamente. —Oh, pero ¿por qué?

—Porque no quiero que me recuerden cómo envejeceré cada vez que me despierte en esa habitación —anunció.

Esa no era toda la razón. Ver a su padre tan pronto como abría los ojos cada día le hacía extrañar aún más al hombre. El padre que apenas había tenido tiempo de conocer. Un hombre muy respetado y cuya memoria era casi venerada por todos los demás.

Amy fijó su mirada en el camino frente a ellos. —Bueno, si quieres mi opinión, creo que debería quedarse justo donde está para recordarte todo lo que podrías ser.

—Lo bajaré hoy —dijo él, pero mirándola con genuino interés para ver cómo podría responder a su ejercicio de autoridad. No permitiría que ninguna esposa suya contraviniera sus órdenes como su madre lo había hecho tan a menudo.

—Era muy guapo, y te pareces cada día más a él —prometió Amy, y luego se rio—. Todavía recuerdo cuando te salieron esas horribles manchas en la nariz por primera vez.

—Esos días quedaron muy atrás —dijo él, molesto porque ella estaba hablando de su apariencia a los catorce años. Pensaba que había envejecido bien. Ya no era larguirucho ni torpe. No tenía manchas que estropearan su piel. Ciertamente ya no era el joven que había crecido a su lado.

En otro tiempo había sido tímido, y la pérdida de su padre siendo tan joven lo había convertido en objeto de lástima, sin duda. Sin mencionar aquel horrible tartamudeo que había

desarrollado alrededor de las chicas bonitas cuando finalmente descubrió que existían. Pero ahora era un hombre, con toda la madurez que venía con la edad y la experiencia en el mundo. Rara vez tartamudeaba... excepto alrededor de Marian, al parecer.

—Me alegro —admitió ella, mirándolo con cautela—. Es gratificante tenerte de nuevo a mi lado.

Habían completado medio circuito y se mantuvieron a la vista de sus carabinas todo el tiempo, pero él no sabía nada más sobre Amy de lo que siempre había sabido: era obstinada y siempre estaba interesada en saber qué haría su familia.

Pero incluso después de un paseo tan corto, estaba ansioso por terminar de una vez.

La llevó de vuelta a los asientos al aire libre y se sintió aliviado cuando ella dejó su lado para regresar inmediatamente junto a su madre y susurrarle al oído.

Notó que Marian se había ido.

Trató de no mostrar su interés por saber adónde podría haber desaparecido, pero la abuela captó su mirada y le sonrió con picardía.

—Mi acompañante fue a buscarme algo del interior.

—Muy bien —dijo él, como si no le importara.

Permaneció de pie bajo el sol abrasador un momento más y luego decidió que había hecho suficiente cortejo por un día.

Así que se excusó y volvió al interior, alegando que asuntos de la propiedad lo reclamaban cuando en realidad no había nada urgente que hacer.

La mansión estaba bendecidamente fresca, y no había sirvientes a la vista que pudieran informar más tarde a su madre sobre su falta de decoro, así que se quitó la chaqueta y se lanzó sobre el diván largo.

—Maldita sea.

Oyó el sonido distintivo de una mujer riéndose disimuladamente, y se incorporó para mirar alrededor.

Marian estaba a mitad de camino en una escalera junto a la puerta por la que él había entrado, con un trozo de papel en la mano y una expresión confusa en el rostro.

Frunció el ceño.

—¿Qué diablos haces ahí arriba?

—La abuela quería un libro en particular.

—¿Qué libro es?

—No estoy segura de saberlo. Está escrito en latín, y no puedo encontrar nada que coincida con su descripción.

Daniel gimió y fue a sujetar la escalera.

—Baja.

—Solo será un momento más —prometió Marian.

—He dicho que bajas de inmediato.

—Oh, está bien. No tienes motivos para estar enfadado conmigo. Solo estoy tratando de hacer mi trabajo como acompañante de la abuela —aseguró.

Él le arrebató el papel en cuanto sus pies tocaron el suelo, leyó las palabras pulcramente impresas y luego lo arrugó en una bola.

—Eso no es el título de un libro.

—¿Qué es entonces?

—Es un mensaje para mí.

—¿Sabes leer latín?

—Sí, así que sé que te enviaron en una misión absurda.

—¿Por qué haría eso la abuela?

—Porque cuando quiero escapar de la compañía, casi siempre vengo a la biblioteca a esconderme. Es el último lugar donde alguien espera encontrarme.

Marian parecía confundida.

—¿Qué decía la nota?

Él tragó saliva. Decía *bésala, idiota*.

—Prefiero no decirlo.

Marian se frotó la frente con fuerza.

—Bueno, como quieras. ¿Me disculpas, milord? Me esperan de vuelta.

Sin embargo, Daniel la sujetó por el brazo cuando ella se alejó.

—¿Ocurre algo?

—Un dolor de cabeza, pero no es nada de lo que debas preocuparte —soltó ella.

—Demasiado sol y champán, quizás —dijo él suavemente, levantando una mano para apartar un mechón de cabello húmedo de su rostro sonrojado.

A Marian se le cortó la respiración mientras seguía su toque, y él permitió que su mano se deslizara por su mejilla, tocara su hombro y se detuviera contra sus dedos enguantados. Sus dedos se rozaron suavemente, pero no se entrelazaron.

—¿O es el tedio de ser apropiada?

—No tengo idea de a qué te refieres —aseguró ella.

—Creo que sí lo sabes. —Daniel inhaló profundamente su aroma y sonrió al ver lo mucho más fácil que era estar a solas con alguien como ella. Alguien a quien deseaba. Alguien a quien no intentaba impresionar—. Bebe algo de agua pura y ve a sentarte en una habitación oscura y tranquila durante al menos veinte minutos. Te ayudará enormemente.

—No puedo. Me esperan de vuelta con un libro que no existe —dijo Marian, con los ojos muy abiertos y mirando fijamente sus labios.

Daniel sonrió y luego estudió los libros en el estante detrás de la cabeza de Marian. Quería besarla en ese mismo momento, pero la anticipación que calentaba el aire entre ellos era igual de buena.

Sacó un libro del estante.

—Dale este en su lugar —murmuró, ofreciéndoselo—. Es más adecuado para la ocasión.

Marian lo sostuvo contra su pecho.

—¿De qué trata?

—Observación de aves para entusiastas nuevos en el deporte —respondió él con una sonrisa irónica.

Marian frunció el ceño.

—Pero la señora Nolan me dijo que no le gustan los pájaros.

—Bueno, a mí no me gusta que la abuela se entrometa en mi vida amorosa, y sin embargo persiste —explicó.

—¿Eso es lo que estaba haciendo con esa nota?

Él se acercó más a Marian, atraído por su expresión de honesta confusión. Miró hacia abajo, a su rostro alzado y sus labios ligeramente separados, y supo que quería algo más que una boda. Sí, quería besar a Marian bastante, pero por supuesto ella le estaría vedada para siempre.

—Lo intentó, pero... no necesito sugerencias como esa en este momento.

Los ojos de Marian brillaron con repentina comprensión y pesar, y lentamente se deslizó a lo largo de las estanterías alejándose de él, con los ojos llenos de simpatía.

—Gracias por el libro, milord.

—Gracias a ti, Marian, por no entender nada de latín —dijo él, preguntándose qué podría haber pasado entre ellos si Marian alguna vez descubriera lo que la abuela le había sugerido que hiciera con ella.

CAPÍTULO ONCE

Marian hizo todo lo posible por no mirar a Danny y Amy paseando por el jardín por segunda vez ese día, pero era imposible no hacerlo cuando todo lo que Lady Scarsdale y la señora Nolan hacían era llamar la atención sobre lo que podrían estar diciéndose el uno al otro.

Y especialmente sobre lo que *no* estaban haciendo en este punto de su cortejo.

—Ya debería haberle tomado la mano —dijo la abuela, lanzando una mirada de soslayo a Marian.

—Está siendo respetuoso —respondió Lady Scarsdale, mientras sus dedos continuaban tejiendo lo que fuera que estuviera haciendo.

—¿Esperamos que esta unión se concrete en este siglo?

—Sí, por supuesto que sí —Lady Scarsdale dejó el tejido y exhaló—. Nada me haría más feliz que ver a mi hijo finalmente sentar cabeza con la mujer adecuada.

—¿Te refieres a que se una a nosotras para enmohecerse en el campo? ¿No ves que ya está inquieto?

Lady Scarsdale frunció los labios mientras estudiaba a su hijo. —Creo que eventualmente aprenderá a disfrutar del ritmo más lento de vida que se encuentra en el campo.

—Creo que se volverá loco de aburrimiento a las tres semanas de la noche de bodas —replicó la abuela con un movimiento de cabeza.

—Te equivocas en eso. Amy es justo lo que él necesita. Siempre ha sido una influencia tranquilizadora para él —prometió Lady Scarsdale.

—Sí, su conversación es tan tranquila y predecible que siempre me hace dormir —murmuró suavemente la abuela, y Marian trató de no reírse de su observación.

La pareja —madre e hija— tenían opiniones muy diferentes sobre cómo debería haber progresado el cortejo de Danny hasta este punto. La abuela pensaba que era demasiado lento, dada su larga amistad, y Lady Scarsdale sentía que estaba avanzando como debía ser.

Lady Scarsdale llamó a un sirviente para que sirviera otra copa de champán a su madre.

—La señorita Trill podría necesitar que le rellenen la copa —sugirió la señora Nolan.

Marian declinó. Su dolor de cabeza había disminuido incluso sin la sugerencia de Danny de que se retirara a un rincón tranquilo para descansar durante la tarde. —No, gracias.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha subido el champán a la cabeza?

Marian sonrió. —En absoluto. Pero estoy segura de que necesito mantener la cabeza despejada cuando estoy cerca de usted.

La señora Nolan soltó una carcajada y empujó el libro que Danny le había enviado un poco más lejos hasta que se cayó de la mesa.

Marian se apresuró a recogerlo y lo sacudió con cuidado. Los libros eran caros y extremadamente raros en su vida, y como estaba interesada en las aves, abrió el ejemplar. Sabía leer lo suficientemente bien, pero este delgado volumen estaba mayormente lleno de grabados de aves de la región.

Lady Scarsdale asintió aprobadoramente hacia ella y luego se volvió hacia su madre. — Parece que hay alguna esperanza para la chica después de todo. Ya está resistiendo tus sutiles corrupciones y tiene una mente dispuesta a ser mejorada por la lectura.

—¿Sutil? Eso no suena a mí. Además, no tengo intención de perder mi tiempo tratando de moldear a la chica a mi imagen —dijo la abuela, riendo—. Es lo suficientemente atrevida, pero también tiene una cabeza sabia y sensata sobre sus hombros. Imagina lo que podría hacer en Londres —murmuró la abuela—. Los caballeros harían fila para bailar con ella solo por su belleza, pero se quedarían por su ingenio. Podría elegir a uno o a todos.

—Hasta que me vean bailar o sientan mis torpes pies aplastando sus pobres dedos —soltó Marian, sonrojándose porque había pretendido mantener la boca cerrada frente a la condesa.

Lady Scarsdale se volvió para mirarla directamente. —Siempre se puede aprender a bailar correctamente, señorita Trill.

—Sí, Lady Scarsdale. Espero no ser un caso perdido si tuviera la instrucción adecuada.

—Creo que hay esperanza para que cualquiera haga un buen matrimonio. Tome a mi hijo, por ejemplo. Estaba segura de que tendría que esperar otros diez años para que él recordara su deber y eligiera una novia, pero por fin ha entrado en razón.

—¿Siempre ha esperado que se casara con la señorita Wilson? —se atrevió a preguntar Marian, creyendo que ya sabía la respuesta.

Pero Lady Scarsdale negó con la cabeza. —Siempre esperé que encontrara a alguien compatible, pero en todos sus años en Londres, no dio señales de formar un vínculo duradero con ninguna mujer que conociera allí.

La señora Nolan se inclinó hacia adelante. —Entonces, si hubiera conocido a alguien más primero, ¿le perdonaría por no casarse con Amy Wilson?

—En esta etapa, eso es altamente improbable —dijo Lady Scarsdale, y luego se volvió para mirar a la señora Nolan, con los ojos muy abiertos—. ¿Te ha dicho algo que sugiera lo contrario?

—No. No —prometió la señora Nolan, recostándose en su silla—. Pero seguiré esperando un matrimonio por amor para el muchacho hasta mi último aliento.

Marian mantuvo la vista fija en su libro y fingió leer. Los matrimonios entre la aristocracia parecían ser un asunto frío y práctico. Discutido abiertamente como si fuera completamente normal, también.

—Madre, ¿sabes si Scarsdale regresó con una licencia especial para casarse con Amy?

La señora Nolan negó con la cabeza. —No lo hizo, que yo sepa.

—Entonces la boda tendrá lugar en un mes —dijo Lady Scarsdale, con gran satisfacción—. Eso me da tiempo para preparar.

—O más de un mes —argumentó la señora Nolan—. Y por el aspecto de su progreso, pasará otro día antes de que oigamos hablar de una propuesta.

Marian miró alrededor para ver a Danny y su futura novia comenzar otro arco alrededor de su posición. Manteniéndose a plena vista y sin hacer nada particularmente romántico a sus ojos prejuiciosos. —Al menos parecen complacidos con la compañía del otro —dijo Marian por decir algo para añadir a la conversación—. ¿Dónde se casarán?

—Hay una capilla cerca de los terrenos de la finca de los Wilson donde se han casado todos los miembros de su familia —le contó la señora Nolan.

—Una boda en la capilla de la finca sería mi preferencia —argumentó Lady Scarsdale—. Ahí es donde el difunto Lord Scarsdale y yo nos casamos, y su padre antes que él, también.

—Esa es su tradición —dijo la señora Nolan—. Recuerdo haber oído a la señorita Wilson exclamar que quería seguir los pasos de su propia familia cuando se casara.

Eso provocó una profundización de la mirada de preocupación casi perpetua de Lady Scarsdale, pero fue reemplazada por una expresión determinada. —Estoy segura de que mi hijo honrará a su padre y se casará en la capilla de la finca.

—Podría hacerlo si ella le da voz en el asunto —murmuró la señora Nolan con tono sombrío, como si sospechara que no lo haría—. La señorita Wilson tiene opiniones firmes y es casi tan terca como tú. Probablemente usará el vestido de novia de su madre para honrarla en su día especial, aunque el tuyo es mucho más apropiado para una futura condesa.

Marian solo había asistido a una boda campestre y se sentía incómoda sentada discutiendo un evento que aún era solo un sueño. Danny tenía que proponerse primero a su vecina para que comenzaran los preparativos de la boda, ¿no?

—Será un gran evento sin importar dónde sea, y sin importar lo que use la señorita Wilson, estoy segura —dijo.

—Sí, planeo que todo sea perfecto cuando mi hijo se case —prometió Lady Scarsdale—. Lo he planeado todo durante años.

—Hasta los arreglos florales y el pulido de las botas de los sirvientes —añadió la señora Nolan con un gesto de advertencia hacia Marian—. Incluso el lugar de su luna de miel ha sido decidido hace tiempo. Fue así para su propio día de bodas. Me volvió loca, ya que no tuve nada que hacer más que asistir.

Lady Scarsdale parecía ser una mujer controladora, y la señorita Wilson era muy similar. —¿Fue tan maravilloso como esperaba? —preguntó Marian—. ¿Su día de bodas, Lady Scarsdale?

—Sí, al igual que mi matrimonio —aseguró Lady Scarsdale, llevándose los dedos a los labios—. Mi esposo era todo lo que quería en una pareja. Amable, considerado y me amaba hasta la locura.

—Supongo que fue más afortunada que la mayoría —dijo Marian—. Quiero decir, más afortunada de lo que será su hijo.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, claramente no es un matrimonio por amor entre ellos, ¿verdad? —dijo, mirando a la pareja que caminaba a cierta distancia el uno del otro—. La señorita Wilson no actúa como si estuviera enamorada de su hijo. Si yo estuviera enamorada de él, no dudaría en mostrarle cómo me siento a cada momento.

Lady Scarsdale frunció el ceño durante un buen rato antes de responder: —El amor *siempre* lleva tiempo.

Marian no estaba segura de eso. El amor estaba ahí desde el principio, o no lo estaba en absoluto. Era algo que nunca podría fingirse, o si se fingía, nunca traería verdadera felicidad a ninguna de las partes.

Se aclaró una garganta. —El señor Kimble y la señorita Kimble han llegado —anunció el mayordomo.

Marian se giró para ver a los amigos de la familia acercándose y se puso de pie apresuradamente. El señor Kimble estaba tan guapo como siempre, y la señorita Kimble encantadora con un vestido azul y una pelliza a juego. Su sombrero estaba adornado con cintas y flores silvestres, y Marian anhelaba tener uno exactamente igual.

—Ah. Señor Kimble, señorita Kimble, qué amable de su parte venir a visitarnos de nuevo —

dijo Lady Scarsdale, extendiendo su mano hacia el joven.

Él besó el aire sobre sus dedos, sonriendo cálidamente. —Siempre estoy feliz de tener una excusa para visitarla, mi lady. Señora Nolan. Señorita Trill.

—¿Cómo están? —dijo la señorita Kimble, haciendo una profunda reverencia ante ellas.

—Señorita Kimble. Qué encantadora se ve de azul —añadió la señora Nolan—. Usted y la señorita Trill de amarillo hacen un bello par de aves exóticas.

Marian pensó que la señorita Kimble se veía mucho más hermosa de lo que ella jamás podría. —Es usted muy amable.

La señorita Kimble sonrió radiante. —Nunca podría opacarla, señora Nolan.

—Abuelita, querida. ¿Cuántas veces debo recordártelo?

—Una docena más, señora Nolan —dijo la señorita Kimble, y luego se apresuró hacia la mujer mayor y besó su mejilla levantada.

—Ahora, querida, tengo una sorpresa especial para ti hoy. Quiero que tú y Marian pasen el día juntas.

—Pero yo soy su dama de compañía —le recordó Marian suavemente.

—Habrà tiempo para eso más tarde. Los jóvenes deben pasar el día juntos —insistió la señora Nolan—. Vayan las dos y vean qué pueden encontrar en el jardín juntas. Gabby, sé un encanto y muéstrale la gruta.

—Sí, señora —dijo Gabby obedientemente.

—Nada de caídas accidentales hoy —murmuró el señor Kimble, sonriendo con picardía.

—Solo lo hice una vez —se quejó Gabby. Pero le devolvió la sonrisa, lo que parecía ser su expresión favorita.

Marian ya había oído hablar de la gruta y no podía esperar a que se la mostraran, de todos modos. Hizo una reverencia, al igual que la otra chica a Lady Scarsdale, y luego se alejaron juntas.

Estaban a unos metros cuando Gabby volvió a hablar, señalando partes del jardín y su propósito, y sus lugares favoritos, que Marian solo había vislumbrado brevemente desde las ventanas del piso superior. Había visto muy poco más allá de la entrada la noche que llegó.

Finalmente, Gabby hizo una pausa para respirar. —Debo advertirte que tiendo a parlotear cuando estoy nerviosa.

—¿Por qué estarías nerviosa? —preguntó Marian.

—Bueno, obviamente eres alguien importante —afirmó Gabby.

—Realmente no lo soy —prometió Marian. Estaba aquí para esconderse, pero las mentiras se estaban acumulando y no podía decirle la verdad a esta chica. Curiosamente, preferiría contarle a esta mujer los hechos sobre sí misma y saber lo que realmente pensaba de ella. Se conformó con una versión de la verdad que no fuera demasiado impactante—: De hecho, no tengo ni dos chelines para frotar entre sí.

—No juzgo a las personas por su riqueza. Los amigos de la señora Nolan siempre son importantes de alguna manera única —insistió Gabby—. Es por eso que estaba tan contenta de hablar contigo de nuevo. Sé que nos haremos buenas amigas.

La señorita Kimble era una tonta por querer eso, pero Marian sonrió y estuvo de acuerdo con la joven mientras caminaban. Era agradable escuchar a alguien de su misma edad también. La chica tenía un enorme respeto tanto por Lady Scarsdale como por la señora Nolan, aunque se reconocía que eran criaturas tremendamente diferentes.

—Lady Scarsdale dice que debo aprender a controlar mi lengua antes de que comience mi temporada, pero la señora Nolan quiere que siempre diga lo que pienso. A veces es difícil saber

qué consejo seguir, ¿no crees? —dijo, riendo de buen humor.

—Supongo que sí —estuvo de acuerdo Marian, aunque ella había recibido pocos consejos de Lady Scarsdale hasta ahora—. ¿Oí que irás pronto a Londres?

—Sí. El próximo año. Lady Scarsdale prometió ayudarme a prepararme para mi primera temporada, y estoy decidida a no hacer el ridículo. Causar una buena impresión es vital cuando se busca marido.

—¿No eres muy joven para preocuparte por eso todavía?

—Tengo edad suficiente para saber lo que quiero o no —le aseguró Gabby con una alegre carcajada—. Sé cómo dirigir una casa, tratar con los comerciantes y llevar cuentas precisas. La casa de mi primo es insignificante comparada con esta gran finca, pero presto mucha atención cuando estoy aquí, y Lady Scarsdale siempre está dispuesta a explicarme lo que no entiendo sobre los desafíos de administrar una propiedad más grande. Estoy segura de que tendré éxito en encontrar el marido adecuado para mí.

—Con esa actitud, ciertamente lo harás —prometió Marian.

—Lady Scarsdale me advirtió que si soy demasiado audaz, expresando lo que quiero con demasiada fuerza, ahuyentaría a algunos pretendientes.

—Obviamente, esos hombres no serían los adecuados para ti de todos modos —reflexionó Marian—. ¿Qué es exactamente lo que crees que quieres en un hombre?

—Que se enamore perdidamente de mí lo antes posible —dijo Gabby con una risita y un guiño—. Oh, y un título también podría ser agradable, pero no es un deseo desesperado.

—Supongo que esas cosas son importantes para algunos. Pero ¿por qué la prisa por casarte?

—Por el bien de mi primo, más que por el mío —dijo ella, con total seriedad—. John renunció a su vida y ambiciones cuando se convirtió en mi tutor. Me acogió y me crió como a una hermana querida. Le pagaría mal si me arrastrara los pies hacia el altar. ¿Y tú? ¿Qué esperas de un marido?

—No estoy buscando uno —dijo Marian, con igual seriedad. No había un hombre para ella. Ciertamente no en este mundo de grandes enlaces aristocráticos.

—No seas tonta. Por supuesto que lo estás, y los hombres harán fila para bailar contigo la próxima temporada.

—¿La próxima temporada? —Marian negó con la cabeza—. No estaré en Londres la próxima temporada.

—¿Te quedarás aquí, o te habrás ido a casa para entonces?

Marian solo sonrió ante esa pregunta porque no sabía dónde estaría *mañana*, y mucho menos la próxima temporada. Siempre había ido donde los vientos del azar o su tío la habían llevado. Era tan extraño no tener a nadie a quien responder, aunque suponía que por ahora, respondía ante la señora Nolan. Ya no había nadie más que le dijera qué hacer con su vida. Era una sensación bastante solitaria, en realidad. Estar tan desconectada de las personas que siempre había conocido era algo que nunca había imaginado que le pasaría.

Marian se dio la vuelta para mirar los tejados distantes y señaló hacia ellos—. ¿Es ese el pueblo más cercano?

—No, esa es la finca del señor Wilson. Nuestro pueblo está en la otra dirección. Debes haberlo visto en tu camino desde Portishead.

—Debo haber estado dormida entonces —soltó, ocultando el hecho de que había venido de la otra dirección—. ¿Dónde está tu casa?

—Entre aquí y el pueblo —dijo Gabby—. Es más rápido ir caminando que en carruaje.

Había sido notablemente fácil encontrar la casa de Danny, honestamente. Él había dado

descripciones tan maravillosas aquella noche en la posada que cada giro que había tomado había sido el correcto al final.

Gabby tiró de su manga—. ¿Cómo era tu casa?

—Nada como esto —soltó, mirando alrededor—. Si no te importa, preferiría no hablar de eso.

—Yo tampoco —concordó Gabby, y luego sonrió—. También hay tristeza en mi pasado.

Marian suspiró aliviada de que no tendría que explicar cómo no pertenecía aquí ni en ningún lado. Por mucho que la señorita Kimble pareciera apreciarla ahora, conocer la verdad sobre el pasado de Marian podría cambiar eso notablemente. Era mejor si se hacían amigas solo a un nivel superficial. Cuantas menos mentiras dijera, menos tendría que recordar después.

—Háblame de tu primo, el señor Kimble —pidió Marian mientras miraba de vuelta hacia la mansión y las cinco figuras ahora sentadas en el césped. Danny y la señorita Wilson, notó, estaban en lados opuestos de la reunión.

—Mi primo es un buen hombre, divertido también. Espero que encuentre una dama amable para casarse cuando vayamos a Londres el próximo año también.

¿Acaso Gabby no pensaba en otra cosa que no fuera el matrimonio para todos a su alrededor?

Cuando volviera adentro, debería pensar seriamente en dejar todo esto atrás. Probablemente habría mapas en la biblioteca que podrían mostrarle partes del país que nunca había imaginado.

—Es realmente una lástima que Lord Scarsdale haya regresado cuando lo hizo —dijo Gabby, frunciendo los labios con disgusto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que ella está consiguiendo todo lo que siempre quiso sin mover un dedo para merecerlo. Oh, ahora va a ser insoportable.

—¿Quién?

Gabby tomó a Marian del brazo y la llevó más adentro de los jardines—. La señorita Wilson, por supuesto.

—¿Qué sabes sobre eso?

—¿Ella y sus planes para el conde? ¿Pobre hombre? La señorita Wilson ha afirmado durante mucho tiempo que su unión está escrita en las estrellas.

—¿Las estrellas?

—Este lugar ha sido su obsesión desde que era una niña. Lo sabe todo sobre él y sus ocupantes. No me sorprendería que ya estuviera tomando el control sutilmente, ¿sabes? Deberías oírla cuando Lady Scarsdale no está cerca. Bastante terrible.

—¿Qué dice?

—Es sutil, pero con el tiempo no ha pintado una imagen halagadora de la mujer que ambas respetamos —advirtió Gabby—. Está atada al pasado. Aburrida y desconocedora de sus propias deficiencias como condesa y viuda. Intenté contarle a mi primo sobre sus críticas y desaires una vez, pero él es sordo a ese tipo de cosas. Dice que no es asunto mío o que me estoy imaginando cosas. Tenía tantas esperanzas de que le hablara a Scarsdale sobre ella. Eran buenos amigos una vez.

—Ya veo —dijo Marian, mirando por encima de su hombro hacia la condesa. Ahora estaban demasiado lejos de la terraza de la mansión para ver a alguien, y se volvió hacia Gabby—. Lady Scarsdale adora a la señorita Wilson.

—Eso es cierto, desafortunadamente —susurró Gabby—. A pesar de la advertencia de mi primo, intenté decirle algo al respecto una vez. Pero Lady Scarsdale no escuchará una mala palabra contra la señorita Wilson de nadie, y menos de mí. La señorita Wilson también se enteró,

y acabé fuera de su círculo durante seis meses. Todo porque intenté hacer lo correcto. Me enseñó una valiosa lección. No te enfrentes a la señorita Wilson, al menos hasta después de mi temporada.

—¿Qué hay de la señora Nolan? No puedo creer que ella sea tan ciega o disfrute escuchando que hablen mal de la condesa.

—Oh, la abuela es una historia completamente diferente. Así es como quiere que la llame, pero Lady Scarsdale insiste en que no lo haga. La abuela intentó hablar con su hija sobre la señorita Wilson, pero discutieron tanto que fue horrible —advirtió Gabby—. Espero que Lord Scarsdale vea a través del falso afecto de la señorita Wilson en esta visita y mucho antes de que sea demasiado tarde.

Pero Danny propondría matrimonio pronto, y entonces sería el fin de todo. ¿El fin de su felicidad? Y quizás también la de su madre.

Eso no le sentaba bien a Marian. La familia había sido muy amable con ella hasta ahora.

Estaba a punto de comprometerse a ayudar a revelar el lado desagradable de Amy Wilson. Pero ¿de qué serviría si Danny estaba decidido a casarse con ella? Solo estaría sembrando más discordia.

Danny tampoco le agradecería que interfiriera en su vida amorosa.

De hecho, podría enfurecerse con ella y echarla antes de que estuviera lista para irse. Ya tenía muchas razones para estar enojado con ella. No por seguirlo a casa para devolverle el anillo robado, sino por quedarse.

Había prometido que no causaría problemas a él y a su familia. Marian nunca faltaba a su palabra.

—Deberíamos volver —murmuró Marian—. La señora Nolan podría necesitarme.

—Todavía no. Hemos llegado a la gruta. Ven a ver —susurró Gabby, atravesando un velo de sauce llorón para revelar un túnel oscuro—. No tengas miedo. La oscuridad solo dura un poco al entrar.

Marian tenía buena vista y siguió a Gabby por el corto túnel. Extendió las manos a ambos lados y descubrió una obra de ladrillo áspero.

—Hay un giro aquí —dijo Gabby, extendiendo los dedos hacia atrás para tomar su mano.

Marian agarró sus dedos con fuerza y entraron juntas en una deslumbrante cámara. Miró hacia arriba y vio ventanas de cristal sobre su cabeza.

—Ten cuidado o te mojarás el dobladillo —advirtió Gabby.

Marian bajó la mirada al suelo y vio agua justo frente a ella.

—Empieza poco profunda pero se vuelve honda casi de inmediato —le dijo.

Cuando Gabby se hizo a un lado, Marian pudo ver mejor la gran cámara en la que estaban.

—¿Alguien construyó esto? —dijo con asombro mientras giraba en círculos. Las paredes estaban tachonadas de piedras de cuarzo y la luz que entraba desde arriba las hacía brillar sobre el agua ondulante. Había losas alrededor del borde de la piscina y bancos de piedra para sentarse.

—El difunto Lord Scarsdale lo mandó construir para su primera esposa, aunque tengo entendido que ella nunca vino aquí a menudo.

—Debe haber costado una fortuna —susurró Marian.

—El manantial siempre estuvo aquí —le dijo Gabby mientras se quitaba el sombrero—. Lord Scarsdale simplemente construyó por encima y alrededor para añadir privacidad. Cada verano abren la gruta para que las familias del pueblo también puedan disfrutarla.

—Entonces, ¿la señorita Wilson usa la piscina?

—Por supuesto que no. Si fuera por ella, este lugar sería derribado y el manantial destruido.

—¿Por qué querría hacer eso?

—Porque es una tonta y no tiene ni un hueso generoso en su cuerpo. Nunca permitirá que la gente común tenga tanta libertad en la finca cuando se convierta en condesa. —La señorita Kimble se quitó las zapatillas—. Debemos disfrutarlo mientras podamos.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Dándome un chapuzón?

—Pero prometiste no mojarte —le recordó Marian.

—No. Prometí no caerme accidentalmente. Nadar es otra cosa completamente distinta.

—Pero nos esperan de vuelta —argumentó Marian, mirando hacia la entrada de la gruta.

—No, no nos esperan —prometió Gabby—. La única razón por la que la señora Nolan sugirió que te mostrara la piscina fue para que hiciéramos esto.

—Ella nunca dijo eso.

—Bueno, por supuesto que no —concordó Gabby—. Casi siempre dice lo contrario de lo que quiere decir.

—Pero Lady Scarsdale podría desaprobalo.

—Si lo desaprobara, lo habría dicho antes de que nos fuéramos. Vamos, señorita Marian Trill —se quejó Gabby—. Estás perdiendo un tiempo precioso.

Gabby terminó de desvestirse hasta quedarse en camisola. Antes de que pudiera quitársela por la cabeza, Marian susurró:

—¿Y si viene alguien?

—Ya hay una criada vigilando la puerta. La señora Nolan no dejaría que nadie nos sorprendiera aquí.

Con eso, la otra mujer se quitó la camisola y caminó hacia la parte poco profunda de la piscina, completamente desnuda.

—Hay tela en ese baúl detrás de ti para secarse después —añadió antes de saltar repentinamente al agua, desapareciendo completamente bajo la superficie.

Marian no perdió más tiempo preocupándose por ser descubierta. Se quitó su nuevo vestido y se apresuró a entrar en el agua tibia para darse un rápido chapuzón.

CAPÍTULO DOCE

Daniel estaba a punto de rugir de frustración. Primero, no parecía poder mantener una conversación con Amy Wilson por más de unos minutos sin querer alejarse, porque segundo, cualquier cosa que Marian estuviera haciendo o diciendo parecía mucho más interesante.

—¿Más té?

—Sí, gracias —murmuró él.

Amy le dedicó una tímida sonrisa.

—Siempre es un placer estar en Hammersley Lodge.

—Sí, lo es.

Marian seguía riendo por algo que John Kimble le decía, y él se encontró tensándose por completo. Quería ir allí y decirle a su viejo amigo que dejara de coquetear con ella.

No era culpa de Kimble que pudiera sentarse al sol con su pupila y Marian, su nueva amiga, y hacer reír a carcajadas a ambas. Amy prefería la sombra y no parecía inclinada a reírse de nada de lo que él había dicho hasta ahora. Además, estaba atrapado sentado junto a Amy por el resto de su vida. A menos que armara un escándalo para reorganizar los muebles y a todos a su alrededor hoy, no había otras sillas vacantes a las que pudiera moverse.

—¿Pastel?

—Sí, por favor, a menos que quieras el último trozo.

Amy declinó.

—Ya he comido demasiado hoy.

Una rebanada de pastel podría considerarse suficiente para Amy, pero Marian y Gabby estaban disfrutando de su tercera porción cada una y riendo sobre arruinar sus figuras porque estaba tan bueno. Ninguna de las dos jóvenes parecía preocupada por comer en exceso. No como Amy, que constantemente parecía estarlo. Su futura esposa también estaba tan rígida como una tabla, incluso en entornos informales como este.

No había encorvamiento ni inclinación hacia él cuando hablaban. Era como hablar con una muñeca automática. Tenía tan poca animación en su expresión que se preguntó ociosamente qué haría si le clavara un alfiler en la pierna.

De repente, Kimble levantó las manos al aire y soltó una carcajada, y Marian se echó hacia atrás en su silla alejándose de él, también sonriendo, antes de inclinarse hacia él para hablar tan bajo que Daniel no pudo escuchar el intercambio.

Apretó los dientes mientras Kimble se reía de lo que fuera, y Daniel alcanzó el último trozo de pastel en el plato.

—Más para mí —murmuró, dando un mordisco salvaje.

—Un caballero siempre se verá mejor con unos kilos de más que una dama —le confesó Amy en voz baja—. Pero las mujeres siempre deberían abstenerse por el bien de su salud.

Daniel no estaba seguro de estar de acuerdo con ese sentimiento. Las mujeres delgadas nunca le habían atraído mucho antes. Siempre había preferido a las mujeres curvilíneas como Marian, aunque en algún momento estaba seguro de que Amy había tenido algo de carne en los huesos. La miró de reojo ahora. Era bastante delgada y estrecha. Al parecer, se había estado absteniendo de cada segunda rebanada de pastel todo el tiempo que él había estado fuera del distrito.

De repente, Marian se disculpó y se dirigió hacia ellos.

Cuando llegó a su altura, sus miradas se cruzaron brevemente. Una punzada de satisfacción por tenerla tan cerca le hizo sonreír de inmediato. Pero luego ella continuó hacia la mansión y desapareció en el interior sin decir una palabra.

Daniel tragó saliva y se volvió para encontrar a Amy observándolo con los ojos entrecerrados, y el último trozo de pastel se le atascó tanto en la garganta que tuvo que alcanzar su vino para bajarlo.

Al levantar la vista, vio que Kimble estaba ahora estudiando la mansión y observando la puerta por la que Marian había desaparecido. Pero entonces su pupila le dijo algo, y él se rió, y la atención de Kimble volvió finalmente a su prima.

Pero durante los siguientes diez minutos, Kimble siguió mirando por encima de su hombro hacia la mansión.

Kimble definitivamente estaba interesado en Marian.

El pensamiento no le dio ninguna alegría a Daniel y sí más de una pequeña preocupación. Aunque, ¿por qué no iba Kimble a revelar su interés cuando Daniel había declarado que él no tenía ninguno por la mujer? Kimble era soltero. Lo suficientemente apuesto como para complacer a cualquier dama que le llamara la atención, y tenía dinero —o lo había tenido, la última vez que hablaron de sus situaciones— para permitirse una amante o una esposa.

Pero ¿podría Daniel permitir que creciera un vínculo entre ellos sin advertir a Kimble sobre el pasado de Marian como ladrona? No le gustaría manchar su reputación. Marian encajaba bien en su pequeña sociedad, y él esperaba fervientemente que se hubiera reformado lo suficiente desde que se convirtió en la acompañante de su abuela como para no representar un peligro para nadie.

Tal vez sería mejor advertir a Marian que no alentara a Kimble. Sí, eso era lo que debía hacer, y de inmediato.

Daniel inventó una excusa creíble para dejar el lado de Amy y volver a su estudio. Ir primero a su estudio no debería hacer parecer que estaba siguiendo a Marian.

Una vez dentro, cambió de dirección y merodeó por las habitaciones de abajo buscándola hasta que vio a Marian bajando apresuradamente por la escalera principal. Sus mejillas estaban sonrosadas y estaba sin aliento, pero no lo vio hasta el último momento.

Cuando lo hizo, su rostro se iluminó de alegría y anticipación, reminiscente de su primer encuentro. En una mano sostenía dos sombrillas que obviamente pertenecían a su abuela, y las levantó para mostrárselas.

—¿Buscabas escapar del calor como yo?

—No. Necesito hablar contigo —respondió él, agarrándola del brazo y arrastrándola a la cámara más cercana. Cerró la puerta tras ellos y se apoyó en ella—. ¿Qué le has contado a Kimble y a su pupila sobre ti?

Ella frunció el ceño.

—No mucho. ¿Por qué?

—Porque quiero recordarte que no puedes ir por ahí afirmando que tu familia vino de Portishead cuando probablemente nunca lo hizo —le dijo, cruzando los brazos sobre el pecho para mirarla con severidad.

—Yo nunca inventé esa historia —se quejó Marian—. Me dijeron que venía de Portishead y, según la abuela, mi familia podría haber tenido negocios allí. Ella parece creer que sabe más sobre mi familia también.

—Entonces, para que quede claro, ¿continuarás mintiendo sobre quién eres a todo el mundo? —preguntó Daniel.

—Sí. Ya no sé *quién* soy —dijo ella—. ¿Qué más quieres que diga?

—Nada. Tal vez insinúa que no se puede confiar en la memoria de la abuela en lo que respecta a tu familia.

—No hablaré mal de tu abuela por ninguna razón. Pero sí recuerdo una tienda —dijo Marian. Levantó la mirada hacia él, pero sus ojos estaban desenfocados—. Cristalería y plata brillando a la luz de la mañana, y paneles de vidrio de colores pintando patrones en el suelo de madera. La abuela parecía pensar que ese recuerdo es una conexión importante. —Sus ojos volvieron a enfocarse en Daniel—. ¿Por qué te preocupas tanto por *mí* cuando aún no le has propuesto matrimonio a la señorita Wilson?

—Eso no es asunto tuyo. ¿Cuándo te vas?

—Tan pronto como pueda —prometió, mordiéndose el labio inferior mientras miraba al suelo—. Pero tu abuela ha tejido una historia tan complicada sobre mi presencia aquí que si me voy sin dar pista de adónde voy, podría levantar más preguntas y sospechas sobre quién soy realmente.

Daniel gruñó. Tenía razón.

Marian lo miró—. Haré lo posible por mantener la historia de la abuela, especialmente frente a tus amigos. ¿De verdad te molesta tanto que me quede aquí?

—Sí, de hecho. Eres una mujer difícil de tener cerca. Demasiado bonita —se quejó, y cuando el rostro de ella se iluminó, negó con la cabeza—. Y te irás pronto, así que apenas importa si eres una distracción para mis planes.

El rostro de ella volvió a bajar—. Sí, pero tú también eres una distracción para los míos —murmuró, y luego hizo una mueca—. Será mejor que vuelva con la señorita Kimble antes de que tu abuela envíe a alguien a buscarme. Eso llamaría la atención.

La abuela probablemente enviaría a Kimble. Daniel apretó los dientes—. Sí, necesitas irte.

—Me voy —dijo, haciendo una mueca—. Y será mejor que vuelvas a cortejar a la señorita Wilson, antes de que se enfríe más.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, está claro que no está pendiente de cada palabra tuya. No la he oído reír ni una vez hoy, y tú sueles ser tan divertido y encantador. Siempre me haces sonreír.

—Pero no de la manera en que Kimble lo hace por ti hoy. *Él* está pendiente de *cada* palabra tuya hoy. ¿Qué le estás susurrando? No. No me lo digas. Estoy seguro de que eres consciente de cómo tu talentosa lengua atrae a todos los hombres... eres como la miel para las abejas.

Su ceño fruncido regresó—. Deberías estar demasiado ocupado con la señorita Wilson como para notar algo de lo que hago o digo.

—Es difícil no notarte cuando haces todo lo posible para que todos te noten —se quejó Daniel amargamente—. Tal vez podrías moderar tu risa.

Sus labios se separaron un minuto entero antes de preguntar—: ¿Mi risa de repente te irrita?

—Sí —se quejó Daniel, aunque tan pronto como la confesión salió de su boca, se arrepintió

de haberlo dicho. No era cierto. Le encantaba cuando Marian se reía con él. Bajó la cabeza, acercándose a Marian y obligándola a mirarle a los ojos. Los de ella eran grandes y de un hermoso verde, y sus labios rosados se entreabrieron ligeramente—. Tal vez deberías sentarte junto a mi abuela por un rato y ser su dama de compañía pagada, como se supone que eres.

—¿Una dama de compañía pagada no debe disfrutar? ¿Debe ser aburrida e invisible?

—Algo así —dijo, incapaz de apartar la mirada de sus tentadores labios—. Aunque tú nunca has sido aburrida o invisible para mí.

Los dedos de Marian rozaron el botón de su chaleco y una lenta sonrisa torció sus labios—. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted hoy, milord?

—Creo que no sería prudente alentar la conversación de Kimble.

La mandíbula de Marian se abrió, y se alejó de él—. Él me estaba hablando de su pupila.

—Sus ojos se detienen en ti la mayor parte del tiempo —se quejó Daniel, decidiendo que bien podría desahogarse ahora que tenía la oportunidad de hablar sin rodeos—. Te desea.

—Eso es ridículo —replicó ella, cruzando los brazos sobre su pecho. Lo que solo hizo que su abundante busto fuera más obvio y atractivo.

Él la acechó—. Sé lo que veo cuando te miro —insistió Daniel—. Una belleza exuberante al alcance de la mano. Kimble no te mira como lo hace con su pupila, sino como a una mujer que le gustaría llevar a la cama.

Marian puso las manos en sus caderas—. ¿Estás celoso?

¡Sí! —Los hombres como Kimble nunca cambian sus costumbres. Te usará y te descartará como debe haberlo hecho cada otro canalla que hayas conocido —advirtió.

Su labio inferior tembló—. ¿Como lo hiciste tú?

Apretó los dientes, luchando contra sus propios remordimientos sobre Marian—. Si alguna vez hubiera pasado algo serio entre nosotros, lo habría hecho. Pero no pasó *nada* entre nosotros.

—Solo un beso inofensivo y sin sentido que me dejó sin aliento —dijo ella, restando importancia al evento, pero él podía ver fácilmente que sus palabras la habían molestado. Tomó un respiro profundo y lo soltó lentamente—. Tal vez esta vez sea una dama la que use a un canalla para variar —dijo, levantando la barbilla de nuevo.

—Si alientas a mi amigo, habrá consecuencias —comenzó Daniel, pero se distrajo por el desafiante estrechamiento de su mirada.

—¿Ah, sí? ¿Qué me harás?

La miró de arriba abajo lentamente. Marian era una mujer exuberante, bendecida con un espíritu aventurero y, hasta ahora, libre de las reglas de la sociedad adecuada. Si las cosas hubieran sido diferentes, la habría llevado a la cama sin la menor duda. Aún podría ponerla sobre sus rodillas, o sobre el escritorio más cercano, si ella lo provocaba lo suficiente.

Si alguna vez quisiera un marido cuando fuera a Londres, alguien con riqueza y buen aspecto, podría tener uno con solo chasquear los dedos, y no había nada que Daniel pudiera hacer para impedirlo. Pero aquí, ahora, no podía soportar la idea. Especialmente si se trataba de su amigo, Kimble.

Kimble, que no conocía a la verdadera Marian y nunca podría hacerlo, estaba cegado por su bonito rostro y las mentiras que la abuela había tejido alrededor de la reputación de Marian para hacerla encajar en el molde de una dama adecuada. Cautivado por la risa brillante y el ingenio de Marian, como Daniel lo había estado al principio. Kimble, enterrado en el aburrido campo durante tanto tiempo, no tendría ninguna oportunidad si ella alentaba al pobre tipo.

Sin embargo, si Daniel no podía tenerla, ¿por qué debería negarle un pretendiente?

Daniel negó con la cabeza. No debería imaginar el futuro de Marian después de que lo dejara,

ni imaginarla como esposa, pero no podía sacar esa desagradable imagen de su mente y su corazón.

Alejar a Marian de la finca, enviarla a un lugar seguro lejos de sus antiguos asociados, debería convertirse en su prioridad por el bien de todos.

Pero le gustaba saber dónde estaba ella, ver su sonrisa y saber que sus antiguos amigos aún no la habían encontrado.

Sin embargo, ver cómo encantaba a un viejo amigo le quemaba más de lo que debería. No debería notar que su nariz se arrugaba cuando reía sin ninguna contención femenina, o que se mordía el labio cuando escuchaba atentamente lo que él tenía que decir.

Daniel luchaba por resistirse a esa persistente y conocedora sonrisa suya cada vez que estaban juntos.

Se acercó un poco más a Marian, con el pulso acelerado. Imaginar esos labios respingones presionados contra los de otro hombre se sentía mal. Solo deberían tocar los suyos, y bajó la cabeza para robarle un beso.

Marian debió haber presentido sus pensamientos, porque se alejó de él antes de que siquiera la tocara.

—Haré lo posible por moderar mi risa a un nivel que usted nunca notará, milord.

Daniel se enderezó de inmediato. Había sido rechazado. —Gracias —dijo, tanto por su promesa como por su rechazo. Al menos uno de ellos tenía todo el autocontrol necesario para mantenerlo fiel a su futura novia.

—En cuanto al señor Kimble... si tiene alguna intención, solo el tiempo lo dirá. Mientras se mantenga respetuoso, no veo problema en hablar con él cuando venga de visita, especialmente cuando su madre me vigila tan de cerca todo el tiempo.

Con eso, levantó la nariz y giró sobre sus talones, antes de dirigirse hacia las puertas abiertas de la terraza.

Él observó cómo Marian huía hacia afuera con un corazón alegre pero pesado. No tenía derecho a descargar su frustración en ella. No era su culpa que él estuviera teniendo dudas sobre casarse con Amy. Pero si ella no estuviera siempre cerca, él no estaría constantemente comparando a las dos mujeres y encontrando su elección tan deficiente.

Daniel siguió a Marian unos pasos y habría llegado hasta afuera... de no haber escuchado el inconfundible sonido de una garganta aclarándose directamente detrás de él.

Daniel se dio la vuelta.

Madre.

Se pasó una mano por el pelo. —¿Sí, mamá?

—¿Qué haces aquí? Pensé que te encontraría aún en tu estudio.

—¿Necesitabas algo de mí? —preguntó, esperando que mamá hubiera llegado demasiado tarde para verlo con Marian, y especialmente cuando había intentado besar a la mujer.

—Tienes una mujer allá afuera para ser encantada y que se case contigo, pero en su lugar estás confabulando con la acompañante de tu madre en la biblioteca —se quejó ella.

Daniel gimió.

—Hablamos, madre, sobre los libros —explicó, tratando de no sonar demasiado a la defensiva mientras señalaba a su alrededor—. Ahora, ya que estamos solos, deseo tener una conversación contigo sobre estos planes que estás haciendo en mi nombre —dijo.

—Pueden esperar hasta después de que la señorita Wilson haya aceptado tu propuesta —insistió su madre.

—No voy a proponerme hoy —anunció, acercándose más a la puerta para ver qué estaba

haciendo Marian ahora. Estaba sentada al lado de la abuela y parecía afligida. Temía que sus palabras pudieran incitarla a alentar a Kimble a cortejarla, pero parecía que había prestado atención a sus advertencias.

—Escotarás a la señorita Wilson para que corte algunas flores para mí —dijo su madre mientras lo agarraba del brazo y lo arrastraba afuera contra su voluntad.

Él no se resistió exactamente. Pero su madre era más fuerte de lo que parecía. —Señorita Wilson, aquí está mi hijo para acompañarla al invernadero por fin.

—Ah, maravilloso —dijo Amy mientras se levantaba y cruzaba el césped para unirse a Daniel—. ¿Iremos ahora?

Sintiéndose claramente incómodo con la descarada maniobra, Daniel mantuvo su mirada fija en Amy para evitar ver la reacción de Marian.

Nadie se ofreció a acompañarlos, y él miró hacia atrás con anhelo cuando todos comenzaron a reír de nuevo. Todos parecían divertidos por algo que Kimble había dicho, todos excepto Marian, eso sí. Ella lo observaba marcharse bajo el sol, luciendo más encantadora que nunca.

Apretó los dientes y miró al frente mientras continuaba caminando junto a Amy, decidido a sacar a Marian de su mente de una vez por todas. Sin embargo, tragó saliva.

El invernadero estaba a cierta distancia de todos los demás, y podrían estar completamente solos cuando llegaran allí. Su madre lo había preparado para que le propusiera matrimonio a Amy en el invernadero.

Daniel inmediatamente buscó a un sirviente para que actuara como chaperón.

Hizo una seña con el dedo a la primera criada que vio, la que había estado sirviendo como acompañante de la abuela cuando él llegó a casa por primera vez, y le indicó que se uniera a ellos.

La criada estaba encantada de dejar la tarea de desmalezar un lecho de jardín a otros e ir con ellos a cortar flores.

Amy se aclaró la garganta, de manera similar a como siempre lo hacía su madre. —Creo que tu abuela finalmente se está ablandando hacia mí.

Él frunció el ceño. —¿Es así?

—Fue idea suya que cortáramos flores juntos —dijo Amy con orgullo.

Daniel casi gimió. Así que, ¿la abuela había renunciado a intentar frustrar sus planes y ahora trataba de apresurarlos? Sin embargo, la abuela había estado en contra de esta unión todo el tiempo. ¿No le gustaba Amy?

Maldijo por lo bajo. Se sentía como una traición.

Ajena a los pensamientos de Daniel, Amy continuó hablándole. —He hecho todo lo posible para ganarme su favor, por supuesto, estos últimos años, pero nunca ha sido una mujer fácil de complacer, ¿verdad?

—No sé si eso es cierto —rebatía él—. A la abuela simplemente le gusta divertirse.

Amy entrelazó su brazo con el de él sin previo aviso, obligándolos a caminar muy juntos. —¿Cuánto tiempo más crees que se quedará?

Daniel la miró, sorprendido por la extraña pregunta. —¿Qué quieres decir con quedarse?

—Quiero decir, ella todavía habla de Portishead con tanto cariño que siempre esperé que volviera —susurró Amy, lo que acercó su rostro mucho más al hombro de él de lo que le gustaba.

—Tiene muchos amigos allí —dijo Daniel, intentando liberarse de la mujer que se aferraba a él como una enredadera.

Sin embargo, Amy no se movió, porque parecía tener más palabras que susurrarle. —¿Y los

Trill? Qué nombre tan curioso. No tenía idea de que existiera una conexión o de lo encariñada que estaba con la señorita Marian. Es todo tan curioso y extraño que nunca hablara de la mujer, o de su correspondencia con Marian.

Daniel frunció el ceño. ¿Amy estaba realmente tan acostumbrada a conocer los asuntos de todos? —Con quién se cartea mi abuela es asunto suyo.

—Tiene razón, por supuesto. Pero estoy segura de que su madre se llevó una sorpresa total con la llegada inesperada de la señorita Trill. Hubo una prisa tan indecorosa por preparar una habitación de invitados —dijo Amy, mirándolo en busca de confirmación de que sabía más de lo que aparentaba—. ¿Te sorprendió, Jeremy?

Por un momento, Daniel no entendió que Amy se refería a él por su verdadero nombre de pila. Jeremy era un nombre que Daniel nunca había usado mucho, ya que también era el de su padre.

—Sí, pero no me preocupó en absoluto su acto de caridad hacia alguien necesitado que le era querido —dijo, enmarcando la llegada de Marian de una manera que se alineaba con la historia que circulaba—. Mi abuela tiene un gran número de amistades y siempre se ha sentido como en casa aquí.

—Eso es cierto. Es bastante poco ortodoxa en cuanto a las amistades que mantiene. No es de extrañar que su madre desaprobe. Me pregunto, dado el gran cariño que su abuela siente por Portishead, si usted le sugiriera, quizás quisiera tomarse unas vacaciones allí pronto. Podría llevar a la señorita Trill con ella para hacerle compañía si se quedara. Estoy segura de que nunca se sentiría sola.

Daniel decidió no contarle a Amy sobre la intención de la abuela de marcharse tan pronto como él se casara. Sabía que la abuela no se había encariñado en absoluto con Amy, y por eso planeaba irse. Daniel esperaba hacerla cambiar de opinión. —Mi abuela siempre ha sido libre de ir y venir como le plazca.

—Es usted tan generoso con su familia. —Amy hizo una mueca—. Es una lástima que ella nunca se haya esforzado tanto por encajar.

—Sí —dijo Daniel lentamente. Creía que su abuela había animado el distrito con su ingenio y encanto y con la extraña variedad de amigos que venían a quedarse a lo largo de los años. No quería que enajara. Que se volviera silenciosa y discreta. Ella fomentaba la discusión de ideas actuales y desafiaba las actitudes de todos los que conocía. Eso no era algo de lo que quejarse nunca, sin embargo, Amy claramente lo veía como un defecto en su carácter en lugar de un beneficio.

Miró por encima de su hombro cuando la criada se aclaró la garganta repetidamente. La ceja de la criada se había elevado mientras los miraba y él logró desenredarse del agarre de Amy. —Encontrará el invernadero que busca en esa dirección, mi lord —susurró.

—¡Ya lo sabemos, niña tonta! No vuelvas a interrumpir a tus superiores —le espetó Amy a la criada, y luego tomó aire y sonrió a Daniel—. Este es el sitio para el nuevo invernadero, creo.

Daniel asintió, asimilándolo todo. El cambio de humor relámpago de Amy, su arremetida contra la criada, que solo estaba haciendo lo que se suponía que debía hacer como carabina. —Ah, sí. El nuevo invernadero. Gracias por el recordatorio.

Estaban en un trozo de césped abierto, rodeado de plantaciones bajas y no mucho más. Estudió el lugar cuidadosamente. Un buen lugar para un nuevo invernadero... si hubiera pensado que alguna vez necesitaría otro.

—Es agradable tenerlo aquí para cumplir sus promesas, pero será una pena para mí ver otro hermoso trozo de césped destrozado tan cerca de la mansión —murmuró Amy—. Verá el nuevo

invernadero desde las ventanas de la sala de estar todos los días. ¿Está seguro de que no sería mejor ubicarlo en otro lugar? Quizás más cerca de la gruta, donde se puede obtener agua más fácilmente.

—Solo si se hicieran agujeros para las tuberías en las paredes de la gruta —reflexionó Daniel.

—Mi padre dice que sería considerablemente más fácil y barato que transportar agua desde el pozo existente.

—¿Ah, sí? —meditó Daniel, poco impresionado de que Amy y su padre tuvieran planes para arruinar la gruta que su padre había diseñado y disfrutado. Era la parte favorita de Daniel de la propiedad.

Su madre aún no había discutido sus planes, y que él aprobara el gasto, pero estaba seguro de que ella habría considerado todas las posiciones alternativas para un nuevo invernadero. Cambiar la gruta nunca habría sido una opción.

Caminaron un poco más y luego entraron juntos al invernadero. El invernadero estaba ocupado por los jardineros en ese momento, regando plantas y moviéndolas. Era un caos total dentro.

Sin embargo, Amy avanzó, ordenando a los sirvientes que se apartaran de su camino, dejando que Daniel la siguiera. Era claro ver que habían llegado en el peor momento posible para recoger flores para la casa.

Eso no parecía molestar a Amy ni un poco, mientras tomaba las tijeras para cortar las flores. Los jardineros le asintieron mientras se alejaban de la señorita Wilson. Amy cortó una flor de un arbusto y luego continuó con el mismo arbusto, entregándoselas una por una.

La cara del jardinero jefe se volvió de un rojo moteado mientras el corte continuaba. —¡No tantas de ese! —gritó alarmado.

—Es para la condesa —reprendió Amy, y continuó cortando casi todos los capullos de un rosal para terminar su ramo, sin darse cuenta de que un capullo perfecto caía al suelo.

Daniel se agachó para recogerlo y, al enderezarse, captó las miradas de enojo que intercambiaban los jardineros mientras Amy se movía al siguiente arbusto.

—Creo que eso será suficiente para las flores —anunció Daniel.

—Pero aún no he terminado —le dijo Amy.

Los jardineros murmuraron entre ellos mientras ella cortaba otra flor.

—Es suficiente —dijo Daniel, arrebatándole las tijeras de las manos a Amy.

—La decoración de la casa es trabajo de mujeres —le reprendió, tratando de recuperar las tijeras.

—La propiedad y la casa son *mías* —replicó—. Al igual que las flores.

Frente a su inesperada oposición, Amy hizo un puchero.

Daniel casi nunca se fijaba en las flores que adornaban la casa de todos modos, pero a su madre sí le gustaban. Instó a la señorita Wilson y a la criada a salir del invernadero delante de él, y luego se volvió hacia los hombres mayores. —Lo siento mucho.

—Esas flores se habían guardado especialmente para el cumpleaños de la señora Nolan —le informó el jardinero jefe—. Iban a hacer un ramo especial para la cena de celebración de su cumpleaños.

—La señorita Wilson debe no haberlo sabido.

—Con su permiso, mi lord. Eso no es cierto. La señorita Wilson estaba con la condesa cuando se hizo la petición hace semanas —gruñó el jardinero con amargura—. Si me disculpa, mi lord, será mejor que vea qué se puede salvar.

Daniel frunció el ceño. Amy había cortado deliberadamente flores destinadas a una ocasión especial que su madre había planeado. —Hagan lo que puedan, y estoy seguro de que será suficiente para la cena de cumpleaños.

Daniel salió lentamente, girando el tallo de un solo capullo de rosa entre sus dedos, sumido en sus pensamientos. La sorpresa para el próximo cumpleaños de la abuela era algo de lo que aún no había oído hablar, pero ahora se había visto disminuida por el olvido de la señorita Wilson, ¿o lo había hecho a propósito? Amy había estado entusiasmada con el corte de esos mismos arbustos.

Cuando Daniel volvió a encontrarse con Amy, descubrió que la doncella que había traído como acompañante y las flores recién cortadas parecían haber desaparecido.

Pero eso significaba que se había quedado a solas con Amy de nuevo. Los ojos de ella se posaron en la flor que él tenía en la mano. Luego, enderezó los hombros y le sonrió cálidamente.

Daniel tragó saliva.

Ella debía de imaginar que estaba a punto de proponerle matrimonio, pero él estaba aún más lejos de ese momento, dado todo lo que ella había dicho y hecho hoy.

Se metió el dedo bajo el pañuelo del cuello para aflojarlo mientras ella se acercaba. Podría haber sido el momento perfecto para el romance: un lugar apartado y él con una sola rosa rojo sangre para ofrecer a una futura novia.

En su lugar, dijo:

—Confío en que pueda encontrar el camino de vuelta, señorita Wilson.

Ella frunció el ceño.

—Por supuesto, pero ¿no viene usted conmigo?

—No, hay algo aquí que requiere mi atención inmediata. Una emergencia.

—¿Una emergencia? ¿Debería quedarme y ayudar? —preguntó Amy, casi suplicando que dijera que sí.

—No. No será necesario. Como usted dijo, debería involucrarme más en la administración de la finca a partir de ahora —dijo con firmeza.

De repente, la doncella reapareció, notó la flor en su mano y se apresuró hacia él.

—Ahí está —dijo, extendiendo la mano hacia la flor—. Temía haber dejado caer una en algún lugar del jardín.

—Sí, así fue —dijo él, entregándosela a la doncella con un floreio.

Daniel captó la mirada fulminante de Amy hacia la doncella, y fue lo suficientemente larga como para hacer que la joven retrocediera.

—Será mejor que lleve esto de vuelta con el resto, milord. Gracias por guardármela.

Daniel asintió.

—La señorita Wilson volverá ahora con mi madre.

—Muy bien, milord. ¿Debo acompañarla hasta allí por usted?

Los ojos de Amy se entrecerraron peligrosamente hacia él.

—Eso no es necesario.

—No, no. La doncella tiene razón. Usted es una invitada aquí, señorita Wilson. Me disgustaría que se perdiera entre los arbustos —murmuró él, observando los primeros signos de un temperamento que Amy Wilson le hubiera mostrado jamás. Sabía que lo tendría en alguna parte, por supuesto. Todo el mundo se enfada.

Dirigió su atención a la doncella.

—Si no le importa, ¿podría informar a todos que no volveré hasta después de la cena?

La sonrisa de Amy se desvaneció.

—Yo puedo decírselo, milord. ¿Lo veré mañana?

—Tal vez —dijo él, negándose a comprometerse. El comportamiento de Amy hoy le había dado mucho en qué pensar, al igual que sus propias reservas crecientes. Había tenido dos discusiones hoy, una con Marian y ahora con Amy, y solo había una de la que realmente se arrepentía.

Lo que planteaba la pregunta: ¿realmente quería casarse con Amy Wilson, cuando solo le importaba si Marian lo perdonaría?

CAPÍTULO TRECE

—Y este baúl contiene lo que queda de mi ajuar de boda —anunció Lady Scarsdale a Marian y Gabby con una sonrisa afectuosa mientras abría un baúl grande pero desgastado a sus pies.

Gabby había expresado interés en verlo cuando regresaron de la gruta ayer. Y en su visita de hoy, la dama estaba ansiosa por mostrarles inmediatamente a ambas el cofre del tesoro lleno de maravillas.

Estaban en la alcoba de la condesa, rodeadas de más riquezas de las que Marian jamás había soñado que existieran. La habitación de Lady Scarsdale era grande y tan femenina que Marian la había codiciado instantáneamente para sí misma, aunque se sentía indigna de poner un pie allí.

La señora Nolan había optado por quedarse abajo por si la señorita Wilson finalmente llegaba. Nadie podía entender qué podría estar reteniendo a la mujer hoy cuando normalmente era tan puntual.

Marian se alegraba por cualquier razón que la mantuviera ausente de la mansión. Ahora que era plenamente consciente de la falta de respeto de la señorita Wilson hacia Lady Scarsdale, no podía evitar notar la condescendencia dirigida a la condesa cuando Amy le hablaba.

Era asombroso que Lady Scarsdale no se diera cuenta, o quizás estaba acostumbrada a ignorar cualquier desagrado dirigido hacia ella. Marian no estaba tan inclinada ni siquiera dispuesta a perdonar tal grosería hacia un miembro de la familia de Daniel.

Se había convertido en un hábito para Marian prestar atención a cada movimiento que hacía Lady Scarsdale en los últimos días. Era sabia pero no muy habladora, al menos no con Marian. La condesa había dirigido casi sola la finca para su hijo ausente y había hecho un trabajo notable, según todos los informes. También era increíblemente talentosa y amable. Había mucho que Marian podía aprender de una mujer así solo observando cómo se comportaba con los demás.

—Es realmente hermoso —se entusiasmó Gabby, deteniéndose para admirar cada prenda—. Qué maravilloso que hayas podido conservarlo tan bien. Parece casi nuevo.

—Gracias. Lo hice todo yo misma, bordé todo sin ayuda. El difunto Lord Scarsdale proporcionó las perlas del vestido que usé el día de mi boda.

—Qué romántico —volvió a entusiasmarse Gabby, señalando a Marian la riqueza en perlas cosidas en el vestido que aún estaba en el baúl—. ¿Qué dices, señorita Trill? ¿Usarías algo así? ¿Un vestido heredado, o preferirías hacer el tuyo propio?

—Yo... —Marian estudió el último vestido detenidamente—. Parece demasiado frágil para ser usado.

—Tonterías —Lady Scarsdale le mostró el largo completo. El vestido exterior era de encaje transparente pero bordado profusamente desde el hombro hasta el dobladillo con pequeñas perlas

por todas partes—. Lo aireó cada año y lo guardo cuidadosamente para evitar arrugas. Hace mucho que tengo la esperanza de verlo usado de nuevo algún día.

Marian levantó la mano para tocar la manga de la prenda. La tela se sentía como nueva entre sus dedos, pero tan frágil como parecía. Obviamente, una creación hecha con amor y un recordatorio de tiempos felices en la vida de la condesa.

—Me gustaría usar algo así. Algo importante. Algo hecho con amor por mi madre. Habría sido una reliquia familiar que significaría el mundo para mí si me quedara alguna familia —susurró, y luego sonrió—. No tengo la habilidad para coser mi propio vestido.

La condesa inclinó la cabeza y luego hizo algo que sorprendió a Marian. Lady Scarsdale sostuvo el vestido contra el cuerpo de Marian, midiéndola.

—Creo que te quedaría —dijo, mirándola de arriba abajo, evaluando el largo y el ajuste en su pecho.

Marian sostuvo el vestido contra ella con cuidado y dio unos pasos hacia un espejo mientras Lady Scarsdale sostenía el corpiño por los hombros y le permitía ver cómo podría lucir en un día de boda con semejante vestido.

Pero los ojos de Marian se nublaron con lágrimas después de una sola mirada a sí misma. Había encontrado algo que deseaba más que el oro, una habitación bonita, más que el anillo de promesa que aún codiciaba para su dedo.

Quería este vestido y todo lo que representaba. Esperanza. Felicidad. Amor. Familia. Para siempre. Un marido que la adorara.

Pero una mujer como ella nunca podría tener tal riqueza de tesoros.

Marian se apresuró a devolver el vestido a la condesa, abrumada por las emociones no deseadas que la asaltaban. El anhelo siempre había sido parte de su naturaleza, pero sus ambiciones y sueños habían cambiado notablemente desde que vino a vivir aquí. Se habían vuelto imposibles.

—Debo volver con la señora Nolan ahora —Y luego huyó, pero no al salón, donde la señora Nolan podría ver sus lágrimas y preguntar por ellas. A algún lugar donde se sintiera segura.

Fue a la habitación de Danny y se deslizó dentro. Él no estaba allí, por supuesto, pero el olor de su colonia y saber que no estaba lejos la reconfortaba.

Se movió hacia un lado y se deslizó hasta el suelo detrás de la puerta en un montón desordenado, cubriéndose la cara mientras sus emociones continuaban abrumándola. Nunca debería haber venido a este lugar. Nunca debería haber seguido a un hombre de una familia tan obviamente por encima de ella.

Pero lo había hecho, y ahora sabía lo que faltaba en su vida, y dolía tanto saber que le sería negado para siempre. Extrañaba a su madre y a su padre, aunque no los recordaba claramente. Extrañaba la idea de ellos y la vida que podría haber llevado si no hubieran muerto, y su única opción fue irse con su tío, quien la convirtió en una criminal.

Si hubiera tenido padres, podría haber usado un vestido bonito para marcar su presentación en sociedad, haber tomado clases de baile como Gabby, aprendido a bordar, a tocar el piano, a mezclarse con la gente adecuada y hablar de nada importante todo el día. Causar una impresión duradera y buena dondequiera que fuera y ser feliz, sin saber cuán afortunada era.

Ser extrañada.

Merecer usar un vestido como el que Lady Scarsdale acababa de mostrarle, cuando se casara con un hombre al que amara con todo su corazón.

Marian tenía una vida llena de deseos que nunca podrían ser satisfechos en su situación actual. Estaba manchada por un pasado en el que no tuvo voz, y ahora sin esperanza de ser lo

suficientemente buena para hacer un matrimonio del tipo que Gabby Kimble anticipaba.

Marian se secó los ojos con enojo. Enojada consigo misma. Enojada con el mundo. Enojada con Danny, aunque no era su culpa porque ella lo había seguido a casa sin ningún tipo de invitación.

Debía dejar de lado esos deseos imposibles y concentrarse en lo que podía tener aquí y ahora y en el futuro.

Dinero.

Podría ganarlo como dama de compañía, o robarlo.

Robar era lo único en lo que siempre había sido buena. Su único verdadero logro.

Se secó los ojos por última vez y se puso de pie, reprendiéndose por su momento de debilidad y decidida a dejar de sentir lástima por sí misma. Nunca había sido el tipo de mujer que recurría a las lágrimas cuando se frustraba. Sabía lo que tenía que hacer para hacer realidad sus sueños. Lo que siempre había tenido que hacer.

Tenía que robar por su futuro, y para salir de este lugar mañana con suficiente dinero en sus bolsillos para llevarla lejos de Danny y su vida respetable.

Vivir la vida de una dama de compañía la estaba volviendo sentimental y débil.

Vulnerable.

No podría sobrevivir con remordimientos que la hicieran dudar de cada una de sus acciones en los años venideros.

Sí, era hora de dejar este palacio dorado, y para eso, necesitaría tantas monedas como pudiera llevar.

Estudió la habitación frente a ella y luego comenzó una búsqueda cuidadosa y minuciosa de cada cajón, cada libro, rincón y grieta donde pudiera haber dinero escondido.

Pero Danny era tan descuidado aquí como lo había sido en la posada donde se conocieron. Encontró suficientes monedas esparcidas en el fondo de un cajón del escritorio, en bolsillos de chalecos, incluso billetes de libra marcando su lugar dentro de un libro que guardaba junto a la cama para llevarla lejos en su propio coche de alquiler si quisiera.

En realidad, un hombre que hace alarde de su riqueza siempre merece que se la quiten eventualmente.

Y sin embargo... devolvió cada moneda y billete de libra a donde los había encontrado cuando se dio cuenta de que había comenzado a llover. Razonando que no lo necesitaba en ese preciso momento cuando viajar en tales condiciones sería difícil. Podría y robaría a Danny cuando fuera el momento adecuado, cuando el clima mejorara, y con suerte antes de que empeorara nuevamente.

Saber que podía tener fácilmente el dinero que necesitaba resolvía todos sus problemas.

Viajaría primero hasta Portishead, aunque Crossman podría regresar allí algún día también. Pero no podía preocuparse por eso ahora, ni por él. Descubriría si le quedaba algún otro familiar en Portishead y luego se mudaría a pastos más verdes, donde nadie la conociera.

Luego cerraría el libro de su pasado como ladrona, sus fechorías, y se reinventaría como el tipo de mujer que otros tenían en la más alta estima.

Tenía a Lady Scarsdale como ejemplo de cómo comportarse en sociedad y hacerse un nuevo nombre. No era como la señorita Kimble, que esperaba amor y romance y un marido que la llevara en volandas.

No toda mujer tenía que casarse o tener una familia. Si alguna vez se sentía sola y podía permitirse el gasto, podría acoger a uno o dos huérfanos. Salvarlos de una vida de delincuencia menor y protegerlos como deberían haberla protegido a ella.

Realmente no necesitaba un elegante vestido de novia ni familia ni siquiera un marido al que recurrir cuando estuviera asustada o triste.

Y entonces se dio la vuelta y encontró a Danny de pie en la habitación con ella.

Marian no lo había oído entrar, y su respiración se entrecortó ante la sonrisa que se extendió por su rostro. Había estado demasiado perdida en sus propios pensamientos y no había prestado atención, y esa era otra señal de que estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Normalmente era más consciente de su entorno que esto. —Disculpa —dijo, y fue a pasar junto a él, pero su brazo se extendió, deteniendo su retirada cuando chocó contra él.

Cuando sus dedos se cerraron en su cadera, un escalofrío de emoción la recorrió. Pero él era una tentación a la que debía resistirse con todas sus fuerzas. Él era la razón de su confusión y las emociones no deseadas que la habían asediado hoy. Él la hacía desear una oportunidad para vivir una buena vida y ser suya.

Cuando la atrajo hacia sí, ella cayó en sus brazos sin resistencia real. Luchó contra su atracción, sus deseos, pero un suspiro de alivio que escapó de sus labios cuando inhaló su aroma fue su perdición.

Él la mantuvo pegada contra su cálido cuerpo, y sus brazos se elevaron para rodear su cuello sin que ella tomara ninguna decisión de hacerlo.

No dijo nada en absoluto, pero mantuvo su mirada como si esperara que ella dijera algo para alentarla o detenerlo. Por su comportamiento y mirada intensa, era fácil suponer lo que quería de ella. Pasión. Calor y satisfacción. La misma prisa por la intimidad que había ocurrido aquella noche en la posada antes de que él se alejara. Marian también había querido eso, pero había muchas razones para no ceder a sus impulsos con él nunca más.

Buenas razones.

No podía quedarse con él, y él realmente no la quería cerca. Tenía la intención de casarse con una mujer de espíritu mezquino que arruinaría su vida e incitaría más división entre su familia. Cuando se casara con Amy Wilson, probablemente la olvidaría con demasiada facilidad.

Pero, ¿acaso Danny no podía ver que tenía un gusto espantoso en mujeres, incluida ella misma? Estaba empeñado en hacer de su vida una miseria tras otra. Persiguiendo cosas de las que debería ser más cauteloso.

—¿Has estado llorando?

—No es nada. Me golpeé el dedo del pie.

Él miró hacia abajo y asintió. —Eso puede causar una lágrima o dos.

Danny era demasiado confiado. Su primera pregunta debería haber sido qué estaba haciendo ella en sus aposentos, pero aún no había dicho una palabra sobre eso. Debería haberle dicho que abandonara la habitación inmediatamente por el bien de la decencia.

Amy nunca se atrevería a venir a sus aposentos sin invitación, como lo había hecho Marian. Eran una mala influencia el uno para el otro, y tenía que terminar ahora.

Marian se puso de puntillas y presionó sus labios con fuerza contra los de Danny. No era un beso suave lo que ofrecía, y no estaba destinado a significar nada más allá de un adiós. Para poner fin a la forma en que se había sentido por él desde el principio de su conocimiento.

Antes de que Danny pudiera responder, Marian se arrancó de él y huyó de la habitación. Huyó de él y del arrepentimiento que la estaba haciendo ahogarse con lágrimas frescas y causando que su corazón doliera como nunca antes.

Chocó de frente con una figura esbelta, que la agarró por los hombros y la mantuvo quieta.

Miró a los ojos de Lady Scarsdale y vio asombro reflejado allí. Pero entonces la condesa miró detrás hacia la puerta abierta de la alcoba de su hijo, y pronto siguieron la censura y la

decepción.

Marian no pudo soportar ver la pérdida de respeto un momento más, y huyó ciegamente de ella también.

Todo había terminado para ella aquí. Su reputación, lo poco que había recuperado en los últimos días, se desvanecía en un abrir y cerrar de ojos. Todo por culpa de Danny y la forma en que la hacía sentir.

Nunca debería haber ido a advertirle a la posada.

Nunca debería haberse permitido preocuparse por él, ni por nadie más en este lugar.

Si Lady Scarsdale adivinaba el resto, que había conocido a su hijo incluso antes de llegar aquí, su tiempo como dama de compañía de la señora Nolan también habría terminado definitivamente.

Tenía que irse esta noche, antes de que la echaran mañana.

Marian huyó a su habitación, una gran habitación de invitados que le habían concedido por una amabilidad mal entendida, y cerró la puerta con llave tras de sí. Lloró lágrimas de frustración y pérdida hasta que no pudo llorar más, y luego se recompuso.

Su bolsa todavía estaba bajo la cama, empacada y lista para huir en cualquier momento, tal como la había escondido allí.

Debería irse ahora para evitar cualquier desagrado posterior.

Pero entonces miró el bonito vestido que llevaba puesto y se le cayó el alma a los pies. Normalmente se cambiaría a algo más adecuado para el largo viaje antes de salir de cualquier lugar. También tenía que ir a buscar el dinero que había encontrado en la habitación de Danny para llevárselo.

Sobre todo, tenía que volver a su habitación para eso.

Marian se quitó el caro vestido y lo dejó cuidadosamente doblado sobre la cama. Cuando recuperó su viejo vestido y se lo puso, arrugó la nariz con disgusto ante su estado desgastado. Era viejo, estaba gastado y no le favorecía mucho, pero era suyo.

Comparó los dos vestidos y decidió que, por ahora, se pondría el vestido más bonito sobre el viejo cuando saliera de la finca. Viajaría como una mujer de cierta riqueza y quizás contrataría a una doncella para que la acompañara.

Conservaría el vestido como un recordatorio de que su mayor error había sido dejar que alguien se acercara a su corazón.

Preocuparse por lo que la gente pensara de ella había sido una gran locura.

Miró por la ventana para determinar la hora del día, solo para ver el coche de los Kimble partiendo, rebotando locamente por la entrada principal con Gabby a las riendas y el señor Kimble sujetándose el sombrero con una mano y el asiento del carruaje con la otra.

Marian se rio suavemente, pero las lágrimas estaban a solo un momento de distancia otra vez. La única amiga verdadera que había tenido jamás, una auténtica original en todos los sentidos de la palabra, ya había abandonado la finca. Marian lamentaba mucho no haber podido despedirse de Gabby, pero probablemente era lo mejor.

Lo mejor para Gabby.

Marian nunca volvería a ver a Gabby y ni siquiera podía desearle lo mejor en su viaje hacia el matrimonio el próximo año. Esperaba que Gabby encontrara a alguien que pudiera amarla como se merecía. Alguien que cumpliera con todos sus requisitos en un caballero. Apuesto, amable, rico y quizás incluso con título.

Alguien un poco como Danny.

Observó cómo Gabby y su tutor se alejaban hasta que el carruaje finalmente desapareció de

la vista. Pero entonces otro carruaje lo reemplazó inmediatamente en el camino, dirigiéndose hacia la casa señorial a un ritmo majestuoso. Era lo suficientemente grande como para no confundir el gran vehículo que se dirigía hacia ellos, tirado por un equipo de cuatro caballos blancos. Era el carruaje de los Wilson que venía de nuevo.

Una profunda depresión se asentó entonces sobre los hombros de Marian. Amy Wilson podría estar de nuevo entre ellos para la cena. No podía enfrentarse a esa mujer otra vez en la mesa de la cena, ¿y por qué habría de hacerlo? No es como si alguien más que la señora Nolan se preocupara si ella estaba ausente.

Y entonces, mientras todos estuvieran en la cena, podría reunir el dinero que necesitaría para su viaje e irse.

Satisfecha con su decisión, echó un último vistazo a su habitación y se sentó en la cama. Habría suficiente tiempo para volver a la habitación de Danny esta noche.

Si calculaba bien el momento de su partida, podría escapar sin ser detectada por los sirvientes.

Marian podría estar en el camino hacia el próximo pueblo antes de que el sol estuviera alto en el cielo mañana y mucho antes de que alguien se diera cuenta de que se había ido.

A veces el tiempo pasaba lentamente cuando esperabas para aligerar los bolsillos de alguien, pero finalmente, juzgó que el cielo estaba lo suficientemente oscuro para su escapada. Se deslizó sigilosamente hacia el pasillo. Como había anticipado, no había ni un alma en el piso superior ni cerca de la habitación principal. La familia debería estar abajo, cenando cerdo relleno y bebiendo vino y riendo juntos a la espera de una propuesta mientras los sirvientes los atendían en todo.

Se movió por el pasillo con determinación y entró en la habitación de Danny.

Estaba justo como la recordaba, vacía, un poco desordenada y llena del aroma de su colonia de sándalo. Se movió por la habitación, recogiendo las monedas que había encontrado antes ese día y escondiéndolas en los numerosos bolsillos de su viejo vestido. Pero cuando llegó al cajón del escritorio, descubrió que estaba cerrado con llave, lo que no había sido el caso la última vez.

Ese era un pequeño obstáculo para alguien como ella. Llevó la mano a su cabello y extrajo una horquilla, una de las nuevas de alambre que le había dado la señora Nolan cuando llegó por primera vez. No tenía la forma adecuada, y sintió una punzada de remordimiento mientras torcía el objeto para adaptarlo a sus necesidades inmediatas y luego se puso a trabajar en la cerradura.

Se abrió fácilmente con un clic, y buscó debajo de los papeles de Danny para encontrar el dinero tan imperfectamente escondido en el fondo del cajón.

Contó los billetes sobre la mesa, ciento veinte libras. Más dinero del que había tenido en su vida, o del que esperaba volver a ver, pero aun así no era suficiente para una vida larga y cómoda. Era apenas una gota en el océano para alguien con una finca próspera como esta, pero Marian sintió otra punzada inesperada de remordimiento. Preferiría quedarse que tener el dinero.

Pero eso era imposible.

Tenía que irse antes de verse obligada a fingir una alegría que simplemente no sentía. Se esperaba que celebrara el compromiso de Danny junto con todos los demás cuando finalmente se anunciara. Pero ya no podía fingir más, porque le arrancaría el corazón, lo apuñalaría con cuchillos de arrepentimiento y la volvería amargada.

No. Irse era su mejor curso de acción.

Metió el dinero entre sus pechos, bajo el corsé, y cerró el cajón con llave nuevamente.

Entonces, con una última mirada a la habitación, se dirigió al vestidor, donde sospechaba que podría haber una caja fuerte oculta que sin duda aseguraría a Marian una vida cómoda lejos de Danny.

CAPÍTULO CATORCE

—¿Dónde está su acompañante esta noche, señora Nolan? —preguntó Amy mientras servían el primer plato de la cena—. ¿Se unirá a nosotros para cenar?

Daniel podría besar a Amy por hacer esa pregunta. Se había estado preguntando qué retenía a Marian durante la última media hora, pero no quería llamar la atención sobre ella. Echaba de menos su sonrisa.

—Me temo que no. Iba a cenar en su habitación esta noche —respondió la abuela después de un momento.

—Oh, bueno —dijo Amy alegremente—. Es una lástima para ella. Esta carne está tan exquisitamente tierna.

También era una pérdida para Daniel. Tener a Marian cerca siempre lo hacía sentir a gusto, especialmente alrededor de Amy Wilson.

Daniel volvió la cabeza para mirar a su abuela. No había oído nada sobre planes para que Marian fuera excusada de la cena de esta noche, y había habido muchas oportunidades para que lo informaran. Su ausencia lo hacía sentir incompleto.

Después de que Marian huyera de sus aposentos más temprano ese día, en realidad no la había vuelto a ver. Quizás se sentía incómoda o tímida por haberlo besado, aunque no podía imaginar por qué lo estaría.

El beso impulsivo y temerario entre ellos había sido una sorpresa, pero no demasiado impactante, aunque *había* parecido bastante desesperado. Estaba empezando a sentirse de la misma manera por la ausencia de Marian.

Porque quería otro beso justo como ese.

Quería tener a Marian de vuelta en sus brazos, donde pertenecía. Marian Trill se había convertido en una constante sorpresa y deleite secreto para él, y deseaba conocer todo lo que había que saber sobre ella. Robar más tiempo a solas juntos.

Tragó saliva y dejó a un lado su copa de vino, e intentó concentrarse en el contenido de su plato. Pero ansiaba saber qué estaba haciendo Marian, comiendo en sus aposentos, y descubrió que tenía poco apetito esta noche para llenar su propio estómago. Apartó su plato, hizo una señal a un sirviente para que se lo llevara y luego volvió a coger su copa de vino, pero tampoco quería beber.

Había esperado que volver a casa hubiera puesto fin a su temeraria búsqueda de mujeres inapropiadas, pero parecía que permanecía sin cambios en sus preferencias.

Pero hoy había sido Marian quien lo había buscado, en sus propios aposentos, incluso después de que él le hubiera advertido que no coqueteara con John Kimble o con él. Había sido

una debilidad posesiva de su parte sentir la punzada de los celos por un rival por sus afectos y sonrisas. Sabía que se había comportado mal entonces... pero había envidiado a Kimble el derecho de responder favorablemente a *su* mujer.

¿Su mujer?

Sí. Así era como pensaba en Marian, incluso ahora.

Después de que ella se hubiera marchado apresuradamente, se había arrepentido de no haberse disculpado por ser un idiota. Difícilmente podía quejarse de que ella buscara la atención de otro hombre cuando él estaba buscando la mano en matrimonio de una mujer diferente.

Se había sentido algo culpable por todo ello hasta mucho después de que ella huyera. Se había lamentado, arrepintiéndose de no poder perseguir a Marian para averiguar qué estaba mal.

Creía que el pasado de Marian como ladrona había quedado atrás y que había dado un giro honesto con su empleo aquí con la abuela. Pero ella no había cambiado sus planes. El hecho de que hubiera encontrado una manera de evitar la cena esta noche, cuando había aparecido puntualmente en todas las comidas anteriores, le preocupaba.

Se estaba preparando para irse.

Daniel no podía dejarla ir todavía. Ella no podía dejarlo a su suerte para casarse con una mujer por la que no se sentía ni la mitad de atraído de lo que lo estaba por ella.

Eso aún le preocupaba mucho.

Cómo ese beso había parecido final entre ellos.

Una despedida.

¿Ya se había ido?

Miró las ventanas oscuras y luego a la abuela, que parecía despreocupada por no tener a Marian a su lado esta noche. Aunque anhelaba ir en busca de la acompañante pagada para asegurarse de que todo estaba bien, estaba limitado por la asistencia de los Wilson a la cena.

—¿Ha habido mucho interés en la casa de Londres todavía? —preguntó de repente el señor Wilson.

—¿Qué tipo de interés podría haber en mi casa de Londres?

—Bueno, mi hija dijo que no tenía planes de volver a la ciudad —respondió—. Podría estar dispuesto a alquirlársela por el precio adecuado.

—No estoy alquilando la casa de Londres. Puede que no tenga una necesidad urgente de ir a Londres en este momento, pero por supuesto que madre tiene la intención de ir para apoyar a la señorita Kimble en su primera temporada el próximo año.

Amy dirigió su mirada hacia madre. —Eres demasiado generosa.

Daniel se sorprendió por la desaprobación de Amy.

Madre claramente la escuchó, pero su expresión permaneció inalterada mientras respondía. —Di mi palabra de ayudarla, y tengo grandes esperanzas de que haga una excelente unión —dijo madre, dando golpecitos en sus labios con una servilleta y luego dejándola a un lado—. ¿Me disculpan? Hay un asunto que requiere mi atención.

—¿Puedo ser de ayuda? —preguntó Amy, levantándose a medias de su silla.

—Me temo que no —respondió madre—. Continúen la cena sin mí.

Con eso, madre salió de la habitación, dejando a Amy frunciendo el ceño tras ella. También parecía molesta por no ser necesitada.

La rápida salida de madre de la habitación los dejó a él y a la abuela para entretener a los Wilson. Algo que descubrió que ya no quería hacer.

Daniel había gemido para sus adentros cuando los había visto de pie en el salón demasiado temprano para la cena, y se había encontrado mirando el reloj toda la noche hasta ahora.

Pidió que sirvieran el siguiente plato y dirigió su atención a limpiar el pescado de su plato tan rápido como pudo sin parecer que lo hacía.

Pero Wilson se tomó su tiempo picoteando el pescado, haciendo preguntas sobre sus planes para los próximos meses entre bocados, y tratando de involucrar a su hija en la discusión de cada decisión que Daniel había tomado.

El señor Wilson incluso logró incluir su propia participación en cualquier plan mencionado.

Cuando Daniel había imaginado volver a casa, y su futura vida de casado, no había sido con la perspectiva de él y su esposa sentados en casa o teniendo que explicarse ante su suegro en cada comida.

Había imaginado que ellos, Amy y él, estarían completamente separados de todos los demás, y entre sí, excepto en asuntos relacionados con los hijos que pudieran tener.

Pero mientras lo consideraba más tiempo, se dio cuenta de que habría mucha más superposición. Más tiempo pasado juntos con su madre, la abuela y el señor Wilson, desafortunadamente. Muchas más decisiones que tomar juntos si alguna vez iban a llevarse bien satisfactoriamente.

A medida que avanzaba la noche, también lo hacían las largas y incómodas pausas entre temas. Wilson no había preguntado directamente si Daniel iba a pedir la mano de su hija, pero seguía mirándolos cada vez que se hablaban. Alternaba suspiros o asentimientos de aprobación con la cabeza hasta que retiraron el último plato.

Era evidente que la felicidad de Amy estaba muy presente en su mente.

Cuando la abuela se puso de pie, invitando a Amy a unirse a ella para tomar el té, Daniel exhaló su propio suspiro de alivio y también se levantó. —Que lo disfruten, señoras —dijo Daniel, más que listo para la tranquilidad de los caballeros solos en el comedor y una bebida mucho más fuerte en su mano—. Nos uniremos a ustedes pronto.

—Tonterías. ¿Por qué separarnos cuando solo somos nosotros cuatro? No deberíamos privar a las mujeres de nuestra compañía y conversación sensata —le dijo Wilson.

—Siempre me halaga la conversación de mi nieto —respondió la abuela.

Wilson le ofreció el brazo a la abuela y la condujo al salón en lugar de quedarse allí con él.

Amy miró alrededor de la habitación. —Siempre me ha gustado este comedor. Podríamos quedarnos aquí juntos un rato si quieres.

No. Rápidamente salió de la habitación, sabiendo que Amy lo seguiría.

Cuando entraron en el salón, Wilson susurró unas palabras a su hija, y ella sonrió y se apresuró a sentarse junto a la abuela.

Wilson se dirigió al aparador para servirse una copa del mejor whisky de la finca sin pedir permiso a Daniel.

Daniel observó al hombre mayor con creciente amargura, preguntándose si acaso recordaba que era un invitado aquí. Wilson últimamente era demasiado libre con sus opiniones para el gusto de Daniel, y el hecho de que se sirviera cualquier lujo que lo rodeaba era casi la gota que colmaba el vaso.

Se puso de pie abruptamente. —Parece que se ha sentido como en casa, señor Wilson.

—Sí, en efecto. —Wilson se volvió, mirándolo a los ojos—. Algo te preocupa, hijo —murmuró, arqueando una ceja.

—No. Solo noto cómo algunas cosas cambian y otras no.

El hombre mayor frunció el ceño severamente, y él no lo entendía. Wilson había sido amigo de su padre, pero no de Daniel. Solo los amigos más cercanos de Daniel deberían tener tanta libertad con su whisky.

—¿Fumamos un cigarro juntos en la terraza? —sugirió Wilson.

—Esta noche no.

Wilson también había sugerido fumar cigarros la primera noche que Daniel había regresado a casa y se había decepcionado lo suficiente con su renuencia como para regañar a Daniel por no estar a la altura de la reputación de su padre como anfitrión generoso.

Sin embargo, nada podía obligar a Daniel a fumar cigarros, por la simple razón de que a las mujeres no les gustaba el olor ni el sabor en su lengua cuando lo besaban.

Estaba seguro de que a Marian no le gustaría.

Sospechaba que Amy no pensaría en quejarse de ello.

Se mordió el labio y miró hacia la abuela y Amy Wilson, y exhaló un suspiro.

No había forma de escapar de la verdad. Estaba más preocupado por lo que Marian pensaba de lo que hacía que por la mujer con la que había planeado casarse.

Pero, ¿aún quería eso? ¿Matrimonio? ¿Tener y mantener a una mujer para siempre?

La respuesta era, por supuesto, un rotundo no en lo que respectaba a Amy.

Ni siquiera estaba asombrado por su propio cambio de opinión. Bajo ninguna circunstancia quería hacer una propuesta por la mano de Amy Wilson ahora que habían pasado algún tiempo juntos. No quería que el señor Wilson asumiera un papel paternal en su vida ni que los Wilson siempre estuvieran viniendo como lo habían hecho toda esta semana.

Eran aburridos y tediosos, y ni siquiera le agradaban. No tenían nada en común, aparte de ser vecinos durante toda su vida.

Pero estaba atrapado con ellos esta noche a menos que les diera una razón para irse.

Había mucho que no le gustaba del señor Wilson, pero en su ausencia de cinco años lo había olvidado todo. Las insinuaciones sutiles de que tenía un largo camino por recorrer antes de ser considerado apto para el título de su padre aún no se habían pronunciado, pero ese tipo de comentarios habían sido frecuentes cuando era más joven y temía cometer un error.

A la abuela nunca le había gustado Wilson ni se había encariñado con Amy, quien parecía nunca tener una opinión en oposición a la de su propio padre. Si se hubiera casado con ella, pensaba que habría sido bastante miserable.

Gracias al cielo por la aparición de Marian en su vida cuando lo hizo. Podría haber cometido un grave error y no solo para su propia paz. Había que pensar en la abuela y en mamá también. Mamá estaba acostumbrada a hacer las cosas de cierta manera, la suya, aunque había intentado educar a Amy para que se convirtiera en condesa, para ser generosa y amable con las clases bajas, no estaba seguro de que algo de ello hubiera quedado.

Se frotó la cara, cansado de todo.

—¿Está cansada, señora Nolan? —preguntó Amy a la abuela.

Daniel se volvió hacia la abuela inmediatamente. Sí, la abuela debía estar tan cansada como él de la compañía de los Wilson. Ella estaría encantada de ayudarlo a deshacerse de ellos también. —¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió ella secamente.

—No. No. Estoy bastante seguro de que te vi bostezar varias veces durante la cena también —insistió él.

Amy le dio unas palmaditas en la mano a la abuela. —Debe cuidar mejor su salud.

Daniel asintió sutilmente a la abuela, esperando que siguiera el juego. —Te despertaste bastante temprano esta mañana.

—¿Lo hice? —respondió ella, frunciéndole el ceño.

Daniel se movió para sentarse a su lado. —¿Has olvidado que fue muy temprano para ti? Me

despertaste antes de que saliera el sol, también.

La abuela parpadeó. —Normalmente solo duermo lo que necesito.

—Oh, pero debes estar tan exhausta como yo —dició Daniel, y bostezó también para dar énfasis—. Quizás lo mejor sería acostarnos temprano.

Amy comenzó a asentir. —Odiaría retenerlos.

La abuela entrecerró los ojos, pero parecía haber entendido finalmente el plan de Daniel. —Sí, bueno, estoy segura de que una buena noche de sueño largo será lo mejor para todos —sugirió—. Odiaría enviar a nuestros invitados a casa tan temprano, pero me temo que lo que sea que esté reteniendo a tu madre durará toda la noche.

—Iré a averiguar cuál es el problema y luego me acostaré. —Miró a los Wilson—. Me temo que sería mejor si...

—Sí, supongo que los veremos a todos mañana —dijo Wilson con un profundo suspiro y también un toque de frustración—. Estoy seguro de que tienes mucho que poner en orden aquí, ahora que finalmente estás de vuelta al mando.

—En efecto —convino Daniel, aunque no tenía ningún problema con la manera en que su madre había administrado la propiedad en su ausencia. Iría despacio al quitarle las responsabilidades de los hombros. No le gustaría alienarla, ahora que estaba a punto de decepcionarla tanto, y después de todo el bien que había hecho para las finanzas familiares.

Wilson se acercó a su hija y la puso de pie. Sin embargo, Amy pareció repentinamente inclinada a resistirse.

—Podría quedarme y ayudar a Lady Scarsdale con lo que sea que la haya alejado, o incluso ayudar a acostar a la señora Nolan.

Daniel casi gruñó ante el insulto implícito a la competencia de la abuela y puso una mano sobre la de ella para silenciar cualquier réplica. No estaba tan chocha como para necesitar ayuda para ir a la cama.

—No hay motivo de preocupación por mi abuela. Yo me ocuparé de ella.

Amy sonrió.

—Eres tan amable con las mujeres de tu casa.

—Por supuesto que lo soy. Las amo con todo mi corazón —dijo con orgullo, incluyendo también a Marian en ese sentimiento—. No hay nada que no haría para proteger a mi familia y asegurarme de que sean tan felices como sea posible viviendo aquí conmigo. Esta propiedad no podría funcionar tan bien sin que cada uno de nosotros hiciera su parte. Todavía tengo mucho que aprender de ellas.

La abuela le apretó la mano un poco más fuerte ante sus elogios, y estaba seguro de que le sonreía con orgullo. Pero él mantuvo sus ojos en Amy, observando su reacción a sus palabras. Desde su regreso, Amy había hecho algún comentario ocasional que sugería que estaría mejor sin las mujeres de su familia constantemente entrometiéndose. Él resentía el patrón recurrente de sutil falta de respeto hacia ellas, pero especialmente hacia la abuela, que era la *original* original y esencial para su felicidad.

La sonrisa de Amy vaciló ante su mirada fija.

—Por supuesto.

—Me alegro de que lo entiendas —respondió él, dando unas palmaditas más a la mano de la abuela.

Amy se volvió hacia su padre, le agarró del brazo y lo giró hacia la puerta, donde un sirviente esperaba sosteniendo su chal para protegerla del frío de la noche en su corto viaje a casa.

Daniel caminó detrás de ambos hacia la puerta.

—Oh, antes de que se me olvide. No tuve la oportunidad de compartir las noticias de Wraxall.

—¿Noticias?

—Oí que hubo algunos problemas allí hace unos días.

Daniel había conocido a Marian en Wraxall.

—¿Ah, sí?

—Un hombre y una mujer casi fueron detenidos por robo —dijo Wilson.

El paso de Daniel vaciló.

—¿Quiénes eran?

—Algún joven y su fulana.

—No lo había oído —Daniel miró al otro hombre—. ¿Quién te lo dijo?

—Un viejo mendigo con un muchacho, cojeando frente a mi puerta. Buscaba a su hija fugitiva y preguntó si conocía a alguien que coincidiera con su descripción.

El estómago de Daniel se contrajo.

—¿Y la conocías?

—Por supuesto que no.

Daniel intentó no mostrar su alivio, pero estaba eufórico por la noticia.

—¿Cómo era el viejo?

—Solo un mendigo feo y su hijo mugriento —dijo bastante despectivamente de la pareja—. Tengo poco tiempo para conversar con las clases bajas.

—Ya veo —Daniel se frotó la mandíbula. ¿Podría haber sido el tío de Marian buscándola?—. ¿Y el joven muchacho? Lo pregunto porque me pregunto si vendrán aquí después, buscando trabajo.

—No sabría decirte. Aunque se dirigían lejos de aquí, y buen viaje, digo yo —dijo Wilson—. Extendió la mano, pero me niego a pagar por chismes.

—Estoy segura de que nunca lo harás —murmuró la abuela, volviendo a pararse junto a Daniel.

Wilson inclinó la cabeza y se dirigió al carruaje, ayudando a su hija a subir. Daniel se sintió aliviado más allá de toda medida cuando la puerta del carruaje se cerró detrás de los Wilson, y quedó libre. Libre para hablar sin tapujos otra vez. Libre para criticar a su vecino más cercano.

—Había olvidado lo gruñón que era.

—Nunca cambiará ni entenderá por qué la caridad es tan importante para los que no tienen nada —respondió la abuela y volvió adentro sin esperarlo.

Wilson había reforzado la decisión de Daniel de nunca proponerle matrimonio a Amy con su falta de compasión y generosidad.

Su madre y la abuela se dedicaban a mantener a las familias más pobres de su propio bolsillo y proporcionaban trabajo estacional a muchas familias locales. Nunca habían rechazado a una familia necesitada.

Amy y su padre siempre lo hacían, y ninguno de los dos merecía formar parte de la generosa familia de Daniel.

Daniel se apresuró tras la abuela, que había vuelto al salón para sentarse de nuevo. Sirvió una copa de jerez para cada uno y luego se sentó a su lado y subió los pies.

Era bueno ser el señor de la casa de nuevo. Estar entre buena gente. Mujeres que eran amables y queridas para él.

—¿De qué se trataba todo eso, Danny? ¿La prisa por deshacerse de los Wilson y usar mi supuesto agotamiento como excusa?

—Solo quería que fuéramos nosotros otra vez.

—No les gustó ser despedidos —advirtió la abuela.

—Lo sé, pero ya no me preocupa cómo se sienten los Wilson sobre lo que hago, como me preocupaba originalmente cuando volví a casa.

La abuela lo estudió y luego se echó a reír.

—Música para mis oídos, muchacho. Solo desearía que tu madre hubiera estado aquí para ver lo rápido que los acompañaste a la puerta. Wilson siempre ha sido insufrible.

—Me alegro de que no estuviera aquí, en realidad. Sin duda, se sentirá decepcionada conmigo de nuevo —confesó.

—No hay nada nuevo en eso, ¿verdad?

—No, supongo que no —Tomó un sorbo de jerez y decidió que necesitaba algo más fuerte. Volvió al aparador y llenó un vaso con whisky en su lugar. El ardor en su garganta era bueno y le recordaba todas las cosas que había echado de menos en Londres. Ser fiel a sí mismo y a su propia naturaleza sobre todo. Había olvidado lo vital que era eso para su sentido de autoestima cuando volvió a casa. Se aflojó la corbata y se quitó la chaqueta también.

Volvió a sentarse y se desabrochó también unos cuantos botones del chaleco.

—Esperaba que los años de ausencia la hubieran ablandado hacia mí.

—Te ama. Nos ama a ambos, pero no le es fácil demostrarlo. Nunca lo ha sido. No es en absoluto como nosotros dos. Si no fuera por el anillo de promesa cuando era más joven, creo que tu madre y tu padre podrían haberse estado rondando para siempre, sin decir nunca lo que había en sus corazones.

La abuela levantó el anillo y luego se lo ofreció.

Este anillo le había causado tanta ansiedad.

—Siempre he sentido que no podía proponerme a una mujer sin él.

—¿Por qué, por tu padre?

—No, en realidad fue por madre —sostuvo el anillo frente a sus ojos—. Es bastante sencillo y para nada el anillo más bonito que existe, pero es verdadero. Entregado con amor y recibido de la misma manera. Padre podría haberle dado riquezas para lucir más allá de sus sueños más locos, pero esto fue suficiente para mamá. Un anillo de segunda mano que una vez adornó tu dedo. Madre dejó de usarlo el día en que papá murió.

—Sí. Su corazón estaba roto. Me suplicó que lo tomara de vuelta para que el dolor desapareciera.

—¿Ayudó?

—No puedes olvidar a quien amas solo por renunciar a una joya. El sentimiento permanece mucho después de que la persona amada se ha ido. Cuando tu padre pidió darle este anillo, el anillo que mi Edmund me había dado, fue con mi bendición. Era un buen hombre, tu padre. Un poco como este anillo, también. No muy atractivo a la vista, pero de un enorme valor sentimental. Se entregó completamente a tu madre a pesar de las dificultades que su pasado le presentaba.

—Eso es lo que yo pretendía hacer —prometió.

Marian se había vuelto importante para él, quizás la persona más importante en toda su vida, y solo podía imaginarse ofreciéndoselo a ella.

Se volvió para mirar a la abuela de nuevo. —Esas historias que contaste sobre Marian. ¿Había algo de verdad en ellas?

—Podría haberla. Sentí una familiaridad distintiva en el momento en que la vi agachada fuera de la ventana del salón, mirándote como si fueras todo lo que ella siempre había deseado y no

podía tener. Esa impresión solo se ha hecho más fuerte desde que aceptó quedarse.

Daniel asintió, luchando contra un sonrojo por la descripción que hizo la abuela de Marian en la ventana. —Entonces, basándote en tus *impresiones* sobre ella, ¿crees que conoces a su familia?

—Oh, sí. Los conocía muy bien, de hecho —insistió la abuela—. Su abuela y yo fuimos las mejores amigas durante casi veinte años.

Daniel se quedó boquiabierto, sorprendido hasta los dedos de los pies de que la abuela hubiera guardado esa pepita de información para sí misma todo este tiempo. —Cuéntame sobre su familia.

—Bueno, hay tanto que decir. Su abuelo tenía una tienda y compraba y vendía baratijas y cosas así a cualquiera que viniera. Un viejo pícaro muy emprendedor. Su hijo, odio decirlo, solo tuvo suerte en su apariencia, no en su sentido para los negocios. Si mal no recuerdo, el negocio estaba luchando cuando dejé Portishead para venir aquí cuando tu padre murió.

—¿Qué les pasó? ¿A la esposa también? ¿Crees que eran sus padres?

—No sé a ciencia cierta si lo eran o no, ni qué les sucedió. Creo que escuché que su esposa murió poco después de un parto de un bebé muerto, y creo que sus asuntos fueron cuesta abajo poco después de eso —dijo la abuela con una triste sacudida de cabeza—. Podría escribir a los amigos que todavía tengo allí y hacer averiguaciones sobre su herencia, si quieres.

—¿Su herencia?

—La familia fue una vez muy rica y puede que aún tengan algo de dinero apartado para la dote de Marian —confió la abuela—. Debería preguntar, porque será útil tenerlo confirmado para cuando vayamos a Londres el año que viene.

—No necesitas ir a Londres.

—Oh, sí que debemos. Ya que Marian y Gabby se llevaron tan bien, no veo por qué no podrían experimentar la temporada juntas, bajo la supervisión de tu madre, por supuesto. Puede ser una esfera competitiva y necesitarán una buena amiga en la que puedan confiar para no robarse el pretendiente de la otra y compartir secretos. Creo que se apoyarían mutuamente en casi cualquier cosa.

—¿Marian desea ir? ¿Tener una temporada y un marido?

—No veo por qué no —dijo la abuela—. La chica es una belleza e inteligente y con la ayuda de tu madre, no hay nada que le impida asegurar un partido con cualquiera que le guste. Ahora que has entrado en razón sobre la hija de nuestro vecino, *tú* tampoco deberías perder el tiempo. ¿O has cambiado de opinión sobre el matrimonio por completo?

—No dije que no me casaría —le aseguró—. Simplemente no era el momento adecuado, pero la próxima vez prometo que lo haré por las razones correctas.

—Bien. Te mereces ser feliz, querido muchacho.

Casi era feliz ahora mismo, o lo sería si Marian mostrara su rostro. Pero la idea de Marian en Londres sin él no le sentaba bien.

Se volvió hacia la abuela de nuevo. —¿Realmente hiciste de Marian tu acompañante solo porque te pareció familiar?

—Bueno, siempre he disfrutado haciendo nuevas amistades, también. Tú también, de hecho. En Portishead, yo siempre era la primera en conocer los chismes más jugosos y a cualquier persona importante que pasara por allí. Pero la mayoría de mis viejos amigos ya no están y casi nadie desconocido viene aquí. Eso fue hasta que Marian se coló dentro y trajo tanta risa y alegría con ella.

Daniel suspiró y cubrió la mano de la abuela con la suya. —¿Realmente estás tan sola por tu

antigua vida en Portishead que quieres dejarnos?

—A veces lo estoy, pero no desde que llegó Marian. Siento que nos han dado una segunda oportunidad tanto como a ella. Quiero hacer algo bueno, verla establecida en la vida, y debo confesar que ver su expresión de asombro ante cada nueva experiencia me ha recordado que me he vuelto insensible a la riqueza que constantemente nos rodea.

Daniel quizás nunca habría notado que su reloj de repisa probablemente podría alimentar a una familia durante un año, si la abuela no le hubiera susurrado constantemente sobre su privilegio y obligaciones de hacer el bien tan a menudo cuando era joven. —Entonces, ¿quieres que se quede para tu beneficio?

—Por supuesto que sí, pero yo daría refugio a cualquier joven del peligro —La abuela susurró—: Sabes que ella está en algún tipo de problema, ¿verdad?

—Lo sé, y probablemente fue mi culpa —admitió—. Si nunca me hubiera conocido, nunca habría dejado su antigua vida.

—Si no te hubiera seguido, podría haber quedado atrapada con esos ladrones que mencionó Wilson.

Un roce cercano, y uno que podría haber soportado antes. Marian podría haber estado con el anciano y el niño mendigando en los caminos, también, si no fuera por él.

—No era mucha vida para dejar atrás si mis sospechas son correctas. Además, si nunca te hubiera conocido, ya estarías comprometido con la señorita Wilson y condenado a la miseria. Tengo que amar más a Marian por seguir su corazón -y me refiero a *ti*- solo por esa razón.

Daniel sonrió, pero ya sabía que Marian se había ganado a su abuela, y probablemente desde el momento en que se conocieron. —Bueno, nunca lo sabremos con certeza, ¿verdad?

—Era evidente para todos que habías tomado la decisión equivocada para una esposa —murmuró la abuela—. ¿Le dirás a tu madre sobre tu cambio de corazón esta noche?

—No. Estoy seguro de que lo descubrirá lo suficientemente pronto —sugirió, y luego miró hacia la puerta—. ¿Qué realmente mantuvo a Marian alejada de la cena?

—No lo sé —confesó la abuela con aire sombrío, viéndose completamente disgustada—. Mentí sobre eso.

Daniel se enderezó en su asiento.

—¿Por qué harías eso? ¿Dónde está Marian?

—No lo sé exactamente —dijo la abuela lentamente, mirándolo de reojo.

Daniel se puso de pie en un instante.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—Bueno, no la he visto desde hace varias horas y nadie puede encontrarla. No desde que subió a echar un vistazo a lo que queda del ajuar de boda de tu madre con la señorita Kimble esta tarde. Ellas bajaron, pero Marian no estaba con ellas. Tu madre parecía bastante despreocupada por su ausencia, y no le di mayor importancia hasta que nos sentamos a cenar sin ella. Con los Wilson aquí, fingí que nada pasaba, pero estoy verdaderamente molesta con ella por perderse la cena. Esperaba otra historia para animar mi velada.

La abuela siguió divagando, pero Daniel apenas podía escuchar. Algo había sucedido después de que Marian lo besara. Ella no tenía motivos para evitarlo, salvo la vergüenza, a menos que... —¡No puede irse!

—¿Por qué piensas que se ha ido?

—Marian siempre se estaba yendo, abuela —dijo con un gruñido—. No tiene derecho a hacer que todos la amemos mientras espera a que miremos hacia otro lado. Ahora probablemente ha tenido tiempo suficiente para llenar sus bolsillos para acelerar su viaje.

—Esa es una acusación poco amable, Daniel —le reprendió la abuela severamente.

—Ella estaba en mis aposentos esta tarde por una razón —replicó él—. Oh, ¿por qué dejé que su beso me distrajera?

—Olvídate del dinero —se rió la abuela—. ¿Qué fue eso que dijiste sobre un beso?

—No hay tiempo para eso ahora —exclamó Daniel mientras salía corriendo de la habitación, subía las escaleras de dos en dos y se dirigía directamente a su dormitorio. Cuando había encontrado a Marian en su habitación antes, ¿habría interrumpido su primer intento de robarle?

La habitación estaba vacía. Todas las monedas en los cajones de su escritorio habían desaparecido.

Revisó todos los otros lugares donde solía dejar monedas. Todo se había ido, cada penique y cada libra, lo que significaba que ella tenía suficiente para ir a donde quisiera.

Dado que Marian no estaba en su habitación, ni en la de ella tampoco, fue directamente al dormitorio de su madre para preguntarle si había visto a Marian mientras él estaba en la mesa de la cena.

En la puerta, se detuvo, se estiró el chaleco y se alisó el cabello preparándose para entrar en una habitación que había estado prohibida para él toda su vida. Llamó a la puerta, pero estaba entrando en pánico. Ella podría estar en cualquier parte ahora. Podría estar en peligro de nuevo, también. Oyó un sonido dentro y puso la mano en el pomo de la puerta. —Mamá, soy Daniel. ¿Estás despierta?

No hubo respuesta inmediata, y cuando giró el pomo, encontró la puerta cerrada con llave. Estaba tan sorprendido por eso que puso su oreja en la puerta y escuchó.

Oyó una voz apagada. Y movimiento dentro.

Se echó hacia atrás y llamó de nuevo, más fuerte esta vez. Finalmente, escuchó pasos ligeros acercándose a la puerta. Se apartó y esperó. —¿Quién es?

—Tu hijo, mamá. ¿Estás bien?

—¿Qué quieres?

Puso las manos a ambos lados del marco de la puerta, exasperado. —Quiero hablar contigo.

—¿No puede esperar hasta mañana?

Apretó los dientes y forzó la tranquilidad en su alma mientras recordaba que no debía irritarla. Mamá odiaba que la molestaran cuando ya se había retirado a la cama. —Los Wilson se han ido.

—Sí, vi partir su carruaje.

Tomó un profundo respiro. —¿No volviste a terminar la cena?

—Obviamente no.

Daniel puso los ojos en blanco. —Escucha, ¿podríamos hablar cara a cara?

—Mañana.

—No, esta noche. Insisto en verte. Podría haber un problema.

Pasó mucho tiempo antes de que la puerta se desbloqueara entre ellos. Pero finalmente, su madre se quedó enmarcada en la puerta, mirándolo fijamente, vestida con su bata. —¿Satisfecho?

—Casi —dijo él—. ¿Por qué no volviste abajo?

—Quería darte tiempo para hablar con los Wilson a solas. Pensé que si yo estaba ausente de la habitación, finalmente discutirías sobre casarte con Amy. También había esperado que la abuela me hubiera seguido y te hubiera dejado en paz. ¿Está hecho? ¿Se ha fijado una fecha?

—No.

—Entonces no hay nada en absoluto de qué hablar hasta que lo hagas —dijo su madre con

desdén—. Si no te importa, estoy cansada.

Su madre le cerró la puerta en la cara, pero él interpuso su pie.

Madre miró hacia abajo, su rostro tornándose enojado. —¿No tienes respeto por mi privacidad?

Daniel ignoró eso. —La abuela cree que su acompañante ha desaparecido. Estoy preocupado. ¿Has visto a la señorita Trill, o sabes dónde puedo encontrarla?

—No —respondió mamá—. No tengo la más remota idea de dónde pueda haber ido. Estoy segura de que está por ahí en alguna parte. Quizás esté con los sirvientes o en las cocinas. Le gusta el pastel, he notado.

—Sí, debería haber pensado en eso antes —concordó Daniel, y retiró rápidamente su pie para permitir que su madre cerrara la puerta y volviera a la cama, mientras él se apresuraba hacia las cocinas.

CAPÍTULO QUINCE

Marian luchaba contra las ataduras que la sujetaban a un sillón acolchado mientras los pasos en la otra habitación continuaban yendo de un lado a otro. Habría gritado de nuevo, pero sus súplicas iniciales por libertad no habían producido respuesta alguna.

Había despertado en la oscura habitación con un dolor de cabeza punzante que la dejaba mareada, y se descubrió atada y amordazada. No reaccionó de inmediato. Pero cuando sus ojos se adaptaron, reconoció que aún estaba en la mansión y en una habitación vagamente familiar para ella.

Sin embargo, lo último que recordaba era estar en las habitaciones de Danny, llenándose los bolsillos con su dinero y planeando su escape de la mansión esa noche.

No sabía quién estaba allí afuera caminando en la habitación contigua, pero parecían tomarse su tiempo, y por eso Marian estaba agradecida.

Sacudió la cabeza, comprobando que el mareo realmente había pasado y notó que no había más signos de desequilibrio. Aparte de eso, no estaba herida.

Pero alguien debió haberla sorprendido en el acto de robar y la había golpeado en la cabeza antes de arrastrarla a esta pequeña habitación.

Parecía haber armarios altos y cómodas a su alrededor, así como un espejo de cuerpo entero. El sillón al que estaba atada estaba bien acolchado. Estaba muy oscuro, pero estaba segura de que se encontraba en una habitación del piso superior de la mansión. Y tal vez en el vestidor de una dama, aunque no uno que reconociera.

Pero ¿por qué la habían traído aquí, de todos los lugares? ¿No deberían haberla arrastrado ante el señor de la mansión para que se ocupara de ella en algún lugar de abajo, como su estudio?

¿Y qué haría Danny cuando descubriera que le había robado, además de echarla? ¿La estaba haciendo esperar hasta que terminara la cena antes de ocuparse de ella? Miró hacia la ventana y pensó que debía estar terminando pronto, si no había terminado ya.

Los pasos al otro lado de la puerta se detuvieron abruptamente cuando un golpe resonó por la habitación.

Marian se quedó quieta y escuchó mientras su captor hablaba con alguien en la puerta, pero estaba demasiado lejos para distinguir palabras o determinar cuál de los hablantes era su captor.

Marian miró a su alrededor pero no encontró nada que pudiera ayudarla a escapar. Con los tobillos atados a las patas del sillón y las manos firmemente atadas detrás de la espalda, solo podía moverse un poco. No podía moverse lo suficiente para ganar su libertad, y no tenía sentido intentar volcar su sillón cuando podría lastimarse la cabeza de nuevo.

Maldijo en voz baja por la audacia de su captor. Encerrar a Marian en el vestidor de una

dama era sin duda excederse en su autoridad.

Las voces se detuvieron y eventualmente los pasos se dirigieron de vuelta hacia Marian. Una llave giró en la cerradura y la luz estalló, cegándola.

Y cuando Marian pudo distinguir la figura que sostenía la vela, descubrió que era la condesa misma, sonriéndole sombríamente.

—Ah, bien. Por fin has despertado.

—¿Mi señora? —murmuró, completamente sorprendida, parpadeando.

Lady Scarsdale desapareció por la puerta nuevamente, dejando a Marian sola por unos minutos como máximo.

La vajilla tintineó, y la condesa regresó a la habitación llevando una bandeja de té, que colocó en una mesa frente a Marian. La bandeja contenía una tetera, taza y platillo, y un plato de galletas azucaradas.

—¿Cómo llegué aquí? —murmuró Marian alrededor de la mordaza.

—Yo te traje aquí, querida —admitió la condesa—. Me alegro tanto de que no seas una ladrona alta o demasiado pesada. Eso habría supuesto una dificultad para mí esta noche.

Entonces, ¿había sido Lady Scarsdale quien había descubierto a Marian con las manos en los cajones de Danny mientras se suponía que todos estaban en la cena?

Marian se habría quedado boquiabierta si su boca no estuviera ya llena de un paño. Lady Scarsdale había parecido tan correcta y reservada en todas las demás ocasiones. Sin representar una amenaza real para nadie. ¿Cómo podía Marian haberse equivocado tanto?

Lady Scarsdale cruzó las manos en su regazo.

—Ahora empecemos por el principio, ¿de acuerdo?

Era bastante aterrador lo normal y tranquila que parecía Lady Scarsdale sobre mantener a Marian cautiva en un vestidor. También debía ser mucho más fuerte de lo que parecía. Tal vez ni siquiera hubiera necesitado ayuda para llevar a Marian desde la habitación de Danny hasta la suya, una distancia de unos veinte metros por el pasillo, y luego atarla antes de que recuperara el sentido.

Y el trabajo de nudos en las ataduras que la mantenían cautiva en este sillón seguía desafiando los ágiles dedos y las delgadas muñecas de Marian. Entonces se le ocurrió a Marian que Lady Scarsdale había hecho esto antes.

Claramente, la condesa tenía la intención de manejar el asunto de su robo ella misma. Y no tenía prisa por entregar un castigo.

La mujer mayor se sirvió una taza de té, la endulzó un poco, tomó un sorbo y luego dejó la taza sobre la mesa cubierta por un bonito mantel bordado. El juego de té era uno que Marian nunca había visto antes en la planta baja. Pero las galletas azucaradas eran las favoritas de Marian, y su estómago rugió de hambre y se le hizo agua la boca ya que se había perdido la cena esta noche.

Lady Scarsdale notó la dirección de su mirada.

—¿Ves algo más que te gustaría llevarte de nosotros?

—No —respondió Marian inmediatamente alrededor de la mordaza.

—Los modales hacen a una dama, señorita Trill.

—No, gracias, mi señora —dijo con dificultad.

—Eso está mejor. Una dama debe mantener la compostura en toda circunstancia. —Lady Scarsdale se puso de pie y retiró la mordaza de Marian, pero en el momento en que Marian abrió la boca, Lady Scarsdale le metió la galleta en su lugar—. Que nunca se diga que fui descortés con los necesitados.

Marian estaba demasiado ocupada comiendo la deliciosa galleta para formar una respuesta. La galleta estaba tan buena que cuando terminó, agradeció a la condesa, esperando otra.

Pero que no hubiera error, Marian era prisionera de la condesa. Era su propia culpa por subestimar a la mujer y no comprobar que había permanecido sin ser observada.

—Ahora dime, y sé honesta, ¿qué estás haciendo aquí?

Marian respondió:

—Nada.

La condesa dejó caer todo el dinero que Marian había robado sobre la mesa, junto a la tetera.

—¿Qué estabas haciendo en la alcoba de mi hijo?

No parecía tener mucho sentido seguir mintiendo al respecto.

—Robando su dinero.

Aunque era la verdad, eso no pareció satisfacer a la condesa, quien se enderezó en su silla.

—¿Quién te envió?

Marian frunció el ceño.

—Nadie me envió.

—Y sin embargo, un miembro de la escandalosa familia Trill aparece de repente en esta parte del condado, se ha infiltrado en mi propia casa cuando debes saber que juré una rápida represalia si alguno de tus compinches volvía a oscurecer nuestra puerta. Pagué el chantaje por completo, según lo acordado.

Marian se echó hacia atrás en la silla tanto como esta se lo permitió, confundida y sorprendida por su sugerencia.

—¿Qué chantaje?

La condesa mordió la última galleta de azúcar y luego se levantó para caminar hacia la ventana. Miró hacia la oscura noche y suspiró.

—¿Cuánto exigirás esta vez para mantenerte alejada de mi familia?

—No entiendo.

—Supe para qué estabas aquí en el momento en que te vi, por supuesto —dijo mientras volvía a sentarse—. Otra mordida a la manzana, por así decirlo. Pero no lo permitiré. No de nuevo.

Marian se humedeció los labios antes de hablar.

—No sé de qué está hablando, mi señora. Solo soy una ladrona.

—También eres una buena mentirosa. Encantadora, hermosa y astuta, pero tan engañosa como todos los miembros de tu familia han sido a lo largo de los años —afirmó—. Te liberaré al amanecer y te irás de este lugar con las manos vacías, pero asegúrate de llevarte a los demás que se esconden allí contigo. Las autoridades fueron advertidas hace días para que estuvieran atentas a tu tío Crossman y su banda de ladrones. Tal vez escapes de la cárcel esta vez. Tal vez no. Pero si los ves, diles que estoy mejor preparada de lo que solía estar. Si alguno de ellos muestra su cara por aquí, amenazando a mi hijo o a mi madre, lo lamentarán.

—¿Conoce a mi familia? No somos asesinos. —Aunque, últimamente el estado de ánimo hacia sus víctimas había tomado un giro oscuro, gracias a Tommy y Beatrice. Dadas las palabras de la condesa, y ella no tenía razón para mentir, Marian estaba un poco asustada de lo que podría haberse perdido de lo que los otros hacían a sus espaldas.

La dama resopló.

—He conocido a tu familia más tiempo del que puedas imaginar, niña, y no hay nada que Crossman no haga por dinero. Es un chantajista persistente, ladrón y sinvergüenza en general, tu tío. Han pasado cuatro años desde la última vez que traté con él, y no le pagaré otro rescate real

para que olvide que conoce mi pasado.

—¿Su pasado?

La condesa hizo una mueca.

—No provengo de una familia próspera.

—Eso lo sabía. —Los ojos de Marian se abrieron al darse cuenta de que había mucho que aún no sabía sobre la condesa y su pasado. Pero todos tenían uno, y no siempre era agradable. Sin embargo, la condesa no parecía dispuesta a revelar el suyo—. ¿Danny sabe sobre el chantaje de mi tío? No pareció reconocerlo cuando se encontraron en Wraxall.

La dama palideció.

—Mi hijo no sabe nada de nuestros tratos con tu horrible familia a lo largo de los años, gracias a que pasa tanto tiempo en Londres, y tenía la intención de mantenerlo así para siempre hasta que llegaste.

Marian tragó saliva.

—Ellos no saben que estoy aquí. Mi familia, quiero decir. Incluso dudo que hayan oído su nombre. Nunca supe que era un conde hasta que la abuela me lo dijo.

—Una historia probable.

—Es verdad. —Marian respiró hondo—. Lo último que quiero es ver a Danny herido, o a usted y a la abuela tampoco. Querían emboscar el carruaje de Danny en el camino. Me opuse a eso, y lo habrían hecho de todos modos... Tommy y Beatrice, quiero decir. Así que fui a advertir a Danny que viajara armado, para que llegara a casa sano y salvo, y así lo hizo.

La dama apretó los labios y entrecerró los ojos hacia Marian.

—Eres una ladrona.

—Soy lo que mi tío me educó para ser —dijo Marian, bajando la mirada—. No recuerdo nada más. Mi vida antes de que mi padre muriera es un misterio para mí.

—No hay nada más que recordar además de una vida de crimen, niña. Tu padre comerciaba con bienes robados, al igual que lo hacía su padre. Bienes que Crossman robó a *mi* esposo.

Marian asimiló esa información.

—Entonces, ¿Crossman realmente es mi tío?

—¿Por qué cuestionarías eso alguna vez?

—Pensé que lo era, pero luego se dijo algo que sugería lo contrario. Por eso me fui. No confiaba en que no me hicieran daño. Planeaban deshacerse de mí en algún lugar del camino.

—Veo que la lealtad aún corre profunda en tu familia. Phineas Trill, el hombre del que mi madre habla con tanto cariño, tenía dos hijos. Noel, el heredero, y Crossman, el repuesto astuto. Noel tenía el aspecto y el encanto y, como primogénito, se hizo cargo del negocio de Phineas cuando este murió. Pero no tenía cabeza para los negocios y confiaba demasiado en los consejos de su hermano. Juntos, convirtieron un negocio familiar algo respetable en una próspera guarida de iniquidad, convirtiéndose así en reyes autoproclamados del sórdido submundo de la sociedad de Portishead. No había nadie ni nada de lo que ese par no pudiera sacar provecho si lo deseaban lo suficiente.

—¿Qué pasó con su dinero? Mi tío vaga por los caminos, afirmando que está casi en la miseria, y ya nunca regresa a Portishead. Nunca ha hablado de ningún negocio ni de problemas con la ley.

La condesa sonrió dulcemente.

—Probablemente porque ahora hay un precio por su cabeza, querida, por asesinato.

Marian se tambaleó por la conmoción.

—¿Y mi padre? ¿Qué fue de él?

—Muerto, a manos de tu tío, por una mayor participación en el negocio. Tu madre murió mucho antes —le informó Lady Scarsdale—. De vergüenza, sin duda, por parte de tu madre. Todo el dinero y los muebles dorados en su salón no pudieron disfrazar los hechos ni salvar su reputación después de que se extendieran los rumores sobre sus métodos para conseguir todo lo que soñaban.

—¿Por qué la abuela no me contó todo esto cuando llegué por primera vez? ¿Por qué no me hizo arrestar?

—Mi madre tiene fuertes convicciones sobre ciertos asuntos. Cree que todos merecen una segunda oportunidad, y te la dimos. Fallaste cuando intentaste robarle a mi hijo esta noche —dijo, mirando a Marian con severidad y luego al dinero apilado sobre la mesa entre ellas—. Te he estado vigilando todo el tiempo que has estado bajo este techo, esperando que emergiera tu verdadera naturaleza.

Marian se mordió el labio.

—Quiero irme.

—Podrías haberte ido en cualquier momento antes de esto y sin los fondos que intentaste robarle a mi hijo —se quejó Lady Scarsdale, tomando un sorbo de su té y volviendo a dejar la taza.

—Quería irme lo más lejos posible. Antes de que mi tío piense en buscarme aquí —dijo Marian—. Él debería pagar por sus crímenes, pero no quiero verlo, ni que la boda de Danny se arruine por desagradables acontecimientos.

—Supongo que mi hijo ya conoce tus malos hábitos —la condesa arqueó una ceja con burla—. ¿Temes que te ahorquen junto a tu tío? Estoy segura de que has robado a otros y has hecho cosas peores.

—Solo soy una ladrona, señora. Solo hice lo que me ordenaron, o lo necesario para mi próxima comida. Nunca lastimé físicamente a nadie —prometió—. Si me deja ir, nunca volvería con mi tío ni me acercaría a la gente que trabaja para él. Ellos son los verdaderamente peligrosos. Tommy y Beatrice planeaban tomar el control del grupo de Danny por la fuerza cuando me fui.

—Sí, sé de ellos. Crossman siempre ha mantenido a un par de cómplices listos para cargar con la culpa —dijo Lady Scarsdale, recostándose con una sonrisa burlona—. Huérfanos, tentados por la promesa de riquezas y criados para cumplir sus órdenes. Y curiosamente, nunca parecen terminar con dinero en sus codiciosas manos. Son solo ellos quienes terminan en prisión, donde rinden cuentas en gran medida por las acciones de él.

Marian tragó saliva. Sus pensamientos se dirigieron al joven William, y temió aún más por su futuro sin ella. No quería que terminara en prisión, pero esperaba que los otros fueran atrapados y llevados a juicio por sus crímenes violentos.

Si alguna vez lograba escapar de la elegante prisión de Lady Scarsdale, iría en busca del niño. Lo llevaría con ella a algún lugar seguro, donde pudieran vivir lejos de la tentación y nunca molestar a nadie más.

—Mi señora, no sé nada de chantajes ni de amenazas hechas contra usted y su familia a lo largo de los años. Era una niña cuando me fui con Crossman. Cuando él me llevó y me crió de cierta manera. Nunca había oído hablar de su familia antes de llegar aquí, de hecho. No soy su enemiga, señora... pero podría ser su mejor aliada. Conozco los hábitos de mi tío y, lo que es más importante, sus muchos alias y escondites.

—¿Por qué debería creer una sola palabra que sale de tu boca? —espetó la condesa.

Marian podría contar una buena historia lacrimógena que haría llorar a otras mujeres, pero la condesa parecía no ser como las demás. Era de mente fuerte, cínica y no se dejaba influir

fácilmente por una lengua ágil.

—Porque cometí un error cuando seguí a su hijo a casa. Pensé... bueno... algo tonto. Ahora que lo conozco mejor a él y a usted, nunca permitiría que alguien lo lastimara a él o a las personas que ama.

—Oh, bueno, si ese es el caso, no te importará pasar la noche justo ahí, y muy tranquila —dijo la dama, y luego sonrió como si supiera que Marian no duraría toda la noche sin quejarse o intentar escapar.

A Marian no le gustaba la idea de ser mantenida prisionera, incluso en una celda tan cómoda como esta. El cautiverio no se adaptaba a su naturaleza en lo más mínimo. Sin embargo, la sumisión podría ser lo único que pudiera convencer a la condesa de considerarla digna de confianza por la mañana y ganar su libertad. Prefería no ser enviada a juicio, o a la horca junto con Crossman y los demás.

Si la condesa iba a hacer que la arrestaran, ¿no querría que todos lo supieran?

Pero Marian estaba bastante segura de que Lady Scarsdale no le había contado a nadie sobre su captura.

Marian se removió en el sillón, luego miró hacia la gruesa y atractiva alfombra en el suelo debajo de sus pies atados, después a la ventana, que no dejaba pasar ni una sola corriente de aire, e inhaló el aire ligeramente perfumado. Dejó escapar un suave suspiro. Su futuro, su vida, estaba ahora enteramente en manos de la condesa.

—He dormido en lugares peores.

—¿De verdad?

—No mancharé sus oídos con los detalles de mi vida temprana. Sé que no le importa —dijo sin malicia—. Pero, ¿podría cerrar la puerta al salir? Me han dicho que a veces hablo en sueños, y no deseo molestarla más de lo que ya lo he hecho.

La dama, sin embargo, permaneció sentada allí, bebiendo lo que quedaba de su té, estudiándola como a un insecto capturado bajo un cristal. Marian se removió un poco más, pero luego bajó la cabeza e intentó quedarse dormida mientras la condesa aún estaba en la habitación.

—¿Cuándo?

Marian levantó la cabeza ligeramente.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo tú y Crossman conocieron a mi hijo?

—En el último pueblo, la noche antes de que regresara a casa.

—Explica. Con detalles.

—El tío había seguido su carruaje desde el pueblo anterior, y luego tuvo la oportunidad de poner a prueba su generosidad cuando se enfrentó a alguien que necesitaba su caridad. Su hijo fue demasiado generoso y se pintó una diana en la espalda, me temo.

—Ya veo.

—Pero no me gustaron los planes que estaban haciendo para tomar su carruaje al día siguiente, así que fui a advertirle que armara a sus hombres.

—¿Traicionaste a tu propio tío por mi hijo? ¿Un hombre que nunca habías conocido antes de ese día, o eso afirmas?

—Sí. Realmente no entiendo por qué lo hice incluso ahora. Simplemente... sentí que tenía que protegerlo por alguna razón.

La condesa sacudió la cabeza violentamente.

—Esa es una historia que has escuchado contar a mi madre.

—No es ningún cuento. Así es como conocí a Danny. Pregúntele a él —sugirió Marian—.

Podría haber resultado herido o incluso muerto. No podía soportar la idea, así que hice lo que tenía que hacer.

—No, eso no puede ser como sucedió —frunció el ceño la condesa—. Mamá te contó la historia de cómo conocí a mi esposo sin darte todos los detalles, y la has tergiversado para tu propio plan de engañarnos a todos. No funcionará.

Marian parpadeó.

—¿Usted también protegió al difunto Lord Scarsdale de los ladrones? ¿De Crossman?

—Sabes que lo hice.

—No lo sabía, lo juro. Así que ambas hicimos cosas insensatas por los hombres que... —Marian se atragantó con la palabra que casi se le escapa... pero luego decidió, ¿qué sentido tenía mantener ese secreto cuando sus sentimientos por Danny nunca habían importado y nunca podrían importar?— Los hombres de los que nos enamoramos a primera vista. No es de extrañar que la abuela se divirtiera tanto cuando le conté cómo conocí a su hijo.

Se encogió de hombros para alejar el dolor que siguió a su confesión. Los ojos de la condesa se habían estrechado sobre ella, y Marian continuó valientemente.

—Su experiencia con mi familia debería decirle que no hay manera de ganar contra Crossman para siempre, pero podría lograrlo con mi ayuda. Es astuto y hábil para evitar ser capturado. Mi partida no garantizará su seguridad, pero puedo ayudarla a evitar que vuelva a sangrarla.

—Creí que habías dicho que querías proteger a mi hijo —se burló Lady Scarsdale, como si no creyera ninguna de sus afirmaciones—. Si dices que lo amas, ¿cómo puedes seguir queriendo dejarlo?

—En realidad, no quiero —Marian levantó la barbilla—. Pero no soy lo suficientemente buena para su hijo. Tampoco puedo quedarme a verlo casarse con la señorita Wilson. Ella la engaña. No le importa nada más que el título que obtendrá con el matrimonio. El poder que este matrimonio le otorgará hará que Hammersley Lodge sea suyo. Toda su atención y dedicación para prepararla para que tome su lugar hará que eso suceda de maneras que usted aún no aprecia completamente.

—Te equivocas sobre ella —insistió Lady Scarsdale—. Amy es perfecta para mi hijo. Ya es casi una hija para mí.

—Pero usted no es una madre para *ella*, ¿verdad? —Marian sostuvo la mirada de la condesa y vio un destello de incomodidad aparecer en sus ojos. Pero lo suavizó casi al instante—. Usted sabe que tengo razón. En el fondo —susurró Marian con tristeza—. Ella hará lo que le plazca, sin importar lo que usted quiera. Luego la enviará a la casa de la viuda o la mandará a Portishead con su madre antes de que termine el primer año.

—Ya es suficiente.

—Solo le estoy diciendo lo que veo. Y lo que he visto con mis propios ojos... un ligero desprecio cuando usted habla. Ella creará una brecha entre todos ustedes. Ya ha sucedido con su madre, ¿no es así? —Marian se encogió de hombros—. Amy es la verdadera razón por la que ya no se llevan bien. Me iré al amanecer, y le prometo que nunca más volverá a verme.

—Irás a donde se te diga que vayas y ni un momento antes, jovencita —respondió la mujer, poniéndose de pie abruptamente, arrebatando la vela y alejándose sin mirar atrás.

Salió y cerró la puerta tras de sí con un fuerte golpe, dejando a Marian en total oscuridad con el dinero que había robado apilado a su lado. Escuchó el giro de la llave en la cerradura y luego nada más que el crujido de las cuerdas de la cama después de eso.

Dejada sola en el oscuro vestidor, Marian dejó escapar un profundo suspiro y bajó la cabeza

nuevamente. No quería que la familia se desgarrara por el engaño y la codicia, pero no había nada que pudiera hacer para evitar que sucediera... a menos que la condesa prestara atención a sus advertencias y aceptara su ayuda.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Marian se había ido. Daniel apenas podía creer que la mujer realmente se hubiera marchado tan repentina y silenciosamente. Sin embargo, no se la podía encontrar en ningún lugar de la mansión anoche ni en ninguna parte de los terrenos de su finca esta mañana. De hecho, nadie la había visto en casi un día entero.

Granny había enviado un mensaje a la residencia de los Kimble, por si acaso Marian hubiera ido allí sin recordar que debía avisar a alguien.

Pero las noticias que recibieron no eran las que él esperaba. La señorita Kimble no había visto a Marian desde ayer por la tarde, cuando habían estado juntas en las habitaciones de su madre.

Daniel parecía ser la última persona en hablar con Marian, y cuando ella huyó de él, al parecer no hubo más avistamientos.

Miraba fijamente el jardín, cavilando sobre qué hacer; preocupado, pero tratando de no demostrarlo. Su tío había estado en el pueblo, y se preguntaba si se habría encontrado con él.

Daniel también estaba conflictuado. Al principio no había querido que Marian estuviera aquí, pero ahora que se había acostumbrado a la idea, no quería que se fuera nunca sin él. Apenas había comprendido la profundidad de su interés por Marian y lo que podría significar para su futuro si ella permanecía en su órbita.

Porque no todos los días una mujer adulta lo seguía a casa y terminaba empleándose como dama de compañía de su abuela. Tampoco había expresado mucha oposición a que se quedara en ese papel. A Granny le caía bien, le gustaban sus historias y su compañía. Madre tampoco había puesto objeciones, y normalmente lo habría hecho. Pensó que nada la alejaría, ni siquiera saber que él había vuelto a casa para casarse con otra.

Pero ella no sabía que había cambiado de opinión al respecto.

Cuando estaban a solas, se llevaban muy bien como amigos, y aún compartían la pasión por besarse. También se había vuelto bastante aficionado a eso. Besar a Marian. Había esperado que, habiendo decidido no casarse con Amy Wilson, podría dedicar sus energías a la persecución de Marian.

Pero ella ya no estaba cerca para ser perseguida, cortejada o besada. No habría más conversaciones ni miradas anhelantes para que él disfrutara.

Y no eran solo los besos lo que echaba de menos. Era la certeza dentro de él de que Marian siempre estaría en algún lugar cerca cuando tuviera tiempo para ella.

El comportamiento de las mujeres a menudo lo confundía, pero con Marian, siempre había estado seguro de que su atracción por ella era plenamente correspondida. Siempre había existido

el potencial de un romance entre ellos, y una amistad en ciernes que podría haber sobrevivido a casi cualquier cosa que se les presentara, incluso su matrimonio.

La suya debería haber sido una breve relación, pero ya se había vuelto tan importante para él. Ciertamente, más de lo que sus insatisfactorias y breves aventuras con otras mujeres habían llegado a ser jamás.

Granny le había aconsejado paciencia en lo que respecta al amor, pero madre había promovido constantemente un enlace con Amy Wilson. Creía que solo Amy podía convertirse en la próxima Condesa de Scarsdale. Pero Amy no era tan perfecta después de todo. No era la mujer con la que quería hablar a todas horas del día y de la noche. No era la mujer con la que quería compartir su vida.

Marian podría haberse quedado el tiempo suficiente para darse cuenta de lo que tenía delante de sus narices.

Había tenido el romance de Papá y Mamá como ejemplo en el fondo de su mente durante toda su vida. Granny le había explicado que el suyo había sido un matrimonio por amor, y a primera vista además, aunque la mayor edad de Papá le había impedido declararse lo suficientemente pronto para su gusto.

Daniel no sabía si ese dolor que sentía en la boca del estómago cuando pensaba en Marian era el mismo tipo de cosa, pero podría ser algo parecido. Ahora que estaban separados, estaba seguro de que no podría vivir sin saber a dónde había ido y por qué no se había despedido de él al menos.

Pero si ella sentía el mismo anhelo por su compañía, realmente debería haberse quedado.

Su corazón era plenamente consciente de la ausencia de Marian, y le decía que tendría que hacer algo para encontrarla de nuevo. Jugueteaba con el anillo en su bolsillo, deseando que Granny se lo hubiera devuelto mucho antes de lo que lo había hecho. La baratija que había traído a Marian a su vida probablemente no podría lograr eso por segunda vez. No a menos que ella quisiera robar la joya.

Sonrió al pensar en su primer encuentro, pero dio un respingo cuando una pequeña mano se deslizó en la suya.

Daniel se volvió, esperando que fuera Marian acercándose sigilosamente. Pero era solo Granny, y guardó el anillo en su bolsillo.

—¿Algún indicio de ella todavía?

—No —sostuvo la mirada preocupada de Granny y luego pasó un brazo alrededor de sus frágiles hombros para darle un suave apretón—. La han buscado en todos los lugares que se me ocurren al menos dos veces.

Granny volvió el rostro hacia su pecho, y él oyó un sollozo ahogado de frustración.

—No puedo creer que se haya ido sin una palabra de despedida. Algo debe haberle pasado. ¿Dónde podría estar?

Daniel sentía el mismo nivel de preocupación, pero no quería inquietar a Granny más de lo que ya estaba hablando de sus peores temores. Quizás su tío se la había llevado de la finca y la había obligado a volver a una vida de delincuencia menor.

—La gente nos decepciona —dijo, exhalando—. Marian no tenía vínculos con nosotros.

—Tenía vínculos *contigo* —se quejó Granny.

Daniel suspiró de nuevo. Desde que había anunciado que no buscaría un matrimonio con Amy Wilson, Granny había actuado como si él fuera a arrodillarse inmediatamente ante Marian.

Pero estaba lejos de decidir si tenía algún futuro duradero con una ladrona conocida y dama de compañía fugitiva. Tampoco podía unir su apellido al de ella sin saber más sobre el tipo de

gente de la que provenía.

Oh, había experimentado lo suficiente con su tío Crossman como para tener bastantes preocupaciones sobre ese lado de su familia. Pero ¿tenía ella otros parientes que pudieran resultar aún peores?

—Nunca he estado completamente seguro de que le importáramos.

—No crees eso ni por un momento —protestó Granny—. Es un alma gemela. Pertenece aquí, no ahí fuera robando carteras para ganarse la vida y poniéndose en peligro sin razón. Vaya, si la viera de nuevo, ¡haría que la pusieras sobre tus rodillas y le dieras la zurra que se merece por la preocupación que me ha causado!

Daniel apretó a su abuela de nuevo. Era una señal de su angustia que amenazara a Marian con una zurra, y que él fuera quien debía administrarla. Jamás lastimaría a una mujer o a un niño, y la abuela lo sabía muy bien. Él no era un hombre cruel.

—Estoy de acuerdo contigo en que desearía que no estuviera robando carteras ni pasando tiempo con su familia. Y tampoco quiero creer que nos haya engañado, pero ¿qué debo pensar? Ha desaparecido y anoche me robó dinero.

Ese último descubrimiento lo había entristecido más de lo que quería admitir, y había tenido cuidado de que solo la abuela lo supiera. Pero en realidad solo se lo había dicho para tranquilizarla de que Marian tenía suficiente dinero para cuidar de sí misma y no necesitaba robar.

Si Marian le hubiera dicho que quería dinero para continuar su huida de su tío y sus asociados, él le habría dado mucho, y por su propia voluntad.

Daniel echó un último vistazo al jardín y se dirigió hacia la casa señorial, llevando a la abuela consigo.

Caminaron lentamente de regreso.

—Si Marian no quiere ser tu dama de compañía pagada, no podemos obligarla a quedarse.

—Le gustaba su nueva vida aquí con nosotros más que cualquier dinero que haya robado —insistió la abuela, secándose los ojos con un trozo de lino que llamaba pañuelo—. Podría haberse llevado mis joyas, pero están intactas. Debe ser tu culpa que nunca se despidiera.

—¿Mía?

—Deberías haberle pedido que se quedara —dijo la abuela, sorbiendo las lágrimas—. ¿Acaso sabe que cambiaste de opinión sobre casarte con esa chica horrible que tu madre favorece? No puedo imaginar la angustia que debe haber sufrido, viéndote coquetear con otra mujer en lugar de con ella.

—Casi nunca coqueteo —prometió Daniel. No había hecho nada tan obvio o impropio frente a Marian o a sus espaldas mientras intentaba conocer mejor a Amy Wilson. La conversación y un paseo por los jardines era todo lo que había llegado a ser esa búsqueda.

Había hecho mucho más con Marian en secreto, era risible sentir culpa o vergüenza. Él y Marian se habían besado y abrazado, tomado de las manos e intercambiado más de una docena de miradas ardientes en la última semana.

—No soy la razón por la que Marian se ha marchado.

Pero tal vez había sido una razón por la que se había quedado tanto tiempo. Si le hubiera contado antes sobre sus dudas acerca de Amy, ¿se habría quedado para hablar con él? ¿Para besarlo?

—Más te vale ser la razón por la que regrese, jovencito —advirtió la abuela, empujándolo con impaciencia—. Monta tu caballo y ve tras ella.

—No puedo hacer eso —se quejó Daniel—. No tengo la menor idea de dónde buscarla.

—Puedes empezar en el pueblo. Tendría que ir allí para encontrar un carruaje. Averigua hacia dónde se dirige uno y síguelo —lo empujó dos veces más, haciéndolo tropezar hacia atrás—. Tu caballo está ensillado. Ve.

Daniel se giró para ver que su caballo, conducido por su ayuda de cámara Sunday, casi estaba sobre él.

—Abuela, te estás excediendo —le advirtió.

—Tú será mejor que vayas tan lejos como sea necesario para traer a esa dulce chica de vuelta a casa con nosotros. Después de toda la diversión que tuvimos juntos y los planes que estaba haciendo para su futuro, su primera temporada habría sido un éxito salvaje. Nunca volveré a hablar con ninguno de los dos si destrozas mis sueños.

Dado que su caballo ya había sido llamado, y la abuela ahora casi le gritaba en su pánico y angustia, tenía poca opción más que complacer a la anciana y buscar a Marian.

Tomó las riendas de Sunday y montó la impaciente bestia, ignorando la propensión de Sunday a hacer preguntas.

Pero ahora que estaba montado, debía al menos averiguar por su propia tranquilidad y la de la abuela si realmente se había ido. Espoleó su caballo a galope casi de inmediato, y Sunday lo siguió rápidamente por el largo camino de entrada.

Cuando se acercaron a la puerta de la finca, Daniel redujo el paso de su montura a un trote y Sunday se puso a su lado.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, mi lord?

—¿No lo sabes?

—¿Realmente está persiguiendo a la dama de compañía?

—Tal vez lo esté haciendo —De hecho, lo estaba. La felicidad o infelicidad de Marian era lo más importante en su mente en ese momento, un marcado contraste con el hecho de que no le importaba en absoluto si Amy estaba decepcionada porque él no le había propuesto matrimonio todavía y nunca lo haría.

—Bueno, eso es grandioso, si me permite decirlo.

Daniel miró a su ayuda de cámara con sorpresa.

—¿Qué te hace feliz sobre mi interés en la señorita Trill?

—Bueno, es evidente que su familia está encantada con ella —se entusiasmó Sunday—. Los sirvientes también la aprecian. Mi madre, especialmente, y me dijo que su madre rara vez se interesa por las jóvenes de la manera en que lo ha hecho con la señorita Trill.

—No estoy seguro de cómo se siente madre respecto a la señorita Trill.

—Bueno, debe aprobarla, porque estuvo con su madre anoche. Mejor ella que yo —dijo Sunday, y luego hizo una mueca—. Sin ofender, pero no me gustaría estar a solas con su madre. Es aterradora.

—Espera. ¿Qué? —Daniel detuvo su caballo de inmediato—. ¿Cuándo estuvo Marian con madre?

—Anoche —Sunday frunció el ceño—. ¿Lady Scarsdale no está hablando con usted de nuevo? ¿Qué hizo esta vez?

—Sí, madre está hablando conmigo. Pero no mencionó haber visto a la señorita Trill cuando hablé con ella —Daniel se pasó una mano por la boca, totalmente confundido.

—Bueno, lo hizo. Iban del brazo. Muy acogedoras, de hecho.

—Madre me dijo que no había visto a Marian desde la tarde —dijo Daniel lentamente—. ¿Por qué omitiría haberla visto anoche?

—Debe haberlo olvidado. *Está* envejeciendo, su madre, si me permite decirlo —sugirió

Sunday.

—Yo no diría eso cerca de nadie más si fuera tú.

—Por supuesto que no. Lo siento, mi lord. Sé que es mejor no arriesgarse a la ira de su madre. A primera vista, uno pensaría que es una dulce dama que no lastimaría a nadie.

—Por supuesto que lo es. ¿Por qué pensarías lo contrario?

—Bueno, no hay un muchacho alrededor que se atreva a colarse en la finca para robar ni siquiera una manzana del huerto en estos últimos doce años o más. No después de ese desagradable asunto que ella manejó.

Los labios de Daniel se separaron mientras luchaba por recordar exactamente qué había sido ese desagradable asunto. ¿Algo relacionado con un intruso?

—Oh, sí, ahora lo recuerdo. Un intruso en la casa. Casi lo había olvidado.

—Nadie más que estuvo aquí lo hará jamás. Ese ladrón no tramaba nada bueno, pero no fue rival para tu madre enfurecida. Los sirvientes tuvieron poco que hacer después de que ella le rompiera un jarrón en la cabeza. Loató bien fuerte y de paso le dio un susto de muerte. Dicen que lo deportaron también. Cualquiera con un poco de sentido común aprendió a evitar la mansión y los terrenos después de ese incidente.

¿Alguna vez le habían contado a Daniel la historia completa? Aparentemente no su madre, porque había mucho más en ese encuentro de lo que jamás había imaginado, incluyendo la valentía de ella.

Pero eso había sido hace años. Seguramente, ella no intentaría contener a un ladrón que...

Jadeó en voz alta.

Marian le había robado ayer... y aún estaba desaparecida esta mañana. ¿Había otra conclusión a la que llegar?

Su madre podría tener a Marian encerrada en algún lugar de la mansión, y le había ocultado la noticia para ocuparse del asunto ella misma.

Lo había hecho antes.

Eso explicaría por qué se había mostrado tan reacia a hablar con él anoche o a ayudar con la búsqueda de Marian esta mañana. Podría haber sabido exactamente dónde estaba Marian todo el tiempo.

El temor lo invadió. ¿Qué pretendía hacer exactamente con Marian? ¿Llamar al magistrado?

No podía permitir eso. ¡Marian podría terminar deportada a una colonia penal o incluso ahorcada!

—Tenemos que volver a casa —susurró, y giró su caballo para emprender un galope, con el corazón en la garganta. Si su madre había encontrado a Marian con las manos en sus cajones, no quería imaginar lo que podría hacerle.

Si Marian resultaba herida de alguna manera, habría que pagar caro. Incluso si hubiera sido a manos de su madre.

CAPÍTULO DIECISIETE

Marian escuchó las idas y venidas de la casa temprano a la mañana siguiente y, al oír un silencio absoluto, liberó sus manos de las ataduras que las habían sujetado toda la noche.

Bueno, la mitad de la noche.

Una vez que se liberó de las cuerdas, Marian permaneció donde estaba. Tenía mucho en qué pensar. Sobre los problemas de la condesa con su familia, sus razones para intentar irse de la manera en que lo había hecho, y particularmente sobre descubrir que estaba enamorada de Danny.

Danny no estaría contento con eso ni al saber que ella había vuelto a sus viejos hábitos. Lamentaba haberlo hecho porque no merecía su amor ni su confianza debido a esto último.

La condesa seguramente le contaría a Danny todo sobre sus robos, si es que no lo sabía ya, y él nunca volvería a respetarla.

Aunque no podía imaginar qué mantenía a Danny alejado esta mañana, ni por qué la condesa no la había enviado al magistrado. La condesa seguramente se habría regodeado de haberla atrapado con las manos en la masa, preparándose para escoltarla hasta la puerta con su bendición. Claramente, la madre de Danny nunca volvería a confiar en que ella no fuera como el resto de su familia. Nunca lo había hecho desde el principio. Sin embargo, le dolía ser juzgada con la misma vara que los chantajistas y asesinos.

Su apresurada decisión de irse había sido un error. Tomar el dinero ciertamente también lo había sido. Había olvidado la primera regla del robo: siempre saber dónde estaba cada alma antes de siquiera comenzar. Una semana aquí y había olvidado todos los fundamentos de su entrenamiento temprano.

Había asumido que la condesa estaría ocupada en la cena y nunca imaginó que algo pudiera traerla de vuelta arriba tan temprano. Era su propia culpa haber sido atrapada. La condesa había estado observando cada uno de sus movimientos.

Marian llevó sus manos hacia adelante e inspeccionó sus muñecas, complacida de que no estuvieran terriblemente lastimadas. Las ataduras no habían sido lo suficientemente apretadas como para causar ningún daño duradero a su piel. De hecho, la condesa había sido demasiado gentil con alguien de sus hábitos poco recomendables.

No la habían atado con una cuerda, sino con una suave faja de lino perteneciente a una bonita bata de la condesa, lo que al final le había permitido espacio para moverse. Marian enrolló el material alrededor de sus dedos, alisando las arrugas para que no fuera demasiado trabajo para la lavandera plancharlo de nuevo.

Con esa tarea terminada, lo colocó de nuevo cuidadosamente sobre la mesita y se movió para

mirar por la ventana. El sol estaba alto en el cielo ahora, e iba a ser un día hermoso para todos menos para ella. Se imaginaba a Danny en algún lugar ahí afuera, contento de estar casi libre de su presencia. ¿Se habría lavado las manos de ella ya, quizás, reanudando el cortejo a la señorita Wilson con fervor?

Podría ser un hombre comprometido en este mismo momento, y el pensamiento la hacía insoportablemente triste. Se mordió el labio. No había razón para que él continuara retrasando una decisión que obviamente había tomado mucho antes de que se conocieran.

Sus tiernos sentimientos por él apenas importaban al final.

Lo que vendría después para ella, sin embargo, era lo desconocido. El comportamiento de la condesa sugería que estaba acostumbrada a tomar las cosas en sus propias manos, sin importar cuán desagradables fueran. ¿La entregaría la condesa a las autoridades para un juicio inmediato, o peor aún, prolongaría su cautiverio y se ocuparía de ella en los términos más definitivos aquí, a punta de pistola, con una zanja detrás de ella en algún campo distante?

Marian no descartaba nada de la condesa ahora. No era una dama recatada y apropiada, poco acostumbrada a tratar con personas desagradables. Protegía a su familia, y Marian la admiraba a regañadientes por ser tan fuerte.

Marian estaba preparada para el primer y el segundo resultado, pero lucharía duro para evitar su propia muerte, por supuesto. La fuga aún era posible, y posiblemente su única opción restante. Buscó por la habitación armas potenciales para defenderse si lo peor llegaba a suceder, pero solo vio una aguja e hilo olvidados cerca del alféizar de la ventana. No era mucho, pero podría ser suficiente para hacer que alguien soltara su agarre sin infligirles un daño severo.

Marian cuidadosamente entretejió la aguja en la manga de su vestido, en un lugar fácil de alcanzar, y luego recorrió la habitación brevemente para calentar sus músculos en preparación para la huida.

Oyó cascos de caballos en el camino de grava y corrió a la ventana, esperando ver al magistrado y sus hombres. Pero era solo Danny a caballo con otro jinete. Se detuvo frente a la casa y miró directamente hacia su ventana, o más bien, hacia las ventanas de la condesa, y luego se apresuró a entrar, mientras el otro hombre tomaba las riendas de su caballo y se apresuraba a llevarlo.

El corazón de Marian se hundió. Danny debía tener buenas noticias para compartir con su madre. Podría ser una de dos cosas: su compromiso, o que el magistrado venía pisándole los talones.

Marian se desplomó contra la ventana, perdida toda esperanza de una fuga fácil o de que le sucediera algo más agradable más allá de eso.

Deseaba no tener que enfrentarse a Danny de nuevo.

Nunca se atrevería a decirle lo que había en su corazón ahora. Daría cualquier cosa, suplicaría a la condesa por su silencio, para evitar que él se enterara de su amor por él. Cualquier cosa para evitarles a todos la vergüenza.

Todo lo que quedaba por hacer era esperar al magistrado. No había visto a la condesa desde el amanecer, y ninguna sirvienta había venido a arreglar la habitación más allá, tampoco, en estas últimas horas tranquilas, hasta donde podía decir.

Se sobresaltó al oír un fuerte golpe en la habitación contigua, seguido del estruendo de una puerta. Pasos apresurados atravesaron la otra habitación, pero no con la misma calidad ligera que esperaba de la propia condesa o de una doncella.

Era alguien más.

Hombre.

¿Danny?

Marian corrió hacia la puerta y pegó su oído a la madera.

—Marian —susurró él—. ¿Estás aquí en alguna parte?

Marian dudó. Danny no sabía sobre su noche de cautiverio. Tal vez hubiera una oportunidad de escapar.

Golpeó con la palma la puerta del armario de vestir.

—Estoy aquí —gritó, sorprendida de que Danny realmente hubiera venido a buscarla antes de que se la llevaran—. Estoy aquí.

La puerta se sacudió casi fuera de sus goznes, pero no se abrió, para su decepción.

—Está cerrada —le gritó Danny—. ¡Voy a estrangular a mamá por esto!

Marian respiró aliviada. Al final no se había adelantado al magistrado, sino que había venido directamente a rescatarla.

No podía evitar sonreír. Pero entonces recordó a su madre. Esta situación probablemente pondría fin a cualquier apariencia de afecto entre madre e hijo, y aunque no podía culpar su enojo, todo era culpa de Marian. Si no hubiera venido, si no hubiera querido dinero para marcharse de nuevo, la condesa nunca habría recurrido a medidas tan drásticas, y Daniel nunca se enteraría de que su madre era una mujer de muchos talentos secretos.

—Solo está atascada —gritó Marian, mintiendo descaradamente sobre su situación—. Hay un truco para abrir la puerta que solo conoce la condesa.

—Un truco que solo conoce mi madre —repitió Danny—. Una historia poco creíble. Esta vez ha ido demasiado lejos.

—¡No! No. Es verdad. Pregúntale a la abuela si no me crees. Su propia puerta se atasca todo el tiempo —prometió Marian, haciendo una mueca por las mentiras que brotaban de su lengua. Pero no quería causar problemas en la familia.

Hubo un largo silencio después de eso, y luego Daniel preguntó:

—Marian, ¿estás atada?

—Por supuesto que no —prometió ella.

—¿Puedes abrir la ventana y mostrarme tus manos?

—Supongo que sí. ¿Por qué?

—Solo haz lo que te digo y saca los brazos —dijo Daniel con un suspiro exasperado.

—No voy a salir al alféizar para ganar mi libertad de esta habitación —le advirtió. La habitación y la ventana estaban demasiado altas del suelo para intentar ese tipo de escape. No había nada más que losas de piedra debajo de la ventana.

—Nunca te pediría que te pusieras en peligro por mí, pero necesito verte, Marian. Solo abre la ventana y muéstrame que realmente estás bien.

—Oh, está bien —accedió y corrió hacia la ventana. Cuando la abrió de golpe y asomó la cabeza, se arriesgó a echar un vistazo hacia abajo. Sí, una caída desde esa altura seguramente la mataría, o aseguraría una muerte lenta y muy dolorosa. Un escape en esa dirección sería una locura extrema.

Otra ventana se abrió con un crujido a su derecha.

—Gracias a Dios —dijo Daniel en cuanto la vio—. ¡Pensé que te habías ido sin despedirte! Creí que tendría que perseguirte hasta el próximo condado para encontrarte de nuevo.

—Nunca me iría sin despedirme de ti —prometió ella.

Daniel estaba en una ventana de la habitación de su madre, y sonrió al escuchar su promesa. Marian le devolvió la sonrisa, luego le mostró sus manos, y que realmente estaba libre y bien.

—Quédate ahí mismo, y volveré con un hacha si es necesario para sacarte —prometió él.

Marian sonrió ante la idea de que él destrozara una puerta para llegar a ella. Era un gesto bastante romántico, pero totalmente innecesario. Estaba casi segura de que la condesa cedería ahora que Danny lo sabía.

—¿Danny, espera?

Él volvió a la ventana.

—Siento haber tomado prestado dinero de tu habitación anoche sin pedir permiso —admitió ella.

—¿Tomado prestado? Creo que quieres decir robado. Pero ¿por qué esperaste hasta ahora para tomarlo? Lo esperaba hace días.

Ella se sorprendió por su pregunta y se tomó un momento para pensar en la forma correcta de responder. Por supuesto, había esperado no tener que dejarlo. Pero el hecho era que casi había olvidado que realmente no pertenecía aquí.

Había hecho amigas, damas que esperaban algo mejor de ella, y las había traicionado a todas. Y ahora estaba Danny, sonriéndole como si ya la hubiera perdonado, y *él* iba a casarse con otra.

—Me gustaba demasiado estar aquí —admitió al fin—. Me agradaba tu familia. Disfrutaba tener, bueno... no tener que robar para cenar todos los días.

—¿Puedes seguir apreciando a mi familia cuando mi madre te ha encerrado?

—Fue un accidente —le aseguró—. No ha pasado nada malo.

—Excepto a mis nervios, y a los de la abuela. Si fue un accidente que quedaras atrapada en el vestidor de mi madre, Marian, ¿no habría escuchado ella tus gritos de ayuda y hecho algo al respecto? Tiene un oído excelente.

Pero antes de que Marian pudiera responderle, Danny desapareció.

Sí, esa era una gran falla en su insistencia de que el encierro había sido un error, pero no cambiaría su historia ahora. La condesa había pasado la noche durmiendo en su propia habitación y podría haberla liberado mucho antes si hubiera querido. Sin embargo, Marian no iba a crear una brecha entre la dama y su hijo.

Marian volvió a entrar en el vestidor y cerró la ventana de nuevo, asegurándola por si acaso. Se giró para enfrentar la puerta y esperar a Danny, pero la condesa estaba parada justo detrás de ella ahora, con la puerta cerrada a su espalda. Una llave apretada en su mano.

También tenía una expresión muy extraña en su rostro.

Marian hizo una reverencia, maravillándose de que la condesa hubiera logrado sorprenderla una vez más. No la había oído entrar en la habitación, y Danny tampoco.

—Buenos días, mi lady.

—¿Te liberaste tú sola?

—Sí.

—¿Y le mentiste sobre mí a mi hijo?

—Por supuesto, mi lady —asintió Marian—. No hay necesidad de molestar a su hijo con trivialidades, siempre y cuando me conceda mi libertad, claro está.

—Las ataduras. ¿Cuánto tiempo te llevó?

—Las ataduras no estaban tan apretadas como podrían haber estado. Puedo enseñarle a hacerlo mejor más tarde si lo desea.

Los ojos de la condesa se entrecerraron y luego asintió.

—Me gustaría eso.

—Bien —dijo Marian, sonriendo—. Quizás deberíamos salir de esta habitación antes de que regrese su hijo. Ha ido a buscar un hacha, y odiaría ver la mansión dañada por mi culpa.

—Yo también —coincidió Lady Scarsdale mientras caminaba hacia la puerta y la abría.

Hizo un gesto a Marian para que saliera de la habitación delante de ella. Marian se deslizó hacia el dormitorio de la condesa y esperó a que la mujer se uniera a ella.

—¿Puedo tener papel y tinta para escribir esos alias y direcciones que mi tío usa con más frecuencia para que finalmente pueda atraparlo?

—No pensé que hablabas en serio sobre eso —admitió la condesa, pareciendo sorprendida de que cumpliera su palabra.

—Nunca volveré a mentirte, milady. Si me doy prisa, puedo escribirlo y escabullirme antes de que Danny regrese. Jamás escucharé una mala palabra sobre ti de mi parte, lo juro.

—Bien, si ese es el caso, será mejor que te pongas a escribir —dijo la condesa con brío, abriendo un hermoso escritorio para Marian y colocando una pluma y una hoja de pergamino sobre su superficie.

Marian garabateó todo lo que pudo recordar sobre su tío y se lo entregó a la condesa, haciendo una mueca al darse cuenta de que, en su afán por detallar todo lo que sabía, había hecho un desastre con su caligrafía—. Espero que esto le sea de ayuda.

—Excelente. Pero ahora no creo que sea necesario que te vayas.

—Debería irme —prometió Marian—. No puedo quedarme si Daniel está comprometido.

—Hasta donde yo sé, no está comprometido —admitió la condesa, arqueando una ceja—. Ni es probable que lo esté si te vas, ahora sospecho.

Marian negó con la cabeza, confundida.

—Creí que había ido a ver a la señorita Wilson esta mañana. Cabalgó de vuelta con tanta prisa que supuse que tenía buenas noticias para compartir contigo.

—Mi hijo salió a buscarte por insistencia de mi madre, querida, y volvió directamente a mis aposentos.

—Oh —dijo Marian—. ¿Por qué imaginaría que yo estaba aquí?

—Probablemente por la lengua suelta de su ayuda de cámara. Nunca le cuentes a ese muchacho un secreto que quieras mantener oculto de mi hijo.

—Sunday es muy leal a tu familia.

—Al igual que tú, por lo que parece —observó la condesa, asintiendo ligeramente y doblando el papel que le habían entregado—. No esperaba que fueras leal a nada más que a *tu propia* familia. Creo que deberías ir a buscar a mi madre ahora. Ha pasado una noche intranquila preocupándose por cómo te fue conmigo. Dile que tenía razón.

—Por supuesto... pero, ¿sobre qué? —preguntó Marian mientras hacía una reverencia profunda a la condesa.

—Sobre todo. Ah, y Marian, te unirás a mí para tomar el té a las cuatro en punto en el invernadero todos los días a partir de ahora. ¿Entendido? Podemos discutir sobre esos nudos de los que hablabas y otros asuntos.

—Sí, milady —dijo, aceptando el té y todo lo que conllevaría. También sería una hora cada día escuchando a la señorita Wilson parlotear, mientras Marian reflexionaba sobre qué veía Daniel en la mujer con la que pretendía casarse.

Se dirigió al pasillo y fue directamente a las habitaciones de la señora Nolan, para evitar a Daniel cuando regresara.

El rostro de la anciana se iluminó con una sonrisa en cuanto vio a Marian asomar la cabeza por la puerta. Extendió ambas manos, y Marian corrió hacia ella para ser envuelta en un abrazo feroz.

—Veo que has pasado la pequeña prueba de mi hija.

Marian cerró los ojos y luego negó con la cabeza. Estas mujeres ciertamente la mantendrían

alerta.

—Dijo que te dijera que tenías razón.

—Odia admitir que se equivocó, y aún no lo ha hecho, ya que te hizo decírmelo a ti en lugar de admitirlo ella misma —dijo la abuela y luego se rio—. Mi hija es una delicia, ¿no es así?

—¿Sabías que me tuvo toda la noche? —Marian se rio—. ¿Hay algo que se escape a tu atención?

—No mucho. No mucho de lo que sucede *aquí*, en realidad. Pero ese ayuda de cámara Sunday no fue de mucha ayuda al final. Lo envié a caballo con Danny para que tuviera otra oportunidad de recordar mencionar que nos había visto a mí y a mi hija juntas anoche.

—¿Por qué no le dijiste simplemente a Danny dónde estaba yo y que estaba perfectamente a salvo con tu hija? Ella tenía todo el derecho de estar enojada por lo que hice.

—¿Estabas realmente a salvo? —preguntó la abuela, levantando una ceja—. Mi hija ha lidiado con ladrones antes y los detesta por principio. Te aseguro que estabas en considerable peligro debido a su temperamento inicial. Tuve que prometerle muchas cosas para que accediera a mi pequeño juego. La primera promesa que me sacó a cambio de su indulgencia fue ser más amable con su pequeña protegida. —La anciana hizo una mueca de desagrado ante eso.

—La señorita Wilson —dijo Marian—. La mujer destinada a ocupar el lugar de Lady Scarsdale aquí.

—¿Alguna vez has notado que el destino tiene una forma curiosa de elegir su propia dirección? —preguntó la abuela, y luego sonrió—. Ahora, debes estar famélica después de tu experiencia. Ven a comer.

Cuando hizo un gesto hacia la mesa a su lado, Marian notó que se habían dispuesto más galletas de azúcar y un vaso de leche.

—¿Me estabas esperando?

—Por supuesto —prometió la abuela—. Come, querida. El día está a punto de volverse aún más emocionante de lo que incluso yo podría haber previsto. Después de comer, creo que deberías darte un baño en la piscina de la gruta.

Marian se detuvo con el vaso de leche a medio camino de sus labios.

—¿Por qué la gruta?

—Nunca se sabe lo que traerá el día —respondió la abuela—. Quiero que te veas lo mejor posible y tan arrebatadora como sea posible. Lávate el cabello.

—Sí, señora —Marian estaba demasiado hambrienta para hacer más preguntas, así que terminó las galletas, vació su vaso y se dejó ordenar salir de la habitación de la anciana después de prometer darse un agradable y relajante baño en las aguas termales.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Daniel dejó caer la cabeza del hacha en el suelo de madera dura, haciendo que los pequeños frascos en el tocador de su madre tintinearan en sus lugares. —Madre, ¿dónde está ella?

La madre se giró ligeramente. —¿Dónde está quién?

—Sabes que solo puedo referirme a Marian Trill. Estaba encerrada en ese vestidor tuyo hace no más de diez minutos. ¿Qué has hecho con ella?

Daniel levantó el hacha en el aire, con la mitad de su mente pensando en usarla contra algo más en la habitación para aliviar su frustración e ira. Había esperado que Marian estuviera aquí para poder rescatarla de su prisión. Habría sido romántico.

La madre miró el hacha, pero se mantuvo completamente imperturbable ante su muestra de agresión. —No se puede esperar que conozca cada movimiento que hace la chica Trill por la mansión. No es mi hija.

—Pero estuvo encerrada en tu habitación toda la noche pasada —señaló Daniel.

—Sí, eso oí, pero claramente ya se ha ido —respondió la madre, colocándose un collar de perlas alrededor del cuello y sonriendo a su reflejo.

Su atención permaneció en sí misma en el espejo, como si su apariencia fuera el asunto más fascinante e importante del día. Era casi como si estuviera tratando de hacer ver que la noche de cautiverio de Marian ni siquiera hubiera ocurrido. Pero Daniel no podía acallar la certeza de que había ocurrido algún tipo de desacuerdo entre su madre y Marian. Un desacuerdo que, curiosamente, Marian también negaba.

La madre miró alrededor, actuando sorprendida de encontrarlo aún en su habitación. —Oh, ¿ya hablaste con el carpintero sobre las puertas que se atascan?

—No, aún no he tenido tiempo de buscarlo —admitió, molesto por el intento de cambiar de tema. Su madre siempre hacía eso.

Recorrió la habitación y echó un vistazo al vestidor, donde había visto a Marian por última vez. Nada estaba fuera de lugar excepto un trozo de tela enrollado dejado sobre una pequeña mesa. Daniel encontró eso curioso. Lo recogió y desenrolló, y descubrió que en realidad eran *cuatro* trozos de tela. Cada uno con pliegues.

Estudió las dos sillas en la habitación y los lazos de tela con creciente sospecha.

Marian *había* estado atada en algún momento pero le había mentado al respecto. Apostaría su vida a ello.

¿Por qué no decírselo? Él habría hecho algo respecto a su madre. La habría desterrado de la mansión o algo mucho peor para proteger a Marian.

Volvió a la alcoba de su madre y arrojó los cuatro trozos sobre la mesa frente a ella. —

Explica esto si puedes.

La madre se encogió de hombros. —¿Eres incapaz de ceñirte a un solo tema hoy? Es la atención al detalle lo que más importa cuando se administra una finca de este tamaño. No tengo idea de qué son estos, pero haré que mi doncella los guarde más tarde.

—¡Madre!

—Hijo, si no hubieras desperdiciado tu tiempo en Londres, sabrías que el cambio de estación siempre causa estragos en esta vieja casa. El carpintero podría haberte dicho que las puertas se atascan todo el tiempo.

—Esto no se trata de puertas atascadas. Se trata de Marian.

La madre se enderezó. —¿Por qué tanta preocupación por la nueva acompañante de mi madre? Apenas es digna de tu atención.

Daniel suspiró. ¿Cuál era el punto de guardarle secretos? Estaba bastante seguro de que su madre ya sospechaba que su interés no era el de un empleador distante. —Ella es más que eso para mí.

Las cejas de la madre se elevaron. —¿Lo es en verdad?

—Sí. —Se mordió la lengua entonces sobre lo que podría haber dicho para explicar por qué Marian le importaba tanto. Su madre no necesitaba saber los detalles de sus persecuciones amorosas, y probablemente tampoco quería saberlos. Todo lo que ella había querido era que él se casara y tuviera un heredero, asegurando que la finca pasara a la siguiente generación mientras ella aún estuviera aquí para verlo suceder.

Pero aún no estaba seguro si eso era lo que Marian podría ser para él, así que se contuvo por ahora. —¿Dónde está, por favor?

—Por el amor de Dios, probablemente esté con mi madre a esta hora, o podría haber ido a la gruta para bañarse. He oído que es como un patito en ese aspecto —advirtió la madre.

—¿Un pato? —repitió, pero se animó con esta noticia. Su lugar favorito era la gruta, y que a Marian también le gustara era una ventaja inesperada.

—¿Qué es lo que te atrae de ella, hijo? Actúas como un amante celoso y ahora exiges saber dónde está Marian, ¿como si te perteneciera?

Daniel pensó por un momento. —Marian siempre me ha hecho sentir bien conmigo mismo.

—O podría ser solo lujuria —sugirió la madre, y luego estalló en carcajadas cuando él la miró boquiabierto—. Oh, me recuerdas tanto a tu padre cuando me cortejaba, que es casi doloroso verlo de nuevo. Yo sabía lo que él quería de mí, pero le tomó un tiempo armarse de valor. Amé a tu padre desde el momento en que nos conocimos. Esa necesidad por Marian que estás tratando de negar solo se hará más fuerte. —La madre se inclinó hacia él—. Estás enamorado, mi querido muchacho.

Daniel tragó saliva porque su madre rara vez se equivocaba. Podría haber cometido violencia contra su madre, o su habitación, si ella hubiera intentado mantenerlo separado de Marian.

—Madre, si me disculpas, hay un lugar donde necesito estar.

Ella se volvió hacia su espejo. —Por supuesto, Danny. Siempre estaré aquí para guiarte —murmuró—. No importa lo que pase.

Y por una vez, su promesa reconfortó mucho a Daniel.

Salió apresuradamente de la alcoba y se dirigió a la habitación de la abuela, solo para detenerse de inmediato y girar para mirar fijamente la puerta de su madre.

Su madre lo había llamado *Danny*.

Ella nunca hacía eso, pero la abuela sí, y Marian también.

Había sido Scarsdale esto, y milord aquello, y nada menos durante años y años desde que

había heredado. Pero hoy, mamá le había hablado con afecto, e incluso se había reído en su presencia.

Una sonrisa se dibujó en su rostro, más allá de su capacidad de control. ¿Qué demonios había ocurrido anoche entre Marian y Mamá para provocar semejante cambio de actitud?

Tenía que averiguarlo, y apresuró sus pasos.

La abuela estaba más que feliz de confesar que Marian había ido a darse un chapuzón en la gruta. Su sonrisa cómplice lo hizo sonrojar, y se apresuró a seguir a Marian con un resorte en sus pasos.

Daniel oyó chapoteos mucho antes de ver la esbelta figura retozando sola en el agua. Respiró aliviado. Todo volvía a estar bien.

Deseaba desesperadamente hablar con Marian sobre lo que había sucedido anoche, y todo lo demás. Aunque parecía no haber sufrido daño alguno, había mentido sobre su encierro, y quería saber por qué lo había hecho.

Caminó hasta el borde de la piscina mientras Marian sumergía la cabeza bajo el agua cristalina. Tenerla fuera de vista era solo un obstáculo temporal. Tendría que salir eventualmente para respirar, y entonces hablarían. Siempre eran más honestos cuando estaban completamente a solas.

Se paró junto a la piscina y luego se dirigió al banco. Se quitó la chaqueta y el chaleco y los colocó junto a la ropa de Marian, y luego se sentó para quitarse las botas.

Marian emergió solo para flotar, obviamente desnuda de pies a cabeza, en el centro exacto de la humeante piscina, aparentemente sin darse cuenta de su presencia.

Sus erguidos pezones sugerían que estaba en la parte más fría de la piscina, ya que sobresalían justo por encima de la superficie del agua de manera tentadora.

Anhelaba probarlos, y otro beso de la exasperante mujer, también. ¿Cómo había estado a punto de dejar escapar a esta mujer entre sus dedos? ¿Cómo no había reconocido al amor de su vida cuando Marian apareció por primera vez, llevando su anillo de promesa, y cuando tuvo tantos problemas para devolvérselo?

Se aclaró la garganta, pero Marian no lo oyó.

Rodeó el borde del agua, tratando de llamar su atención.

Sus ojos permanecían obstinadamente cerrados, y él se puso las manos en las caderas, irritado porque ella inconscientemente se hacía la difícil. ¿Iba a tener que saltar al agua solo para hablar con ella?

En su lugar, se inclinó y le salpicó agua en la cara.

Ella balbuceó, se agitó mientras se limpiaba antes de mirarlo. —Eso fue cruel.

—No me gusta que me ignoren.

Su mirada recorrió desde la parte superior de su cabeza hasta los dedos de los pies. —Bueno, ¿qué haces ahí parado todavía vestido? Ven y únete a mí.

—¿Me seguiste a casa para poder tentarme siempre, Marian?

—Tal vez lo hice, pero ahora solo quiero mojarte —dijo, y luego le salpicó agua.

Daniel se echó hacia atrás, evitando lo peor.

—¿Te envió la abuela?

—Sí.

Ella rio suavemente. —Entonces será mejor que entres y juegues.

Marian le arrojó puñados de agua fría hasta que sus pantalones corrieron el peligro de empaparse, se apresuró a desvestirse y saltó a la parte más profunda de la piscina.

Salió a la superficie balbuceando y apartó su cabello mojado de los ojos. —Muy bien, me

tienes donde quieres.

—No exactamente donde te quiero. Donde siempre te he querido.

—Donde yo también te he querido —prometió.

—Bueno, ven a buscarme, mi lord —lo provocó.

Él vadeó hacia ella, y Marian se deslizó suavemente en sus brazos. Su peso añadido lo hundió más bajo la superficie, y el sedoso roce de sus extremidades desnudas contra las suyas casi lo hizo gemir. —No sabía que podías nadar —dijo Daniel, acercándose al borde de la parte más caliente.

—Difícilmente llamaría a esto nadar. Pero es tan agradable flotar aquí, y nunca he podido resistirme a darme un chapuzón en cada oportunidad.

Marian se giró en sus brazos y de repente se puso de pie, empujando su cabello húmedo sobre sus hombros y sus pechos llenos hacia su cara.

El agua caía en cascada por su piel y revelaba su diminuta cintura y sus hermosos pechos pálidos. Su cuerpo brillaba con la luz reflejada de las docenas de paneles de vidrio colocados en las aberturas del techo sobre sus cabezas.

Apenas podía apartar los ojos de su belleza voraz. Nunca había sido de los que no miran un cuerpo atractivo cuando se exhibía tan orgullosamente frente a él.

—Hace más calor aquí hoy de lo que pensaba —notó, secándose la frente. Agradecería un chapuzón en la parte helada si no hubiera mil razones para quedarse con Marian.

Ella sonrió y se sumergió de nuevo bajo el agua. —La abuela me advirtió que se calienta lo suficiente como para quemar.

—No me molesta el calor —le dijo, guiñando un ojo.

—A mí también me gusta un poco de fricción para calentar mi sangre —dijo, deslizando sus manos hacia sus pechos y cubriéndolos para que él pudiera ver.

El miembro de Daniel se endureció bajo el agua.

Ella se sumergió de nuevo, riendo, cubriéndose hasta justo debajo de la barbilla, y lo estudió con ojos deslumbrantes. —Pareces un poco acalorado y molesto, mi lord —bromeó—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Sí. —La atrajo de nuevo a sus brazos—. He estado preocupado por ti.

Ella arrugó la nariz, mientras sus brazos se enroscaban alrededor de su cuello. —Nunca me pasaría nada malo en este lugar.

—Siempre lo pensé así, pero últimamente todo lo que he pensado es en cómo poner mis manos sobre ti. Estás en verdadero peligro a mi alrededor.

—Nunca podrías hacerme daño, Danny —prometió, soltándolo para nadar hasta el borde de la piscina. Apoyó los brazos en el borde de la piscina y luego pateó con las piernas hacia atrás. Rio suavemente—. Nunca en mil años.

—¿Qué hay de madre entonces? ¿Qué pasó entre ustedes dos anoche? —Deslizó su mano bajo ella, con las puntas de los dedos en su vientre, para sostenerla mientras ella pateaba con más fuerza—. Estoy seguro de que te mantuvo cautiva, pero ahora me parece que de repente se ha suavizado de la noche a la mañana.

—Eso es algo entre nosotras las mujeres.

—¿Ah sí? ¿Y se supone que debo olvidarme de que estabas encerrada en su armario? Atada.

Marian lo miró por encima del hombro, con ojos pensativos. —¿Podrías? Facilitaría las cosas con tu madre.

Así que *había* estado atada y no quería que se armara un escándalo. Frunció el ceño, confundido pero dispuesto a aceptar su decisión. —Supongo que podría, si me aseguraras que no

volverá a suceder.

—Puedo prometerte que nada parecido volverá a ocurrir —murmuró ella, sonriendo—. Tu madre y yo queremos lo mismo. Me gusta estar aquí, y a ella también. No quisiera cambiar ni una sola cosa, ni que nadie fuera desterrado.

Daniel asintió, comprendiendo finalmente. Había estado enfadado por la noche de cautiverio de Marian, pero ella era una pacificadora. No armaría un escándalo; nunca lo pondría en contra de su madre o su abuela como Amy ya había intentado hacer.

Sonrió. No era de extrañar que la amara, y que su madre estuviera de tan buen humor hoy. —Me alegra oírlo —susurró.

Los ojos de Marian se suavizaron. —Me gusta cómo me miras ahora, milord.

—Estoy mirando a alguien que me gusta mucho —dijo él, mordiéndose el labio.

—Yo también —susurró ella—. ¿A qué esperas?

—Permiso.

—Gustosamente concedido, milord. Siempre y en cualquier lugar.

—Quédate ahí —susurró Daniel y se movió hacia sus pies, agarró ambos tobillos y separó sus piernas bajo el agua. Ella contuvo la respiración y mantuvo su mirada mientras lo observaba por encima del hombro, mientras él se adentraba en el espacio que había creado entre sus muslos.

Marian se aferró con fuerza al borde frente a ella mientras Daniel presionaba su sexo contra el de ella. —Mamá sabe que hay algo entre nosotros.

—¿Lo hay?

—Sabes que lo hay, o lo habrá a partir de hoy —susurró Daniel.

Marian gimió cuando sus cuerpos se conectaron y el miembro de él rozó su sexo.

Él temblaba prácticamente de anticipación por lo que sucedería a continuación. En el momento en que había visto a Marian, la había tocado, un agradable peso de certeza se había asentado sobre él. Ella era suya, y él le pertenecía. Marian lo hacía sentir a la vez cómodo y excitado. Ciertamente cambiaría su vida, pero solo para mejorarla.

De repente, Marian se tensó. —¿Se espera a la señorita Wilson hoy?

—Espero que no. —Deslizó su miembro hacia adelante y hacia atrás entre sus muslos, creando fricción contra su sexo por un momento—. Marian, no le pediré a Amy que se case conmigo después de todo.

—¿No?

—No.

Marian se dio la vuelta, con una expresión de total asombro. —¿De verdad no se lo vas a pedir a Amy? ¿Nunca?

—Nunca —admitió él, acercando a Marian hasta que sus labios estaban a centímetros de distancia. Qué error de cálculo casi había cometido con su vida amorosa. No podía casarse con alguien que se preocupara tan poco por la armonía en su familia ni ignorar a alguien que hacía cantar su corazón de lujuria y esperanza. Había vuelto a casa para contraer matrimonio, y solo Marian podía hacer eso posible—. ¿Cómo podría quererla a ella cuando te tengo a ti?

—Podrías tenernos a las dos —susurró Marian, y luego hizo una mueca—. Yo podría contentarme con ser tu amante.

—Nunca. —Daniel estaba tan sorprendido por la sugerencia que la soltó. Ella se hundió como una piedra y salió a la superficie tosiendo.

Daniel la atrajo hacia sí y cerró la distancia para sellar sus labios con los de ella. Su beso no fue sutil, ni nada menos que posesivo. Instó a Marian a envolver su cuerpo con sus brazos y piernas e hizo dulce el amor a su boca.

Cuando finalmente se separaron, ambos jadeaban con fuerza, él presionó su frente contra la de ella. —Nunca te deshonraría de esa manera —susurró, con cada palabra llena de significado. Ella solo podía ser su esposa—. Te quiero a ti y solo a ti en mi cama.

—Yo también quiero eso —susurró Marian, y su sonrisa volvió, brillante y alegre.

Daniel tomó el rostro de Marian entre sus palmas y la besó de nuevo. Nunca antes había compartido su gruta con una dama a la que amara y descubrió que era liberador estar a solas con Marian aquí de esta manera.

Pero sabía que tal interludio solo podía durar un tiempo limitado. Alguien vendría a buscarlos a ambos, eventualmente. Tendrían que regresar a la mansión, y él le diría orgullosamente a su familia sobre su nuevo plan de casarse con Marian.

Difícilmente podrían sorprenderse.

Por ahora, Marian era solo suya, y ella parecía deleitarse con las delicias de la gruta, la atmósfera acogedora, la luz de las velas, el agua deslizándose sobre sus curvas desnudas, y teniendo su desnudez entre sus piernas también. Daniel siempre había pensado que la gruta sería romántica con la pareja adecuada, y Marian era la indicada.

Le haría el amor aquí y ahora, antes de que el decoro los separara de nuevo. Le propondría matrimonio más tarde y le daría su anillo.

Ella ya le había robado el corazón.

Con Marian, ni siquiera tendría que dejar atrás sus hábitos escandalosos. Marian no era mojigata ni recatada. Estaría justo a su lado mientras él le mostraba las maravillas de su mundo.

—De repente te ves muy serio, milord —murmuró Marian.

—Soy un hombre serio —le dijo, apartándole el cabello.

—No, no lo eres. Eso es solo lo que quieres que todos crean desde que volviste a casa. Especialmente ella. —Negó con la cabeza—. Pero ahora te conozco. Eres un hombre perverso, bajo toda esa elegancia. No tienes que ser nada más que quien eres cuando estás conmigo. Sé tú mismo. El hombre que me salvó —admitió—. El hombre cuyo primer pensamiento siempre ha sido preguntarse si podría atraerme a su cama.

—¿Quién necesita una cama? Corromperte aquí y ahora me atrae.

—¿Estaría tan mal? Sé que no soy en absoluto como otras mujeres. No soy una inocente como ella y...

Daniel puso un dedo sobre sus labios para detener el flujo de palabras. Estaba seguro de que iba a decir algo ridículo. —Las mujeres recatadas nunca me han atraído —le prometió.

Besó a Marian de nuevo, y su corazón se regocijó ante la corrección de hacer lo incorrecto con ella.

¡Qué tonto había sido al imaginar que podría cambiar sus preferencias solo por volver a casa!

Estrechó a Marian con más fuerza entre sus brazos y se perdió en el placer de su beso. Esto era lo que quería. Pasión con Marian y más días de dicha por venir.

Se puso de pie y salió de la piscina, llevando a Marian en sus brazos.

Encontró una toalla larga y la extendió cerca del borde de la parte más caliente de la piscina. Luego los bajó a ambos al suelo y continuó besándola apasionadamente.

Terminó de espaldas, con Marian elevándose sobre él, gloriosamente desnuda, su cuerpo cubierto de gotas de sudor y agua.

Antes de que estuviera listo, Marian ya estaba descendiendo sobre su erección y haciéndole el amor.

—Por fin —susurró ella, lanzándole una sonrisa traviesa.

Él adoraba su impaciencia.

—¿Ansiosa por tenerme, eh? —preguntó, acariciando las puntas de sus pezones con los pulgares.

—Nunca pensé que estaría contigo así —respondió ella, su rostro sonrojándose mientras se movía arriba y abajo con más prisa—. Creía que la querías a ella.

—Nunca la quise. No así —juró él.

Marian tenía el cuerpo más delicioso de todas las mujeres con las que había hecho el amor, y estaba agradecido de estar por fin bajo ella.

Dejó que ella hiciera lo que quisiera y se recostó, con una mano bajo la cabeza mientras ella acariciaba lánguidamente su miembro con sus paredes más íntimas. Con la otra mano, jugaba con sus pezones, sus curvas, y luego deslizó los dedos entre sus pliegues.

Marian se estremeció y jadeó mientras hacían el amor en el aire vaporoso de la gruta. Él la observó atentamente mientras se acercaba a su primer clímax, vio sus labios separarse y su respiración acelerarse mientras llevaba su cuerpo a las cumbres más altas del deseo.

Cuando el orgasmo la alcanzó, Marian arrastró el clímax de él también, y rugió con la emoción de una unión perfecta.

Cuando Marian finalmente se relajó, encontró su mirada. No había arrepentimiento, sino una sonrisa aturdida de satisfacción que atravesó su alma con inmensa complacencia. ¿Cómo sería tener a esta mujer mirándolo de la misma manera cada día, cada vez que hicieran el amor, cada vez que regresara para encontrarla esperando solo por él?

Daniel los hizo rodar hacia el agua humeante porque ya sabía que un "felices para siempre" era posible para ellos, sin importar que sus vidas hubieran comenzado de manera tan diferente. Ella era su destino. Su único y verdadero amor. Su felicidad.

CAPÍTULO DIECINUEVE

La condesa frunció los labios.

—Señorita Wilson, ¿le apetece más té?

—Sí, gracias, mi señora —murmuró Amy Wilson, extendiendo su taza para que se la llenaran de nuevo. Era su segunda taza de la tarde.

Amy le dedicó a Marian una sonrisa de superioridad cuando la condesa declaró que la tetera estaba vacía, lo que significaba que a Marian no se le podía ofrecer otra taza.

—¿Pastel, señorita Wilson?

—No podría comer ni un bocado más, mi señora —le aseguró Amy, llevándose la mano a su esbelta cintura como si estuviera en peligro de abultarse por la primera rebanada diminuta que había consumido.

—¿Señorita Kimble? ¿Señorita Trill? Estoy segura de que puedo tentarlas a ambas a que se permitan un capricho.

Marian asintió, y ella y Gabby aceptaron otra rebanada de pastel del plato. Solo quedaba una rebanada, y la condesa la tomó para sí misma.

Marian se dedicó a su plato, pero no pudo evitar notar que Amy Wilson se retorció de impaciencia al ser ahora la excluida.

Marian conocía bien esa sensación.

Desde su regreso de la gruta, se sentía incómoda. Danny había sido un amante atento, decidido a darle placer con cada caricia de sus dedos y su miembro. Pero ya habían pasado horas desde que estuvieron juntos. Tan pronto como Marian regresó a la mansión, la abuela se la había llevado y su madre había estado esperando para hablar con su hijo sobre un asunto de negocios de la finca.

Marian había asumido que Danny vendría a buscarla mucho antes, pero estaba en algún lugar hablando con el señor Kimble.

Ella y Danny habían hecho el amor con poca o ninguna discusión sobre su futuro juntos más allá del próximo beso o clímax, lo cual le había convenido muy bien en ese momento.

Pero eso era entonces, y esto era ahora.

Estar atrapada en la misma habitación con la mujer con quien Danny prometió que nunca se casaría definitivamente la estaba incomodando. En gran parte porque Amy Wilson claramente desconocía que su interés e intenciones hacia ella habían cambiado. Y cuanto más tiempo pasaba con Amy, más fácil era ver que las diferencias entre ellas eran enormes.

Ahora, de vuelta en la mansión durante horas, Marian estaba sintiéndose un poco decepcionada de Danny. Él debería haber hecho algo para dejarle claro a Amy que su interés

había disminuido. En cambio, ella estaba sentada allí mirando alrededor del salón con una expresión decididamente satisfecha en su rostro, como si pronto todo fuera a ser suyo.

No importaba si Danny mantenía en secreto su aventura. Ella habría estado contenta de convertirse en su amante si él lo hubiera querido así. No se avergonzaba de su atracción por él, ni de ser su amante, aunque preferiría no continuar su aventura justo bajo la nariz de su madre.

Sin embargo, Danny no había mencionado ningún deseo de seguir haciendo el amor con ella.

Desde la llegada de Marian al salón, Lady Scarsdale también se comportaba como si nada hubiera cambiado entre ellas.

Pero ciertamente lo había hecho.

Sabían cosas la una de la otra que ambas preferirían que los demás nunca supieran. Marian se mantuvo en su papel de dama de compañía, vista pero no oída mientras la condesa dominaba la sala y la conversación. Lady Scarsdale era amable con sus dos invitadas, pero en gran medida ignoraba la existencia de Marian, como era su costumbre habitual.

—¿Qué dice usted, señorita Trill?

Marian levantó la vista culpablemente porque no tenía la más remota idea de lo que todos habían estado hablando.

—Discúlpeme, mi señora, ¿qué decía?

—La condesa te hizo una pregunta —susurró Gabby, con expresión preocupada—. ¿Te sientes mal?

—Estoy perfectamente bien, pero te agradezco tu preocupación —murmuró.

—Su cara está muy rosada y manchada —observó Amy, como si eso fuera impropio de una dama.

—No había notado ninguna diferencia, pero quizás debería moverse más cerca de una ventana, señorita Trill, con mi madre. Allí sentirá la brisa —sugirió Lady Scarsdale, aunque sonaba más como una orden.

Marian asintió y se levantó para obedecer.

—Sí, mi señora.

—Podríamos dar un paseo primero, si quieres —sugirió Gabby rápidamente.

—Una brisa es todo lo que necesito.

—Tonterías —ofreció Gabby, y se apresuró a guiar a Marian en un recorrido por la habitación—. Temía que nunca escaparíamos —susurró Gabby.

Marian tuvo que reírse de eso.

—¿Escapar de qué?

—¿No lo sientes? —susurró—. Algo trascendental está a punto de suceder.

Miró alrededor de la habitación y a sus ocupantes.

—No percibo nada diferente.

—¿No notaste cómo Lady Scarsdale y la señorita Wilson siguen discrepando hoy? Normalmente están tan en sintonía.

—Eso es cierto.

—Algo ha cambiado. —Gabby le dio una mirada de júbilo—. Amy estaba actuando con superioridad, y la condesa no se lo permitió por una vez. Eso nunca sucede, déjame decirte. ¿Sabes lo que eso podría significar, verdad?

Marian se humedeció los labios y estudió a la condesa, que asentía a algo que Amy le estaba diciendo. No notó nada más que la condesa sonriéndole a Amy como si ya fuera su hija.

Danny afirmaba que no quería a Amy Wilson, y ella le creía. Pero el atractivo de la dote de la joven era un poderoso incentivo, al igual que la presión de las expectativas familiares para hacer

un matrimonio respetable. Él había dicho que solo quería a Marian. Una mujer sin familia, posición en la sociedad *ni* dote. Pero se le ocurrió que Amy Wilson podría no dejar ir a Danny tan fácilmente. Él era una excelente presa, siendo titulado y rico.

Gracias a las confidencias compartidas por Gabby, estaba más consciente de lo que las mujeres de la sociedad buscaban en un marido, y no era lo que Marian creía importante en cualquier unión.

Marian se acomodó en el asiento de la ventana y Gabby hizo lo mismo.

Charlaron un rato hasta que la abuela envió a la señorita Kimble al pianoforte para que tocara para ella.

La abuela instó a Marian a acercarse.

—Te ves pálida. ¿Qué tienes en mente?

—¿Todavía se irá cuando su nieto se case?

—Bondad, sí. Lo decidí mucho antes de que él volviera a casa, también —prometió la anciana en un susurro—. Siempre ha habido conflictos entre mi hija y yo. Tenemos estilos y opiniones distintivos sobre, bueno, casi todo lo que hay para discrepar. Añade una nueva esposa, y preferiría no pasar todos mis días discutiendo sobre las cosas más pequeñas e insignificantes. Creo que es mejor que me haga escasa hasta que todo se haya calmado de nuevo. Renovaré mis amistades con viejos conocidos y quizás haga algunos nuevos amigos.

—Iré contigo.

—No, querida. No puedes ahora.

Marian se mordió el labio.

—¿Por qué no puedo ir contigo?

—Somos muy parecidas, tú y yo. Ninguna de las dos será nunca apropiada, ni encajará realmente aquí.

Marian quería llorar, herida por la evaluación de la Abuela.

—Además, una vez que Danny se case, todo saldrá lo mejor posible, espero.

—¿Qué quieres decir?

—Mi hija está completamente ganada, y mi nieto está obviamente prendado. Es solo cuestión de tiempo antes de que haga la pregunta.

Marian bajó la mirada a su regazo. ¿Le había mentido Danny?

—Él dijo que no se casaría.

—Oh, debe hacerlo pronto, pero si yo fuera él, saltaría ahora en lugar de ser empujado al altar.

—Él nunca haría eso. Ama demasiado su libertad.

—Y te ama a *ti*, aunque no estoy segura de que haya confesado lo que hay en su corazón, a juzgar por la expresión de sorpresa en tu rostro.

—¿Él nunca! Lady Scarsdale lo odiaría si...

—¿Se casara con alguien como tú? No, no habrías sido su primera elección.

Levantó la vista para ver a la dama misma observándola con una expresión extraña. El rostro de Marian se calentó incómodamente.

—Sabes, a veces pienso que es una gran lástima que mi hija amara tanto al difunto Lord Scarsdale.

Miró a la Abuela, sorprendida por sus palabras.

—¿Qué tiene de malo amar a alguien?

—El amor duele, y mi hija nunca se ha sentido cómoda con emociones potentes. Danny es muy parecido. A ella le resultó difícil seguir adelante sin su amado esposo a su lado —admitió la

Abuela—. Por eso me he quedado tanto tiempo. Por ella y por mi nieto.

—Oh —dijo Marian, pero no sabía qué más decir. Lady Scarsdale parecía una mujer distante, crítica del mal comportamiento de su hijo y desaprobadora de cualquier tipo de diversión. Pero nunca se había dado cuenta de que la mujer aún podría estar de luto por su difunto esposo. Saber eso ayudaba mucho a entenderla mejor.

—Ahora, ayúdame a levantarme y me iré. Estoy demasiado cansada para escuchar más golpes en el pianoforte esta tarde. Pero quiero que mantengas una mente abierta sobre lo que dije y saques a esa chica de la propiedad por mí.

—Sí, Abuela —prometió—. Pero dudo que pueda.

La anciana le dio una palmadita en la mejilla y sonrió.

—Querida. Piensas muy poco en tu importancia y demasiado en la de ella. Lo que mi nieto más necesita no es una dama apropiada, sino una original.

La anciana se alejó arrastrando los pies, y Marian la vio salir por la puerta. Cuando se volvió para enfrentar la habitación, Gabby se apresuró a unirse a ella de nuevo.

—Ahora estás blanca como un papel —siseó Gabby—. ¿Estás segura de que no te pasa nada? ¿Qué te dijo la señora Nolan?

Nada que pudiera repetirse.

El sonido de los caballeros llegando por fin desvió la atención de Gabby hacia la puerta, y vio a Amy sentarse más erguida, sacar su pequeño pecho un poco más alto y pegar una sonrisa de bienvenida en su rostro mientras Danny y el señor Kimble entraban a zancadas en la habitación.

Pero la sonrisa de la señorita Wilson no era genuina. Forzada y calculada y diseñada para hacerse notar. Para hacer que un hombre en particular la notara.

El señor Kimble fue a unirse a Amy y la condesa, pero la mirada de Danny pasó sobre Amy como si no estuviera allí y luego se volvió hacia Marian.

Un alivio instantáneo la invadió cuando él se dirigió hacia ella, radiante con una sonrisa.

—Aquí estás.

Gabby se inclinó un poco hacia adelante, sobresaltada.

—¿Me estaba buscando, milord?

—No. Estaba buscando a Marian, en realidad.

—Oh, bueno, aquí está. Tomando la brisa fresca que entra por la ventana. Estaba un poco sonrojada, y la condesa estaba preocupada de que tuviera demasiado calor.

—Es muy amable de tu parte estar tan preocupada —dijo, mientras dirigía su sonrisa completamente a Gabby—. ¿Nos disculparías un momento? Me gustaría tener una palabra en privado con Marian, si no te importa.

—Por supuesto —accedió Gabby y se fue sin preguntar si a Marian le importaba. A mitad de camino a través de la habitación, se volvió, y su expresión era de cierta confusión.

Obviamente se había dado cuenta de que Danny había usado su nombre de pila. Una cosa extraña para que un conde le dijera a la dama de compañía pagada.

Pero no a su amante.

Daniel se sentó en el asiento de la ventana a su lado.

—¿Estás bien?

—Por supuesto —prometió. Sin embargo, no pudo ocultar su irritación en el tono, y él lo notó.

—Estás molesta por algo —dijo arrastrando las palabras.

—No lo estoy —prometió, odiando que pudiera leer su estado de ánimo tan fácilmente.

Daniel se rió suavemente.

—Sí, lo estás. Tienes la misma mirada que mi madre cuando está decepcionada conmigo. ¿Qué hice?

—Nada. No hiciste nada.

—Ah, así que es lo que *no* hice lo que tiene tu nariz levantada —continuó—. Sabes, cuando empecé a volver a casa, había decidido que estaba cansado de estar solo. Cuando digo solo, me refiero a que me sentía solitario incluso en una habitación llena de gente. Podía mirar a una mujer y saber que estar con ella nunca me satisfaría más allá de unas pocas horas. Mis amigos se han casado todos por amor, pero nunca pensé que ese fuera mi destino. Así que volví a casa para hacer la única unión que creía que tenía sentido.

—Puedo entender por qué eso tenía cierto atractivo —admitió—. Tener alguien a quien volver a casa debe ser agradable.

—Eso es lo que esperaba —dijo—. Creo que...

—Milord —dijo Amy Wilson, y ambos levantaron la vista—. ¿Le gustaría escucharme tocar? Danny agitó la mano.

—No me importa si usas el instrumento.

—¿Tal vez serías tan amable de pasar las páginas por mí?

—Ahora no. Quizás Kimble haga los honores —sugirió, y su decisión sonó tan definitiva que la sonrisa de Amy se desvaneció en un instante.

La señorita Wilson resopló y giró sobre sus talones, casi pisoteando su camino hacia el pianoforte. Marian se alegró de que una mujer así no se convirtiera en la novia de Daniel. Amy Wilson no era digna del honor de ocupar el lugar de Lady Scarsdale. Danny necesitaba una mujer más fácil que se adaptara a su vida aquí sin causar muchas ondas entre la familia.

—¿Tuviste una tarde agradable? —preguntó él.

—Sí. La abuela quiere enseñarme a pintar acuarelas —admitió, lo que por alguna razón pareció hacer reír a Danny.

—No tienes que hacer eso, ni nada más que no quieras hacer, ¿sabes?

—Una dama de compañía hace lo que se le dice, si quiere que le paguen al final de cada período —bromeó—. Estoy segura de que aprender a pintar no será una gran dificultad.

Daniel la estudió.

—Eres graciosa, ¿lo sabías?

Ella se encogió de hombros.

—Hago lo que puedo para traer alegría al mundo.

—Lo haces muy bien —le aseguró—. Creo que por eso me gustas tanto. Eres increíblemente fácil conmigo.

—Tú tampoco eres una gran dificultad, mi lord.

—No empieces a llamarme "mi lord" ahora. Guarda eso para cuando estemos de vuelta en Londres.

—¿Londres?

—Mm, ¿no creerás que dejaría que la abuela te soltara en sociedad sin que yo estuviera allí para protegerte? Hay más peligros en el mundo que los bandidos en el camino. Aún no has conocido a una duquesa de mal humor.

—Pensé que te quedarías en el campo.

—Eso fue cuando pensaba que mi vida tenía que ser de cierta manera. He revisado mi opinión sobre eso, gracias a ti, y especialmente sobre quién podría ser el tipo adecuado de mujer para casarme.

—Ya veo. —Marian se quedó helada y no se atrevió a mirar a Danny. Esperaba que simplemente estuviera pensando en voz alta y no planeando casarse con otra mujer ya. De hecho, deseaba que nunca más volviera a hablar de su matrimonio con ella.

Pensar en él con otra mujer la ponía verde de envidia. Lo quería para ella, y no deseaba que ninguna otra dama pusiera sus manos sobre él.

Le gustaba Danny tal como era. Un soltero sin ambición de casarse con una dama apropiada.

—Debería ver si la abuela me necesita —susurró, y luego se puso de pie de golpe—. Dijo que estaba cansada.

—¿Le pidió a la señorita Kimble que tocara el pianoforte?

—Sí.

—Entonces no está cansada. Estará bailando con el mayordomo en algún lugar donde nadie pueda verlos. Es una original, mi abuela. Le gusta hacer lo que le place. Cuando yo crecía, siempre daba su opinión sobre algo terriblemente importante y luego me dejaba solo para reflexionar sobre sus palabras. Siempre tiene razón.

Marian pudo sentir otro rubor recorrer su piel. ¿La amaba Danny?

Podría ser, pero seguramente no le ofrecería un matrimonio que la convertiría en condesa. Seguramente la abuela se equivocaba en eso.

Gabby se acercó apresuradamente.

—¿Lord Scarsdale te dio la noticia? Señorita Trill, ¿vendrá a cenar mañana por la noche? Lord Scarsdale ya ha aceptado venir, y debo invitar a otra dama para completar los números. Será mi primera cena como anfitriona.

¿Cenar como si fuera una dama de verdad, viajar con Danny a solas en un gran carruaje? Era difícil no ilusionarse inmediatamente con tal evento.

—Será mejor que hable con la señora Nolan al respecto.

—Oh, ella ya ha acordado que debes venir —prometió Danny.

Gabby juntó las manos frente a su pecho.

—¿Por favor? Necesito practicar mis habilidades como anfitriona con alguien que perdonará cualquier faux pas.

Marian miró hacia la condesa, quien inclinó la cabeza con gracia como si supiera lo que pasaba por su mente. Tragó saliva.

—Estaré encantada de unirte a todos ustedes.

—Gabby, ¿estás lista para irnos? —llamó John Kimble.

—Sí, John —respondió Gabby con una risita—. He recibido la respuesta que esperaba oír.

—Ah, excelente —dijo John—. Hasta mañana por la noche, señorita Trill.

La música se detuvo abruptamente mientras Marian hacía una reverencia a la pareja.

—Los acompañaremos a la salida —dijo Danny, y tomó a Marian del codo. La empujó tras los Kimble y la mantuvo en los escalones superiores hasta que el carruaje se alejó—. ¿Das un paseo conmigo?

—No creo que...

—Pensar nunca ha sido mi fuerte, pero hagámoslo de todos modos —bromeó, y luego enlazó su brazo con el de ella—. Aún no he dado un paseo por el jardín contigo.

—¿Qué hay de Amy?

—Madre se ocupará de ella. Además, hay algo que necesitamos discutir —susurró—. Cuando dije que te quería antes... en realidad quise decir que quiero casarme contigo.

CAPÍTULO VEINTE

Daniel atrapó a Marian cuando se desmayó en sus brazos y luego la levantó en el aire. Se quedó perplejo por un momento ante su respuesta a su propuesta de matrimonio, pero luego aprovechó su aparente desamparo. La llevó al jardín.

Cuando encontró el rincón apartado que buscaba, se sentó en un banco del jardín con Marian en su regazo. Ella se despertó y de repente luchó contra él para sentarse más erguida.

—¿Qué estás haciendo?

—Te atrapé y te levanté, te llevé para poder profesarte mi amor y devoción —dijo Daniel sonriendo—. Me pareció bastante galante de mi parte.

—No puedes hablar en serio —le advirtió ella, mirando alrededor con una expresión de pánico en su rostro ahora.

—Pero lo digo en serio. Cada palabra —Le tocó la punta de la nariz—. Te amo, Marian Trill. Ladróna de mi corazón.

—¿Cómo podrías?

—Es tu culpa. Eso y este anillo —dijo, sacándolo de su bolsillo para mostrárselo. Lo agitó frente a sus ojos y su atención se fijó en él.

—No lo entiendo —susurró, mientras sus dedos alcanzaban el anillo.

Él dejó que lo tomara y suspiró cuando ella se lo deslizó de vuelta en el dedo. Donde siempre había pertenecido, se dio cuenta ahora.

—¿Quieres que te cuente la otra historia sobre este anillo? Mi abuela hizo que mi madre se pusiera el anillo de promesa, para hacer parecer que ya estaba prometida a otro hombre. Todo para que mi padre se pusiera celoso y finalmente le propusiera matrimonio.

—Tu abuela era astuta.

—Sí, pero también sabía. Ellos, mi madre y mi padre, habían sido conocidos durante casi un año, pero mi padre pensaba que era demasiado viejo para ella. Demasiado viejo para amar.

—Bueno, el anillo hizo su magia. Hizo que mi padre se diera cuenta de que no podía vivir sin mamá en su vida. Se comprometieron y se casaron y siete meses después, nació yo. A mi madre le avergüenza ese anillo ahora, y la historia que lo acompaña, especialmente porque nació tan pronto después de que se casaron. No mencionaría eso si fuera tú.

—No me atrevería —susurró ella, con la mirada fija en el anillo mientras jugueteaba con él.

—Ver a mamá usando ese anillo fue el empujón que mi padre necesitaba para admitir sus sentimientos por ella. También se ha convertido en el mío. La imagen de ti usando el anillo, y cómo parecías no poder devolverlo, persistió en mi mente desde que volvimos a casa. Miras este anillo como si fuera irremplazable e instantáneamente atesorado. Me tomó un tiempo entender

que la magia en el aire era amor verdadero.

Atrapó su mano entre las suyas.

—Este anillo encarna todo lo que amo y espero. Es una señal, un indicador de mi mejor oportunidad de felicidad en este mundo, y esa eres tú, mi querida Marian.

—No puedo casarme contigo.

—¿Por qué no? Tengo buenas referencias de que soy todo un partido.

—Mi familia son ladrones —le recordó con el ceño fruncido.

—Sí, bueno. Todos tenemos nuestras ovejas negras en la familia —admitió—. Incluso la mía tiene varios sinvergüenzas completamente terribles en nuestras filas, incluyéndome a mí, debo confesar. Pero eso fue antes de que conociera al amor de mi vida, en una posada sórdida, y pasáramos una noche juntos en la cama hablando de nuestras esperanzas y sueños toda la noche.

—Di que sí, Marian. Cásate conmigo, no por el dinero en mis bolsillos o el título, sino porque nos enamoramos el momento en que nuestros ojos se encontraron.

Marian lo miró durante mucho tiempo sin hablar.

—No creo que mi madre o mi abuela nos perdonen a ninguno de los dos si decimos que no al amor. Ambas son mujeres bastante decididas y acostumbradas a salirse con la suya.

Y aun así ella dudaba.

Daniel levantó a Marian y la dejó en el banco, luego se arrodilló ante ella. Tomó sus manos, decidiendo que bien podría hacer todo el ritual de la propuesta para demostrar que hablaba en serio, ya que ella claramente tenía problemas para creerle.

—Por favor, mi Marian. Déjame gritar mi amor para que todos lo oigan.

—No te niego una respuesta para ser difícil, sino para darte tiempo de considerar realmente lo que pides. Me convertiré en condesa. Debo tomar lecciones de comportamiento antes de conocer a tus amigos y... oh, Dios mío, tengo toda una vida de regaños de tu madre por soportar cuando inevitablemente cometa errores.

—Los regaños de mamá no duelen tanto, y estoy seguro de que será mucho más gentil contigo de lo que jamás fue conmigo. Siempre quiso una hija para moldear a su imagen.

—Tiene a Amy para eso —dijo Marian, cruzando los brazos sobre el pecho obstinadamente.

—Amy nunca pudo cumplir con las expectativas de mamá. Seguramente lo ves.

—Son muy altas —dijo Marian, haciendo una mueca—. Ya le he fallado una vez, y no sé si alguna vez confiará completamente en mí.

—La confianza siempre toma tiempo para construirse. Pero también se trata de lealtad a la familia —dijo la madre, sobresaltándolo porque apareció justo detrás de él, y no la había oído venir.

—Amy habría traicionado lo que te hice en un instante —admitió la madre.

Daniel miró por encima de su hombro a mamá.

—Todavía estoy esperando escuchar qué hiciste realmente, madre.

—Nunca lo oirás de mí —advirtió Marian, tomando su rostro y volviendo su atención hacia ella.

Daniel suspiró.

—Señoras, guarden sus secretos si deben. No es de mi incumbencia lo que hagan a mis espaldas, pero les pediría que siempre se apoyen mutuamente en los años venideros.

—Por supuesto que lo haremos. Para eso es la familia —replicó la madre—. Disculpadme, debo volver con mi invitada.

—Sí, Amy —dijo Marian lentamente.

—Se le hará entender —prometió la condesa mientras se alejaba.

Marian se mordió el labio, claramente preocupada por cómo iría esa conversación.

—La señorita Wilson siempre será la favorita de madre, pero tú serás mi esposa. Una condesa. Ella no puede hacer nada al respecto ahora —prometió él—. Mi mente está decidida por ti.

—No mantengas a Marian aquí fuera demasiado tiempo, tenemos una boda que organizar —gritó la condesa.

—Sí, mamá —respondió él.

—Iré tan pronto como pueda, mamá —añadió Marian.

La madre se volvió y les sonrió a ambos.

Aún le asombraba que su madre no se molestara por su elección final de novia. No es que Marian hubiera aceptado casarse con él todavía. Para ella, debía ser toda una sorpresa.

Se sentó de nuevo junto a Marian, cruzó una pierna sobre la otra y pasó su brazo ligeramente alrededor de los hombros de Marian. —No puedo esperar a que conozcas a mis amigos y sus esposas en Londres la próxima temporada. Estoy seguro de que se llevarán de maravilla.

—¿La próxima temporada?

—Bueno, pensé que aún querías que fuéramos para apoyar a Gabby en su búsqueda de un marido digno de ella. Mamá necesitará tu ayuda con ella también —le advirtió—. Por mucho que me agrade la joven pupila de mi amigo, la encuentro un poco exuberante para mi gusto. Necesitará toda la ayuda posible para causar una buena impresión.

—Yo también necesitaré toda la ayuda posible para eso —bromeó Marian con cierta melancolía.

Él la acercó más. —Me tendrás a mí, a mamá y probablemente a la abuela a tu lado también. Espero que nuestra familia sea todo lo que necesites.

Ella se volvió hacia él de repente. —Mi demora realmente no tiene nada que ver contigo, Danny, ni con tu familia. Te prometo que no es eso. Es solo que no sé nada sobre la alta sociedad, y tú tienes marqueses como buenos amigos y docenas de conocidos con títulos. Es solo que...

—Tienes razón en tener miedo, y mi propuesta llegó de la nada desde tu perspectiva, así que por supuesto que no sabes qué decir. Pero es la decisión correcta para ambos. Cásate conmigo ahora o cástate conmigo después, no me importa esperar, siempre y cuando estés siempre cerca. Te amo. El resto se puede resolver sobre la marcha.

—¿No debería ser yo quien te ruegue que me pongas un anillo en el dedo?

—Ya hicimos eso —dijo, tomando su mano y besando la joya, que encajaba perfectamente olvidada pero atesorada en su delicado dedo anular—. El resto es el destino.

—Nunca creí en el destino antes de conocerte —admitió ella—. Nunca imaginé que querría o podría tener una vida como esta.

Daniel la sentó de nuevo en su regazo. —Yo tampoco.

—¿Qué hay de mi familia?

—¿Crossman y los demás?

—Sí. Probablemente haya más en la conexión de lo que tu madre y tu abuela te contaron.

—Pero te lo contarán a ti, lo que es casi lo mismo que contármelo a mí —dijo, sin sorprenderse—. Supongo que si juntamos nuestras cabezas, podremos encontrar una manera de lidiar con ellos.

—¿Juntos?

—Por supuesto. No puedo dejar que vivas constantemente con miedo y mirando por encima del hombro cada vez que salgamos de la finca. Mañana mandaremos llamar a los Bow Street

Runners y los pondremos en jaque.

—Me gustaría eso, pero Danny, te lo ruego, hay uno entre ellos que merece clemencia. Es solo un niño.

—Oh, te refieres al que chocó conmigo y vació mis bolsillos antes de que supiera lo que estaba haciendo —recordó Daniel, tratando de recordar si alguna vez había visto claramente la cara del chico. Tenía un vago recuerdo de cabello demasiado largo y ropa andrajosa.

—Quiero encontrarlo y alejarlo de Crossman tan pronto como pueda —le advirtió.

Daniel podía ver que estaba decidida. Tenía exactamente la misma expresión que su madre solía tener cuando discutía con ella. —No puedo dejarte ir sola. Te estarías poniendo en peligro. Quizás Bow Street pueda atrapar a tu tío, y nosotros atraparemos al chico por separado. Si intentamos ir por él primero, los otros lo notarán y huirán —le advirtió.

—Es muy probable —admitió Marian.

—¿Ves? Ya tenemos el comienzo de un plan. Yo seré la próxima víctima a la que robe, y cuando los otros me alcancen, caerán en una trampa o algo así.

—Esa es una idea muy inteligente —concordó Marian—. Tengo algunas otras.

—Me lo imaginaba —dijo Daniel, besando su frente—. Sabes, amarte me ha cambiado de maneras que nunca imaginé. Pero nunca será una carga convertirme en tu esposo.

Marian se acurrucó en sus brazos, y él la abrazó fuertemente.

—Oh, cástate conmigo, Marian —susurró—. Hazme el más feliz de todos los hombres. Si sirve de incentivo, tengo una caja fuerte llena de joyas que puedes intentar robar, aunque todas serán tuyas para usar. Hay muchas baratijas bonitas para que uses en tus dedos y cuello y en nuestra cama —dijo, y luego la miró, sonriendo, para ver si estaba tentada en absoluto.

—Oh, bueno, eso lo ha decidido por mí —dijo Marian con una risa y luego lo miró. Lo observó durante un buen rato, y luego soltó un suspiro—. Sería una tonta si no quisiera ser tu esposa, Danny. Te he amado desde el momento en que nos conocimos.

Daniel apoyó su cabeza contra la de ella y supo que su corazón finalmente estaba en el lugar correcto, y era feliz bajo el cuidado de Marian. —Bueno, eso nos hace dos.

EPÍLOGO

Daniel lanzaba una moneda al aire mientras paseaba por el estrecho y sucio callejón detrás de una hilera de casas de madera, como si no tuviera una sola preocupación en el mundo. Se había dejado crecer la barba y llevaba el sombrero bajo sobre los ojos para disimular aún más su identidad. La nuca le hormigueaba mientras caminaba solo, dirigiéndose hacia su destino final, conduciendo a su presa hacia la captura.

Era difícil no darse la vuelta para ver cuán cerca estaban, pero confiaba en el plan. Los antiguos amigos y familiares de Marian los habían llevado en una alegre persecución por el campo, evadiendo cualquier intento de atraerlos a cometer otro delito menor.

Hasta ahora, claro está.

Daniel se había puesto una gran diana en la espalda cuando el joven Billy había recogido y guardado una moneda brillante que él había dejado caer antes. El chico se había adelantado corriendo, y Daniel ya había dado la orden de dejarlo pasar sin molestarlo. Podía permitirse ser indulgente por una causa digna, porque los Bow Street Runners acechaban cerca para atrapar a los criminales más importantes.

Daniel no se habría puesto en una posición tan peligrosamente superada en número sin saber que tenía hombres experimentados vigilando su espalda.

Los ladrones habían captado su rastro tan pronto como salió de la taberna donde se habían alojado bajo un nombre falso, tambaleándose ligeramente en su camino. Marian había elegido la ciudad y las condiciones más probables para que tendieran su emboscada, y aunque ella había querido permanecer a su lado en esta parte, Daniel había insistido en que se mantuviera al margen.

Además, ella tenía su propia tarea que hacer en otro lugar, que era más importante para ella.

La mujer Beatrice ya había sido detenida en la posada, sorprendida revisando su equipaje. Se había colado en su habitación alquilada para ver qué podía robar y se encontró en compañía de tres Bow Street Runners que se habían disfrazado de su ayuda de cámara y mozos cuando llegaron por primera vez.

Crossman y el hombre llamado Tommy, que ahora parecía dar todas las órdenes, lo habían seguido desde la posada hasta este callejón, donde Daniel fingiría vaciar su vejiga.

Daniel guardó la moneda y oyó el roce de una bota detrás de él. El instinto le hizo girarse para enfrentar la amenaza.

Con un cuchillo en actitud amenazante, el viejo Crossman abordó a Daniel sin palabras. Pero su expresión se tornó en shock cuando reconoció a Daniel y su embestida fue torpe y desesperada. Daniel lo atrapó fácilmente.

Sin embargo, Daniel luchó para mantenerlo quieto. El viejo era más fuerte de lo que parecía.
—¿Cómo se atreve a amenazar a un par, señor? —gruñó al oído del viejo.

Al oír sus palabras, el callejón se llenó de los mejores hombres de Bow Street, y Crossman fue rápidamente apartado de las manos de Daniel. Muy atrás, se estaba produciendo una acalorada refriega.

A cuatro hombres de Bow Street les llevó varios largos y preocupantes minutos someter a Tommy, pero finalmente se lo llevaron a rastras, desplomado en sus manos.

Un hombre de Bow Street se acercó corriendo a él, sonriendo.

—Bien hecho, milord. Los atrapamos a todos. ¿Está usted bien?

—Ni un rasguño, ni un arañazo —prometió Daniel, ajustándose la chaqueta e intentando actuar como si hiciera este tipo de cosas todos los días—. Eso le enseñará al canalla a no meterse con el Conde de Scarsdale.

Crossman giró la cabeza para mirarlo fijamente.

—¿Scarsdale?

Daniel asintió.

—Mi madre te envía saludos —respondió con una sonrisa petulante. El tipo se puso pálido, lo que hizo que Daniel sintiera aún más curiosidad por las cosas que su madre aún se negaba a contarle sobre su pasado con Crossman. Sin embargo, no quería remover asuntos que pudieran manchar la reputación de su madre.

Tampoco le ofreció al hombre ningún mensaje de su sobrina, Marian, ni le dijo que se había convertido en su esposa. Cuanto menos supiera Crossman sobre cómo lo habían encontrado tan fácilmente, mejor, en su opinión. No le gustaría que el viejo fuera tras su esposa por lo que podría considerar una traición.

Daniel miró hacia el callejón por donde había desaparecido el joven. No había rastro de él, afortunadamente, y Daniel solo podía esperar que hubiera escapado por el camino que habían planeado para él.

Marian había prometido que el joven William se escondería a la primera señal de problemas. Ella le había enseñado eso y le había hecho prometer que siempre intentaría encontrarla cuando fuera seguro salir de nuevo. Ella creía que su cautela les serviría bien cuando estuviera separado del resto.

Marian también creía que la presencia de Daniel a su lado podría asustar al chico al principio. No sabía que pronto se casarían y que Daniel no era una amenaza para nadie que Marian amara.

Con los ladrones atrapados y siendo arrastrados, Daniel ahora tenía la libertad de buscar la reunión con la mujer que le había robado el corazón.

El callejón se ensanchaba, y Daniel se movió a paso lento hacia un espacio algo abierto directamente. En el centro estaba Marian sentada en una caja de manzanas, con un abrigo nuevo para el chico sobre su regazo y un tentador pastel para su estómago vacío a un lado.

Daniel divisó al chico entre él y Marian, escondido bajo un montón de cajas vacías, observando a Marian de cerca. Daniel pasó junto al chico, como estaba planeado, y esperó que no diera media vuelta y huyera en la otra dirección antes de que Marian tuviera la oportunidad de hablar con él.

Se detuvo junto a Marian, se inclinó para besarla en la mejilla y, según lo planeado, se alejó un poco más para esperar contra una pared lejana. Esta no era exactamente un área segura para que un conde rico y su condesa tomaran un almuerzo campestre. Pero el chico se sentiría incómodo en cualquier lugar más refinado, creía Marian.

—¿Tienes hambre, Billy? Tengo comida para ti —dijo Marian suavemente a las sombras del

callejón donde se escondía el chico.

El chico permaneció en su escondite, pero Daniel estaba seguro de que había oído sus palabras.

Ella hizo un gesto hacia él.

—Este es mi esposo, Danny. Me ha ayudado a buscarte. Los Runners tienen lo que vinieron a buscar y ya se han ido. Crossman, Tommy y Beatrice están con ellos ahora. Han pasado tantos meses desde que estuvimos juntos que espero que aún me recuerdes, ¿incluso con mis nuevas galas?

El chico surgió de las sombras, con los ojos muy abiertos y la mirada recorriendo el callejón en busca de otros. Estaba sucio de pies a cabeza.

A Daniel se le encogió el corazón por el niño. No le había ido bien sin Marian para cuidarlo, y Daniel se alegró de haber prometido acogerlo sin importar en qué condición o situación lo encontraran.

Por ahora, solo estaban él y Marian en el callejón con un niño asustadizo, temeroso de ser capturado. La mirada del chico se posó en él durante un tiempo y luego volvió a donde Marian estaba sentada esperando pacientemente.

El niño, obviamente medio muerto de hambre, se acercó por fin a ella.

—¿Te gusta mi vestido elegante? Ahora viviré como una dama. En una casa grande, y ya no tendré que robar para llenar mi estómago. Tú tampoco tendrás que hacerlo si confías en nosotros. Hay una cama caliente esperándote, Billy, si quieres venir a vivir con nosotros. Espero que lo hagas, pero la comida que está a mi lado es tuya sin compromiso alguno, al igual que este abrigo más grande que compré.

El chico se quedó paralizado cuando Marian se levantó de la caja de madera. Estaba a mitad de camino hacia ella, y Daniel observó atentamente mientras ella seguía hablándole al niño sobre su nueva vida como dama.

El chico era realmente un animal asustado, esperando crueldad y captura a cada paso. Durante meses, había escuchado a Marian hablar y preocuparse por la ausencia del niño en su vida.

Daniel no haría nada para asustar al chico hoy. Quizás nunca tendrían otra oportunidad de apartarlo de una vida de delincuencia. Pero no podían quedarse aquí para siempre.

—Pronto oscurecerá —advirtió a Marian.

Ella asintió. —¿Siempre estás pensando en tu estómago, milord?

—Siempre.

—Cenaremos pato asado con patatas esta noche. ¿Siguen siendo tus favoritos, muchacho?

El chico asintió, y Daniel sonrió para sus adentros. El camino al corazón de un hombre a menudo pasa por su estómago. Marian había sido inteligente al usar eso.

El chico lo miró de nuevo y, de repente, corrió hacia Marian. Ella lo envolvió en sus brazos y gritó de alegría. Daniel se frotó los ojos, conteniendo también una inesperada respuesta emocional ante la escena.

Se enderezó y, después de darles unos momentos, se acercó a la pareja. —Me alegro de que se hayan encontrado de nuevo —susurró, para no alarmar al chico.

Sin embargo, el chico se sobresaltó y se giró para mirarlo, con los brazos aún alrededor de la cintura de Marian.

Daniel se acercó y extendió su mano. —Soy Daniel. Danny, si lo prefieres.

Después de una larga consideración, el chico extendió su mano. No dio un nombre, pero dio un apretón de manos muy firme y deslizó la moneda de vuelta en la palma de Daniel. Marian

había dicho que le habían enseñado a no robar nunca a nadie de su familia. Parecía que hoy se había ganado algo de confianza.

—Es un placer conocerte, William. Marian ha estado muy preocupada por ti. —Daniel sonrió, guardando la moneda de nuevo donde estaba, y luego miró el pastel sin comer que habían traído—. Deberíamos haber comprado dos pasteles de carne; sabes, mirando ese pastel ahora, estoy completamente famélico.

El chico entrecerró los ojos y deliberadamente metió los dedos de su mano libre en el pastel que habían comprado para él. Obviamente lo hizo para que Daniel no quisiera probarlo, y él se rió suavemente, encantado por el espíritu del chico.

—Eso es lo que yo solía hacer también, cuando no quería compartir con mis amigos —prometió, incluso cuando Marian regañaba al chico por la muestra de malos modales. Daniel se encogió de hombros—. Tal vez compre otro pastel, o incluso dos, de camino a la posada.

El chico rápidamente se metió un bocado de pastel en la boca.

Marian frunció el ceño. —No harás tal cosa, milord, o arruinarás ambas cenas.

—Lo dudo —prometió, notando que mientras hablaban, el chico había aflojado su agarre sobre Marian y casi había terminado su pastel—. ¿Debo comprar otro solo para ti, muchacho?

El chico lo miró, y la más pequeña de las sonrisas apareció en sus labios.

—Bueno, ahora que has terminado de comer, será mejor que nos pongamos en marcha para ver si queda alguno en la tienda. Oh, pero eso me recuerda, en caso de que nos separemos, esto es para ti. —Le devolvió la moneda que el chico había robado, junto con un trozo de pergamino, cuidadosamente doblado—. La moneda es tu asignación trimestral, y en caso de que alguna vez nos separemos, este papel te ayudará a encontrar el camino de vuelta a nosotros. Son instrucciones, para que siempre puedas encontrar a Marian de nuevo.

El chico asintió, metiendo la moneda y el papel en un bolsillo con una mano, mientras se aferraba a Marian con la otra.

—Muy bien, entonces. Vamos, ustedes dos. Será mejor que nos vayamos antes de que alguien desagradable aparezca para arruinar nuestro día.

Marian se inclinó hacia él. Le ofreció una sonrisa y luego le besó la mejilla. —Gracias.

—No, gracias a ti, Marian, mi amor. —Le sonrió a ella y luego al chico—. Qué buena fortuna tuve aquel día en que todos nos conocimos. Juro que soy bendecido por haber tenido mi corazón robado por dos ex ladrones de buen corazón.

Después de unos pasos, una pequeña mano se deslizó en la de Danny, y su corazón se aligeró aún más cuando el chico por fin le sonrió. Se llevarían muy bien. Se convertirían en una familia que podría enfrentar cualquier obstáculo que se les presentara.

Sería una familia poco convencional la que tendrían, llena de ovejas negras y ladrones, pero sería fuerte porque sabían cómo amar y hacer concesiones.

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

